NARRATIVA

LAS MENTIRAS QUE NOS CONTARON

ELLEN MARIE WISEMAN



Libros de seda



© Kimberly Schuldt

Ellen Marie Wiseman nació y creció en Three Mile Bay, una pequeña localidad al norte de Nueva York. Siendo hija de padres alemanes, ella es estadounidense de primera generación. Descubrió su amor por la lectura y la escritura en el colegio, asistiendo a una escuela de educación primaria unitaria de las pocas que quedaban en Nueva York. Desde entonces ha visto cómo sus novelas se traducían a dieciocho idiomas y se publicaban en todo el mundo.

Madre de dos hijos, Ellen vive a orillas del lago Ontario con su marido y sus perros. Si quiere saber más sobre ella no dude en visitar su página web: www.ellenmariewiseman.com.



Un relato espeluznante sobre uno de los episodios más oscuros de la historia estadounidense: la discriminación de las personas para conseguir una raza superior...

Virginia, 1930. Lena Conti, una joven madre soltera, llega a la isla de Ellis. Huye de la pobreza en Alemania y sueña con un futuro mejor para su hijita en un nuevo país. Sin embargo, al llegar a la isla de Ellis, ve cómo separan a las familias de acuerdo con los criterios de la eugenesia entonces imperante, según prejuicios de raza, clase social, educación o procedencia. No la separarán de su pequeña… Pero lo que no se esperaba es que deportaran de vuelta a su hermano pequeño y a su madre, pues ambos son considerados «una carga para la sociedad».

Un relato de ficción que devuelve a la actualidad lo terrible de un planteamiento que llevó a muchos a la cárcel o a sufrir esterilizaciones forzosas; una historia que había que recordar.

LAS MENTIRAS QUE NOS CONTARON

ELLEN MARIE WISEMAN

Libros de seda

Las mentiras que nos contaron

Título original: *The Lies They Told*

Copyright © 2025 by Ellen Marie Wiseman
First published by Kensington Publishing Corp.
Translation rights arranged by Sandra Bruna Agencia Literaria, SL
All rights reserved

© de la traducción: Cinta García de la Rosa

© de esta edición: Libros de Seda, S.L.
Estación de Chamartín s/n, 1ª planta
28036 Madrid
www.librosdeseda.com
www.facebook.com/librosdeseda
@librosdeseda
@librosdesedaeditorial
info@librosdeseda.com

Diseño de cubierta: Kensington Publishing Corp.
Ajustes de cubierta: Gemma Martínez Viura
Maquetación: @isabela-g
Conversión en epub: Álvaro López López

Imagen de la cubierta: © Nilufer Barin/Arcangel Images (paisaje de fondo con cabaña);
©Juli Sh/Shutterstock (flores)

Primera edición digital: septiembre de 2026

ISBN: 978-84-10481-53-4

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos. Si necesita fotocopiar o reproducir algún fragmento de esta obra, diríjase al editor o a CEDRO (www.cedro.org).

Ninguna parte de este libro puede usarse o reproducirse de ninguna manera con el propósito de entrenar tecnologías o sistemas de inteligencia artificial.

ÍNDICE

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29

Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Nota de la autora
Agradecimientos

Para mis amores más pequeños, Owen Benjamin y Elena Catherine.

¡Qué portentos tan milagrosos y qué tesoros tan preciosos sois!

Oh, ¿por qué sois los hombres tan necios?
Vosotros, criadores de nuestra raza,
¿dejáis que los tontos, los débiles y los locos se reproduzcan una y otra vez?
Los delincuentes, los deformes y los inadaptados,
los dependientes, los enfermos y todos los demás;
mientras criamos a la familia humana,
tratamos a los peores igual que a los mejores.
Id a la casa de algún granjero,
mirad en sus establos y cobertizos,
observad sus caballos y su ganado,
incluso sus cerdos son de pura raza.
Luego mirad la marca que dejó en sus hijos:
de frente vulgar y mandíbula simiesca,
con manos de mono, tontos y necios,
engendrados fielmente según la ley de Mendel.
Id a algunas casas del pueblo,
mirad los cultivos del huerto,
los repollos, las lechugas y los nabos,
incluso las remolachas son de pura raza.
Luego mirad a los abundantes niños
con manos como las de un mono,
patiestevados, de cabeza redonda y necios,
engendrados fielmente según la ley de Mendel.
Esta es la ley de Mendel
y con frecuencia lo deja claro:
los deficientes engendrarán deficientes
y los locos engendrarán locos.
Oh, ¿por qué permitimos que esta gente
se reproduzca como monos
para aumentar las cargas de nuestra patria,
cuando solo deberíamos reproducirnos los mejores?
Oh, vosotros, hombres sabios, asumid la carga,
y haced de este vuestro credo más claro:
¡esterilizad a los inadaptados pronto,
a todos los que no sean aptos para engendrar!
Entonces nuestra raza se verá fortalecida y mejorada,
y nuestros hombres y mujeres serán bendecidos;
no serán simiescos, repulsivos ni necios,

porque los mejores engendrarán a los mejores.

Joseph S. Dejarnette
Director del Hospital Estatal Occidental y eugenista estadounidense

---

Uno apenas puede escapar de la convicción de que la inteligencia del inmigrante medio de tercera clase es escasa, quizás de tipo idiota.

Doctor Henry Goddard
Psicólogo y eugenista estadounidense,
fundador del programa para la evaluación de la inteligencia en la isla de Ellis

---

Eugenesia: vocablo formado a partir de las palabras griegas 'bien' y 'nacido'.

Nadie, ni siquiera los residentes vivos más ancianos del pueblo, recuerda el verano en el que equipos de investigadores llegaron para practicar pruebas de inteligencia y preguntar por la genealogía de la gente. Tomaban notas y decían poco. Nadie sabía que estaban leyendo sus historiales médicos, que estaban documentando sus historias familiares, que estaban cribando a sus hijos, cónyuges y abuelos en busca de «defectos» hereditarios inferidos que incluían el pauperismo, la «inmoralidad» y la «deficiencia mental». Nadie sabía que el pueblo ya estaba considerado como «un nido de degenerados», con habitantes que eran «socialmente ineptos», por los seguidores de una pseudociencia llamada eugenesia, un movimiento que buscaba identificar a personas con rasgos «inferiores» como un primer paso hacia la purificación del mapa genético. Las pruebas tenían que realizarse «con discreción y sin que los residentes supieran qué estaba pasando o de qué iba todo aquello», como se leía en una de las directivas de la época. [Este estudio] era parte de una campaña para promover la esterilización, segregación de las razas, reproducción selectiva y restricciones de inmigración; una campaña con el liderazgo y el apoyo generalizado de los académicos de Harvard y otras prominentes universidades y facultades de Nueva Inglaterra.

Welling Savo,

«The Master Race». Boston Magazine
https://www.bostonmagazine.com/2006/05/15/the-master-race/

El mayor problema era la entrada de emigrantes..., indeseada basura humana... del extranjero, que degradaban la buena raza pionera por medio de los matrimonios endogámicos...

Leon Whitney,
The Case for Sterilization (1934)

No podemos tener demasiada inmigración del tipo adecuado y no deberíamos tener ninguna del tipo inadecuado.

Presidente Theodore Roosevelt (1905)

Unas palabras en cuanto a los deficientes mentales. No solo es probable que se conviertan en una carga pública para la comunidad, sino que también es probable que se unan a las filas de las clases delincuentes. Además, puede que tengan descendientes con deficiencia mental. Ahora es el momento de tomar mayores precauciones para diferenciar entre los inmigrantes buenos y los malos... Esto solo será posible cuando los parásitos que vienen aquí sin ningún propósito de convertirse en una fuerza productiva sean retenidos y no se les permita llenar nuestras congestionadas ciudades. Muchos niños menores de cinco años vienen aquí, y es probablemente correcto decir que nada más que unas pesquisas sobre su legado permitirán al Gobierno determinar si serán deficientes mentales cuando crezcan.

William Williams
Inspector de inmigración en la isla Ellis

Este libro es mi Biblia.

ADOLF HITLER,
en una carta de admiración a Madison Grant, eugenista supremacista estadounidense y autor del libro *The Passing of the Great Race*

CAPÍTULO 1

Isla de Ellis
31 de mayo de 1928

Magdalena Conti notó que un sudor frío se le deslizaba por el cuello cuando vio lo que hacían los soldados. Si hubiera sabido los peligros que le esperaban ahí, al otro lado del Atlántico, se habría arriesgado a quedarse en su hogar. Pero estaba atrapada, rodeada de gritos desgarradores de madres aterrorizadas, de chillidos de niños, de exabruptos de hombres y de sollozos de mujeres. Todos esos sonidos reverberaban en el edificio inmenso, rebotaban en los techos abovedados y pasaban por los barrotes de hierro de las puertas cerradas como una tormenta imparable. Como si el caos de miles de personas desesperadas hacinadas en un espacio enorme y sofocante no fuera ya malo por sí solo, flotaba en el aire, como una niebla invisible, un hedor rancio a sudor y a miedo; Magdalena, nerviosa, sentía la mente perdida en un caos al que se añadía el de los baúles y las maletas que arrastraban por el pavimento de madera, el de los pies que al restregarse contra el suelo levantaban una polvareda y el de las voces que gritaban y murmuraban en cientos de idiomas diferentes..., o esa impresión le daba.

¿Cómo era posible que solo unas horas antes hubiese ansiado desembarcar? ¿Cómo era posible que no hubiese visto la hora de abandonar los confines fétidos de la bodega de tercera clase para poner los pies en las orillas esplendorosas de los Estados Unidos? Quizá los rumores fueran ciertos... Quizá la isla de Ellis fuese en realidad la isla de las lágrimas. Quizá los estadounidenses seguían reteniendo a los «extranjeros enemigos», como habían hecho durante la Gran Guerra, o quizá habían vuelto a la práctica de colgar a los piratas, a los delincuentes y a cualquier persona que considerasen una amenaza. Quizá los soldados estaban sacando

inmigrantes por la parte de atrás para ejecutarlos. En ese momento, cualquier cosa le parecía posible.

Un poco más allá, un soldado de gesto severo, sentado tras un mostrador alto, interrogaba a sus compañeros de pasaje antes de enviarlos a que les hicieran un reconocimiento médico exhaustivo. Otro soldado separó de un muchacho joven a una mujer frágil que se apoyaba en un bastón y se la llevó con brusquedad. Un tercer soldado sujetó a un hombre y a una anciana que se esforzaba por recuperar el aliento y desapareció con ambos por un pasillo mal iluminado. Otros dos sacaron a toda una familia de la fila sin hacer ningún caso de las peticiones frenéticas de los padres ni de sus preguntas llenas de angustia. A veces un militar arrancaba a un bebé de los brazos de su madre y se llevaba a la criatura al tiempo que se arrastraba a los padres en dirección opuesta mientras ellos trataban de seguir unidos, alargando los brazos, gritando y luchando con desesperación para que no los desperdigasen. Separaban también a maridos y esposas, que, confusos, se esforzaban por liberarse. Muy a menudo los soldados escribían letras con tiza blanca sobre el abrigo de los inmigrantes (C, H, X, N, P, L, S) antes de enviarlos a otra zona.

Nadie conocía el significado de tales letras.

Nadie sabía a dónde se llevaban a los hombres, las mujeres y los niños, ni por qué.

Mientras intentaba no sucumbir al pánico, Magdalena bajó la mirada hacia su hija de dos años, Ella, a quien llevaba atada contra el pecho con un chal rojo. Posó una mano protectora sobre el gorro de punto que le cubría la cabeza. Era bajita para su edad, en parte porque la malnutrición dejó sin leche a su madre al poco de que naciese. La criatura, cansada e inquieta, levantó la vista; se le veía en la cara el hambre casi constante que había sufrido durante esa primera época de su vida. Magdalena se esforzó al máximo en dedicarle a su hija una sonrisa reconfortante y tarareó una nana con voz temblorosa. Si los soldados intentaran llevarse a Ella, tendrían que arrancarle los brazos a Magdalena para conseguirlo.

Le habían contado historias trágicas que cruzaban el océano y que hablaban de madres afligidas que habían perdido a su bebé por enfermedades contagiosas que habían contraído mientras pasaban el periodo de cuarentena en la isla de Ellis. También circulaban rumores de maridos o esposas que se quedaban sin su cónyuge por el mismo motivo. Había oído hablar de padres que al fin habían ahorrado dinero suficiente para conseguir que su familia se reuniera con ellos en los Estados Unidos para perder a sus hijos durante la travesía o llorar por bebés a

los que ni siquiera habían conocido aún. Pero no se había imaginado que separasen a las familias de modo intencionado ni que fueran capaces de arrancar a los bebés de los brazos de su madre.

Resultaba obvio que había cometido una equivocación espantosa.

Pero ¿qué otra opción tenía?

El país que había amado desde pequeña ya no existía. Alemania no se había recuperado aún de las consecuencias de la guerra; demasiados hombres reclutados y asesinados, demasiados civiles hambrientos, demasiada tierra saqueada. Los hombres que habían sobrevivido habían quedado a la deriva, sin trabajo, hambrientos y amargados, y la economía seguía sufriendo los efectos de una inflación descontrolada. Durante años, su familia y ella habían sobrevivido compartiendo media taza de leche al día, y la mayoría de sus comidas se componían de patatas y nabos. Había tratado de convencer a su madre para que abandonaran la ciudad y se mudaran al campo, donde podrían tener gallinas y un huerto, pero no disponían de capital con el que comprar una casa o tierras, y, de todos modos, *Mutti*[1] no sabía nada de agricultura ni de la cría de gallinas.

En los Estados Unidos, las oportunidades eran infinitas. Cualquiera podía pasar con facilidad de la pobreza a la riqueza. Y por eso se había subido al barco: porque habría hecho cualquier cosa para asegurarse de que su hija nunca volviera a pasar hambre. Pero la posibilidad aterradora de que la separasen de Ella nunca había se le había pasado por la mente. En ese momento, ese miedo eclipsaba todo lo demás.

Dentro del edificio parecía hacer más calor a cada minuto que pasaba. Además de sentir que se estaba asando, a Magdalena le dolían los pies y las piernas, y Ella le pesaba cada vez más. Haciendo esfuerzos por no hiperventilar, buscó con la mano el apoyo del brazo de su hermano para no caerse y para recordarse que no estaba sola.

Enzo bajó la vista hacia ella con una sonrisa insegura. Tenía los ojos castaños cargados de agotamiento y de miedo. A pesar de que el estómago, como a todos los demás, se le había retorcido de hambre muchas más veces de las que hubiese querido, a sus catorce años el chico ya era más alto que ella y que *Mutti*, y su presencia silenciosa y estoica siempre conseguía que Magdalena se sintiera protegida. Incluso con el baúl de madera apoyado sobre un hombro se erguía recto como un árbol, como si aquel arcón maltrecho que contenía sus pocas pertenencias no pesase nada.

* * *

Mutti también la hacía sentirse a salvo, pero había envejecido muchísimo durante los tres años que siguieron a la muerte de *Vater*[2] por fiebre tifoidea y parecía que tenía los hombros vencidos por el peso de la carga que acarreaba. Magdalena era reticente a apoyarse en ella en busca de consuelo para no ser una carga más, sobre todo tras haberle hecho pasar la vergüenza de que su hija de diecisiete años se quedase embarazada sin estar casada. ¡Oh, cómo las habían criticado las vecinas durante la espera interminable de que aprobaran su viaje a los Estados Unidos! Y qué tonta había sido Magdalena al creer las promesas de aquel oficial británico que le había jurado que la llevaría a su patria para que conociese a su familia y pudieran casarse. Incluso le había asegurado que podría enviarle dinero a *Mutti* después de la boda.

Tendría que haber sabido que el oficial Jonathan Dankworth era demasiado bueno para ser verdad cuando acudió a rescatarla el día en que a su carretilla se le salió una rueda en la plaza del pueblo, traqueteó por los adoquines y se detuvo cerca de una bota de él. Había temido una reprimenda, pero, a diferencia del resto de los soldados ingleses, quienes aún trataban a los ciudadanos como si fueran el enemigo, se había ofrecido con educación a ayudarla. Parecía preocupado de verdad por ella, o eso pensó Magdalena. Después de fracasar en sus intentos de reparar la rueda, insistió en portar la carretilla, y el cargamento de prendas para coser que contenía, de vuelta a su casa, a pesar de que ella vivía a unas veinte manzanas de distancia. Para cuando llegaron a su edificio, la había persuadido de que se encontrara con él cerca del río esa noche, donde la estaría esperando en un banco del parque con vino, quesos de importación y galletas de mantequilla británicas. Al principio, aceptó la invitación porque el estómago le rugió ante la mención de queso y galletas de mantequilla, y porque hacía una eternidad desde la última vez que había bebido vino, pero, sentados junto al río durante horas bajo la luz de la luna, acabó por conquistarla con su sonrisa fácil, su inteligencia y su buena disposición para considerarla una igual; además, tenía un mentón muy masculino y unos ojos azules que relucían como la plata. Durante los siguientes tres meses, él le profesó su amor, obsequió a su familia con más provisiones de las debidas y prometió rescatarla de la pobreza devastadora de la Alemania de posguerra. Para cuando se percató de que estaba embarazada, él ya se había marchado... de vuelta con su mujer y sus hijos, según le dijeron sus compañeros.

Tuvieron que pasar semanas antes de que el dolor se transformara en rabia y la

rabia, por fin, en gratitud por haberse librado de un hombre que había resultado no ser más que un embustero y un farsante. Al menos había conseguido que aprendiera más inglés que en sus ocho años de escuela. Y, sin duda, siempre le estaría agradecida por Ella, que era su razón para vivir. Le ayudaba saber que era él quien había salido perdiendo: nunca vería los hoyuelos que le salían a su hija al sonreír ni se enamoraría de sus deditos diminutos. Nunca la oiría reír ni tendría ningún recuerdo de ella. La alegría maravillosa de ser progenitor de Ella le pertenecía por completo a Magdalena, y eso era algo que él nunca podría arrebatarle.

* * *

Magdalena se quedó mirándole a *Mutti* el rostro macilento y pálido, y el temor que su madre albergaba en los ojos castaños provocó que las piernas, ya agotadas, comenzaran a temblarle. Por primera vez en los catorce días que hacía desde que abandonasen su hogar, *Mutti* no solo estaba cansada y enferma. Había algo más. Parecía asustada.

—¿Te encuentras bien, *Mutti*? —preguntó Magdalena.

—Estoy bien, Lena —dijo *Mutti*, y el apodo familiar fue otro recordatorio reconfortante de que Lena y Ella no estaban solas—. *Bitte,* no te preocupes por mí. —Le tocó la cabecita a su nieta con gesto amoroso—. Tú solo sujeta con fuerza a nuestro *kleine Engel,* nuestro angelito.

Lena asintió, le temblaba la barbilla. Proteger a su hija era lo más importante del mundo, pero también le preocupaba *Mutti.* Ya llevaban horas esperando, primero en el barco, luego en las barcazas y después en la fila. Sí, se acercaba su turno, por eso veían a qué se debía tanta conmoción. *Mutti* parecía peor a cada minuto que pasaba. Se había mareado tanto en el barco que no había podido hacer nada más que dormir y beber sorbos de agua fría, y solo pareció revivir cuando anclaron en el puerto de Nueva York. Lena y Enzo también se habían mareado, sobre todo durante la tormenta de dos días que había hecho que el barco se bambolease como si fuera de juguete, crujiera y se meciese. Pero no estuvieron tan enfermos como *Mutti*, quien había sido incapaz de levantar la cabeza de la almohada durante la mayor parte de la travesía.

Lena le había enjugado el sudor del rostro y la había sostenido mientras vomitaba, con preocupación constante ante la posibilidad de perderla..., una posibilidad que no se le había ocurrido cuando emprendieron la marcha. Pero cuando un anciano murió en una de las literas, esa idea aterradora le envenenó la

mente. Hubo un momento en el que el tiempo estaba tan revuelto que cerraron con llave las puertas de acceso a tercera clase para evitar que los pasajeros subieran a cubierta y se cayeran por la borda. Lena estuvo segura entonces de que todos iban a morir allí. Por suerte, la tormenta pasó rápido y Ella se encontró bien, aparte de que estaba inquieta y hambrienta... una y otra vez.

Pero en esos momentos Lena miraba a su alrededor: a los pasajeros agotados y temerosos de las otras filas, a los hombres sin afeitar que portaban baúles sobre la cabeza o los hombros, a las mujeres con faldas bordadas y a las abuelas rusas que cargaban en brazos o llevaban de la mano a niños pequeños. Muchos susurraban plegarias desesperadas. Todos los rostros aparecían demacrados por el hambre. Tantas almas indefensas y esperanzadas, amontonadas y nerviosas, con prendas que hedían a tercera clase y a vómito. ¿Quién sabía lo que habrían sufrido antes de embarcar? ¿Quién sabía nada de sus pérdidas, de las atrocidades o adversidades que habrían tenido que soportar antes de decidirse a emigrar a los Estados Unidos? Y al llegar, por si fuera poco, tenían que pasar por la preocupación de verse separados de las personas a las que más querían. Como si nada de eso fuera lo bastante difícil y confuso, por alguna razón injusta a los pasajeros de primera y segunda clase se les había permitido desembarcar directamente en Manhattan, mientras que a los de tercera los sacaron del barco, los metieron en barcazas y los enviaron a la estación de inspección de la isla de Ellis, donde los colocaron en filas para examinarlos como si se tratase de ganado.

Antes de volver a mirar hacia delante, Lena se encontró con la mirada turbada de una mujer embarazada de otra fila que llevaba a un pequeñín de pelo rizado atado contra el pecho con una bufanda gris andrajosa. Los ojos enfebrecidos e inyectados en sangre de la joven madre reflejaban todo lo que Lena sentía: cada esperanza y cada miedo, todos los sueños imposibles y todas las pesadillas posibles. Examinó a las personas que rodeaban a la chica en busca de otro miembro de la familia, un marido o una madre, pero parecía estar sola. Con suerte habría ido a reunirse con alguien en los Estados Unidos, alguien que cuidaría de ella y de sus hijos. Lena se acordó de los estafadores contra los que la habían advertido, rufianes que elegían a sus víctimas entre las mujeres inmigrantes que viajaban solas y les ofrecían una habitación en una casa de huéspedes y un trabajo en un buen hogar cristiano, pero en realidad esas mujeres acababan trabajando como sirvientas sin salario o, peor aún, obligadas a venderse. Se sintió impelida a invitar a la joven madre a unirse a ella y a su familia. Entonces la mujer se quedó mirando a Ella con ojos entrecerrados y Lena desvió la vista, preocupada

de repente por si la extraña sabía que ella no tenía marido... y que había llegado a los Estados Unidos de manera fraudulenta.

Era absurdo, claro. Era imposible que alguien pudiera saber que el hombre que había accedido a contratar a *Mutti* y a Enzo no tenía ni idea de que ella y su hija también habían ido. Nadie más lo sabía. Podía sentir el peso leve de la bolsa de cuero que llevaba al cuello colgada de un cordón, escondida bajo el vestido de campesina, dos blusas, un suéter y un abrigo de lana, prendas todas que había llevado puestas desde que salieron de Bremerhaven. *Mutti* también portaba una bolsa similar debajo de la ropa, un saquito del tamaño de un buñuelo que contenía la otra mitad del poco dinero que les quedó después de vender todo lo que poseían para comprar el billete de Lena. Les habían aconsejado que llevaran dinero suficiente para demostrar que no acabarían mendigando en las calles, pero no tenía ni idea de si unas docenas de *Rentenmarks* serían suficientes, puesto que la nueva moneda alemana solo llevaba en circulación unos años. Antes del cambio de divisa, dos mil millones de *Papiermarks* apenas llegaban para comprar una hogaza de pan, de modo que la gente había quemado el dinero antiguo en la estufa para calentarse. No había modo de saber si el nuevo marco tenía algún valor en los Estados Unidos. Con suerte, el contenido de esas bolsas sería suficiente, porque, aparte de la ropa que los cubría, las bolsas que portaba cada uno, varias ollas y sartenes, el costurero de *Mutti*, una colcha cosida a mano y otras posesiones de valor sentimental que iban dentro del baúl viejo de madera, ese dinero era todo lo que poseían.

Justo entonces la fila avanzó y el movimiento la sobresaltó y la sacó de sus pensamientos. Pronto se encontrarían delante del soldado severo apostado tras el mostrador. Delante de ellos, una pareja con una niña pequeña se acercó al militar. Este le echó un vistazo a la niña y llamó a un compañero con un gesto. La madre sujetó a su hija por los hombros y, frenética, negó con la cabeza.

—*No, per favore!* —exclamó mientras retrocedía—. ¡No!

Su marido se situó delante del soldado con los brazos abiertos, preparado para proteger a su familia.

—*La bambina resta con noi* —declaró con voz dura.

—*Il bambino e malato* —dijo el soldado pronunciando las palabras italianas a tropezones—. *Ha bisogno di cure mediche. Capisci?* —Y añadió en inglés—: Está enferma. Tiene sarampión. La trataremos en el hospital, pero si no pagan ustedes el tratamiento la enviaremos de vuelta a casa. ¿Entienden?

El marido puso cara de pena y asintió. Se volvió hacia su esposa, le habló en voz

baja y luego se apartó. Con lágrimas en los ojos, la mujer se arrodilló, le acarició una mejilla a la niña y le susurró al oído. La niña gritó y rodeó con los brazos a su madre, quien la abrazó durante un instante antes de incorporarse y llevarla hacia el soldado que esperaba. Cuando este la tomó de la muñeca y se la llevó, la niña chilló y se esforzó por liberarse.

—*Voglio andare con mia mamma!* —lloraba.

—No —negó el soldado—. Tienes que venir conmigo.

—*Va tutto bene* —le gritó la madre—. *Ci rivedremo presto, amore mio*.

Y luego se derrumbó entre sollozos en los brazos de su marido. Al cabo de unos segundos, otro soldado apareció y se llevó a los padres en otra dirección. La madre enterró el rostro entre las manos.

—¿Qué le pasa? —preguntó Enzo.

Mutti, quien entendía el italiano mejor que sus hijos, puesto que se había casado con un hombre de esa nacionalidad, se lo explicó.

—Ha dicho que la niña está enferma y necesita atención médica. Creo que tenía un sarpullido en la cara.

El intercambio le recordó a Lena que, aunque *Mutti* hablaba italiano y alemán, no sabía apenas nada de inglés. Y Enzo incluso menos. Ya que estaban allí, en los Estados Unidos, tendría que enseñarles el idioma.

Estaba decidida a mostrarse fuerte y rebosante de salud a pesar de que acababa de pasar días y noches interminables en las entrañas de un barco infestado de ratas cuidando a su hija, a su madre y a su hermano con poca comida, menos horas de sueño y miles de pasajeros enfermos y hediondos en tercera clase. Por eso se soltó del brazo de Enzo, se irguió más y se frotó los ojos para limpiarse la humedad y las legañas. Notaba que los tenía hinchados por el agotamiento y el aire viciado. Se retiró de la cara los mechones de cabello sucio con la esperanza de, a pesar de su poca estatura, aparentar tener más de diecinueve años. En ese momento le hacía más falta que nunca parecer fuerte y capaz, aun cuando se sintiera aterrorizada. La pequeña Ella la necesitaba. *Mutti* y Enzo la necesitaban también.

Le quitó el gorro a su hermano, le retiró el flequillo sudoroso de la frente, volvió a colocarle el gorro y le alisó el abrigo, y le enderezó el cuello del abrigo a *Mutti.* Después de todo lo que habían sufrido y todo lo que habían perdido, no podían separarse. Sí, tenían que mantenerse juntos. Y entonces se le ocurrió otra cosa y sintió un escalofrío. ¿Y si les negaban la entrada en el país? ¿Y si los deportaban por alguna razón peregrina? No tenían nada a lo que volver: ni hogar, ni trabajo, ni dinero.

Apenas podía creer que lo hubiesen hecho, que hubieran vendido sus escasas posesiones y hubieran llegado hasta allí. Nunca olvidaría cuando salió de su pisito por última vez, cuando miró desde el umbral el lugar al que siempre había llamado hogar mientras intentaba recordarse que nada había sido lo mismo desde que *Vater* murió: ni su madre, ni su hermano, ni ella misma. A veces se preguntaba si *Mutti* había querido abandonar Alemania para huir del dolor de su corazón roto.

Solo que mudarse al otro lado del océano no le repararía el corazón partido a *Mutti* ni le pondría fin a su tristeza. Tanto la madre como Lena y Enzo llevarían en el alma durante el resto de su vida la desdicha, la agonía horrible e insoportable de perder a *Vater*, daba igual dónde fueran. Después de la pena, el hambre y el dolor de verse abandonada por el padre de Ella, Lena había supuesto que estaba más que preparada para empezar una nueva vida en un lugar nuevo. Pero en ese momento, en la isla de Ellis, donde se rompían los sueños y las familias quedaban destrozadas, echaba de menos con desesperación la cocina diminuta con el horno de leña y la mesa, el dormitorio aún más diminuto que compartía con Ella, las calles empedradas y el sonido de las campanas de la catedral entrando por la ventana.

Por millonésima vez, o eso le pareció, se esforzó en alejar el dolor vano de la nostalgia por su hogar. No tenía sentido anhelar algo que no podía tener. Habían tomado la decisión de marcharse a los Estados Unidos y eso era todo. Por no mencionar que habían pasado meses antes de que el hombre que había accedido a contratar a Enzo y a *Mutti* pudiera comprarles el billete. «Todo será mejor en los Estados Unidos —había dicho *Mutti*—. Tendremos trabajo estable y ya no tendréis que pasaros los días recogiendo carbón junto a las vías del tren ni rebuscar en la basura en busca de comida. Nunca más seremos pobres ni pasaremos hambre».

Quería creer en las palabras de su madre, pero en esos momentos le resultaba imposible. ¿Y si su benefactor estadounidense se negaba a acogerlas a ella y a su hija?

Antes de que se diera cuenta les llegó el turno. Se acercó al soldado de detrás del mostrador alto con los nervios a flor de piel. Con la placa, las tiras de cuero negro que le cruzaban el pecho del uniforme y el rostro con barba canosa, el soldado resultaba aún más intimidante de cerca. Su identificación rezaba: «Agente de Inmigración».

—Nombre, número y nacionalidad —espetó sin levantar la vista del

portapapeles.

—Magdalena Sofía Russo Conti —dijo Lena—. Número 527. Alemana e italiana. —Posó una mano sobre Ella—. Y esta es mi hija, Ella Gianni Conti, número 526, alemana. Esta es mi madre, Katrina Paulina Conti, número 528, alemana. Y mi hermano, Enzo Nikolas Conti. Número 529, alemán e italiano.

El agente levantó la vista con el ceño fruncido para escudriñarla con sus gafitas redondas.

—¿Su madre y su hermano no saben hablar?

—*Nein* —negó ella—. Quiero decir, *ja*. Sí. —Se encogió por dentro y se regañó por no hablar con claridad—. Lo siento. Pensé que sería mejor que yo hablara por ellos. Todavía están aprendiendo inglés y...

El agente levantó una mano.

—Tarjetas de inspección y documentación.

Mientras sacaba los documentos del bolsillo del abrigo, Lena tradujo para *Mutti* y Enzo, que le tendieron sus tarjetas y documentos.

—¿Nació en Italia? —preguntó el agente mirando a Lena.

—Sí. Nos mudamos a Alemania cuando yo tenía un año.

—¿Es judía?

—No —respondió ella.

—¿Macho o hembra? —preguntó el agente.

Lena enarcó las cejas.

—¿Yo?

El agente asintió.

—Hembra —afirmó.

—¿Profesión?

—Mi madre y yo cosemos y nos encargamos de la colada. En los Estados Unidos esperamos...

—¿Dónde está el padre de la niña?

Durante un segundo pensó en decir la verdad, que las había abandonado, pero ser honesta sobre su situación era un riesgo demasiado grande. Y el padre de Ella bien podría estar muerto.

—Falleció.

—Y no estaban casados. —No era una pregunta.

Tragó saliva. ¿Cómo lo había sabido? Entonces recordó que seguía llevando el mismo apellido que su madre.

—Murió antes de la boda.

Con una mueca de desaprobación, garabateó algo en una hoja de papel y luego volvió a mirarla.

—¿Sabe leer y escribir?

—Sí.

Apretó los dientes. ¿Por qué le hacían tantas preguntas? Ya había pasado por un proceso de selección varias veces, antes de salir de Alemania y de nuevo en un puesto de control antes de subir a la barcaza hacia la isla de Ellis. Varios inspectores habían subido a bordo del barco usando unas escalas de cuerda para buscar síntomas de viruela, fiebre amarilla, cólera, peste y lepra. Una vez que el barco hubo pasado la inspección, llegaron más agentes para hacer más preguntas antes de que pudieran atracar.

—¿Último lugar de residencia?

—Beckingen, Alemania.

—¿Destino final?

—Virginia.

—¿Qué ciudad?

Se volvió hacia su madre.

—¿A dónde vamos? ¿A qué ciudad?

Mutti se aclaró la garganta y dijo en un inglés entrecortado:

—Old Rag Mountain.

El agente escribió el nombre y miró de nuevo a Lena.

—¿Tiene un patrocinador?

Lena frunció el ceño, confusa ante la palabra que él había usado.

El hombre suspiró.

—¿Algún amigo o pariente va a reunirse con ustedes aquí?

Ella asintió.

—Sí. Un primo de mi madre.

—¿Cómo se llama esa persona y dónde vive?

—Se llama Silas Wolfe. Vive en Virginia, en... —volvió a mirar a su madre con inseguridad, pero lo recordó— Old Rag Mountain.

—¿Ha estado antes en los Estados Unidos?

Sacudió la cabeza:

—No.

—¿Ha venido aquí por una oferta, petición, promesa o acuerdo, ya sea expreso o implícito, de trabajo en los Estados Unidos?

—No estoy segura de qué me está preguntando...

—¿Le han prometido u ofrecido un empleo en este país?

—Sí. Mi hermano trabajará para el señor Wolfe y mi madre y yo cuidaremos de la casa y de los niños.

—¿Dónde está su esposa?

—Murió.

—¿Es usted polígama?

Lena volvió a fruncir el ceño.

—Infiel —le aclaró el agente—. Una adúltera, una persona que rompe las leyes del matrimonio.

Sabía lo que significaba ir contra la ley.

—No.

—¿Es usted anarquista?

—¿Disculpe? —preguntó con las cejas enarcadas.

—¿Es alborotadora?, ¿una persona que no sigue las reglas?

—No.

—¿Ha pagado su propio billete o lo compró alguna otra persona, una empresa, alguna sociedad, municipalidad o Gobierno? Si es así, ¿quién lo compró?

—El señor Silas Wolfe compró el billete de mi madre y el de mi hermano —dijo ella—. Nosotros pagamos el mío.

—¿Posee una cantidad mínima de veinticinco dólares?

—Tenemos treinta y cuatro marcos alemanes.

—¿Entre todos?

—Sí.

El agente soltó un bufido.

—Espero que se dé cuenta de que esa cantidad es inferior a diez dólares estadounidenses.

Notó que el miedo le retorcía las tripas. ¿Iban a rechazarlos porque no tenían suficiente dinero? Asintió, no muy segura de qué decir.

—Su patrocinador tendrá que presentarse ante el Consejo de Investigación para firmar los documentos que atestiguan que tiene trabajo para ustedes —declaró el agente—. ¿Lo entiende?

Sintió otro ramalazo de pánico en el pecho. ¿Cómo iba a demostrar el señor Wolfe que tenía trabajo para ella cuando ni siquiera sabía que estaba allí?

—¿Lo entiende? —repitió el agente—. No se le permite la entrada a nadie que vaya a convertirse en una carga pública. No toleraremos que se conviertan en una carga para los Estados Unidos.

Lena asintió.

Cuando terminó de interrogarla a ella, comenzó con Enzo. Lena se encargó de traducir.

—Creía que había dicho que él hablaba inglés —observó el agente.

—Solo un poco —admitió—. Pero está aprendiendo.

Enzo se encogía de hombros al oír algunas preguntas y parecía azorado ante otras. Lena hizo lo que pudo para explicárselo todo. En algunas ocasiones respondió por él.

—¿Cuántas patas tiene un gato? —preguntó el agente.

Ella le tradujo.

—Esa es una pregunta estúpida —le dijo Enzo en alemán.

—Vamos, responde —lo instó.

El agente dejaba ver su irritación.

—¿Es deficiente mental?

—No entiendo lo que...

—¿Es idiota? ¿Es un tarado? ¿Está loco?

No estaba segura de lo que significaban esas palabras, pero advertía por el tono del hombre que no auguraban nada bueno.

—No —afirmó—. Trabajaba entregando telegramas en Alemania y...

—Cuatro —dijo Enzo en inglés. Levantó cuatro dedos y miró al agente con rabia.

—El Consejo de Investigación tendrá que interrogarlo más a fondo —les advirtió el agente. Rodeó el mostrador y marcó el abrigo de Enzo con una X de tiza—. Asegúrese de que no se lo borra.

—¿Por qué? ¿Qué significa?

—Significa que hay que hacerle un interrogatorio más exhaustivo —repitió el agente—. El único modo de mantener puros los Estados Unidos es examinar a los inmigrantes para deshacernos de los linajes defectuosos.

Lena sacudió la cabeza.

—Lo siento, pero sigo sin entender.

—No tengo tiempo de explicarlo. Hay otros esperando. —Se fijó en *Mutti*—. ¿Su madre está enferma?

—No. Estuvo indispuesta en el barco, pero ya se encuentra mejor.

El agente parecía indeciso.

—¿Qué le pasaba?

—Se mareó mucho con las olas.

Aparte de hacerle las mismas preguntas que a Lena y a Enzo, le preguntó a *Mutti* cuánto tiempo había estado casada, si tenía más hijos, si había tenido desacuerdos con su marido y si se habían llevado bien. A Lena le dolió la expresión herida que le apareció a su madre en el rostro cuando le tradujo aquellas pesquisas ridículas. ¿Por qué era importante su relación con *Vater*? Su pobre padre estaba muerto y enterrado a seis mil kilómetros de distancia, frío y solo en el cementerio que había junto a la iglesia de piedra donde bautizaron a Lena y a Enzo nada más nacer.

Para terminar, el agente les entregó a cada uno una etiqueta colgada de un cordel donde se especificaba su nombre, el del barco, el número de pasajero y el destino.

—Pónganse estas tarjetas en la ropa, donde podamos verlas —les ordenó.

En inglés y en nueve idiomas más, la parte de atrás de la tarjeta decía: «Cuando desembarquen en Nueva York, esta tarjeta se adherirá al abrigo o vestido del pasajero en un lugar bien visible».

Lena amarró una etiqueta en un botón del abrigo de Ella y otra en el suyo propio, mientras que *Mutti* y Enzo se las ataban el uno al otro.

—Pasen hasta el médico que está detrás de mí —indicó el agente.

Lena miró al soldado que estaba detrás y luego lo volvió a mirar con perplejidad.

—No veo médicos.

—Esos hombres son cirujanos militares —aclaró—. Médicos. Ahora muévanse. Ellos les dirán qué hacer a continuación.

Por primera vez se percató de que los tipos de detrás del hombre del mostrador llevaban un uniforme diferente. Después de explicárselo todo a *Mutti* y a Enzo, los tres se acercaron al primer médico. Cuando estaban a unos tres metros, este levantó una mano para indicarles que se detuvieran. Luego señaló a Lena y a Ella.

—Usted primero —ordenó—. Deje a la niña en el suelo y haga que ande.

Una temblorosa Lena desató a Ella del chal con ayuda de *Mutti* y la depositó en el suelo; cuando el peso del cuerpecillo tibio le abandonó el pecho sintió un vacío espantoso en el corazón. ¿Y si uno de los soldados agarraba a Ella y se la llevaba?

La pequeña alargó los brazos hacia Lena entre llantos.

—¡Mamá! ¡Mamá!

—Avance —dijo el médico. Le hizo un gesto a Lena para que fuera hacia él—. La seguirá.

—No pasa nada —le dijo Lena a Ella—. No llores. Ven conmigo y volveré a tomarte en brazos.

Mirando por encima del hombro para asegurarse de que Ella la seguía, Lena se

acercó al médico. Sentía que las piernas y los brazos le temblaban. Ella anduvo tras ella sin dejar de llorar.

El médico las examinó mientras caminaban, estudiándolas de pies a cabeza con mirada crítica. Cuando Lena llegó hasta él, él le dijo que alargara las manos con las palmas hacia arriba.

—¿Tiene alguna deformidad? ¿Tiene dedos torcidos o miembros artificiales?

Sacudió la cabeza en señal de negativa.

El hombre le dedicó una rápida mirada a las manos y le pidió que les diera la vuelta.

—¿Ha estado en compañía de alguien que padeciera cólera, peste, viruela, lepra o tifus?

Algunas de las palabras no le resultaban familiares, pero comprendió «tifus».

—No —respondió.

Su hija le daba tirones del dobladillo del abrigo con el rostro húmedo y congestionado.

—Aúpa, mamá, aúpa.

—Desabróchese el cuello, por favor.

Lena se abrió el abrigo, se desabrochó un poco el suéter y las dos blusas, y por fin se desabotonó el cuello de su vestido de campesina.

El médico le palpó debajo de la mandíbula antes de indicarle que mirase hacia abajo mientras le examinaba el cuero cabelludo. Una vez terminó, le pidió:

—Levante a la niña.

Tras examinar a Ella, las envió hacia el siguiente médico, quien sostenía un objeto parecido a un abrochador.

—Tiene que estarse muy quieta mientras le examino los ojos —dijo el segundo médico al tiempo que le apoyaba una mano en la mejilla a Lena.

El olor a desinfectante le inundó las fosas nasales cuando el médico le pellizcó un párpado entre los dedos pulgar e índice, colocó el borde del abrochador bajo el párpado y lo volvió del revés. Apenas pudo reprimir un grito de dolor. Tuvo la sensación de que le estaban arrancando el párpado. Tras haberle examinado ambos ojos, se limpió los dedos en una toalla que llevaba sobre el hombro, tomó un trozo de tiza y le marcó el abrigo con las letras TC.

—¿Qué significa? —inquirió, tocándolas.

—No las toque —mandó el médico con tono severo—. Puede que tenga tracoma, de modo que necesita pasar otra inspección para que decidamos si la tratamos o la enviamos de vuelta a su casa.

—Pero a mí no me pasa nada —repuso ella—. Estoy fuerte y sana.

—Es posible que tenga un problema en los ojos —puntualizó él—, una enfermedad grave que podría provocar que se quedara ciega.

A Lena se le revolvió el estómago. Entendía lo que significaba la palabra «ciega». Pero sabía que no le pasaba nada. Solo estaba agotada y llevaba dos semanas llorando o a punto de llorar. No era de extrañar que tuviera los ojos inyectados en sangre y los párpados hinchados.

—Y ahora su hija —ordenó el médico.

Lena levantó a Ella en brazos.

—Sujétela bien, que no se mueva. Sujétele las manos.

A regañadientes, Lena le sujetó los brazos a los costados y el médico le examinó los párpados con el abrochador. Ella chilló de terror y dolor, se retorcía para que la soltara, y Lena se esforzó por no llorar. Tan pronto como el examen terminó, soltó a la niña y la besó en la frente.

—No llores. Ya está. Estás bien.

Entonces, para mayor horror de Lena, el médico señaló a la izquierda.

Un soldado la tomó del brazo y comenzó a llevársela de allí. Se negó a moverse.

—¿A dónde me lleva? —protestó—. ¡Tengo que quedarme con mi familia!

Volvió la cabeza hacia donde *Mutti* y Enzo la miraban indefensos. Cuando el segundo médico le hizo un gesto a *Mutti* para que avanzara, esta hizo lo que le indicaban mientras clavaba los ojos aterrorizados en su hija.

Lena sintió que el miedo se le extendía por el pecho como el fuego. La estaban separando de su familia, *Mutti* y Enzo se alejaban cada vez más. No recordaba cuándo se había soltado del brazo de Enzo, pero se regañó por no haberse aferrado a ellos el mayor tiempo posible. Antes de saber qué estaba pasando, llevaron a Lena y a Ella a toda prisa por un pasillo largo hasta una sala amplia abarrotada de mujeres, algunas de ellas con bebés y niños. Todas parecían tan aterrorizadas como Lena, todas llevaban una letra —H, G, L, P, B, X— en el abrigo. Hacía frío en la habitación desnuda, de paredes blancas y armarios con puertas de cristal. Había dos inspectores con sujetapapeles y estilográficas sentados detrás de mesas largas, y varios médicos situados delante de ellos para observar a las mujeres y a los niños que iban llegando, que lloraban y hacían preguntas en diferentes idiomas. Lena buscó a *Mutti* entre la multitud, rezando para que apareciera, pero no la vio por ninguna parte. Cuando cerraron la puerta, uno de los médicos se dispuso a leer algo escrito en un papel.

—Todos los pasajeros están expuestos a que se les deniegue la entrada si, tras

examinarlos, se les considera lunáticos, idiotas, sordos, mudos, ciegos, tullidos o enfermizos; si sobrepasan la edad de sesenta años; si son viudas con hijos, si son mujeres sin marido y con hijos; si se trata de alguna persona incapaz de cuidarse sin convertirse en una carga para el Estado, si se dan algunas circunstancias para que esa persona se convierta en una carga para el Estado o si padecen alguna enfermedad o condición ya existente antes del viaje que pueda convertirlos pronto en una carga para el Estado. Las personas enfermas y las viudas con hijos, así como las personas con cojera, no pueden ser admitidos a menos que se dé total seguridad, mediante bonos que el armador suscribirá con el Gobierno de los Estados Unidos, de que las partes implicadas no se convertirán en una carga para el Estado.

A Lena le costó entender todo, pero comprendió lo suficiente para sentir aún más miedo. Tenía una hija y no tenía marido. Y *Mutti* era viuda con hijos.

Si iban a deportarlos, tenía que volver con su familia para asegurarse de que estuvieran juntos cuando eso sucediera. Desesperada, miró alrededor, con Ella bien sujeta entre los brazos, en busca de una forma de escapar, pero no vio ninguna. Y, de todos modos, ¿a dónde huiría? El agente de inmigración ya le había dicho que a Enzo tenían que examinarlo más a fondo y, por lo que sabía, a *Mutti* también se la habían llevado a otro lugar. ¿Cómo iban a reencontrarse?

Lena se esforzó por tranquilizarse con respiraciones lentas y profundas mientras los médicos recorrían la sala fría inspeccionando a las mujeres y a los niños de uno en uno, examinándoles la piel del cuello y usando un calibrador para medirles de forma metódica la cabeza, la nariz y las orejas. Compartían sus hallazgos con los hombres sentados a las mesas, quienes escribían la información.

Una enfermera entró en la sala para examinarle el cuero cabelludo a una mujer embarazada con las letras SC pintadas con tiza en la solapa. La enfermera hizo a la mujer sentarse en un taburete para poder separarle el pelo por secciones. Otro médico le ordenó a una anciana con la letra L en el suéter que caminara por la sala, a pesar de que estaba claro que la mujer cojeaba y sentía mucho dolor. Uno de los médicos le examinó los ojos a una joven que llevaba las mismas letras que Lena y después sacudió la cabeza al mirar a la madre, que aguardaba con dos niños más pequeños a su lado.

—Tiene tracoma —le dijo el médico a la mujer—. No puede entrar.

Cuando un intérprete tradujo del inglés al alemán, la madre se deshizo en sollozos y súplicas al médico.

—¿Qué voy a hacer? —gritaba en alemán—. Hemos viajado hasta aquí para

reunirnos con mi marido. Llevamos dos años sin verlo. Y ahora tiene un nuevo hogar para nosotros. Tiene que permitirnos la entrada.

—Lo siento, pero usted y el resto de los niños tienen que volver a casa con la enferma.

Cuando el intérprete tradujo esas palabras, la madre cayó al suelo desmayada. La enfermera acudió corriendo, le pasó unas sales volátiles por debajo de la nariz y la ayudó a incorporarse y a salir de la sala. Los niños se fueron llorando tras ella.

Lena apretó la mandíbula, tenía el estómago lleno de rabia y miedo entrelazados. ¿Cómo podían deportar a una madre y a sus hijos cuando el padre ya estaba en los Estados Unidos? ¿Cómo podían separar a familias enteras una y otra y otra vez? Era inhumano y muy cruel. Miró a Ella a la cara y contuvo las lágrimas. Si alguien intentaba separarlas, moriría antes de permitirlo. Cuando levantó la vista de nuevo, un médico con barba se acercaba a ella. Le miró la letra del abrigo y luego los ojos. Lena contuvo el aliento. ¿Qué haría si el médico decía que no podía entrar en el país? ¿Deportarían a Enzo y a *Mutti* también? No, insistiría para que ellos se quedaran en los Estados Unidos sin ella. No echaría a perder las posibilidades de *Mutti* y Enzo de tener una vida mejor. Pero ¿qué haría con Ella?

—Deje a la niña en el suelo —ordenó el médico.

Lena obedeció mientras intentaba aparentar valentía y fortaleza.

—¡Mamáää! —chilló Ella.

El médico auscultó a Lena, le miró la nariz y las orejas, y le examinó los ojos con el abrochador por segunda vez. Lena se tragó los gritos de dolor y cuando hubo terminado por fin exhaló y levantó a Ella. El corazón le golpeaba el pecho con fuerza.

—¿Habla inglés? —preguntó el médico.

—*Ja,* digo, sí.

—¿Le duelen o le pican los ojos?

—No.

—¿Le molesta la luz en los ojos?

—No —dijo ella—. Solo estoy cansada y he estado llorando.

—Estoy de acuerdo con usted —asintió el médico—. Creo que solo tiene los ojos irritados. Y su hija también me parece sana. —Se volvió hacia uno de los hombres de las mesas—. Sin signos de tracoma.

Lena casi se cayó del alivio.

Cuando hubieron examinado a todo el mundo, los médicos retrocedieron y

miraron a las mujeres.

—Quítense las prendas exteriores y desabróchense la blusa —indicó uno de ellos.

Lena se puso tensa. ¿Había oído bien? ¿Tenían que exponer los senos delante de esos hombres?

Cuando los intérpretes repitieron las instrucciones en diferentes idiomas, resonaron exclamaciones por toda la sala y las mujeres mostraron expresiones de asombro. Como Lena, era probable que la mayoría no le hubiera enseñado los pechos a nadie desde que eran niñas, cuando se bañaban o cuando su madre o sus hermanas mayores las cambiaban de ropa. Incluso era probable que los maridos y los amantes solo les hubieran entrevisto los pechos desnudos bajo las sábanas o en habitaciones a oscuras.

—¿Por qué tenemos que hacerlo? —cuestionó Lena en voz alta.

Las otras mujeres la miraron boquiabiertas y con las mejillas teñidas de miedo y vergüenza.

—Porque quieren ser ciudadanas estadounidenses —repuso el médico barbudo —. Y para eso tienen que someterse a la exploración física.

Otro médico fulminó con la mirada a Lena, retándola a contradecirlo.

—Si prefiere no hacer lo que se le dice, podemos firmar los documentos de su deportación ahora mismo.

Lena bajó la mirada y rezó para que ese reconocimiento médico fuera el último. De mala gana, volvió a dejar a Ella en el suelo, se desprendió del zurrón de tela que llevaba a la espalda, se quitó el abrigo e hizo un hatillo que se puso entre los pies. Se desabrochó el suéter y las dos blusas de algodón que llevaba debajo, y luego desenganchó los corchetes que le cerraban el vestido, agradecida por llevar un sujetador y poder dejarse el vestido puesto, a diferencia de quienes llevaban prendas que había que sacarse por la cabeza.

Mientras las mujeres temblaban allí expuestas, los médicos recorrían la sala en busca de síntomas de enfermedad; para ello les examinaban la piel de los pechos. Por suerte, fue el médico barbudo quien examinó a Lena. Cuando terminó, dijo:

—Parece estar sana.

Antes de que Lena pudiera preguntar qué sucedería a continuación o cuándo volvería a ver a su familia, le mandó que se vistiera y luego pasó a la siguiente mujer. Tras recomponerse toda la ropa y volver a colgarse el zurrón a la espalda, alzó a Ella para acomodársela sobre la cadera, la abrazó con fuerza y la besó en las mejillas. Ella se apoyó contra el cuello de su madre con el corazón encogido y

esforzándose por dejar de llorar.

De una en una, guiaron fuera de la sala a Lena y a las demás mujeres que pasaban los exámenes, y les hicieron formar una fila en el pasillo. Cuando la última mujer salió, dos agentes las condujeron hasta el final del corredor entre taconeo de botas sobre el suelo de piedra. Nadie sabía dónde las llevaban ni por qué. Algunas mujeres lloraban en silencio, otras musitaban palabras nerviosas y plegarias en diferentes idiomas.

Cada varios metros, más pasillos surgían del primero, era como un laberinto gigantesco. Al final, los agentes llevaron a las mujeres hacia la izquierda, a un corredor del tamaño de un transatlántico. A un lado se alineaban jaulas que iban desde el suelo hasta el techo, cada una lo bastante grande para albergar tres locomotoras una al lado de la otra. Lena observó horrorizada que las jaulas estaban llenas de hombres, mujeres y niños sentados en bancos, caminando de un lado a otro o rezando. Los niños lloraban y los hombres suplicaban a los soldados que pasaban que los dejaran salir y les hacían preguntas que nadie contestaba.

Lena sintió que le atenazaba el pecho un nuevo temor. ¿Iban a encerrarlas a ella y a las demás mujeres en una jaula? ¿Por qué? ¿Y durante cuánto tiempo? Examinaba cada rostro, buscaba rasgos familiares, comprobaba cada grupo de jóvenes para ver si su hermano se encontraba entre ellos y llamaba a *Mutti* y a Enzo a gritos. Pero su familia no estaba en ninguna parte. Se adentraron más en la sala, dieron la vuelta a una esquina y se acercaron a un hombre vestido con un traje hecho a medida que estaba hablando con otro agente de inmigración. Cuando los hombres vieron que el grupo de mujeres se acercaba, se hicieron a un lado, pero no interrumpieron su conversación.

—Admitir a inmigrantes con deficiencias mentales en los Estados Unidos golpea justo en las raíces de la existencia de nuestra nación —declaraba el hombre del traje—. Hemos de proteger nuestro país de la expansión de este veneno. En especial, debemos protegernos de los judíos, que son inmorales y endógamos en demasía, y sabemos que sus defectos se deben casi en su totalidad a su herencia genética. Tenemos que esforzarnos al máximo para identificar a aquellos que parezcan, incluso remotamente, deficientes o retrasados mentales. Y a los niños hay que examinarlos de forma mucho más minuciosa. También tendríamos que negarles la entrada a cualquier puerco italiano y a los hebreos rusos. Ya tenemos suficiente suciedad, miseria, delincuencia y muerte en nuestro país como para permitir que nos impongan aún más.

—Pero, comisionado Williams —argumentó el agente—, no podemos

pretender que una sola prueba o procedimiento nos dé resultados que, de forma automática, lleven a un diagnóstico. No podemos esperar que un pobre granjero que ha estado viviendo en una choza nombre todas las cosas que ve aquí, porque nunca las ha visto ni ha oído hablar de ellas. Muchos de estos inmigrantes proceden de países pobres. Han dejado atrás a sus parientes y amigos, han soportado un viaje largo y han sufrido muchas penalidades. Han venido aquí para empezar una vida nueva. No cabe duda de que su comportamiento lo han moldeado todas esas circunstancias.

—Puede que sea así, pero no es problema nuestro y, por tanto, no tenemos por qué solucionarlo. Tenemos que preocuparnos de las enfermedades que esas personas asquerosas traen a nuestro país. Los asiáticos tienen tuberculosis y los españoles transmiten la viruela y la fiebre amarilla. Y, como usted sabe, la mayoría de los judíos padecen cólera.

A Lena le costaba entender todo lo que esos hombres decían, pero el significado quedaba claro. El agente de inmigración comprendía que cada persona procedía de entornos diferentes, mientras que el hombre del traje pensaba que podía medir la inteligencia de las personas por su apariencia y que la mayoría de los inmigrantes eran sucios y portaban enfermedades. ¿Podía ser esa la razón de todos los interrogatorios y los reconocimientos médicos? ¿Esa era la razón por la que arrancaban a los niños de los brazos de su madre? ¿Era la razón por la que metían a las personas en jaulas? Ardió en deseos de gritarle, de decirle que seguramente iría al infierno por tratar a sus congéneres sin un ápice de decencia o compasión. Pero Lena no era nada para él, solo otra inmigrante asquerosa. A él no le importaría nada de lo que dijera. Y tenía que pensar en Ella. En su situación, buscarse problemas no iba a ayudar. Aun así, comenzó a caminar más despacio, tentada de decirle lo que pensaba, hasta que uno de los guardias le gritó para que siguiera avanzando.

Al otro extremo del pasillo se abrió una puerta y salió al pasillo un hombre con traje blanco que iba empujando una camilla sobre la que habían atado a una pequeña. Lo seguía una mujer que llevaba un vestido bordado, la cabeza cubierta por una *babushka* y se tapaba la boca con un pañuelo. La niña lloraba histérica, llamaba a su madre y se esforzaba por liberarse. El hombre de blanco guio la camilla hacia el final del pasillo y pasó por una puerta sobre la que se veía un letrero con letras mayúsculas: «AL HOSPITAL». La mujer iba detrás, sacudía los hombros al llorar de pena.

Sin previo aviso, uno de los inspectores sacó a Lena de la fila y la hizo pasar a

una habitación del tamaño de un despacho antes de cerrar la puerta tras ella. Banderas en miniatura de diferentes países y fotografías de hombres trajeados llenaban la pared trasera. Dos agentes de inmigración levantaron la vista hacia ella desde detrás de una mesa alargada, uno tenía las mejillas picadas y el otro un bigote que parecía un cepillo para limpiar botellas. La ansiedad hizo que se le acelerara la respiración. ¿Se había metido en un lío? ¿Tenían malas noticias? El agente de las mejillas picadas le ordenó que tomara asiento. Ella obedeció y, con manos temblorosas, se sentó a Ella sobre las rodillas. El agente del bigote la miraba con expresión carente de emoción.

—¿Sabe hablar inglés o tengo que llamar a un intérprete? —preguntó con tono neutro.

Lena asintió.

—Hablo... hablo inglés.

Él posó la mirada en su sujetapapeles y luego volvió a dirigirse a ella.

—¿Cuáles son su nombre y su número?

—Magdalena Sofía Russo Conti. Número 527.

—¿Y esta es su hija?

—Sí.

—¿Cuál es su lengua materna?

—Alemán.

Marcó algunas casillas en su hoja de papel mientras el agente de las mejillas picadas examinaba un montón de tarjetas antes de tenderle una de ellas al agente del bigote.

—¿Habla algún otro idioma?

—Un poco de italiano.

—¿Sabe leer y escribir en su lengua materna?

—Sí.

El agente del bigote le dio la tarjeta.

—Lea esto en silencio, por favor.

En alemán, la tarjeta decía: «Cuando termine de leer esta tarjeta, por favor, tome el lápiz que se encuentra sobre la mesa frente a usted y déselo al agente de inmigración. Esto demuestra su habilidad para leer».

Soltó la tarjeta, tomó el lápiz y se lo dio al hombre.

—Muy bien —asintió el agente del bigote. Marcó otra casilla en su documento antes de depositar delante de ella un rectángulo de madera basta junto con unas piezas también de madera en forma de estrellas, círculos, cuadrados y triángulos

—. Ahora complete este puzle.

Su hija alargó la mano hacia el puzle y Lena la contuvo sujetándole los bracitos con una mano. Con la mano libre, colocó a toda prisa las piezas en su sitio al tiempo que se preguntaba si pensaban que era una niña. Su Ella podría haberlo completado igual de rápido si se lo hubiera permitido.

—¿Cuánto son dos más tres más cinco? —inquirió el agente de las mejillas picadas.

Lena cerró los ojos, desesperada por recordar los números en inglés. Las matemáticas nunca se le habían dado demasiado bien. Contó con los dedos, presionándolos de uno en uno contra su pierna. Una, dos y tres veces para asegurarse.

—Señorita Conti —insistió el agente del bigote—, ¿entiende la pregunta?

Abrió los ojos.

—Diez —dijo. Rezó para que fuera correcto.

Él asintió.

—Ahora dígame, ¿es mejor barrer una escalera sucia de arriba hacia abajo o de abajo hacia arriba?

Ella frunció el ceño. ¿Qué clase de pregunta trampa era esa? ¿Les harían esas preguntas a Enzo y a *Mutti* también? Darían la respuesta correcta a la pregunta sobre barrer, pero a Enzo se le daban los números mucho peor que a ella. Y ya le habían marcado el abrigo con una X porque el primer agente de inmigración con el que hablaron pensó que era... ¿Cómo lo había llamado? ¿Deficiente mental?

A pesar de los nervios, empezó a indignarse. Tanto ella como su familia eran buenas personas. Y tal vez Enzo no fuera el muchacho de catorce años más inteligente del mundo, pero era amable y divertido, y trabajaba duro. No eran delincuentes ni alborotadores ni idiotas. Y sin duda no eran veneno, como había dicho el hombre del pasillo.

—No he viajado hasta aquí para ponerme a barrer escaleras.

Para su sorpresa, el agente del bigote sonrió. Entonces se recompuso y volvió a ponerse serio.

—¿Cuál es su respuesta, por favor? —insistió.

—Desde arriba hacia abajo —contestó ella.

Marcó otra casilla en el papel.

—Si tuviera tres caballos, dos vacas y cinco ovejas, ¿cuántos animales tendría?

—Si fuese así de rica, no habría venido a los Estados Unidos.

Esta vez el hombre del bigote soltó una carcajada, pero el agente de las mejillas

picadas le lanzó una mirada severa y se recompuso.

—Puede que sea cierto, pero necesito que me responda. Tres caballos, dos vacas y cinco ovejas, ¿cuántos animales son?

—Diez —afirmó ella—. Y ustedes dos y nosotras dos somos cuatro.

El agente de las mejillas picadas frunció el ceño con indignación.

—Esto no es un juego, señorita Conti. Su futuro depende de su respuesta a nuestras preguntas. —Habló con voz dura—. ¿Estas palabras significan lo mismo o lo contrario? «Mojado» y «seco».

Antes de que pudiera responder, la puerta se abrió y otro agente se asomó a la habitación.

—Vengo a recogerlas para llevarlas a la isla Hoffman —declaró.

De repente los agentes se levantaron y dieron unos pasos atrás. Tenían el miedo reflejado en el rostro. Lena se los quedó mirando boquiabierta. ¿Por qué, de repente, parecían tenerle miedo?

—Puede marcharse —autorizó el agente del bigote.

—Venga conmigo —le indicó el agente del umbral antes de abrir la puerta del todo y dar un paso atrás.

Lena se puso de pie.

—¿Qué pasa? —preguntó—. ¿A dónde nos lleva?

—A la planta despiojadora —respondió el agente.

---

[1] N. de la Ed.: En alemán, 'mamá'.

[2] N. de la Ed.: En alemán, 'padre'.

CAPÍTULO 2

La barcaza cargada de mujeres y niños asustados y confusos avanzaba despacio. Apoyada contra la barandilla, Lena sujetaba a Ella, que dormía sobre su pecho, y miraba con ojos entrecerrados hacia la barcaza que iba detrás de ellos mientras se alejaban de la isla de Ellis. Rezaba por ver algún rastro de *Mutti* o de Enzo. Durante un segundo eufórico le pareció ver a una mujer mayor y a un chico alto que podrían haber sido su madre y su hermano, pero estaban demasiado lejos como para distinguir sus rasgos. En cualquier caso, se dijo que eran ellos y que se reunirían cuando llegaran a la isla Hoffman. Tenía que creerlo. Si no, ¿cómo iba a volver a encontrarlos?

Antes, mientras buscaba a *Mutti* y a Enzo por la barcaza en la que se encontraba, había preguntado a otras mujeres que hablaban alemán si habían visto a una mujer mayor con un muchacho alto y de cabello oscuro, y si sabían qué era una planta despiojadora o por qué las llevaban allí. Todas sacudieron la cabeza, a excepción de una joven pálida que vestía una blusa de cuello alto y zapatos de cuero impecables. A juzgar por su ropa y su peinado, parecía demasiado rica para haber viajado en tercera clase.

—«Despiojar» significa librarse de los *Läuse,* piojos —explicó.

—Pero yo no tengo piojos —apuntó otra mujer—. Y mis hijos tampoco.

Varias otras intervinieron.

—Nosotros tampoco tenemos.

—Claro que no.

—Si tenemos piojos, los habremos pillado en el barco.

—Les preocupa el tifus —detalló la mujer pálida—. Quieren asegurarse de que eliminan los piojos. —Tenía una voz clara y serena. Usaba el dialecto alto alemán, diferente del dialecto del sur que hablaban Lena y su familia.

—*Danke* por explicárnoslo —le agradeció Lena—. ¿Sabe cómo van a hacerlo?

Todas se quedaron mirando a la mujer, ansiosas, a la espera de su respuesta, pero

negó con la cabeza.

—Lo siento, no lo sé con seguridad. Podrían usar polvos o Zyklon B.

Una de las mujeres soltó una exclamación.

—Pero el Zyklon lo prohibieron después de la guerra.

La otra se encogió de hombros.

—Ustedes preguntan, yo respondo. Ahora, por favor, déjenme en paz. Perdí a mi hijo en el barco y a mi marido lo han ingresado en el hospital de la isla de Ellis. No deseo seguir hablando.

—*Ach, Gott* —se lamentó Lena—. Siento mucho su pérdida.

Las otras mujeres también ofrecieron sus condolencias, pero la pálida permaneció en silencio con la vista fija en el mar. Todas intercambiaron miradas de lástima compartida antes de volver a centrarse en ellas mismas, preocupadas por sus propias tribulaciones.

Lena bajó la mirada hacia las olas que golpeaban contra el casco de la barcaza, incapaz de creer que estuvieran embarcadas de nuevo. Con suerte sería un viaje corto y *Mutti* no volvería a sufrir mareos. Pero, claro, si a los inspectores y a los médicos les preocupaba el tifus, marearse en un barco sería la menor de sus preocupaciones. ¿Habían recorrido todo ese camino para perder la vida por una enfermedad? No, se negaba a pensarlo siquiera. Tenía que creer que despiojarlas solo era una precaución y que algún día todo eso le parecería un mal sueño.

Al mirar más allá del puerto, al entramado de rascacielos de Manhattan, una sensación extraña se apoderó de ella, una mezcla confusa y desagradable de nostalgia y celos que le hacía envidiar a las personas que ya vivían y trabajaban en la ciudad, que tenían sus rutinas y se sentían en casa entre las aceras y los edificios, que dormían en camas que les eran familiares y miraban por ventanas reconocibles. Qué no habría dado por volver a sentir esa sensación de hogar, por experimentar la comodidad de la rutina mundana, por caminar por calles de adoquines desgastados y callejones que llevaban hacia personas y lugares bien conocidos: el mercado; la catedral gótica en la plaza del pueblo; la casa de su mejor amiga, Ingrid...; por saber a qué lugar pertenecía. Bien era cierto que la vida en Alemania había sido difícil, pero en ese instante se sentía perdida y a la deriva. Cualquier sensación de normalidad había sido destruida y lanzada a los cuatro vientos.

Cuando la barcaza pasó junto a la Estatua de la Libertad, se le formó un nudo ardiente en la garganta. ¿Cómo era posible que, solo unas horas antes, la visión de la gran escultura la hubiera llenado de tanta esperanza? Pero en esos momentos, al

contemplar la figura simbólica y la bandera estadounidense que ondeaba a su lado, le dolía el corazón de tristeza y de miedo. Parecía que aquello de «dadme a vuestros rendidos, a vuestros pobres» se refería en realidad solo a aquellos que ni estaban rendidos ni eran pobres. Parecía que significaba que si alguien necesitaba ayuda, si se le juzgaba ignorante o enfermo, las puertas que llevaban a la libertad se le cerrarían.

Se retiró de la barandilla y examinó el barco abarrotado en busca de un lugar donde sentarse. Necesitaba descansar y Ella le pesaba más a cada segundo. Pero todos los bancos estaban ocupados, cada asiento repleto de mujeres y niñas que mostraban en el rostro las mismas arrugas de agotamiento y angustia. Al no ver ningún asiento libre, Lena se quitó el zurrón, se sentó en el suelo mohoso de la barcaza y se apoyó contra la fría pared de acero, indiferente a la suciedad y a la grasa que le manchaban el abrigo y el vestido. Con un brazo alrededor de su zurrón y con Ella dormida sobre el pecho, cerró los ojos e intentó dormir, pero el golpeteo constante del potente motor hacía vibrar todo el barco, latiendo a la par que su pulso palpitante, y convertía todos sus pensamientos en algo más intenso y urgente, cada latido de su corazón era una bomba a punto de explotar.

Y, además de todo eso, tenía el estómago encogido por el hambre. Habría dado cualquier cosa por una rebanada de pan de centeno y un poco del *leberwurst* que *Mutti* había llevado para el viaje a los Estados Unidos. Por desgracia, esa comida solo había durado unos días, aun cuando *Mutti* no había sido capaz de ingerir nada, y el único alimento que habían consumido en el barco habían sido raciones escasas de sopa tibia, ternera fibrosa y arenques. Al recordar el olor repugnante del pescado, Lena se preguntó si alguna vez volvería a ver *leberwurst*. Pero en esos momentos se hubiera conformado con los arenques.

Cuando la barcaza al fin se fue deteniendo, un rato después, las mujeres alargaron el cuello para ver dónde estaban atracando. Lena se puso en pie con esfuerzo para no despertar a Ella y miró hacia la proa del barco. Allí delante, las olas rompían en la orilla rocosa de una islita dominada por un edificio enorme de dos plantas con varias alas y una docena de chimeneas. En la estructura se alineaban puertas y ventanas arqueadas, algunas cerradas con ladrillos y marcadas con letras X gigantescas trazadas con pintura blanca. Dos chimeneas, una cuadrada y otra redonda, se elevaban muy por encima de un depósito metálico de agua.

Parecía una prisión. O un hospital.

Las palabras que había oído en la isla de Ellis le resonaron en la cabeza.

«Deberíamos negar la entrada a todos los sucios...».

Tal vez en la isla Hoffman los estadounidenses no se deshicieran de los piojos, sino de la gente. Quizá las iban a encerrar para siempre, o algo peor. Pero no..., tenía que dejar de albergar esos pensamientos espantosos. Los estadounidenses intentaban detener la propagación de una enfermedad peligrosa, no era más que eso. En todo caso, tendría que estarles agradecida por ser tan precavidos. Solo que cada vez le resultaba más difícil experimentar gratitud, en especial porque se sentía una persona poco grata.

Una vez la barcaza hubo atracado, unos guardias uniformados ordenaron a las mujeres y a los niños que desembarcaran, mientras que otros comprobaban las tarjetas de identificación y escribían el número de los pasajeros en su equipaje.

—Cuando hayamos marcado su equipaje con su número de pasajero —gritó un guardia—, déjenlo en el muelle. Desde ahí lo trasladarán a las cámaras de fumigación, donde será expuesto al proceso de cianuro al vacío para la destrucción de cualquier plaga que contenga. No abriremos su equipaje y la exposición se habrá completado en una hora u hora y media. Durante ese tiempo, a ustedes las enviaremos a las cámaras de despioje, donde les proporcionarán más bolsas para sus objetos valiosos y otras prendas.

Las mujeres y los niños intercambiaban miradas de confusión y expresaban preguntas temerosas en una cacofonía idiomas. «¿Cámaras de fumigación?», «¿proceso de cianuro al vacío?», «¿plagas?». ¿Qué significaban esas palabras? Lena examinó la muchedumbre en busca de la mujer pálida, pues tenía la esperanza de que pudiera ayudar, pero no se la veía por ninguna parte y los guardias habían ordenado que todo el mundo se dispusiera en filas. Miró por encima del hombro para ver si la otra barcaza había atracado ya y rezó para que *Mutti* y Enzo estuvieran a bordo, pero seguía demasiado lejos como para distinguirlos.

Cuando todo el equipaje estuvo marcado y colocado en el muelle, los guardias llevaron a las pasajeras hacia una zona cercana del edificio y las hicieron pasar a un pasillo amplio de cemento como si estuvieran pastoreando ganado. Al final del pasillo, unos médicos militares con mascarillas, situados delante de unas pesadas puertas dobles, les ofrecían unas bolsas de arpillera mientras los intérpretes gritaban en inglés y en otros idiomas.

—Tienen que quitarse toda la ropa y colocarla dentro de las bolsas. Mientras estén ustedes dentro de las cámaras, se introducirán sus prendas por un conducto en la sala de fumigación, donde también se verán expuestas al proceso del cianuro.

Estupefactas y horrorizadas, las mujeres se miraban con ojos frenéticos y hacían más preguntas para las que nadie tenía respuesta. ¿Esperaban que se desnudaran delante de esos hombres?, ¿delante de todo el mundo? «Esto no puede estar pasando», pensó Lena. Ni siquiera el padre de Ella la había visto completamente desnuda. ¿Y qué pasaba con los niños? ¿Qué pasaba con la pobre Ella? ¿También tenía que desnudarla?

—Suéltense el pelo para que podamos lavárselo a conciencia —indicó el intérprete.

Una pelirroja fornida se negó con vehemencia a cooperar. Se dio la vuelta para dirigirse a la salida del edificio. Dos guardias la sujetaron por los brazos y la devolvieron a la fila de un empujón.

—¡Hagan lo que se les dice! —gritó un médico—. ¡O las dejaremos en cuarentena por tiempo indefinido!

Confusas y asustadas, las mujeres se quitaron sombreros y pañuelos de la cabeza, se deshicieron trenzas y moños, y se retiraron los peinecillos del pelo. Lena hizo lo mismo, deshizo su única trenza con una mano para permitir que la melena larga le cayera libre por la espalda. Las madres desvistieron a sus bebés y a sus niños mientras les decían que todo iría bien, pero el rostro preocupado traicionaba las palabras. Algunos niños mayores comenzaron a llorar, mientras que otros miraban a su alrededor con mirada nerviosa. Cuando terminaron con sus hijos, las mujeres se desabrocharon la ropa de abrigo y se desataron el corpiño, se desabotonaron la blusa y se quitaron la ropa interior con el rostro rojo de vergüenza. Muchas gimoteaban y comenzaban a llorar mientras los médicos marcaban las bolsas de la ropa con su número y los guardias recogían zapatos, cinturones y zurrones.

—Sus posesiones de cuero serán tratadas con gasolina y aceite —anunciaron los intérpretes—. Estos tratamientos matarán a los piojos y las liendres que contagian enfermedades.

Mientras Ella lloraba a sus pies, Lena se quitó los gastados zapatos de cuero junto con el cinturón hecho a mano que le sujetaba la falda sobre el vestido y se los dio a un médico. Se quitó el abrigo y las varias capas de ropa que llevaba debajo, junto con la bolsita del dinero, el sujetador, la camisola de algodón y las bragas. Desnuda, desvistió a Ella. Le quitó con cuidado el abrigo y el suéter, los dos vestidos que llevaba debajo, sus medias de lana y sus zapatitos, y, para terminar, el pañal empapado. Agotada, muerta de hambre y helada, Ella lloró hasta moquear y hasta que la respiración se le entrecortó en el pecho huesudo.

—Calla, *mein Engel* —la calmó Lena—. Estoy aquí. Todo va a salir bien.

Pero mientras lo decía se preguntaba si de verdad se lo creía. Pero eso era lo que hacían las madres, ¿no? Consolar a sus hijos hasta el último segundo, hasta que ya no se podía negar que nada iba bien.

Tras envolver la bolsita del dinero dentro de las prendas interiores y meter su ropa dentro de la bolsa de arpillera, se lo dio todo a un médico, quien marcó la bolsa con su número y le dijo que se la devolverían más tarde. Entonces volvió a tomar a Ella en brazos, le abrazó el cuerpecillo contra los pechos desnudos e intentó darle calor aunque le castañeteaban los dientes por los nervios y la humillación.

Cuando todo el mundo estuvo desnudo se quedaron allí, cientos de personas desnudas que temblaban de frío y miedo, como algo salido de una pesadilla, con los ojos muy abiertos y la barbilla temblorosa. Mujeres jóvenes, ancianas, gordas y delgadas, y niños se mezclaban mientras se preguntaban qué iba a pasar a continuación. Entonces los médicos militares las arrearon para que entraran en una sala de cemento sin ventanas. Una multitud de boquillas como de manguera sobresalían del techo y desagües de metal cubrían el suelo. Algunas mujeres se abrazaban sollozantes, sus llantos desolados retumbaban en la sala hueca. Varias permanecían en silencio, mientras que otras rezaban o lloraban.

Lena quería que las mujeres se callasen, que dejaran de asustar a los niños y que no empeorasen una situación que ya era espantosa de por sí. Al mismo tiempo, no le sorprendía que algunas de las mujeres estuvieran al borde de la histeria. Tras pasar días interminables en las entrañas de un barco que a veces les había parecido que estaba a punto de irse a pique y desaparecer bajo las olas, días seguidos de una bienvenida nada amistosa e interrogatorios intensos en la isla de Ellis, era fácil que esas mujeres desesperadas imaginaran que, de algún modo, se estaban deshaciendo de ellas, sobre todo porque las estaban tratando como a animales de camino al matadero.

Lena cerró los ojos y le sujetó la cabeza a Ella con la barbilla para cubrirle la naricita y la boca con las manos y el pelo. Otras mujeres también abrazaban a sus bebés y a sus niños con los ojos clavados en las boquillas del techo. Cuando los médicos hubieron metido a la última mujer en la sala fría y húmeda sala, cerraron las puertas y echaron el pestillo. Temblorosas, las mujeres se miraron con estupefacción y esperaron. Se oyó un chirrido metálico. Las tuberías retumbaron. Y entonces las duchas se abrieron. Una mujer chilló. Otras corrieron hacia la puerta.

El líquido que salía de las duchas olía a producto químico, como a una mezcla de gasolina y jabón de sosa. Lena notó que le ardían los ojos y las fosas nasales, y empezó a toser. Bajó la cabeza para esforzarse en proteger a Ella hasta que aquello acabase. La pequeña gritaba histérica, igual que muchos otros niños y mujeres. Al cabo de unos minutos, el olor desapareció y cayó agua limpia sobre ellos. La sala se llenó de suspiros de alivio y risas débiles. Lena enjuagó a Ella con el agua fría, empezando por la cara, los ojos y la boca.

Después se abrieron las puertas y se les ordenó que salieran de una en una. Lena se puso de puntillas para intentar ver a dónde las llevaban, pero cabezas mojadas y hombros pálidos le bloqueaban la vista. Al fin se acercó más a la salida, donde dos enfermeras paraban a cada mujer para rociarle el pelo con algo. ¿Por qué necesitaban rociarlas con más productos químicos? Lo que Lena quería era secar a Ella y vestirla antes de que se acatarrase. Pero no ganaba nada desobedeciendo. Cuando le llegó el turno, una enfermera le indicó que dejara a su hija en el suelo y que levantase los brazos. Empapada y temblorosa, Lena hizo lo que le decían y levantó los brazos mientras Ella temblaba y chillaba en el suelo. La enfermera le impregnó las axilas con una mezcla de olor volátil que le escoció en la piel y que hedía a queroseno o aguarrás.

—Abra las piernas —le ordenó la enfermera.

—¿Perdone?

—Hay que rociar la zona púbica para matar a las liendres.

Mortificada, Lena obedeció con el rostro rojo de vergüenza.

Cuando la enfermera terminó de rociarle la mezcla entre los muslos, le dijo:

—Tengo que tratarle el cabello también. A menos que quiera que se lo cortemos, como hacemos con los hombres.

Lena negó con la cabeza. Le castañeteaban los dientes. Tenía el pelo marrón chocolate más sucio que nunca; cuando estaba limpio y se lo rizaba con tiras de tela era lo único que le gustaba de su físico. Aparte de eso, tenía la nariz demasiado grande, las cejas demasiado espesas, los labios demasiado gruesos. Y esas personas ya le habían arrebatado bastante: su intimidad, su dignidad, sus esperanzas, tal vez hasta a su madre y a su hermano. No permitiría que le quitaran su pelo.

—No, no me lo corte.

—Entonces dese la vuelta.

Mientras Ella continuaba llorando en el suelo, Lena cerró los ojos y esperó a que terminara con la aplicación de la tintura. Intentó no encogerse cuando la

enfermera separó el pelo por mechones y la mezcla aceitosa le golpeó el cuero cabelludo.

—El pelo de la niña también —indicó la enfermera.

Lena volvió a levantar a Ella y le tapó la cara con una mano mientras la enfermera le impregnaba el suave pelo rubio con aquella mezcla fétida. La niña chilló y se retorció para intentar escapar, y Lena odió cada segundo del proceso. Por suerte, acabó enseguida. Cuando terminaron de tratarlas, Lena abrazó a Ella con fuerza, le frotó la piel para darle calor y siguió al resto de las mujeres a la sala siguiente, donde las bolsas numeradas con su ropa las esperaban tras haber pasado por la sala de fumigación. Cuando encontró la suya, la abrió de un tirón y sacó su ropa, ansiosa por vestirse y dejar ese lugar atrás. Se arrodilló junto a Ella y comenzó a vestirla con una camiseta interior, pero enseguida se apartó. La ropa apestaba a desinfectante. Las sacudió para intentar airearla, pero el olor permaneció. Y la pobre Ella tenía ya los labios casi azules. Con rapidez, colocó la ropa sobre la piel húmeda de Ella y luego se vistió ella también, envolvió a Ella en el chal rojo y se la ató al pecho.

En el otro extremo de la habitación, enfermeras e intérpretes gritaban instrucciones en varios idiomas.

—Cuando hayan recogido sus pertenencias, salgan y regresen a la barcaza. Las llevarán de vuelta a la isla de Ellis.

Lena encontró sus zapatos y su cinturón dentro de la bolsa de los objetos de cuero, se los puso y se dirigió hacia las enfermeras y los intérpretes, zigzagueando entre la muchedumbre de mujeres y niños a medio vestir, saltando sobre zapatos y esquivando brazos y mangas de abrigos que surgían por doquier. Cuando oyó a una enfermera hablar alemán, se acercó a ella y le preguntó:

—¿Dónde está la gente del otro barco? Estoy buscando a mi madre y a mi hermano.

—A todas las personas de la segunda barcaza las han puesto en cuarentena —dijo la enfermera.

Lena sintió que un nudo ardiente le cerraba la garganta.

—¿Cuánto tiempo pasarán así?

Antes se había convencido de que *Mutti* y Enzo estaban en la otra barcaza, pero ahora rezó por haberse equivocado. Sin duda, los médicos de la isla de Ellis se habrían percatado de que *Mutti* se estaba recuperando del duro viaje. Sin duda, habrían reconocido que tanto ella como Enzo estaban sanos y eran fuertes.

—Hasta que dejen de ser contagiosos —detalló la enfermera—. Pueden ser

semanas o meses, o incluso años, si no se les puede dar el alta o deportarlos. Y eso si sobreviven.

CAPÍTULO 3

De vuelta al edificio de ladrillos con torreones de la isla de Ellis, Lena volvió a colocarse en una fila con su agotada hija atada al pecho, el pelo grasiento goteando por la espalda y el zurrón fumigado colgándole de la muñeca como un animal inerte. Por desgracia, la brisa del océano no había conseguido eliminar el hedor del despioje de sus prendas mientras iban en la barcaza, pero al menos ya solo llevaba una capa de ropa debajo del abrigo y no cuatro. Y había podido retirar la mayor parte del aceite del fino cabello de Ella antes de que le goteara en los ojos. Con suerte no se habría estropeado ninguna de sus prendas, podría lavarlo todo en cuanto llegaran a su destino. No era que poseyese mucha ropa, pues su zurrón solo contenía las blusas y el suéter de lana que había vestido antes, un vestido extra, un camisón de dormir, ropa interior, una falda que su difunta abuela había bordado a mano y la ropa de Ella, claro, pero lo último que quería era tener que gastar dinero en tela para prendas nuevas.

Alargó el cuello para buscar a *Mutti* o a Enzo, pues seguía confiando en que no los hubieran puesto en cuarentena en la isla Hoffman y en que siguieran esperándola en algún lugar del edificio. Los mostradores de inspección ya albergaban a menos inmigrantes, pero su madre y su hermano no estaban por ninguna parte. Más adelante, agentes de inmigración procesaban a aquellos procedentes de la planta de despioje, al grupo hediondo de mujeres y niños traumatizados que parecían haberse bañado en aceite. Cuando al fin le llegó el turno, Lena tuvo que repetir su nombre y el de Ella, así como su número, por enésima vez, o eso le pareció. El agente tras el mostrador tomó sus tarjetas, las estudió un instante, encontró el nombre de ambas en un listado e hizo una marca.

—He venido en el barco con mi madre y mi hermano, pero no consigo encontrarlos —explicó ella—. ¿Puede ayudarme, por favor?

—Dígame cómo se llaman —solicitó el inspector.

—Katrina Paulina Conti, número 528, y Enzo Nikolas Conti, número 529.

El agente recorrió la lista con un dedo antes de sacudir la cabeza:

—Lo siento, pero ambos serán deportados.

Lena se quedó paralizada durante un segundo. No podía respirar. Lo que le decía no era cierto, no podía serlo. Quizá no le hubiese entendido bien.

—Perdone —insistió—, ¿ha dicho que serán deportados?

—Sí. Los retendremos aquí, en la isla, hasta que podamos enviarlos de vuelta a Alemania en el próximo barco.

Abrió la boca para hablar, pero no produjo ningún sonido. El hombre tenía que estar equivocado. Se equivocaba. Entonces sacó la voz al fin, temblando con rabia contenida, ronca de miedo.

—Pero ¿por qué? No hay motivos para enviarlos de vuelta.

—Enzo Conti, número 529, ha sido declarado deficiente mental. Por lo tanto, se le ha negado la entrada en los Estados Unidos.

Lena sacudió la cabeza mientras miles de pensamientos le surcaban la mente, intentando recordar lo que significaba «deficiente mental». El agente que le había marcado el abrigo a Enzo con una X había dicho que quería decir «idiota» y «tarado», pero esas palabras también le resultaban confusas.

—No sé qué significa «deficiente mental».

—Según este informe —detalló el agente—, Enzo Conti es lento, subnormal. Carece de capacidades mentales y acabará siendo un delincuente o un criminal por el hecho de que no tiene inteligencia suficiente para ser un miembro productivo de nuestra sociedad.

Lena volvió a negar con la cabeza. Más palabras grandilocuentes. Pero comprendió «lento», «no tiene inteligencia suficiente» y «delincuente».

—¡Eso no es cierto! ¡No le pasa nada malo y no es ningún delincuente!

—Lo siento. No podemos permitirles la entrada en el país a aquellos que no pasan nuestras inspecciones. El único modo de preservar la pureza de los estadounidenses es limitar la afluencia de personas nacidas con sangre inferior.

—Pero mi hermano es joven aún —argumentó ella—. ¡Un niño! —Estaba a punto de ponerse a chillar—. Está aprendiendo a hablar inglés. ¡No puede saber todas las respuestas a sus preguntas!

—Sí, es demasiado joven para que lo enviemos de vuelta solo, de modo que su madre tiene que acompañarlo.

—*Nein* —se desesperó Lena—. *Nein!* Han cometido un error. Enzo está sano y es fuerte. No ha hecho nada malo. —Se inclinó sobre el mostrador para intentar

ver el manifiesto—. Por favor, vuelva a mirar. Tal vez haya comprobado los nombres equivocados.

El agente apiló las páginas con gesto irritado.

—Le aseguro que he mirado los nombres correctos.

—Pero no puede enviar a mi familia de vuelta —lloró—. No tienen nada en Alemania. ¡Ni trabajo, ni casa, ni dinero!

—¿Prefiere que ingresemos a su hermano en nuestro pabellón de psiquiatría?

Lena sintió que la respiración se le volvía superficial y rápida. No tenía ni idea de lo que le estaba hablando, pero no sonaba bien.

—No sé qué es eso.

—Es un hospital para los idiotas, los locos y los epilépticos. Si ingresan a su hermano allí, nunca saldrá. No se puede ayudar a la gente como él.

Lena sintió que la sala daba vueltas a su alrededor.

—Pero ya le he dicho que no le pasa nada malo.

El agente se encogió de hombros.

—No es decisión mía. No soy médico y no marco las reglas.

Se le llenaron los ojos de lágrimas al oír esas palabras.

—Entonces debe enviarme de vuelta a Alemania también. Mi hija y yo no podemos quedarnos solas en los Estados Unidos. No podemos.

Pero mientras pronunciaba las palabras, una sensación nauseabunda en el estómago la hizo percatarse de que no podían volver a Alemania. Si lo hacían, su hija pasaría hambre. Y ella había recorrido todo ese camino para asegurarse de que eso no volviera a suceder. Sus propios miedos y deseos no importaban ya.

—¿Tiene dinero suficiente para el billete de vuelta? —quiso saber el agente.

La joven negó con la cabeza.

—Entonces me temo que será imposible que regrese hasta que lo consiga. La compañía naviera es culpable de enviar personas defectuosas y por eso cubre el pasaje de los inmigrantes que son deportados. Usted tiene un patrocinador aquí, ¿verdad? Alguien que le ha prometido un trabajo.

Se tragó el pánico que le subía por la garganta y bajó la vista hacia Ella. Si contaba la verdad, si confesaba que los trabajos que les habían ofrecido solo eran para *Mutti* y Enzo y que el patrocinador no tenía ni idea de que ella también iba, el agente la deportaría sin contemplaciones. Y su hijita sufriría las consecuencias. No tenía elección. Tenía que quedarse.

—Sí, tendré trabajo.

—Entonces ya ha recibido la aprobación para entrar en el país —le anunció el

agente. Se inclinó hacia delante y señaló un pasillo a su izquierda—. Diríjase hacia la casa de cambio. Después, vaya hacia la Puerta de los Besos, la zona entre los dos pilares gigantescos al final del gran vestíbulo. Su patrocinador tendría que estar esperándola allí. Él tendrá que firmar una serie de documentos antes de que le permitamos la entrada legal. —Le selló la tarjeta y se la devolvió—. Bienvenida a los Estados Unidos. —Enseguida miró por encima del hombro de Lena a la mujer que iba detrás de ella—. Siguiente.

Lena se negó a moverse.

—Primero quiero ver a mi familia.

Él le lanzó una mirada irritada.

—Muévase o los enviaré a usted y a su hermano al pabellón psiquiátrico.

—Por favor —suplicó—. Usted tiene madre, ¿a que sí? ¿Tal vez un hermano también? Por favor. Dígame dónde están. Solo deseo despedirme de ellos.

El agente la observó durante una eternidad antes de suspirar con fuerza y señalar a la derecha.

—Las celdas de detención están por ahí. Vaya al despacho del funcionario y dígale a quiénes está buscando. Pero no le hará ningún bien. No puede cambiar las reglas.

—Gracias.

Se apresuró a ir en la dirección que le había indicado. No podía permitir que enviaran de vuelta a *Mutti* y a Enzo. Tenía que evitar como fuera que eso sucediese. Tenía que demostrarles a los inspectores estadounidenses que serían ciudadanos buenos y productivos.

Cuando llegó al despacho, el funcionario, un hombre de rostro inexpresivo, levantó la vista del escritorio. Resultaba obvio que no se compadecía de sus peticiones frenéticas de ayuda. Tras rebuscar en un montón de papeles, hizo una llamada telefónica, balbuceó los nombres de *Mutti* y Enzo, y le dijo que continuara por el corredor, girase a la derecha y siguiera el pasillo hasta el final. Recorrió todo el camino corriendo, rezando para que no fuera demasiado tarde y rodeando con los brazos a Ella, que le rebotaba contra el pecho.

Al final del pasillo, una pared de malla gruesa con una puerta cerrada con un candado cubría una entrada amplia y la convertía en un espacio en penumbra. Era otra jaula. Lena se aferró a la puerta de malla, metió los dedos por las aberturas y miró aquella habitación enorme. Había todo un surtido de inmigrantes; hombres y mujeres, jóvenes y niños, sentados sobre literas de madera y camastros bajos, dormían, jugaban a las cartas o hablaban. Algunos se paseaban, mientras que

otros permanecían quietos y en silencio con expresión ausente.

Sacudió con fuerza la puerta de la jaula, desesperada por abrirla.

—¿*Mutti*? —gritó—. ¿Enzo? ¿Estáis ahí?

No hubo respuesta.

Entonces vio a su madre tumbada en una litera y a Enzo sentado en un camastro junto a ella con la cabeza entre las manos.

—¡Enzo! —gritó—. ¡*Mutti*! ¡Estoy aquí!

Enzo la vio al fin. Le sacudió un hombro a *Mutti* y se levantó. Al principio, su madre se incorporó y miró alrededor, agotada y confusa. Después se puso en pie y corrió hacia la puerta de la jaula con Enzo.

Mutti se aferró a la malla para entrelazar los dedos con los de Lena.

—*Oh, mein Liebchen* —lloraba—. ¿Estás bien? ¿Dónde has estado? ¿Qué te han hecho?

—Estoy bien —la tranquilizó Lena—. Pero me han dicho que os van a enviar de vuelta a Alemania.

Mutti asintió con lágrimas en los ojos.

—*Ja,* me temo que es cierto. Lo siento mucho.

—No es culpa tuya. Y a Enzo no le pasa nada. ¡Lo que hacen no está bien!

A Enzo, lleno de remordimientos, se le ensombreció el rostro.

—Me hicieron una prueba extraña, pero el intérprete no era bueno. No entendí lo que querían que hiciera.

Mutti le reconfortó poniéndole una mano sobre un hombro.

—Tampoco es culpa tuya. Lena tiene razón. No te pasa nada. Por desgracia, no se equivocan en cuanto a mí.

—¿Qué quieres decir? ¿Respecto a qué no se equivocan? —inquirió Lena—. Dicen que solo tienes que volver porque Enzo es demasiado joven para viajar solo.

—*Ja* —asintió *Mutti*—. Eso es cierto. Pero también han dicho que no estoy lo bastante fuerte para trabajar y que me convertiré en una carga para este país.

—No saben de lo que están hablando —dijo Lena. Y entonces, por primera vez, se fijó en la H escrita con tiza sobre el abrigo de *Mutti*, la marca blanca extendida como polvo sobre la lana. Sintió un destello nuevo de miedo que le aceleró la ya frenética respiración—. Pero... pero tú estás bien. Lo pasaste mal durante la travesía, eso es todo. No pueden enviarte de vuelta porque te marearas en el barco.

Mutti bajó la mirada, apenada, y sacudió la cabeza.

—*Nein, mein Liebling* —negó—. No os lo conté porque no quería que os preocuparais. Y esperaba que no se dieran cuenta. Pensé que nos dejarían pasar.

Lena sintió que los ojos se le inundaban de lágrimas.

—¿Qué no nos contaste? ¿Es que sabías que te pasaba algo malo?

Mutti asintió.

—Una mujer sabe cuándo los años se le echan encima. He sentido ciertas molestias aquí. —Se apoyó una mano con pesadez sobre el pecho—. Y algo de debilidad. El corazón se me ha roto porque echo de menos a vuestro padre.

Enzo la rodeó con los brazos.

—Has estado demasiado preocupada —dijo—. Y nos has estado cuidando en lugar de cuidarte tú.

Lena sentía las lágrimas correrle por las mejillas. Conocía esa tristeza insoportable, ese descarnado espacio vacío que solo su padre podía ocupar.

—Pero, *Mutti* —argumentó—, echar de menos a *Vater* no significa que estés enferma. Mejorarás con descanso, comida y cuidados adecuados. Y Enzo no es un deficiente mental ni ninguna otra etiqueta ridícula que quieran ponerle. Tienes que quedarte en los Estados Unidos. Los dos tenéis que quedaros. ¡Os merecéis estar aquí!

—Ya no se puede hacer nada —se resignó *Mutti*—. Tenemos que hacer lo que nos dicen o encerrarán a tu hermano de por vida.

—Entonces Ella y yo nos iremos con vosotros —decidió Lena—. No podemos quedarnos aquí sin vosotros. No lo haremos.

Pero mientras pronunciaba las palabras sabía que no podía marcharse. Su hija era lo más importante.

Mutti sacudió la cabeza. Estaba decidida.

—*Nein,* debes quedarte. Te han aceptado en este nuevo mundo. No puedes desperdiciar la oportunidad de proporcionarle a nuestra dulce Ella una vida mejor.

Aunque Lena sintió alivio al ver que *Mutti* sabía que ella tenía que quedarse y no le había suplicado que volviera a Alemania con ellos, no consiguió aliviar su miedo y su angustia.

—Pero Silas Wolfe no sabe que Ella y yo hemos venido —arguyó—. ¿Y si nos rechaza?

—Si lo intenta —dijo *Mutti*—, recuérdale que eres parte de su familia. Dile que tú y Ella ocuparéis menos espacio y comeréis menos comida que tu hermano y que yo. Dile que trabajarás el doble de duro para demostrarle que se equivoca y que no puede rechazarte, o se las tendrá que ver conmigo y con tu hermano cuando volvamos. —A pesar de la pena y la preocupación que tenía en la mirada,

Mutti sonaba tranquila y firme, como si le estuviera explicando a Lena cómo hacer fideos o amasar pan—. Debes irte a Virginia y empezar una vida nueva con tu hija. Enzo y yo regresaremos a Alemania. Encontraremos trabajo y ahorraremos para volver. Lo intentaremos de nuevo tan pronto como podamos.

—*Ja* —secundó Enzo—. Y mejoraré mi inglés. Nos reuniremos con vosotras en Virginia. Si ya tenemos familia en los Estados Unidos, nos resultará más fácil ser aceptados cuando regresemos. Sé que será duro, Lena, pero nos ayudaría más que te quedaras.

Lena se enjugó las lágrimas y asintió. Intentó aparentar fortaleza. Enzo tenía razón. Que ella se quedara en los Estados Unidos beneficiaría a Enzo y a *Mutti* más que volver a Alemania con ellos. Y podía ganar más dinero trabajando para Silas Wolfe que en su tierra natal... si la aceptaba. Pero, aunque se negara, de algún modo encontraría la forma de darle a Ella una vida mejor y de ayudar a su familia a regresar.

—Os enviaré dinero —prometió—. Suficiente para comprar billetes de segunda clase, de modo que no tengáis que volver a pasar por la isla de Ellis.

Mutti se sacó la bolsita del dinero de debajo de la blusa, tiró de la correa para romperla y comenzó a hacerla pasar por entre las rendijas de la puerta.

—Toma esto. Puede que lo necesites.

Lena apoyó la mano contra la malla para evitar que la bolsita pasara.

—*Nein,* llévate el mío. —Se desató la bolsita de alrededor del cuello—. Lo necesitarás más que nosotras.

Mutti negó con la cabeza.

—Quédatelo —insistió—. Para Ella.

—*Bitte* —suplicó Lena. Miró a Enzo con ojos suplicantes—. Tenéis que aceptar las dos partes del dinero. Será todo lo que tengáis durante un tiempo.

—*Nein* —rehusó Enzo—. *Mutti* tiene razón. Tienes que quedarte tu mitad para Ella. Yo encontraré trabajo enseguida.

Con los ojos llenos de lágrimas una vez más, Lena volvió a atarse la bolsita al cuello.

—Prometedme que escribiréis tan pronto como podáis. Tengo que saber dónde estáis y que os encontráis a salvo.

Mutti asintió. Una oleada de pena descarnada le arrugó los rasgos.

—*Auf wiedersehen, mein Liebe* Lena *und* Ella.

Lena se desató el chal para dejar a Ella en el suelo y se arrodilló junto a la niña. La sujetó con suavidad por los hombros.

—Di *auf wiedersehen* a *dein Onkel* Enzo *und Liebe Oma* —dijo con voz rota por el llanto.

Mutti se arrodilló para ponerse a la altura de Ella y consiguió esbozar una sonrisa temblorosa.

—*Auf wiedersehen,* Ella.

Medio dormida, Ella levantó una manita diminuta y movió los dedos para despedirse con poco entusiasmo.

—*Auf wiedersehen* —dijo con su vocecita suave de bebé. Era la primera vez que probaba a decir esas palabras.

Lena la besó en la mejilla.

—Bien hecho, *mein süsses Mädchen*. Mi dulce niña. *Dein Onkel* y *Oma* te quieren muchísimo y van a echarte de menos.

—No me olvides, Ella —le pidió Enzo entre lágrimas.

—Por favor, cuidad el uno del otro —les suplicó Lena— y volved tan pronto como os lo podáis permitir.

Mutti se levantó y se llevó un pañuelo arrugado a la nariz.

—Dile a Silas Wolfe que cuide bien de vosotras. Si no lo hace, se las tendrá que ver conmigo.

Lena tomó a Ella en brazos y se la apoyó sobre la cadera, incapaz de contener las lágrimas.

—Así lo haré. —Apoyó una mano sobre la malla y *Mutti* hizo lo mismo para juntar las palmas. Enzo colocó la mano sobre la de *Mutti* y sus dedos largos tocaron los de Lena.

—Esto no es justo —sollozó Lena.

—La vida no es justa —le recordó *Mutti*—. Eso lo aprendiste hace mucho tiempo. Ahora vete. Empieza una nueva vida en los Estados Unidos con tu preciosa Ella. Haz que nos sintamos orgullosos. Volveremos a vernos muy pronto.

—¿Lo prometes?

Mutti asintió con la barbilla temblorosa. Pero no pronunció las palabras.

CAPÍTULO 4

Con un nudo en el estómago, Lena condujo a Ella entre la multitud y pasó por la sala de registro hacia la casa de cambio, donde se reunían hordas de inmigrantes para comprar billetes de tren y cambiar su moneda por dólares estadounidenses. Cuando cambió el poco dinero que tenía, lo devolvió a la bolsita que llevaba colgada del cuello y se dirigió hacia el lugar que el agente había llamado Puerta de los Besos y los pilares gigantescos que había mencionado, donde Silas Wolfe la estaría esperando. Levantó la barbilla y apretó el paso para dar la impresión de que sabía muy bien lo que estaba haciendo, aunque se sentía aterrorizada, desconsolada, temblorosa, confundida y muerta de hambre, todo al mismo tiempo. Si alguno de los agentes de inmigración la detuviera para preguntarle por qué estaba sola, seguramente pensaría que estaba enferma o loca. Entonces la enviarían al hospital de la isla de Ellis. O, peor, al pabellón psiquiátrico.

Antes de llegar a la Puerta de los Besos, se encontró con una fila de vendedores de comida y bebida con menús escritos a mano en distintos idiomas. Manzanas rojas y peras doradas rebosaban de cestos de mimbre junto a barriles hondos de pepinillos de color escarlata y tarros de huevos duros. El aroma a cebolla frita, patatas hervidas y pan recién horneado hizo que le doliera el estómago de hambre. No había visto tanta comida en un solo lugar desde antes de la guerra, ni siquiera en las tiendas alemanas.

Susurró un «gracias» en honor a *Mutti* por obligarla a quedarse con la mitad del dinero. Sacó un billete de su bolsita y se acercó a uno de los vendedores. Una cesta de bollos poco tostados se encontraba sobre el mostrador junto a un tarro de huevos, un cubo de peras, botellas llenas de agua y pedazos de queso debajo de una campana de cristal. Cuánto deseaba poder comprar dos porciones de cada cosa, pero tenía que ser cauta con el dinero por si Silas Wolfe las rechazaba.

—Me gustaría comprar un bollo y un trozo de queso, por favor —le dijo al

hombre que se hallaba detrás del mostrador—. Y una botella de agua.

—Serán doce centavos —respondió el hombre.

Le entregó el billete y esperó que fuera suficiente. Tras devolverle un puñado de monedas, metió un bollo y un trozo de queso en una bolsa de papel y se la dio, junto con el agua, y le dedicó la primera sonrisa genuina que había visto desde que llegara a la isla de Ellis.

—Buena suerte —le deseó.

—Gracias. —Se esforzó en devolverle la sonrisa. Le resultó raro con los ojos tan hinchados.

Para su sorpresa, el comerciante tomó una pera y se la ofreció.

—Para la pequeña.

Lena vaciló insegura. ¿Quería que le pagara la pera o se la estaba regalando?

—Por favor —insistió el vendedor—. Tómela. Parece hambrienta.

Ese gesto amable hizo que se le formara un nudo en el estómago y que se le abriera una grieta diminuta en su asustada concha protectora. Quizá fueran bienvenidas allí después de todo. Tal vez había en los Estados Unidos más gente como ese hombre, y ella y su hija estarían bien. No tenía ni idea de qué hacer aparte de volver a darle las gracias y tomar la pera. Satisfecho, el hombre se volvió hacia el siguiente cliente.

Alentada por la compasión del vendedor, Lena encontró un lugar menos abarrotado al otro lado de la sala, abrió la botella de agua y le dio un trago a Ella. Después de tomar unos sorbos ella también, dejó la botella en el suelo, a sus pies, y le ofreció a Ella un trozo de queso. La bebé tomó un bocado y le sonrió a su madre con ojos tan llenos de gratitud que a Lena casi se le rompió el corazón.

—¿Está bueno? —le preguntó con una sonrisa.

Ella asintió mientras masticaba contenta.

El bollo era tierno y blanco, no oscuro y correoso como el pan de su casa, y olía muy bien. Tomó un trozo y se lo dio a Ella, quien abrió la boca como un pajarillo, y luego comió un bocado también. Quizá porque había subsistido a base de ternera fibrosa y arenques durante mucho tiempo, o quizá porque estaba muerta de hambre, el bollo le pareció lo mejor que había comido en mucho tiempo. Entre bocados de queso, Lena alimentó a Ella con la pera y más pan, y le dio sorbos de agua. Cuando su hija se sintió llena y la comida se hubo terminado, dobló la bolsa de papel y se la metió en el bolsillo del abrigo.

De repente, un hombre canoso con un abrigo negro se acercó a ellas.

—¿Necesitas trabajo? —le preguntó.

Lena sacudió la cabeza y rodeó con un brazo protector a Ella. Esperaba que se fuera y las dejara en paz.

—Ofrezco empleo en muchos sitios —insistió—. Puedo ayudarte a cuidar de tu hija.

—Ya tengo trabajo —afirmó Lena.

Sin previo aviso, él le tomó la mano y le puso un trozo de papel en la palma. Lena se sobresaltó ante el gesto.

—Si cambias de opinión, ven a buscarme a la dirección de esta octavilla.

La joven dejó caer el papel y corrió hacia la multitud, mirando por encima del hombro para asegurarse de que no la seguía. Por suerte, lo perdió de vista. Detuvo el paso, aliviada, y deseó no verlo más. Entonces se dio cuenta de que se había olvidado la botella de agua, que estaba llena a medias. Pero, si volvía a por ella, el hombre podría pensar que lo estaba buscando. Y tenía que encontrar a Silas Wolfe. Al menos, ella y su hija habían conseguido alimento suficiente para sustentarlas algunas horas más.

Una monja emergió entre la muchedumbre de inmigrantes y se acercó a ella.

—¿Estás sola, hija mía? —preguntó.

Lena asintió y siguió avanzando.

La monja se situó junto a ella. Sus faldas negras susurraban como cortinas.

—Si necesitas ayuda, ven a Nuestra Señora de Gracia, en Hoboken. —Le tendió una hoja de papel con el nombre y la dirección de la iglesia.

Lena vaciló, pero al final tomó el papel y se lo metió en el bolsillo del abrigo, por si acaso.

—Gracias. Pero no necesito ayuda.

La monja se detuvo.

—Ve con Dios, hija mía —se despidió antes de desaparecer entre la muchedumbre.

Al fin Lena llegó a la Puerta de los Besos, donde amigos y familiares esperaban en el otro extremo de la gran sala y examinaban a los recién llegados en busca de rostros familiares con ojos llenos de expectación nerviosa. Algunos sostenían carteles con nombres: «Massimo Salvatore», «Jacob Allen», «Elijah Spielman». Otros se ponían de puntillas y levantaban la barbilla para mirar por encima de las cabezas y hombros que los ocultaban, ansiosos por ver a sus anhelados parientes y amigos. Gritos eufóricos, saludos felices y lo que parecían ser cien idiomas diferentes retumbaban entre las paredes altas. El ambiente de alegría y alivio que se percibía en el aire era muy diferente al del resto de la isla de

Ellis.

Una mujer con dos niños pasó corriendo junto a Lena para lanzarse a los brazos de un hombre muy bien parecido; sollozaba de gozo mientras los pequeños miraban con aprensión, como si su madre estuviera abrazando a un extraño. Junto a ellos, un hombre fornido saludó a otro más joven con un movimiento de cabeza tenso para intentar contener la emoción y luego le dio una palmada en la espalda antes de abrazarlo. Una mujer enjuta comenzó a llorar cuando vio a su marido para luego derrumbarse entre sus brazos acogedores. Unos hombres se acercaron a otros, se estrecharon la mano a modo de presentación y luego se dirigieron hacia la salida. Cuando una niña saltó a los brazos de su padre, Lena sintió que la pena y la soledad se le apoderaban del corazón. Todo el mundo parecía encontrar a las personas que buscaban, felices e ilusionados por estar en ese nuevo país. Todos menos ella.

Se suponía que *Mutti* y Enzo iban a acompañarla en ese momento, a punto de comenzar una nueva vida en los Estados Unidos. Se suponía que estarían juntos cuando se reunieran con Silas Wolfe para que *Mutti* pudiera pedirle con amabilidad que las acogiera también a ella y a su hija, para convencerlo de que no serían una carga. En vez de eso, estaba sola, sola con una niña muy pequeña en un país desconocido, y su futuro dependía de una sola persona. Quizá tendría que haberse quedado la octavilla del hombre barbudo del abrigo negro por si acaso.

Comenzó a caminar más despacio al acercarse a los estadounidenses que esperaban para examinar a la multitud; se preguntaba cuál de entre todos esos extraños determinaría el rumbo de su vida y se reprendió por no haberle preguntado a *Mutti* si sabía cómo era Silas Wolfe. Hasta donde ella sabía, podría ser el hombre con el gorro de pescador y el pantalón con peto, o el bajito de piernas arqueadas que parecía preparado para una pelea, o el que tenía sobrepeso y una barba castaña y desaliñada. Quienquiera que resultase ser, rezó por que fuera amable. Un hombre que ayudaba a unos parientes lejanos a ir a los Estados Unidos debía de ser amable, ¿no? A menos que fuese un estafador, como tal vez lo era el hombre que le había puesto la octavilla en la mano. A menos que su oferta de trabajo fuera una mentira y estuviese buscando mano de obra gratis... o algo peor. En cualquier caso, tanto si resultaba ser compasivo como un embaucador, no había forma de saber qué haría cuando supiera que iban a deportar a Enzo y a *Mutti*. Si se negaba a firmar los documentos para Lena, ella y su hija se verían obligadas a encontrar otra manera de entrar en el país, con muy poco dinero, sin perspectivas de futuro y sin forma de volver a casa.

Todo dependía de que fuera capaz de encontrarlo. Y de que él apareciera. ¿Y si había cambiado de opinión?

No. Se estaba dejando arrastrar por la imaginación. *Mutti* había dicho que él estaría allí. La aceptaría y Lena conseguiría que se alegrase de su decisión. No tenía ni idea de si sería capaz de hacer el trabajo que había estado destinado a Enzo, pero lo intentaría. Y cocinaría, limpiaría y cuidaría de sus hijos tan bien como lo habría hecho *Mutti*. Entonces se dio cuenta de que no sabía cuántos hijos tenía. ¿Cuatro? ¿Seis? ¿Diez?

En ese preciso instante, una voz profunda retumbó sobre el caos.

—¿Conti?

Miró entre la multitud en busca del origen de la voz.

—¿Alguno de ustedes se apellida Conti?

Se puso de puntillas para ver mejor.

—¿Conti? —volvió a rugir la voz.

Al fin lo vio. Un hombre con sombrero negro y abrigo como el carbón que le sacaba una cabeza a la muchedumbre y que tenía una barba larga del color del agua sucia. Volvió a llamar con rostro severo y el ceño fruncido. Costaba adivinar si estaba preocupado o enfadado.

Reunió el valor para abrirse camino entre los demás inmigrantes y avanzar en zigzag entre mujeres, hombres y niños. Con el corazón en la garganta, salió de entre el gentío y se acercó a Silas Wolfe; juzgó el espacio vacío entre los estadounidenses y los esperanzados recién llegados como una gran división entre el antiguo mundo y el nuevo, el aire impregnado de decisiones y nerviosa expectación. Cuando llegó al otro lado, se detuvo y levantó la mano para llamar la atención de Silas Wolfe. Él la vio y avanzó en su dirección a empujones entre la multitud.

Lena bajó la mirada hacia su hija e intentó respirar con normalidad.

—Aquí viene —le susurró—. Pórtate bien ahora.

Cuando Silas Wolfe llegó hasta ella, Lena dio un paso atrás. De cerca parecía un gigante: los hombros del abrigo color carbón se le tensaban en las costuras y los pantalones le quedaban prietos sobre los muslos. *Mutti* había dicho que estaba en la treintena, pero parecía mayor. Detrás de la barba color agua sucia, la nariz recta y los ojos azul claro insinuaban a un hombre cuyos rasgos atractivos había endurecido el sufrimiento. También parecía pobre; no era ni mucho menos el estadounidense rico y glamuroso que se había imaginado.

—¿Eres Conti? —preguntó. Tenía en la voz cierta cualidad ronca.

—*Ja*. Digo, sí.

—¿Hablas inglés?

Asintió.

—Sí.

Para su sorpresa, su modo de hablar le sonó extraño comparado con el de los agentes de inmigración. Tal vez en las distintas partes de los Estados Unidos se hablaban dialectos diferentes, como la gente del norte y el sur en Alemania. Con suerte, entendería todo lo que le dijera. Pero esa era la menor de sus preocupaciones.

—Debe de haber un error —observó él.

—¿Qué?

—He venido a buscar a Katrina y Enzo Conti. Vosotras no sois ellos.

Lena se obligó a sonreír un poco.

—Me llamo Magdalena. Mi madre, Katrina, me llama Lena.

Con gesto de fastidio, él examinó la multitud que había tras ella.

—¿Dónde demonios está tu madre?

—No está aquí.

La fulminó con los ojos.

—¿Qué quieres decir con que no está aquí? Le envié un billete. Y a su hijo también. ¿Los has robado?

De todas las reacciones posibles, Lena no había esperado que la llamara ladrona. *Mutti* siempre decía que podías saber si una persona estaba mintiendo si desviaba la mirada mientras hablaba, de modo que Lena clavó los ojos en los del hombre y esperó sonar segura y confiable, aunque estuviera temblando por dentro.

—No, yo tenía mi propio billete.

—Entonces, ¿dónde está tu madre?

La pena y el pánico le bloquearon la garganta. No solo le rompía el corazón decir las palabras, sino que no tenía ni idea de lo que haría él cuando las oyera.

—Mi madre y mi hermano, Enzo, serán enviados de vuelta a Alemania.

El hombre frunció el ceño.

—¿Han hecho algo malo?

Negó con la cabeza. Se sentía más mareada a cada segundo que pasaba.

—No, no han hecho nada malo. Dijeron que Enzo es im... deficiente mental y que mi madre está enferma. Pero no es cierto. —Se le quebró la voz y vaciló. Intentó no volver a echarse a llorar. No se podía permitir mostrarle debilidad—. Ambos son fuertes y están sanos. Y volverán en cuanto puedan.

Silas la miró con rabia.

—¿Quién los envió de vuelta?

—No estoy segura. Creo que un médico.

—¿Sabes cómo se llama?

—*Nein*. Digo, no. Hay muchos médicos.

—¿Cómo es que no te enviaron a ti de vuelta?

—Estoy sana. Y trabajo muy duro. Ya lo verá.

Él volvió a mirarla con inquina.

—No me he gastado todo ese dinero para recibir a una muchacha sucia y esquelética con una hijita hambrienta. Pagué por un hombre que trabaje de verdad y por una mujer que cuide de mi casa y de mis hijos. No he pagado para tener más bocas que alimentar.

—Yo puedo hacer el trabajo. Y no causaremos ningún problema. Se lo prometo.

—Tú no eres capaz de reparar el tejado del establo ni de trabajar en el aserradero —dijo él.

—Si eso es lo que necesita, lo intentaré.

Él soltó un suspiro de frustración y bajó la mirada hacia Ella.

—¿Dónde está su padre?

—Está muerto.

—¿Nació en el lado equivocado de la cama?

Lena frunció el ceño, confundida.

—Fuera del matrimonio —aclaró él—. ¿Hubo una boda o no?

Al principio bajó la mirada mientras se iba sonrojando, pero volvió a mirarlo y se negó a que le encontrase defectos. De todos modos, no había forma de que averiguara la verdad.

—Murió antes de que pudiéramos casarnos.

Él se la quedó mirando, pensativo, durante lo que le pareció una eternidad. Contuvo el aliento. ¿Iba a negarse a acogerla porque había tenido una hija sin estar casada? Entonces, sin previo aviso, el hombre pasó junto a ella hacia la multitud de inmigrantes cargando contra ellos como un toro. Todo el mundo se apartaba para dejarle pasar.

Lena se quedó clavada en el sitio, incapaz de pensar o de hablar. La estaba abandonando. La estaba dejando allí con Ella para que se buscaran la vida. El pánico se apoderó de ella. ¿A dónde irían? ¿Qué podían hacer? ¿Cómo alimentaría a su hija? Quizá debería volver a buscar a la monja. No, no se rendiría tan fácilmente. Antes de perder de vista a Silas Wolfe, corrió tras él entre la

multitud, decidida a obligarlo a darle una oportunidad. Para su sorpresa y alivio, él se detuvo para mirarla y esperar a que le diera alcance.

Una chispa diminuta de esperanza se le encendió dentro. Tal vez iba a acogerlas a ella y a su hija después de todo. O quizá podía evitar que deportasen a *Mutti* y a Enzo. Lo siguió hasta la fila ante la oficina del registro, donde él se dispuso a esperar con los puños apretados; la rabia emanaba de su persona como el calor de una estufa. Con la mirada baja y el corazón dándole botes en el pecho, se quedó en silencio junto a él mientras le daba palmaditas en la espalda a Ella para que estuviera callada. Había esperado que fuera amable, pero Silas Wolfe parecía un hombre temible.

Era probable que *Mutti* hubiese pensado que su familia estaría a salvo siempre y cuando permanecieran juntos; así, si Silas resultaba ser una mala persona, al menos ya estarían en los Estados Unidos y podrían empezar de nuevo sin él. *Mutti* no había previsto que Lena y Ella se enfrentasen a él solas. ¿Y cómo iba a haberlo sabido? Entonces a Lena se le pasó otra idea por la cabeza y el miedo volvió a retorcerle las tripas. Quizá Silas estuviera tan furioso que la enviase de vuelta a Alemania. Quizá se negara a firmar sus documentos y exigiera que la deportaran.

Levantó la vista hacia él mientras intentaba decidir si debía guardar silencio o hablar. Por puro agotamiento le costaba pensar con claridad. Pero si iba a enviarla de vuelta, tenía que pedirle un favor. Al fin se decidió a darle una palmadita en el brazo.

—Disculpe, señor Wolfe...

Bajó la vista hacia ella.

—¿Puede, por favor, pedirles a los hombres que me pongan en el mismo barco que mi madre y mi hermano para que no tengamos que buscarnos en Alemania?

Él frunció el ceño.

—¿Quieres que te deporten?

Sintió que las mejillas le ardían.

—Pensé que iba usted a enviarnos de vuelta.

Gruñó y le dedicó una mirada de desaprobación.

—Supongo que eso sería una completa estupidez por mi parte. Sigo necesitando a alguien para cocinar, limpiar y ayudarme con mis criaturas. ¿Puedes hacer eso?

Lena asintió. Notó que el alivio le recorría todo el cuerpo. Por primera vez desde que pisara tierra estadounidense, se le aflojó el nudo de tensión.

—Gracias —dijo—. Prometo trabajar muy duro.

—Ya lo creo que lo harás, porque no soy de la beneficencia. Y lo primero que vas

a hacer es deshacerte de esa ropa y lavotearte. Hueles como los desperdicios que deja un oso.

—Nos pusieron... —Intentó acordarse de la palabra que aludía a los productos químicos, pero no lo consiguió—. Nos rociaron para eliminar los piojos.

Él sacudió la cabeza con asco.

—Cielo santo. Voy a empezar a pensar que no estaba en mis cabales cuando accedí a todo esto.

Lena abrió la boca para repetirle que no se arrepentiría, pero decidió no hacerlo. Si lo disgustaba, podría cambiar de opinión y no dejarla quedarse. Mientras esperaban en la fila, le lanzó algunas miradas a hurtadillas para estudiarle los capilares rotos de las mejillas y la hinchazón bajo los ojos. Tenía las manos gruesas, bastas y recias, con los nudillos manchados y agrietados. Como su propio padre, Silas parecía un hombre que había trabajado duro toda su vida. Por desgracia, no parecía poseer el corazón amable de su progenitor.

Cuando al fin le llegó el turno, se acercó al mostrador y dio un puñetazo sobre la superficie.

—¿Quiere decirme por qué van a enviar a dos parientes míos de vuelta a Alemania?

El joven funcionario le lanzó una mirada severa, pero no parecía desconcertado por su arrebato. Al parecer, había presenciado todo tipo de comportamientos en su puesto de trabajo.

—¿Nombre? —inquirió con tono de aburrimiento.

—¿El mío o el suyo? —bramó Silas.

—El de sus parientes —aclaró el funcionario.

Silas se volvió hacia Lena.

—Díselo.

Hizo lo que le pedía.

—¿Y quién es usted? —quiso saber el funcionario.

—Magdalena Conti, la hija de Katrina Conti.

—¿Y usted ha llegado hoy con su madre y su hermano?

—Sí. Veníamos en el *SS Hermannsburg.*

—¿Qué razón les dieron para negarles la entrada?

—Dijeron que mi hermano es deficiente mental y que mi madre está enferma. Pero no es cierto. Están sanos y pueden trabajar.

El funcionario devolvió su atención a Silas.

—Bueno, pues ahí lo tiene —le dijo—. Ahora ya sabe por qué los van a

deportar.

Silas prácticamente le rugió.

—Mocoso, no te des aires conmigo. —Señaló a Lena con un dedo—. La chica dice que su familia está fresca como una lechuga, de modo que no hay necesidad de negarles la entrada.

El funcionario se encogió de hombros.

—Lo siento, pero yo no hago las reglas. Y me siento inclinado a creer la opinión de los agentes de inmigración antes que la de esta joven.

—Entonces, ¿qué tal si me deja hablar con alguien que sí que haga las reglas? —gruñó Silas.

—Le sugiero que se calme, señor. De lo contrario, los caballeros que ve a mi espalda lo arrestarán hasta que lo haga.

—No voy a calmarme. He pagado dos malditos billetes porque necesito que esa gente trabaje para mí. De modo que supongo que tengo algo que decir al respecto de lo que pasa aquí.

Uno de los guardias se acercó más al mostrador.

—Su opinión no cuenta en relación con quién puede y quién no puede entrar en los Estados Unidos de América —afirmó con tono amenazador—. Y ahora, si no tiene más asuntos que tratar, le sugiero que se marche.

—¿Y qué pasa con mi maldito dinero? —planteó Silas—. Tienen que devolverme el dinero si van a enviar de vuelta a mis parientes.

El funcionario rio por lo bajo:

—Eso es imposible.

Silas volvió a dar un puñetazo sobre el mostrador.

—¿Qué quiere decir con que es imposible? ¡Quiero mi dinero!

—Señor —le advirtió el guardia—, tiene que retirarse del mostrador y marcharse. De lo contrario...

—De lo contrario, ¿qué? —aulló Silas—. ¿Me van a meter en la cárcel? Son todos iguales, viles tipos del Gobierno con sus pamplinas burocráticas. ¡No son nada más que un puñado de ladrones impresentables que se apoderan de todo lo que se les antoja cuando no es suyo! Y ahora me dicen que pueden tomar mi dinero, ganado con mi esfuerzo, y que no voy a recibir nada a cambio. ¿Quiénes demonios se creen que son?

El guardia rodeó el mostrador, preparado para arrestar a Silas.

Lena se interpuso entre ellos.

—¡Espere! Tiene que firmar mis documentos. —Sacó su tarjeta de inspección,

la dejó sobre el mostrador y miró a Silas, que tenía el rostro encendido y respiraba con fuerza—. Por favor, no tenemos ningún otro sitio a donde ir.

Silas clavó la mirada en la del guardia, como si intentara decidir si debían pelearse. Por fin, comenzó a respirar más despacio. Soltó un improperio por lo bajo y asintió.

El guardia le lanzó una mirada de advertencia.

—Le sugiero que firme lo que tenga que firmar y que se vaya antes de que cambie de idea y lo arreste.

El funcionario examinó la tarjeta de Lena y rebuscó en una pila de papeles hasta que encontró el documento con su nombre, una hoja de papel que les permitiría la entrada a ella y a su hija en los Estados Unidos de América. Lo deslizó sobre el mostrador y le ofreció una pluma a Silas.

CAPÍTULO 5

Habían hecho una travesía corta en ferri desde la isla de Ellis hasta Hoboken, Nueva Jersey, y Lena caminaba con brío para seguirle el ritmo a Silas de camino hacia la estación del ferrocarril, con el abrigo sobre un brazo y Ella todavía sujeta al pecho. Cuando los peatones que se aproximaban veían a Silas acercarse, se apartaban para darle paso, lo cual facilitaba que Lena pudiera seguirle. Aun así, y a pesar del nerviosismo y el agotamiento, hubiese querido que él caminara más despacio para poder contemplar la ciudad bulliciosa, los tranvías, los automóviles y los carros tirados por caballos que abarrotaban las calles ruidosas y embarradas. También deseaba admirar a las personas de distinta estatura y complexión que llenaban las aceras. ¡Todo era tan diferente allí! Los edificios altos de madera y los vehículos coloridos; las mujeres con falda ajustada de seda y zapatos de tacón delicados y puntiagudos; los hombres con traje a medida y sombrero de paja; las bocinas; los olores a tubo de escape y cemento. Allá en su hogar, construían los edificios con estuco o con piedra; la gente iba andando a todas partes o conducía carromatos tirados por caballos y motocicletas que petardeaban; el aire olía a pan recién horneado y a salchichas fritas; las mujeres llevaban delantales y vestidos de campesinas, y los hombres reservaban el traje para ir a la iglesia los domingos.

Cuando vio letreros de colores llamativos en los edificios y en vallas y en postes de teléfono, intentó pronunciar las palabras, ansiosa por aprenderlo todo de los Estados Unidos por si pudiera resultarle útil en el futuro. Un letrero anunciaba un líquido marrón en una botella de cristal con la palabra extraña, «Coca-Cola», escrita en el lateral. Otra mostraba una lata roja y blanca en la que se leía «sopa de guisantes Campbell». Y un cartel blanco y negro mostraba a una mujer que preparaba café debajo de las palabras «Morning Sip Coffee».

Con cada nueva imagen de comida, sentía que el estómago se le retorcía de hambre. El medio bollo que se había comido antes no había sido suficiente para

alimentarla. Y seguro que Ella también volvía a estar hambrienta. Después del encontronazo con el guardia en la oficina del registro, Silas le había comprado a un vendedor dos cajas cuyo letrero decía «almuerzo para llevar». Lena no tenía la menor idea de lo que contenían las cajas ni de si alguna les estaba destinada a ella y a su hija, pero esperaba descubrirlo pronto, porque, además de todo lo anterior, la falta de comida la hacía sentirse débil y temblorosa.

Se detuvo un momento para estudiar un letrero que presentaba planchas, abanicos y teteras, y enseguida se percató de que Silas había desaparecido en la acera abarrotada. Una oleada de pánico la recorrió. ¿Cómo había conseguido perderle el rastro al hombre más corpulento que jamás había visto? Y entonces, para su alivio, lo divisó a media manzana de distancia y se apresuró a alcanzarlo mientras trataba de no chocar con nadie por el camino. Lo último que necesitaba era perderse en una ciudad extraña. Y también se recordó que ahora vivía allí, por lo que tendría mucho tiempo para verlo y aprenderlo todo. Seguirle el paso a Silas era esencial en ese momento, daba igual lo interesante que pudiera ser el Nuevo Mundo.

Entonces doblaron una esquina y un letrero con luces parpadeantes hizo que se detuviera. Pronunció en silencio las palabras, no muy segura de lo que significaban.

SOCIEDAD EUGENÉSICA AMERICANA

Algunas personas nacen para ser una carga para el resto. Esta luz parpadea cada 15 segundos. Cada 15 segundos, 100 dólares de su dinero se destinan al cuidado de alguien con genes defectuosos, como los locos, los deficientes mentales, los delincuentes y similares.

Junto a ese cartel, otro decía:

RASGOS HUMANOS NO APTOS

Deficiencia mental, delincuencia, locura, alcoholismo y muchos otros defectos que son inherentes a las familias y se heredan del mismo modo que el color. Si todos los matrimonios fueran eugenésicos, podríamos eliminar de la raza, en tres generaciones, la mayor parte de estas ineptitudes.

Ahí volvían a aparecer esas palabras: «deficiencia mental». Antes de que pudiera comprender lo que estaba leyendo, Silas la llamó desde la acera de enfrente de la estación, con lo que dejó de prestarle atención a aquellos rótulos tan extraños.

—¿Piensas llegar al tren o te vas a quedar ahí embobada todo el día? —le gritó

—. ¡No hay otro ferrocarril hasta mañana!

Lena caminó más rápido. No tenía el menor deseo de esperar otra noche para llegar a su destino. Su hija necesitaba que le diera de comer, que la bañara y que la acostara. Y Lena no veía la hora de quitarse esa ropa nauseabunda, darse un baño y descansar. Como *Mutti* decía siempre, todo parecía mejor después de dormir bien una noche entera.

Mutti.

Sintió los ojos inundados de lágrimas nuevas. Se suponía que *Mutti* iba a estar con ella y con su hija, y Enzo. Él también se habría maravillado con todos aquellos sonidos e imágenes. En vez de eso, estaban encerrados como delincuentes dentro de la estación de inspección de la isla de Ellis, donde esperaban a que los embarcaran en el próximo buque de vuelta a casa. Era tan injusto... Y quién sabía el tiempo que pasaría antes de que pudieran volverse a ver. ¿Seis meses? ¿Un año? ¿Dos?

No, no tanto tiempo. Volverían a reunirse pronto. Seguro que solo necesitaría unos meses para ahorrar el dinero suficiente para comprar sus billetes. Para entonces, Enzo habría aprendido inglés suficiente para aprobar las pruebas de inmigración y *Mutti* volvería a estar sana. Y sin duda Silas accedería a pedirles que vinieran una segunda vez, sobre todo si no tenía que pagarles el pasaje. Y los aceptarían con facilidad en el país porque Lena y Ella ya estaban allí. Tenía que creérselo o no podría soportar la sola idea de que Ella creciera sin jugar con su tío y sin la posibilidad de que su *Oma*[3] le enseñara a hacer tartas de ciruela perfectas, asados de carne y estrellas de Navidad con paja amarilla. Era demasiado. Echar de menos a su padre ya resultaba lo bastante duro.

Mientras intentaba apartarse de la mente esos pensamientos preocupantes, alcanzó a Silas y lo siguió dentro de la estación del ferrocarril, donde cientos de pasajeros ocupaban los bancos de madera o esperaban en fila ante la ventanilla de los billetes con niños de la mano y cargados con equipaje, cajas y bolsas. Por suerte, Silas había comprado sus billetes en la isla de Ellis, de modo que pudieron saltarse la cola. Conforme lo seguía por la sala, Lena se fijó en que la gente se lo quedaba mirando, impresionada por su corpulencia, y luego la observaban con ojos curiosos. Algunas personas la miraban con asco, como si contaminase el aire que respiraban.

Bajó la mirada hacia su vestido hecho a mano y sus zapatos de cuero. Estaban anticuados y olían mal, pero al menos parecían bastante limpios. ¿La gente la había estado mirando mientras caminaba por la acera? Podía ser que hubiese

estado demasiado distraída con los anuncios para darse cuenta. O tal vez ahora que estaba dentro de la estación se notaba más el olor de los productos químicos de la planta despiojadora. Entonces se acordó del aceite con el que llevaba embadurnado el pelo enredado. Tenía que estar horrible. Le ardía el rostro de vergüenza y de rabia. Con suerte, algún día tendría ropa a la moda y un peinado a la última, pero no había nada que pudiera hacer al respecto en ese momento. Y esas personas no tenían ni idea de lo que habían sufrido ella y su hija; si lo hubieran sabido, le habrían mostrado compasión en lugar de desprecio. Pero, claro, a excepción de aquel vendedor amable que le había dado una pera a Ella, Lena no había experimentado todavía mucha amabilidad en los Estados Unidos.

Por suerte, se estaban acercando a la salida que daba al andén, donde esperaba evitar más miradas inquisitivas. Silas, quien parecía igual de ansioso por salir de la estación, agachó la cabeza, se apresuró a cruzar una de las puertas dobles y siguió avanzando. Lena corrió para llegar a la puerta antes de que se cerrara, pero un hombre trajeado se le puso delante y la obligó a detenerse.

—¿Por qué no vuelves al lugar del que vienes? —la interpeló—. ¡No necesitamos que gentuza como tú traiga su sangre asquerosa a nuestro país! —Y le escupió a los pies.

La joven dio un paso atrás. Sentía el corazón golpearle con fuerza las costillas. ¿Era por eso por lo que todo el mundo la miraba con fijeza? ¿Sabían que era una inmigrante? Abrazó a Ella para protegerla y miró hacia el andén por encima del hombro del tipo en busca de Silas. No se le veía por ninguna parte. De repente, alguien le tiró con fuerza del zurrón para intentar arrancárselo de la espalda. Ella se dio la vuelta, preparada para luchar. Un niño con pantalones cortos y tirantes la miraba con desdén:

—¡Sucia inmigrante! ¡Sucia y apestosa inmigrante! —Se echó a reír y se fue corriendo.

Lena se dio la vuelta de nuevo para volver a enfrentarse al hombre, preparada para rodearlo. Para su sorpresa, Silas se hallaba detrás de él, se agachó y, mientras sostenía la puerta abierta, situó la boca cerca de la oreja del hombre.

—Tiene usted que marcharse —le dijo.

El hombre sonrió con suficiencia y se dio la vuelta para mirarlo, preparado para una confrontación. Pero cuando puso la vista sobre el pecho amplio de Silas y fue subiendo hasta la cabeza, abrió los ojos asombrado y se marchó a toda prisa.

Silas miró a Lena.

—El tren nos espera.

Antes de que pudiera darle las gracias, le dio la espalda y se dirigió a las vías. Lo siguió con piernas temblorosas mientras intentaba no pensar en lo que podría haber sucedido si él no hubiera vuelto a buscarla. ¿Iba a ser así siempre? ¿Todo el mundo le diría que volviese por donde había venido? Ojalá pudiera hacerlo.

En el andén, el olor a hierro y al hollín del carbón encendido llenaba el aire, y una locomotora negra enorme resoplaba en las vías. El humo brotaba de su chimenea en oleadas grisáceas. Había maleteros que portaban el equipaje, parejas que se besaban y familias que se despedían. Hombres que se sujetaban el sombrero corrían hacia el tren y mujeres con ropa elegante entraban con cuidado en los vagones de pasajeros. Silas esperaba a Lena junto a uno, subió los escalones y se agachó para pasar por la estrecha puerta. Antes de que pudieran encontrar asientos, un silbido perforó el aire, el tren dio una sacudida hacia delante y el vagón comenzó a deslizarse sobre las vías. Los demás pasajeros levantaron la vista hacia ellos mientras avanzaban por el pasillo; cientos de pares de ojos que los examinaban, los juzgaban y los miraban boquiabiertos. Lena evitó esas miradas, temerosa de que alguien volviera a gritarle o a escupirle.

Cuando al fin encontraron dos asientos juntos, Silas la dejó pasar primero para que se sentara junto a la ventana. Lena se deslizó hacia allí, se sentó y dejó el zurrón en el suelo, aliviada de poder descansar. Entonces desató el chal que sujetaba a Ella. La niña se retorció y se estiró, feliz de verse libre de sus ataduras. Silas se quitó el abrigo y se sentó; los hombros y los brazos le sobresalían de los reposabrazos.

Parecía muy abatido, y justo así se sentía Lena. Sin duda, estaba enfadado por la deportación de *Mutti* y Enzo, pero había algo más que le molestaba y que ella no sabía qué era. Él parecía casi igual de incómodo. Pero eso no tenía sentido. Sus bisabuelos se habían mudado a los Estados Unidos desde Alemania hacía muchos años y él había nacido ahí. Había oído rumores de cierta animadversión hacia los alemanes que permeaba los Estados Unidos desde la guerra, pero Silas era un ciudadano por nacimiento, un estadounidense más. Seguro que eso suponía una gran diferencia. Quizá se sintiera avergonzado de que lo vieran con ella y con su hija. Quizá no quería que nadie pensara que él también era un inmigrante. Pero entonces se le ocurrió otra cosa: tal vez su inmensa estatura lo incomodara, sobre todo en aquel vagón tan estrecho.

Con el tren ya a toda velocidad, Lena se situó a Ella a un lado del regazo y se acercó a la ventanilla para dejarle más sitio a Silas. En el espacio cerrado, el hedor de los productos químicos que rezumaban sus prendas y su pelo era más fuerte

que nunca. Desesperada por eliminarlo, se puso en pie, dejó a Ella en el asiento y abrió la ventanilla. Luego aupó a su hija hacia el aire fresco y e inhaló bocanadas largas y refrescantes. Fuera olía a carbonilla, pero era mejor que los vapores tóxicos dentro del vagón.

—No estaréis enfermas, ¿verdad? —preguntó Silas—. No me sirve de nada alguien que no pueda trabajar.

Negó con la cabeza y esperó que no se diera cuenta del sudor que le perlaba la frente.

—No. Solo necesitamos algo de aire fresco. —Tras inspirar hondo varias veces más, cerró la ventanilla hasta dejar solo una rendija abierta y volvió a sentarse—. ¿Cuánto tiempo estaremos en el tren?

—Supongo que siete horas —dijo él—. Luego un trecho de una hora o así carretera arriba hasta llegar a Wolfe Holler.

Lena gruñó para sus adentros. ¿Cómo iban a ir sentadas su hija y ella con la ropa hedionda en ese espacio estrecho durante siete horas? Le parecía casi tan horrible como el viaje en tercera clase. Y, si no comía algo pronto, se marearía o se desmayaría.

Como si le hubiera leído la mente, Silas le tendió una de las cajas que había comprado en la isla de Ellis. Casi lloró de alivio. Se comerían lo que fuera que contuviese y quedarían agradecidas. Antes de que pudiera desatar la cuerda que cerraba la caja, su acompañante sacó dos botellas de líquido marrón de un bolsillo del abrigo y le dio una. Como las botellas del anuncio de fuera de la estación, el lateral rezaba «Coca-Cola».

—Gracias —dijo Lena, e intentó abrirla. El tapón estaba demasiado apretado.

Él tomó la botella, desenroscó el tapón y se la volvió a dar. Luego abrió la suya y le dio un largo trago.

Ella tomó un sorbito. Era dulce y extraño y burbujeante. Y le gustó. Mucho. Se lo dio a probar a Ella. Al principio, frunció los labios y arrugó la nariz, pero luego tragó y pidió más.

Silas abrió su caja y desenvolvió dos trozos de pan pálido rellenos con algo que parecían lonchas de carne. Le señaló su caja.

—Tenéis lo mismo. Es un bocadillo de jamón y pepinillos. Mejor que guardes una mitad para luego.

La joven abrió la caja y sacó la comida. El pan era suave y blanco, como el bollo que había comido antes, y la carne delgada y rosada. Fuera lo que fuese, olía muy bien. Antes de darle un bocado, partió un trozo y se lo dio a comer a Ella. Estaba

mucho más rico que el bollo.

—¿Te gusta, *mein Schätzelein*?

La niña asintió y abrió la boquita para pedir más.

Cuando se hubieron terminado la mitad del bocadillo, y después de asegurarse de que su hija comiera más que ella misma, Lena envolvió de nuevo la otra mitad y la dejó en la caja para después. Tras compartir un poco más de Coca-Cola con Ella, se reclinó en su asiento y suspiró de alivio. Ya se sentía mejor y, con suerte, la bebé también.

Mientras Ella se le quedaba dormida en el regazo, Lena intentó imaginar cómo sería su futuro: la casa en la que vivirían, las personas a las que conocerían, las oportunidades que podrían surgirle en el camino. Quería ser fuerte para su hija y eso significaba que tenía que mirar hacia el futuro en vez de afligirse por su dolor y su pena, en vez de apenarse por su padre y desear que *Mutti* y Enzo estuvieran allí también. Necesitaba buscar en lo más profundo de su ser la esperanza que había sentido el día que salió de Alemania, así como la seguridad de que encontrarían una vida mejor. Al mismo tiempo, notaba la mente fragmentada, repleta de las imágenes inconexas e impresionantes del día: las familias a las que separaban, los exámenes físicos exhaustivos y las pruebas de inteligencia, la horrible planta despiojadora, el hombre que le había escupido a los pies, el niño que la había llamado sucia inmigrante. Entonces otro pensamiento surgió y la oscuridad volvió a nublarle la mente. ¿Y si los habitantes del pueblo de Silas le dijeran que se fuese por donde había venido? ¿Y si las insultaban a ella y a su hijita, y nunca las aceptaban? Sí, la familia de Silas se había integrado pese a ser inmigrante, pero eso fue mucho antes de la guerra, antes de que Alemania hubiera prometido su apoyo al Imperio austrohúngaro en su lucha contra los aliados, antes de que todo el mundo culpara a Alemania por el conflicto.

Quizá debería decir que eran italianas de pura cepa y que había vivido en la aldeíta de su padre la mayor parte de su vida, y que se mudaron a Alemania hacía solo unos meses. Después de todo, ella había nacido en Italia y su apellido era italiano. El engaño podía funcionar, siempre y cuando nadie intentase mantener una conversación con ella en italiano y no se percataran de su fuerte acento alemán.

Miró a Silas. Cómo deseaba hacerle preguntas sobre su pueblo: cómo era, si la gente que vivía allí era agradable. Pero estaba reclinado en el asiento con el ceño fruncido, como si aún siguiera de muy mal humor. Sus preguntas tendrían que esperar. Lo descubriría pronto. Y, de todos modos, no había nada que pudiera

hacer para cambiar la situación.

Se recordó que tenía que permanecer tranquila y se dispuso a observar la ciudad extraña y bulliciosa que pasaba por la ventanilla del vagón. Edificios altos y calles ajetreadas llenaban la vista antes de que almacenes de madera dieran paso a cobertizos inclinados a los que les habían improvisado un tejado con mantas harapientas y alfombras gastadas. Para mayor asombro y confusión, algunas personas con abrigos desgarrados, zapatos sucios y sombreros raídos se reunían alrededor de fogatas para cocinar y hablar. Otras entraban y salían de las chabolas destartaladas, mientras que niños vestidos con harapos jugaban cerca. Algo frío y duro le oprimió el pecho. ¿Por qué la gente que estaba junto a las vías se parecía a los indigentes alemanes que vivían en las calles y en los callejones? ¿Era el sueño americano una mentira?

Al final, la ciudad dio paso a pueblecitos, campos, montañas ondulantes y bosques verdes, y cada kilómetro revelaba más campiña. Estiró el cuello para mirar los lagos, ríos y puentes; y establos enormes de color rojo rodeados de cultivos y de rebaños de vacas, caballos y ovejas. Todo parecía tan diferente, tan grande y apartado... En Alemania, algunas granjas estaban situadas dentro de los límites del pueblo, con establos y estercoleros enclavados entre las casas y el resto de los edificios. Y los pastos y los campos de los granjeros, por pocos que hubiese, se situaban a las afueras. Había oído hablar de los amplios espacios abiertos de los Estados Unidos, pero no se había imaginado que el territorio sería tan vasto.

Durante las horas siguientes cayó en la inercia soporífera de mirar fijamente por la ventanilla, acto que alternaba con cabezadas intermitentes de las que despertaba con sobresalto cuando Ella se agitaba o alguien tosía. El corazón le latía como loco hasta que recordaba que estaba en un tren en los Estados Unidos, no en las entrañas asquerosas de un barco lleno de inmigrantes enfermos y asustados. El alivio la inundaba, pero seguía una oleada sorda de pena cuando se acordaba de que *Mutti* y Enzo no estaban con ella. Para intentar recordarse lo afortunadas que eran ella y su hijita de estar allí, se decía que estaba pavimentando el camino para que su madre y su hermano fuesen a los Estados Unidos también, y que serían las primeras de su familia directa en asentarse en la tierra de la libertad. Algún día, sus nietos y bisnietos echarían la vista atrás y le darían las gracias por su valentía. Y los nietos de Enzo también. Quería creer esas cosas con toda su alma, pero, al mismo tiempo, deseaba más que nada en el mundo estar de camino a casa con *Mutti* y Enzo.

Mientras recorrían kilómetro tras kilómetro, Silas también dormitó un poco

roncando con la cabeza hacia atrás y la boca abierta. Cada vez que el hombre se levantaba y caminaba para estirar las piernas, hacía lo mismo y dejaba que su hija se tambaleara por el pasillo delante de ella. Lena y Silas hablaron poco entre sí, a pesar de que ella tenía muchas preguntas sobre el lugar al que se dirigían y sobre cómo era la vida en los Estados Unidos. Lo único que podía hacer era esperar... y rezar para encontrar, al menos, una amiga en su nuevo país.

Tras lo que le parecieron cien años, el tren llegó por fin a Virginia. Cuando Silas se comió la otra mitad del bocadillo, Lena y Ella se comieron el suyo también. Varias horas más tarde, cuando el tren cruzó un puente alto sobre un río embravecido, comenzó a diluviar. Los árboles y los postes telefónicos parecían manchas marrones y verdes que pasaban emborronadas por las ventanillas veteadas por la lluvia. En la distancia, montañas descendían hacia el lecho del río hasta donde alcanzaba la vista. Entonces el tren disminuyó la velocidad y una estación de piedra apareció ante ellos. Un letrero en el andén decía: «Harrisonburgh, Virginia».

—Aquí nos bajamos —anunció Silas.

Lena sentía que los nervios le cosquilleaban la piel. En los minutos siguientes tendría que levantarse y bajar del tren. Eso era todo. No había razón para pensar más allá de esa acción. No había motivos para preguntarse y preocuparse por lo que pasaría a continuación, porque era incapaz de cambiarlo. Mientras volvía a envolver a Ella en el chal, oía risas y conversaciones que le zumbaban en los oídos junto con el traqueteo de las ruedas del tren y el martilleo de la locomotora. Cuando el tren se detuvo con una sacudida y soltó un estallido de vapor, los demás pasajeros se levantaron y recogieron sus pertenencias, ansiosos por salir tras el largo viaje. Silas permaneció sentado durante el caos y Lena hizo lo mismo; se dedicó a señalarle a Ella diferentes cosas desde la ventanilla y a intentar actuar con entusiasmo por su bien. Hombres con chaleco y sombrero de paja, niños con ropa blanca de verano y mujeres con atuendo de viaje abarrotaban el andén. ¿Qué harían cuando las vieran a ella y a su hijita, una inmigrante y su bebé con vestidos apestosos de campesinas y cabello aceitoso? Entonces se percató de que la lluvia los había dejado a todos mojados y abatidos. Quizá nadie se fijaría en ellas. Solo podía esperar que fuera así.

Cuando la mayoría de los pasajeros hubo bajado del tren, Silas se levantó y se puso el abrigo. Lena hizo lo mismo antes de recoger su zurrón y seguirlo para salir del vagón. Fuera el aire era húmedo y caliente, como si hubiera entrado en un baño de vapor. Incluso la llovizna era tibia. Varios pasajeros los miraron a Silas y a

ella un momento, se apartaron de su camino y apresuraron el paso hacia la estación, ansiosos por resguardarse de la lluvia. Otros viajeros saludaban con la mano y llamaban a los amigos y familiares que los esperaban.

Al otro lado de la estación del ferrocarril, caballos, carretas y automóviles ruidosos llenaban una carretera embarrada, y peatones y ciclistas empapados avanzaban con prisas por una acera de tablones. Silas se abrió camino hacia una zona cubierta de hierba donde había gran cantidad de camiones agrícolas y motocicletas, bicicletas y tractores, carretas y calesas tiradas por caballos. Lena, que intentaba seguirle el ritmo mientras la lluvia la obligaba a parpadear, lo siguió hacia el aparcamiento. Se preguntaba cuál sería su vehículo. Para su sorpresa, se detuvo junto a un camión negro con guardabarros oxidados; en la destartalada caja del vehículo había un montón de paja mojada que quedaba contenida en parte por tablones de madera. Silas abrió la puerta del copiloto y le dijo que subiera. Lena tuvo que admitir que se lo había imaginado como propietario de un automóvil reluciente como los que había visto en Nueva Jersey, pero al menos era mejor que un carromato con caballos. No era que quisiese montar en automóviles elegantes, pero eso le planteaba preguntas sobre su hogar. Con suerte sería mejor que las chabolas destartaladas que había visto al lado de las vías del tren. Se quitó el zurrón de la espalda, se aferró a la puerta del camión y comenzó a impulsarse hacia arriba con una mano debajo de Ella. Silas le dio un golpecito en el brazo y le señaló un peldaño de metal. Puso el pie en él y subió. Agradecida por estar a resguardo de la lluvia, le enjugó la cara a Ella y se retiró el pelo empapado de la frente y las mejillas. Sentía el aceite, aguado y baboso, como grasa sobre la piel. Con la ropa mojada, el olor de los productos químicos era casi agobiante. Se sentía como una rata ahogada cubierta de grasa rancia.

Cuando hubo accionado la manivela del frontal del camión para arrancar el motor, Silas abrió la puerta del conductor, se quitó el sombrero, lo lanzó sobre el asiento corrido y subió. Presionaba el salpicadero con las rodillas, tenía el pecho a pocas pulgadas del volante y se sentaba con la espalda encorvada y la cabeza inclinada hacia delante. Después de secarse el agua de lluvia de la cara con aquellas manos tan grandes, se peleó con la palanca de cambios para poner la marcha atrás. El camión dio una sacudida hacia atrás que sobresaltó a Lena. Impasible, él volvió a tironear de la palanca de cambios y pisó el acelerador. El camión dio una sacudida hacia delante y casi golpeó la parte de atrás de una carreta cercana antes de girar hacia la salida. Lena abrazó a Ella contra el pecho y se sujetó con fuerza.

Después de sacar el camión del aparcamiento, Silas condujo por la carretera

enlodada. Esquivaba surcos llenos de charcos, hacía sonar la bocina cuando se encontraba con un caballo lento y daba volantazos para evitar atropellar a niños descarriados. Mientras conducía, tiró de una palanca situada junto al volante y una varilla secó la lluvia del cristal delantero.

Cuando cruzaban el pueblo, Lena se preguntaba qué habrían pensado Enzo y *Mutti* de todo lo que estaba viendo. Entonces se dio cuenta de que Enzo y ella habrían tenido que viajar en el montón de paja de atrás, mientras que *Mutti* se hubiese acomodado en el asiento que ella ocupaba en esos momentos. La pena y la nostalgia volvieron a abrumarla. ¿Seguirían encerrados en esa jaula o ya habrían embarcado? ¿Cuánto tiempo pasaría antes de que le escribieran para decirle que estaban sanos y salvos en Alemania? ¿Estaría bien *Mutti* durante el viaje? La pena le oprimió el pecho. Pero conforme los edificios iban apareciendo cada vez más apartados unos de otros en su camino mientras salían de la ciudad, conforme pasaban por delante de casas de tablones y de cabañas apartadas en los bosques, poco a poco la determinación venció a la angustia. Algún día, muy pronto, *Mutti* y Enzo recorrerían esa misma carretera y verían las mismas cosas que ella de camino hacia su nuevo hogar en los Estados Unidos. Conseguiría que sucediera, de eso estaba segura. Y nadie se lo impediría.

Para cuando llegaron a las afueras de la ciudad, había escampado y Silas dejó de accionar el limpiaparabrisas. El camión se movía con pesadez por una carretera con baches y se dirigía hacia unas montañas cubiertas de árboles de hoja perennes, arces y robles. La carretera giraba hacia la izquierda, llegaba a una desviación a la derecha y luego descendía hacia un vado por el lecho de gravilla de un río. Silas aceleró y el camión se lanzó hacia la corriente pedregosa para luego subir por un camino estrecho y sin asfaltar hacia un campo inclinado al otro lado de un precipicio. En la distancia, una locomotora avanzaba despacio detrás de una cuadrilla de hombres que estaban instalando las vías del tren. El ganado pastaba en las estribaciones pedregosas de las montañas.

Más arriba, en las montañas, pasaron junto a taludes empinados y rocosos, por caminos escarpados de gravilla y por bosques oscuros con vegetación tan tupida que la luz era verde. Una carreta con troncos recién cortados tirada por caballos pasó junto a ellos colina abajo y los conductores los saludaron con la mano. En algunos lugares, sobre todo cuando parecía que se dirigían directos a un precipicio, Lena apretaba a Ella con fuerza, segura de que iban a volcar. La niña, por su parte, reía cuando el camión pasaba por los baches más grandes y las hacía saltar en el asiento.

Cada pocos kilómetros pasaban por delante de casas, establos y cobertizos dispuestos en agrupaciones de dos o tres edificios, como pueblos diminutos y desordenados. Niños con ropa harapienta jugaban descalzos en los patios delanteros o corrían hacia el borde de la carretera para saludarlos. Mujeres con delantales y vestidos anticuados tendían la colada en cuerdas o sacaban cubos de agua de los pozos. Los ancianos fumaban en pipa y batían mantequilla en los porches delanteros mientras los observaban pasar con ojos marchitos. Para incredulidad de Lena, algunas de las casas parecían establos con ventanas rotas y tejados parcheados. Y muchas personas parecían cansadas y pobres, se parecían a la gente junto a las vías del tren.

Sentía el temor vibrarle dentro, un miedo que consiguió que se sintiera agotada y enferma. Si Silas vivía en un cobertizo de madera y no tenía dinero, su familia y ella misma habrían pasado por todo aquello para nada. La venta de todas sus posesiones, el viaje espantoso por el océano, su separación..., todo habría sido por nada. Tenía que admitir que todos los niños que había visto parecían felices y bien alimentados, pero ¿dónde estaban sus zapatos? ¿Y por qué todas las casas y los establos estaban construidos con troncos de madera estropeada y no con estuco y piedra, como en Alemania? ¿Vivía Silas en esas montañas o solo estaban de paso hacia otro pueblo?

Se recostó en el asiento y dejó caer los hombros. Intentó no dejarse llevar por la imaginación. Un hombre que podía permitirse dos billetes en un transatlántico y pagar a alguien para que cuidara de sus hijos debía de tener dinero, y viviría en una casa robusta y bien cuidada.

«Sus hijos». Entre echar de menos a su familia y las nuevas vistas y nuevos sonidos, se le habían olvidado los niños. Con suerte estarían bien educados y no les dirían a ella y a su hija que se fueran por donde habían venido.

Más arriba de la montaña, Silas condujo el camión por un puente de madera con una cascada con varios niveles a un lado y una corriente rápida al otro. Mientras rezaba para que llegaran pronto a su aldea, Lena sintió que volvían sus esperanzas de que el final del viaje estuviera cerca cuando pasaron frente a una iglesia blanca a un lado de un río estrecho y lo que parecía ser un grupo de casas y establos al otro. Cuando vio un edificio con la palabra «correos» encima de la puerta, tomó nota de dónde estaba situado. No tenía ni idea de cuánto tiempo tardaba una carta en cruzar el océano, pero, si la estafeta de correos estaba cerca de la casa de Silas, ella podría comprobar su correspondencia a diario. Y tan pronto como recibiera noticias de *Mutti* contestaría a su carta y, con suerte, podría incluir

algo de dinero en el sobre. Pero entonces la oficina de correos y todo signo de civilización desaparecieron y volvieron a internarse en la naturaleza. Y cuanto más subían por la montaña, más estrecho y rocoso se volvía el camino.

Justo cuando parecía que no iban a detenerse nunca, Silas volvió a cambiar de marcha para reducir la velocidad y se desvió hacia un camino que pasaba entre dos gruesas hileras de píceas. Menos de un minuto más tarde, los árboles quedaron a un lado para revelar una vista panorámica de la cordillera montañosa que se extendía durante kilómetros en todas direcciones, como los bultos azules de un millar de gigantes dormidos. En las colinas y los valles bajo las montañas, tejados y chimeneas salpicaban el paisaje, apiñados aquí y allá entre los árboles y los senderos serpenteantes.

Delante de ellos, escondida dentro de las montañas y sobre una pendiente cubierta de hierba, se hallaba una cabaña de troncos tallados con hacha, con una chimenea enorme de piedra y un porche delantero sobre pilotes. La bordeaban pinos altos, laurel de montaña, robles, nogales y abedules. A un lado de la casa blanqueada por el sol, unas gallinas marrones vagaban bajo una parra y un grupo de manzanos. Había una pocilga y un gallinero junto a un establo de madera muy amplio; dos mulas y un trío de vacas marrones pastaban dentro de una cerca de troncos. Al otro lado de la casa, tres cobertizos de tablones rodeaban un huerto vallado y un riachuelo se precipitaba por la pendiente de hierba, corría por debajo de una chocita y salía por el otro lado.

Lena exhaló un suspiro de alivio. El hogar de Silas era más sencillo y se situaba en un lugar más remoto de lo que había esperado, y, para ser honesta, no se parecía en nada a la mansión que se había imaginado, pero era espacioso y robusto, con un tejado de hojalata, no de mantas o alfombras. Y resultaba obvio que sabía cómo cultivar comida y criar gallinas, lo cual le pareció una buena señal.

Silas abandonó el camino estrecho, tomó el sendero de tierra hacia la mitad de la pendiente y aparcó el camión. Con algo de esfuerzo, salió de detrás del volante y rodeó el vehículo para abrir la puerta del copiloto. Lena rodeó a Ella con un brazo, recogió su zurrón y salió del camión. Después de estar en espacios atestados durante tanto tiempo —primero en tercera clase, luego en la isla de Ellis y la planta despiojadora, y finalmente en el ferri y el tren—, sintió que el cielo abierto y las montañas interminables le permitían respirar por primera vez. De un modo extraño aunque familiar, las vistas hacían que se acordara de las colinas que rodeaban su pueblo natal. Y el aire estaba impregnado del olor a pino, como en los senderos altos y serpenteantes por los que paseaba antes. Sintió la garganta

atenazada por oleadas de nostalgia.

—Hay que entrar —dijo Silas. Sus palabras la sobresaltaron—. El trabajo me espera.

Parpadeó para contener las lágrimas y se volvió hacia él, pero Silas ya había emprendido camino cuesta arriba hacia la cabaña.

—Al menos nuestro nuevo hogar es precioso —le susurró a Ella, que se retorcía en el chal y se quejaba para que la dejara en el suelo—. Calla, te bajaré pronto. —Le dio un beso en la frente y siguió a Silas hacia la casa.

Un letrero tallado a mano, situado bajo el alero, anunciaba: «Granja Wolfe Hollow». El espacio bajo el porche estaba lleno de leña bien apilada y de media docena de barriles de madera. Palas, rastrillos y serruchos oxidados colgaban de parte de los cimientos de piedra. Ramas de enredadera ojo de poeta flanqueaban por ambos lados los escalones del porche. Desde más cerca, Lena reparó en las piedras rotas de los cimientos, los parches torcidos del tejado y los trozos de madera gris clavados aquí y allá en las paredes de la casa, por lo que parecía que la habían construido con madera y barro seco. Tal vez la vivienda no fuera tan robusta como había pensado, pero ya no podía cambiar nada. Al menos no era una chabola. Y, además, estaba decidida a sacar el mayor partido de todo sin que nada le importase.

De repente, la puerta principal se abrió de golpe y dos niños salieron corriendo para mirar desde la barandilla del porche. El niño era alto y desgarbado, con pelo rubio oscuro cortado casi al rape; se cubría con un peto raído e iba descalzo. La niña llevaba un vestido azul descolorido con el dobladillo deshilachado que le caía justo por encima de las rodillas sucias; tenía las piernas escuálidas y los pies desnudos tan pálidos como un hueso. Unos jirones de tela amarilla le sujetaban los extremos de las trenzas rubio platino. Ambos parecían rondar los diez años.

—¡Papá! —gritaron los niños—. ¡Has vuelto!

Bajaron los escalones del porche corriendo y cruzaron la hierba hacia su padre.

Silas apoyó una mano sobre el hombro de la niña y la atrajo hacia sí para darle un abrazo rápido mientras le daba palmaditas al niño en la cabeza. Lena se acercó más. Intentó parecer amistosa y rezó para que Ella dejara de patalear. No tenía ni idea de lo que le había pasado a la madre de los niños, pero reconoció la pena y el sufrimiento en los ojos de ambos. Y tenía que ser difícil que una extraña apareciera para cuidarte, sobre todo una extraña con el pelo aceitoso y la ropa apestosa.

El niño la vio primero. Cuando se quedó paralizado y su sonrisa vaciló, a Lena le

dio un vuelco el corazón. Tampoco era bien recibida allí. Entonces, para su alivio, volvió a sonreír, y lo hizo con una sonrisa amistosa y genuina que le iluminó los ojos azules. Silas y la niña se volvieron a mirarla, pero, a diferencia del niño, la niña frunció el ceño y se acercó más a su padre mientras estudiaba a Lena con suspicacia. Eran criaturas hermosas, pero algo que no conseguía determinar les alteraba las facciones. Seguro que perder a su madre los había obligado a crecer demasiado rápido, pues la crueldad del mundo actuaba así a menudo, pero lo que presentía en ellos parecía ser otra cosa. O quizá sus propias inseguridades se habían asomado demasiado a la superficie.

—Esta es la señorita Conti —la presentó Silas—. Va a cuidaros.

—No nos dijiste que había un bebé —apuntó la niña.

—No lo sabía —admitió Silas.

—Pensaba que era una prima vieja —dijo el niño—. No es vieja.

—Ha habido un cambio de planes.

—¿Dónde está el otro? —inquirió la niña—. ¿El chico?

—No ha podido venir.

—¿Por qué no? —preguntó el niño.

—No os hace falta saber esas cosas —dijo Silas—. Lo que importa es que tenemos a alguien para que nos ayude por aquí. —Se dirigió a Lena—. El que hace todas las preguntas es Jack Henry y la que se esconde aquí conmigo es nuestra... mi hija mayor, Bonnie.

Si Lena hubiera tenido que adivinar la edad de los niños por su altura, habría jurado que el niño era el mayor.

—Hola. —Intentó sonar agradable—. Estoy encantada de conoceros. —Apoyó una mano sobre Ella—. Esta es mi hija, Ella.

—Hablas raro —observó Bonnie—. Y pareces algo que haya vomitado el gato.

—Cuida tus modales —la riñó Silas con tono severo—. Tu pariente ha venido a estas montañas desde Alemania, y esta pequeña también. No volveré a decirte que respetes a tus mayores.

—Sí, señor. —Bonnie agachó la cabeza.

—No pasa nada —intervino Lena—. Estoy segura de que sueno extraña a sus oídos.

Silas frunció el ceño.

—No, no está bien. Quiero que mis hijos sean educados. Y, si vas a trabajar para mí, espero que sigas las reglas de mi casa.

Lena bajó la mirada. Tenía que recordar que estaba allí para cuidar de la casa y

de los niños, para trabajar duro y ganar suficiente dinero para enviárselo a *Mutti* y a Enzo.

—Lo siento.

Para su alivio, Silas centró su atención en Jack Henry.

—¿Habéis tenido algún problema mientras he estado fuera?

—No, señor. Alimenté a los animales y ordeñé las vacas. Bonnie se ocupó de la casa y de recoger los huevos por la mañana.

—¿Ha venido alguien a husmear?

Jack Henry asintió.

—El *sheriff,* tal y como dijiste que pasaría.

A Silas se le ensombreció el rostro.

—¿Os escondisteis como os dije?

—Claro que sí, papá. —Bonnie lo miró con ojos complacientes—. Oímos su automóvil subir por el camino, así que nos escondimos antes de que llegara al porche.

Lena sintió que una sensación de alarma le aceleraba el pulso. Si recordaba bien, la palabra *«sheriff»* significaba alguien que trabajaba con *die polizei*. ¿Por qué demonios tenían que esconderse los niños de la policía?

—¿No os vio correr hacia el cobertizo? —interrogó Silas.

Jack Henry miró a Bonnie, nervioso de pronto.

—No, señor —dijo Bonnie.

—¿Qué es lo que no me estáis contando?

—Nada —intervino Jack Henry.

—Sandeces. Reconozco una mentira en cuanto la veo. Escúpelo.

—No nos escondimos en el cobertizo —dijo Bonnie—. Nos escondimos en el agujero de las patatas.

Jack Henry le lanzó una mirada de pánico.

Ella se encogió de hombros y movió los labios como para decir «lo siento».

—¿Por qué demonios hicisteis eso?

—El *sheriff* Dixon se estaba acercando a la casa y... —dijo Jack Henry. Metió las manos en los bolsillos y miró al suelo.

—¿Y qué? —dijo Silas.

—Supuse que recibirlo en la puerta con un rifle lo asustaría —dijo Jack Henry.

Silas apretó las mandíbulas con rabia.

—¡Maldita sea! ¿Cuántas veces tengo que decirte que las armas solo consiguen traernos más problemas? Tenemos armas para poner comida sobre la mesa, no

para pelear y matar.

—Sí, señor —se disculpó Jack Henry al tiempo que arrastraba un pie por el polvo.

Silas le atrapó la barbilla y le levantó la cara para obligarle a mirarlo.

—¿Crees que puedes dispararle a un hombre? Porque no se parece en nada a dispararle a una zarigüeya.

Jack Henry sacudió la cabeza con la parte inferior del rostro atrapado dentro de la enorme mano de su padre.

—Si matas a alguien, te meterán de cabeza en la cárcel —le advirtió Silas—. Si matas al *sheriff,* te lincharán primero y harán preguntas después. ¿Lo entiendes?

Jack Henry asintió.

—Me acordé de lo que dijiste de las armas, pero lo hice enrabietado y para entonces ya era tarde. Por eso nos tuvimos que meter en el agujero de las patatas.

Silas le soltó la barbilla y soltó un suspiro hondo.

—Supongo que lo hecho hecho está. Pero habéis tenido suerte esta vez. Si volvéis a hacerlo, sacaré la vara de achicoria. ¿Me oís?

Jack Henry asintió por segunda vez. Bonnie también asintió. Miró a su hermano con una mueca compasiva.

—¿Cuánto tiempo estuvo fisgoneando el *sheriff* Dixon? —preguntó Silas.

—No estamos seguros —respondió Bonnie—. Estuvimos escondidos mucho rato hasta que supusimos que ya se habría ido.

—¿Ha venido alguien más? ¿Alguien a quien no hayáis visto antes?

Bonnie y Jack Henry negaron con la cabeza.

Silas se pasó la mano por la frente como para reorganizarse los pensamientos.

—Bien —dijo, más para sí que para cualquiera de ellos—. Eso está bien.

Mientras Bonnie y Jack Henry relajaban los hombros, Lena sintió que la intranquilidad la reconcomía por dentro. Se preguntaba por qué los niños habían tenido que esconderse, pero se contuvo para no preguntarlo de viva voz. Fastidiar a Silas por segunda vez antes de haber puesto siquiera un pie dentro de la casa era, con toda probabilidad, una mala idea. Y no podía hacer nada al respecto, de todos modos. De alguna manera, acabaría por encontrar las respuestas, pero de momento tenía que mantenerse en silencio. Por no mencionar que ella y su hija se morían por darse un baño y por descansar una noche entera.

—Tengo que quitarme la ropa buena antes de ir a comprobar el establo —dijo Silas—. Bonnie, aviva el fuego para calentar agua. — Apuntó con el pulgar a Lena y a Ella—. Estas dos necesitan un buen lavoteo.

A pesar de que el hedor no era culpa suya, a Lena le ardieron las mejillas de vergüenza. No quería que los niños pensaran que ella y su hija siempre olían mal. Al mismo tiempo, sintió alivio por no haber tenido que pedírselo ella.

—También nos fumigaron el pelo y toda la ropa —apuntó—. Tendré que lavarlo todo.

Silas dejó escapar un fuerte suspiro antes de volver a dirigirse a Bonnie.

—Dale uno de los vestidos de tu madre. Y ya sabes dónde está la ropa de bebé. Luego pon sus prendas en la lavadora y prepárales viandas.

—Sí, señor.

Silas le dedicó a Lena una inclinación de cabeza vacilante y brusca antes de marcharse hacia la cabaña, subir los escalones del porche y desaparecer dentro. Lena y los niños lo siguieron. No tenía ni idea de lo que eran «lavadora» ni «viandas», pero se figuró que lo descubrirían antes o después. Al acercarse a la casa, el olor hogareño a la levadura del pan que se horneaba salía por las ventanas abiertas, eso consiguió que el estómago se le volviera a retorcer de hambre. En el porche había dos mecedoras junto a una mantequera y una mesa de madera repleta de cuencos esmaltados, utensilios de cocina de hojalata y pensamientos morados en macetas de cerámica. Un carillón casero, un anillo con varias capas de cucharas plateadas colgadas, se mecía con la brisa y tintineaba con suavidad en la tarde tranquila. Mientras Bonnie entraba en la casa, Jack Henry se detuvo cerca de la puerta junto a una olla esmaltada llena de agua. Usó un cucharón de mango largo para beber. Luego metió el cucharón de nuevo en el agua y se lo ofreció a Lena.

—Esta es la mejor agua de montaña que hayas probado nunca —le dijo.

A pesar de la sed que tenía, Lena vaciló. En Alemania, el agua se usaba para diluir el zumo de frutas y para hacer té y café, no para beber. Y no la guardaban en el porche ni la consumían con un utensilio compartido. Pero, si quería encajar, ¿cómo iba a negarse? Tomó el cucharón y se lo llevó a los labios. El agua estaba fría y le reconfortó como un bálsamo la garganta reseca. Le dio un sorbo a Ella también antes de devolverle el cucharón a Jack Henry.

—Tienes razón. —Le sonrió—. Está muy buena. Gracias.

Con una sonrisa orgullosa, el niño devolvió el cucharón a la olla y entró en la casa. Antes de seguirlo dentro, Lena se quitó los zapatos y los dejó junto al umbral. Esperaba que el aire fresco ayudara a librarlos de la peste del producto despiojador. Se detuvo un instante en el umbral, respiró hondo y entró en su nuevo hogar.

Una escalera estrecha y rústica con un pasamanos sencillo dividía la planta baja de la cabaña por la mitad, la cocina a un lado y un salón al otro. Una mesa de madera, cuatro sillas con asientos de caña y un banco se situaban en el centro de la sencilla zona para cocinar. En esta, habían montado una bomba de agua roja sobre un fregadero, una hornilla de hierro fundido para cocinar a la leña dominaba la pared trasera y había una alacena pintada llena de cestas y vajilla desparejada puesta de través en una esquina cerca de la ventana delantera. En el salón había una máquina de coser sobre una mesa de pino y un sofá raído frente a dos mecedoras. Un par de rifles de cañón largo colgaban sobre una chimenea de adoquines enorme.

Aunque la cabaña era basta por fuera, por dentro resultaba acogedora y cómoda, con tarima de placas anchas de madera en el suelo, alfombras tejidas, cortinas de encaje, lámparas de queroseno y retratos en blanco y negro en las paredes de listones grises. Un reloj de sobremesa decoraba la repisa de la chimenea junto con unos jarrones verdes y habían colocado de forma artística vasijas y jarras de cerámica cerca de la chimenea. Claro que las alfombras y los muebles estaban raídos y ajados, y que los jarrones y las jarras parecían muy viejos, pero el modo en el que todo estaba dispuesto hacía que la casa resultase muy hogareña.

Mientras Bonnie abría el fogón para echar leña, Jack Henry llevó una tetera de esmalte blanco al fregadero, la colocó debajo de la bomba roja y comenzó a llenarla de agua. Lena dejó su zurrón junto a la puerta, sacó a Ella del chal y la llevó a la cocina. Había un cuenco de manzanas sobre la mesa, junto a una sartén de hierro fundido llena de algo amarillo que parecía una torta. Le rugió el estómago con fuerza durante un rato.

—Tenéis una casa encantadora —dijo con la esperanza de que nadie hubiera oído el ruido de sus tripas.

—Gracias de corazón, señora —respondió Jack Henry.

—Por favor, llámame Lena.

Bonnie cerró la portezuela de la cocina de leña de un golpe y se dirigió al fregadero; tenía los labios apretados en una línea dura y delgada. Lena se preguntaba si habría dicho algo inconveniente cuando, de repente, Ella, aún en brazos, se inclinó hacia delante para alcanzar las manzanas de la mesa. Lena tiró de ella hacia atrás.

—*Nein* —le susurró—. No son nuestras.

La niña empezó a llorar.

—No importa —dijo Jack Henry—. Puede comer las que quiera. Tenemos

muchas.

—¿Estás seguro?

—Claro que sí.

Lena empezó a darle las gracias, pero Bonnie se acercó, agarró el cuenco de manzanas y se lo llevó.

—Voy a hacer una tarta con estas —declaró—. Así que ya podéis dejarlas en paz.

Jack Henry dejó de llenar la tetera con agua y la miró con el ceño fruncido.

—Tú nunca haces tarta de manzana.

—Es que no sé. Pero voy a aprender.

—No seas desagradable —la reconvino Jack Henry—. No vas a echar de menos una manzana.

Bonnie dejó el cuenco junto al fregadero.

—Si tienen hambre, pueden comer pan de maíz.

Jack Henry sacudió la cabeza, enojado. Sacó dos vasos de la alacena y los dejó sobre la mesa.

—Sentaos —le indicó a Lena.

A pesar de su estómago vacío, a Lena le habría gustado bañarse y cambiarse antes de comer, pero Ella tenía hambre. Separó una silla de la mesa y se sentó con su hija, que seguía llorando, sobre el regazo. Mientras Bonnie se cruzaba de brazos y las miraba, Jack Henry cortó un cuadrado grande de la torta amarilla, que Lena supuso que era el pan de maíz, y se lo ofreció. Lo tomó y se lo llevó a Ella a la boca. Aún estaba caliente. Jack Henry tomó una jarra de leche de la encimera y llenó los vasos. La bebé le dio un bocado al pan de maíz y, con dedos ansiosos, intentó arrebatarle todo el trozo a Lena.

—¿No vas a meterlo en el vaso? —se extrañó Jack Henry—. Le gustará más así.

—¿En la leche? —preguntó Lena.

Bonnie puso los ojos en blanco, sacó una cuchara de un cajón y se acercó a la mesa. Cortó otro trozo de pan de maíz, lo desmigó dentro de uno de los vasos de leche y colocó el vaso y la cuchara frente a Lena.

—Así es como se come el pan de maíz —espetó—. Con leche dulce.

Jack Henry asintió para darle la razón:

—Eso es. Pruébalo.

Lena supuso que sabrían de lo que estaban hablando, de modo que tomó una cucharada de pan de maíz del vaso y lo probó. El pan caliente y la leche fría creaban una mezcla interesante y deliciosa, casi como el *stollen* y el cacao caliente

que su madre preparaba en Navidad. Lena sonrió y asintió en dirección a Bonnie y a Jack Henry. Le dio de comer cucharadas de pan de maíz con leche a Ella, quien lo devoró.

—Gracias —dijo Lena—. Está delicioso.

Mientras ambas terminaban de comerse el pan de maíz, Bonnie comprobó el fuego en la cocina de leña y Jack Henry llenó otra tetera con agua, la levantó del fregadero y la llevó hacia la hornilla con una mueca por el esfuerzo. Lena pensó en preguntarles por qué habían tenido que esconderse de *die polizei,* pero era demasiado pronto. Cuando dejó la tetera sobre la cocina de leña, Jack Henry la miró.

—En esta época del año nos lavoteamos fuera, en el riachuelo. ¿Te dan miedo los bichos?

—¿«Lavoteamos»? —repitió Lena. La palabra sonaba extraña en su boca. Silas le había dicho lo mismo en la isla de Ellis y ella había creído tener una idea de lo que significaba, pero no le había pedido que se lo aclarara. ¿Y cuáles eran las otras palabras que el niño acababa de usar?

Jack Henry la miraba como si ella tuviese que haber entendido lo que le estaba diciendo.

—Ya sabes —dijo—. Cuando te frotas la suciedad para limpiarte. Como cuando lavas los platos y lavas la ropa.

—Oh —Lena comprendió. Había tenido razón: «lavotear» significaba 'lavar'. Y cuando Silas dijo que pusiera la ropa en la lavadora, se refería a la tina en la que se lavaba la ropa—. Ahora lo entiendo. Pero ¿qué es un bicho?

—Bichos son las serpientes, las ranas y los peces —detalló Jack Henry—. ¿Te dan miedo?

—No. Mi hermano y yo a veces jugábamos con ranas cuando yo era pequeña. ¿Por qué quieres saber si me dan miedo?

—Creí que por eso teníamos que calentar agua para que te lavotearas dentro —explicó Jack Henry—. Supongo que no.

Aliviada por el hecho de que Silas no las hubiera obligado a ella y a su hija a bañarse fuera en el agua fría, se preguntó si no sería más considerado de lo que parecía. O quizá no quería a una mujer desnuda en sus terrenos. En cualquier caso, estaba impaciente por lavarse.

—¿Cómo es que tenemos que prestarte las ropas de nuestra madre? —preguntó Bonnie—. ¿No tienes nada más que ponerte que ese vestido asqueroso?

—Maldita sea, Bonnie —se desesperó Jack Henry—. ¿Qué te pasa?

—No pasa nada —lo apaciguó Lena. Miró a Bonnie con la esperanza de encontrar las palabras correctas para explicarse—. Nuestra ropa sucia también me disgusta. Cuando abandonamos nuestro hogar, la ropa estaba limpia, pero han pasado muchas cosas de camino hacia aquí. Nos rociaron con... con algo que olía mal. Lo hicieron para asegurarse de que no nos pusiéramos enfermas y no contagiáramos enfermedades. Pero tan pronto como nuestra ropa esté limpia, podremos volver a usarla. ¿Me enseñarás dónde lavarla?

Bonnie hizo una mueca de irritación.

—Supongo que no me queda otro remedio —Salió de la cocina hacia un estrecho pasillo detrás de las escaleras—. La lavadora está detrás.

Lena se levantó de la mesa, se colocó a Ella sobre la cadera, tomó su zurrón y se apresuró a seguir a Bonnie. Al final del pasillo, pasaron por una puerta mosquitera a un porche estrecho y lo recorrieron alrededor de un lateral de la casa hacia un cobertizo destartalado lleno de cajas con cachivaches y estanterías en las que se alineaban recipientes vacíos para las conservas. En el centro del cobertizo, una tina baja de madera con una tapa con bisagras se sostenía sobre apoyos gruesos de madera, como un tonel de vino con patas. A un lado del tonel, una rueda de hierro enorme se sostenía en su sitio por medio de un extraño aparato en el centro. Al otro lado, una caja de madera con una manivela metálica albergaba lo que parecían ser dos rodillos horizontales.

—Esto es la lavadora —dijo Bonnie mientras señalaba a la tina.

No se parecía en nada a las tinas que Lena y *Mutti* usaban para lavar la ropa allá en Alemania.

—¿Cómo funciona? —preguntó.

Bonnie enarcó las cejas.

—¿Nunca has visto una lavadora?

—No.

—¿Cómo es posible?

Lena se encogió de hombros.

—No teníamos dinero para comprar una. Mi madre y yo lavábamos la ropa en una tina y la escurríamos a mano. También nos bañábamos en esa tina.

Bonnie se la quedó mirando como si fuera la persona más extraña a la que jamás hubiera conocido.

—Pues me parece la mayor estupidez que he oído nunca. —Y añadió—: Pones la ropa dentro, añades jabón y giras la rueda.

—¿La ropa se lava sola? —Lena abrió los ojos más de lo necesario, con la

esperanza de que Bonnie apreciara su reacción. Tenía que hacerse amiga de esa niña. Aún más que eso: necesitaba ganarse su confianza.

Bonnie asintió.

—Siempre y cuando sigas girando esta rueda. Y después de enjuagarla, metes la ropa por los rodillos para que no esté empapada cuando la cuelgues para que se seque.

—¿Los rodillos?

Bonnie señaló los dos rodillos horizontales.

Lena sacudió la cabeza con exagerada incredulidad.

—Esto es lo más maravilloso que he visto en mi vida. —Se dirigió a Ella y la hizo rebotar sobre la cadera—. ¿A que es maravilloso, *mein Schatz*?

La niña sonrió y soltó un gritito feliz. Era increíble lo que lograba una barriga llena.

Para su sorpresa, Lena vio que Bonnie miraba a Ella con ojos tiernos, una sonrisa orgullosa se le extendió por el rostro. Parecía haberse abierto una rendija diminuta en su dura coraza.

—Y el pastel de maíz también es maravilloso —alabó Lena—. ¿Lo has hecho tú? ¿Te enseñó tu madre a cocinar?

Bonnie apartó la mirada de Ella y su expresión suave cambió a otra de impaciencia. Lena había hablado de más, se había esforzado demasiado, había insistido demasiado pronto.

—Es «pan» de maíz, no «pastel» de maíz —corrigió—. Y claro que lo he hecho yo. No hay nadie más que cocine aquí.

—«Pan de maíz» —repitió Lena. Se regañó por haber mencionado a la madre de los niños demasiado pronto—. ¿Es ese el modo correcto de decirlo? —Volvió a hacer a Ella rebotarle sobre la cadera—. ¿Sabes decir «pan de maíz», Ella?

—«Pamaíz» —probó Ella con su vocecita de muñeca.

Otra sonrisita apareció en los labios de Bonnie, pero miró al suelo para ocultarla. Quedaba claro que Ella la había hechizado.

—¿Me ayudarás a enseñarle inglés a Ella? A ti se te dará mucho mejor que a mí.

Bonnie suavizó el rostro por segunda vez y asintió; casi parecía, no del todo, complacida.

—Tendrás que enseñarnos muchas otras cosas también. Como hacer el delicioso pan de maíz.

Bonnie soltó un bufido.

—Lavotear la ropa y hacer pan de maíz no es difícil.

—No lo es para ti. Pero yo nunca he hecho esas cosas.

—¿Nunca has cocinado?

—Un poco. Pero no sé qué le gusta comer a la gente de este país ni cómo prepararlo. Necesitaré que alguien inteligente como tú me enseñe todo sobre los Estados Unidos.

Por primera vez, Bonnie la miró de forma directa con los ojos abiertos de asombro, como si le hubiera dicho que los gatos vuelan. Parecía que nunca nadie le hubiera hecho un cumplido. Lena esperó a ver qué iba a decir, pero el hechizo se rompió y la niña desvió la mirada de nuevo.

—¿He dicho otra palabra mal? Espero que también me ayudes con mi inglés.

Bonnie negó con la cabeza.

—No, es solo que… nadie me había dicho nunca que soy inteligente.

Lena abrió la boca por la sorpresa.

—No me lo creo. Se ve que eres muy lista.

Bonnie soltó una risita rápida entre dientes, como si no tuviera ni idea de cómo responder a las alabanzas. Lena habría jurado que estaba ruborizada. Pero, al segundo siguiente, volvió a adoptar una expresión seria.

—Por cierto, tienes que tener cuidado con la lavadora. No te pilles los dedos con el escurridor.

—¿El escurridor?

Bonnie apoyó la mano sobre la caja de los rodillos.

—Sí, aprendí la lección por las malas.

Lena soltó una exclamación horrorizada ante la perspectiva de que alguien acabara con la mano entre los dos rodillos.

—No me rompí ningún hueso. Pero deja que te diga que duele como un demonio. Mamá tuvo que meterme la mano en el riachuelo para contener la hinchazón.

—*Ach, der lieber* —dijo Lena—. Siento que te lastimaras. Pero gracias por decírmelo. Ya me has enseñado muchas cosas importantes.

—Bueno, estoy agotada de hacer yo sola todo el trabajo de la casa —dijo Bonnie.

Con ojos llorosos y la mente en otra parte, hizo girar despacio la manivela del escurridor. Por primera vez, a Lena le pareció triste y vulnerable, como si el recuerdo de su madre y de cómo le había cuidado la mano herida la hubiera transportado al pasado.

De nuevo, pensó en preguntarle por qué ella y Jack Henry tenían que

esconderse de la policía. Pero antes de que hubiera decidido si debía o no decir algo, Silas gritó desde dentro de la casa:

—¡Bonnie! ¿Qué demonios estáis haciendo ahí fuera?

Bonnie se sobresaltó y volvió a la realidad.

—¡Ya voy, papá! —Le dijo a Lena—: Deja tu ropa aquí. Cuando te laves, pondremos el vestido que llevas puesto en la lavadora también.

Lena abrió su zurrón y empezó a sacar su ropa.

—Ahora no —dijo Bonnie—. Déjalo todo ahí por ahora.

Cuando Lena miró a su alrededor en busca de un lugar donde poner el zurrón, Bonnie se lo arrebató y lo tiró al suelo.

—Vamos. A papá no le gusta esperar.

En la casa, Jack Henry estaba echando más troncos en la cocina de leña y tres teteras de agua se calentaban al fuego y llenaban el aire de vapor. Tras quitarse su ropa buena y ponerse un peto con parches, guantes de ante y botas de trabajo, Silas llevó una tina de madera a la cocina y la dejó cerca del fuego. Iba sin camisa, con el torso descubierto a excepción de la pechera de los pantalones. Le recorrían los brazos y los hombros músculos enormes y firmes como los flancos de un caballo de tiro, y aquella tina tan grande no parecía pesar nada entre sus manos. Era difícil imaginar que le tuviera miedo ni al *sheriff* ni a nadie.

—Bonnie, sube y busca algo que Lena y la pequeña puedan ponerse —ordenó —. Luego sal al jardín mientras se asean. Jack Henry, tú te vienes al establo conmigo.

—Sí, señor —dijeron los niños al mismo tiempo. Bonnie se apresuró a cruzar la habitación para subir las escaleras, silenciosa como un gato con sus pies descalzos. Jack Henry vertió las teteras de agua caliente en la tina y después se quedó allí en silencio, como un soldado que esperase órdenes.

Silas se dirigió a Lena.

—Hay jabón sobre la mesa y toallas en la silla. Cuando hayas terminado de lavotearte, ve a tu habitación. Está arriba, la segunda a la izquierda. Puedes descansar esta noche, pero mañana te toca trabajar.

—Sí, señor —dijo Lena.

---

[3] N. de la Ed.: En alemán, 'abuelita'.

CAPÍTULO 6

Silas y Jack Henry ya se habían ido al establo cuando Bonnie bajó las escaleras con expresión dolorida, cruzó la cocina y lanzó un vestido azul, ropa interior y un pichi amarillo de talla adecuada para Ella sobre el respaldo de una silla.

—Gracias por la ropa. Prometo que la cuidaré bien.

—Dale las gracias a papá, no a mí.

Antes de que Lena pudiera responder, Bonnie se fue arrastrando los pies hasta el pasillo de atrás y salió dando un portazo con la puerta mosquitera.

Lena suspiró. Era fácil entender por qué le molestaba a Bonnie prestarle la ropa de su madre fallecida a una extraña, pero el poco progreso que Lena pensó que habían conseguido pareció desvanecerse. Con suerte, mañana sería otro día. Y el día de después. Y el día de después de ese otro día. Con suerte, para cuando *Mutti* y Enzo llegaran, Lena y Bonnie serían amigas..., si Lena acababa quedándose tanto tiempo. La granja Wolfe Hollow no era deficiente ni los niños insoportables, pero sucedía algo inquietante ahí, algo que podría obligarla a marcharse. No tenía ni idea de a dónde iría ni de cómo llegaría, puesto que la población más cercana parecía estar a miles de kilómetros de distancia, pero, si la razón por la que Silas hacía que Bonnie y Jack Henry se ocultaran del *sheriff* supusiera el más mínimo peligro para Ella, sería imposible que se quedaran.

Marcharse haría que fuera más difícil reunir dinero para *Mutti* y Enzo, y sería todavía más complicado encontrar un lugar donde vivir y un trabajo, pero tenía que mantener a Ella a salvo a toda costa. Ojalá su familia estuviera allí ahora, pues podrían marcharse juntos y empezar de nuevo en otro lugar. Pero no era el caso. Tenía que apañárselas sola. Si no había otra opción, aún tenía el papel de la monja, pero ¿cuánta ayuda podía ofrecerle la Iglesia en realidad? ¿Y durante cuánto tiempo? Con suerte, habría una buena explicación para las precauciones de Silas, pero por el momento no se le ocurría nada que tuviera sentido. Y estaba

demasiado agotada para pensar en lo que podría suceder al día siguiente, y mucho menos en el futuro. En ese momento necesitaba bañarse y bañar a Ella para poder descansar. No había motivos para pensar en nada que no fuera eso.

Después de lavar a su hija y vestirla con el pichi amarillo, que le colgaba del cuerpecillo diminuto como un saco de patatas, encontró un tazón de hojalata y una cuchara de madera con los que la niña podía jugar. Entonces se metió en el agua y se limpió a fondo. Eliminarse el aceite del cabello requirió más tiempo del que había previsto, y estuvo todo el tiempo preocupada por si Silas y Jack Henry volvían a entrar y se la encontraban desnuda en medio de la cocina. Con suerte, se mantendrían alejados el tiempo suficiente para que pudiera secarse y ponerse el vestido de la difunta esposa de Silas. Le sorprendió lo bien que le quedaba su ropa. Cuando terminó de trenzarse la melena larga y húmeda, colgó las toallas en los respaldos de las sillas de la cocina y se llevó a Ella al piso de arriba para buscar su habitación. Como estaba limpia y alimentada, Ella se estaba quedando dormida.

Arriba, tres puertas, una a la derecha y dos a la izquierda, se alineaban en un pasillo estrecho con retratos en blanco y negro en las paredes. Descalza y temblando, Lena solo les dedicó a los retratos una mirada somera. Tenía que meter a Ella en la cama y volver abajo para lavar la ropa sucia. Entonces reparó en la fotografía de un joven con barba bien recortada junto a una joven hermosa de pómulos altos y largo cabello rubio; él vestía un traje oscuro y ella un vestido de encaje blanco. Se detuvo para examinar el retrato de bodas de Silas y su esposa, donde ambos intentaban parecer adecuadamente serios a pesar de que sonreían un poco. A Silas la sonrisa se le reflejaba en sus ojos, a ella en las comisuras alzadas de los labios suaves. Se dio cuenta de que Bonnie y Jack Henry poseían la tonalidad clara y la sonrisa amable de su madre. Pero la niña había heredado el físico delicado de esta, mientras que parecía que Jack Henry adquiriría la altura y la corpulencia de su padre. Lena intentó reconciliar al guapo novio con el montañés malhumorado cuyos hijos parecían temerle, pero no pudo hacer la conexión. Aparte de perder a su mujer, lo cual ya era bastante malo de por sí, ¿qué más hacía a Silas desgraciado? Entonces otro pensamiento le cruzó la mente y se estremeció. Tal vez él fuera responsable de la muerte de su mujer. Tal vez el *sheriff* iba a la casa en su busca para meterlo en prisión. Quizá por eso les decía a sus hijos que se escondieran cuando él no estaba, para que la policía pensara que se habían marchado todos.

No. Eso no tenía sentido. Su mente agotada le estaba jugando una mala pasada. La colada tendida en las cuerdas, el huerto, las gallinas y las mulas indicaban con

claridad que la casa estaba habitada. Y si a Silas le preocupaba que lo arrestasen, se habría escondido en lugar de aparcar su camión en el patio delantero para que cualquiera pudiese verlo. Fuera cual fuese la razón por la que les ordenaba a Bonnie y a Jack Henry que se escondieran, debía residir en otro sitio. Y aun cuando Lena no se imaginaba qué razón podría ser esa, sí sabía una cosa: Silas había perdido a su esposa porque la vida es injusta, igual que la muerte de su padre había sido injusta, como la deserción del padre de Ella había sido injusta y como era injusta la deportación de *Mutti* y de Enzo.

Justo cuando una oleada de recuerdos dolorosos estaba a punto de apoderarse de Lena, Ella alargó la mano y le tocó la cara, sonriendo medio dormida.

—Mamá —dijo.

Lena la abrazó con fuerza mientras le daba besos en la frente y en las mejillas.

—Oh, *mein Engel,* mi ángel —susurró—. *Danke Gott,* aún te tengo.

Se enjugó las lágrimas, alejó de la mente los pensamientos dolorosos y se dirigió a la última puerta de la izquierda. Dentro de la habitación estrecha de techo bajo había una cama de hierro forjado pegada a una pared y cubierta con una manta de *patchwork,* y un aguamanil de madera se alzaba junto a una cómoda que parecía antigua. Había un camisón blanco doblado sobre la cama, junto a otro de talla de bebé para Ella. Lena sonrió. Tal vez le resultase simpática a Bonnie después de todo.

Cuando terminó de ponerle el camisón a Ella, se dirigió hacia la ventana abierta, donde una brisa templada serpenteaba entre las cortinas raídas bordadas con margaritas amarillas.

Fuera, el sol iba cayendo por el cielo oscuro, envolviendo las nubes de azul y rosa, y Jack Henry guiaba a tres vacas marrones por la pendiente de una colina rocosa. Los cencerros que llevaban al cuello repiqueteaban mientras bajaban entre los árboles y la maleza. Más cerca de la casa, Bonnie arrancaba malas hierbas del huerto lleno de tomateras, judías, cebollas y otras verduras, y las lanzaba a un cubo oxidado. Justo a la derecha del huerto, un sendero algo dejado llevaba hacia tres cobertizos de madera; en el lateral de uno de ellos había un rosal trepador con rosas rojas. ¿Era ese el cobertizo en el que se escondían los niños o era el otro, el del tejado bajo y torcido? ¿Esperarían que ella y su hijita también se escondieran allí? ¿Qué pasaría si el *sheriff* los encontraba?

De nuevo se recordó que era mejor no preocuparse por algo que todavía no había sucedido. Su hija necesitaba dormir. Y sería mejor que descansara unos minutos antes de volver a bajar y tener que fingir que era alguien que no era: una

mujer segura que se sentía feliz de estar allí, preparada y deseosa de emprender su nuevo trabajo como ama de casa y cuidadora. Porque en realidad no era más que una inmigrante asustada, exhausta y confusa que ansiaba estar con su madre tanto como Bonnie y Jack Henry querían estar con la suya.

CAPÍTULO 7

Lena despertó con un sobresalto y de inmediato buscó a Ella para asegurarse de que estuviera allí. Cuando sintió a su hija junto a ella, acurrucada y calentita con su camisón suave, se relajó, pero solo un poco. Se incorporó y examinó la habitación en penumbra. ¿Era el ocaso o el amanecer? ¿Era de día o de noche? ¿Estaban en su casa, en su cama, o en un barco en mitad del océano? Entonces lo recordó todo. Estaban en los Estados Unidos. Arriba, en las montañas de Virginia. Y llevaba puesto el vestido de una muerta. ¿Cuánto tiempo había dormido? ¿Una hora? ¿Dos horas? ¿Toda la noche? Solo había pretendido echarse un momento. Intentó no despertar a Ella cuando se deslizó del colchón de paja y se acercó a la ventana. Fuera, el sol naciente teñía el cielo despejado de un tono anaranjado leve y difuso. Una niebla espesa rodeaba los picos distantes como un blanco mar que circundase islas azules. Se retiró unos mechones de la cara y se alisó el delantero del vestido. Con suerte, nadie se daría cuenta de que había dormido con el vestido puesto toda la noche. Entró en pánico cuando fue a buscar sus zapatos. ¿Los había perdido en la planta despiojadora?, ¿en el ferri?, ¿en el tren? Entonces se acordó. Los había dejado en el porche para orearlos. Por el momento tendría que ir descalza, como los niños.

Tras mirar a Ella un instante para asegurarse de que seguía dormida, salió de puntillas de la habitación y cerró con cuidado la puerta tras ella. El olor a café recién hecho y a huevos fritos le llegó desde abajo y le hizo rugir el estómago. Se apresuró a bajar las escaleras con la esperanza de no haber sido la última en levantarse de la cama. En la cocina, Silas estaba sentado solo a la mesa y se estaba comiendo un plato de huevos y patatas fritas. Cuando levantó la vista comenzó a sonreír, pero bajó la mirada de inmediato y levantó la taza de café con una expresión torturada y extraña en el rostro. Al principio Lena pensó que se había atragantado con el desayuno, pero luego se acordó de lo que llevaba puesto. Ver a otra mujer con el vestido de su difunta esposa debía de haberle dado impresión.

—Buenos días —le saludó—. ¿Quiere que despierte a los niños?

Él negó con la cabeza.

—Bajarán enseguida.

Lena juntó las manos y presionó los dedos contra los nudillos con tanta fuerza que le dolió. ¿Qué tendría que decir? ¿Qué tendría que hacer?, ¿fregar la sartén de hierro fundido que estaba en el hornillo, servirse una taza de café y sentarse a la mesa, dejarlo solo, preguntar por qué sus hijos tenían que esconderse de la *polizei*? No. Era probable que esa pregunta tuviera que esperar. Al menos durante parte del día.

—¿Sabe dónde puedo encontrar el jabón para lavar la ropa?

—Bonnie lavó tu ropa anoche —dijo él sin levantar la vista—. Está tendida en la cuerda.

Sintió calor en las mejillas.

—Oh. Lo siento mucho. Me tumbé con Ella para asegurarme de que se quedara dormida y yo...

—No hace falta dar explicaciones —dijo él—. Hicisteis un largo viaje. Pero de ahora en adelante más te vale que recuerdes que estás aquí para cuidar de mis criaturas, no para que ellos cuiden de ti. —Recogió su plato y se puso de pie con un fuerte chirrido de la silla al empujarla hacia atrás.

—*Ja.* Quiero decir, sí. Estaba muy cansada y...

—Puedes empezar a preparar las viandas de la mañana —dijo mientras dejaba su plato en el fregadero—. Bonnie te ayudará a limpiar la cocina y te enseñará el resto de las cosas que tienes que hacer. Cuando Jack Henry termine de desayunar, se irá ir al establo para que yo pueda marcharme al aserradero. Volveré más avanzada la mañana. —Le dio la espalda y tomó su sombrero negro, que estaba colgado de un clavo en la pared, y se dispuso a salir de la cocina.

Una sensación de alarma le recorrió el cuerpo. ¿Ya iba a dejarla sola con los niños? ¿Y si venía el *sheriff*?, ¿qué se suponía que debía hacer? Tenía que detenerlo. Había demasiadas preguntas sin respuesta. Si se iba al aserradero, no podía esperar más para hacerle la pregunta que tanto temía. Apretó los puños y se armó de valor.

—Por favor, espere —dijo con un tono de voz más alto de lo que pretendía.

Él se detuvo y se dio la vuelta con las cejas enarcadas.

—He venido desde muy lejos para cuidar de su hogar y de sus hijos, ¿verdad?

—Se suponía que tu madre iba a cocinar y a cuidar de la casa y de las criaturas, no tú.

—Sí, y desearía que ella estuviera aquí. Haré el trabajo, pero necesito saber qué pasará cuando usted no esté aquí y venga la *polizei*.

Una oscura sombra le cruzó su rostro. Entendió lo que ella quería saber.

—Tengo tareas pendientes —zanjó con voz dura—. Bonnie sabe qué hacer.

—Pero ¿por qué...?

—No voy a explicarlo ahora mismo. —Reanudó su camino hacia la puerta trasera.

—¿Saben los niños por qué tienen que esconderse?

Él siguió caminando.

—¿Tengo que esconderme yo también?

Él se volvió para mirarla, esta vez con expresión agria.

—Sí, pero no tengo tiempo para hablar de eso. ¿Lo entiendes? ¿Hemos terminado?

Ella frunció el ceño, confusa.

—¿Tienes más preguntas o puedo irme a trabajar?

Lena se retorció las manos. Silas estaba perdiendo la paciencia, pero había ciertas cosas que necesitaba saber.

—*Ja,* quiero decir, sí. Una pregunta más, por favor. Mi madre y mi hermano tienen poco dinero y no tienen un hogar en Alemania. Cuando yo sepa la dirección de su alojamiento, me gustaría enviarles mi... mi... —Gruñó para sí. ¿Por qué le resultaba tan difícil de repente encontrar las palabras adecuadas? ¿Era porque Silas tenía la corpulencia de un buey? ¿Era porque la rabia que se le evaporaba del cuerpo como el vapor de una tetera? ¿Era porque tenía el futuro de ella y de su hija en sus manos? Con toda probabilidad sería por alguna de esas razones, pero tenía que ser fuerte a pesar de no sentirse así—. Me gustaría enviarle a mi madre el dinero de mi trabajo y yo...

—¿Tu trabajo?

—Sí. El trabajo que haré para usted.

Él se la quedó mirando boquiabierto, con una mezcla extraña de rabia y estupor.

—¿Crees que voy a pagarte?

«Pagarte». Pagar. Sí. Esa era la palabra. Ella asintió, aliviada al ver que la entendía. Entonces se percató de lo que él había dicho. «¿Crees que voy a pagarte?». Y sintió palpitaciones en las sienes.

—A ver si lo he entendido bien —dijo Silas—. Te he acogido cuando no era lo que habíamos acordado. Te doy comida, ropa y un techo recio sobre la cabeza, ¿y te crees que voy a darte dinero además de todo eso? ¿Tienes idea siquiera de

cuánto dinero pagué por los billetes de tu madre y de tu hermano? Y todo lo que he conseguido a cambio ha sido a ti y a un bebé, dos bocas más que alimentar.

Hablaba con tono hostil.

El suelo se le tambaleó bajo los pies. Las primeras punzadas de pánico hicieron que se sintiera mareada. Casi tuvo que sujetarse a la mesa para evitar caerse. Sí, ella había tenido la impresión de que se le pagaría por su trabajo. *Mutti* también lo había pensado. Y además de ayudar a Silas en la granja, Enzo también iba a trabajar en el aserradero. Todos habían creído que tendrían trabajos auténticos en los Estados Unidos, con salarios y la oportunidad de construir una nueva vida. Desde luego que Lena se sentía muy agradecida por que Silas las hubiera acogido a ella y a su hija, pero, si él no tenía intención de pagarle, estaba atrapada. Establecerse por su cuenta para empezar de cero era imposible. Aún peor, no podría enviarles dinero a *Mutti* y a Enzo para comida y alquiler, ni para que compraran billetes para viajar a los Estados Unidos. Tal vez Silas no le hubiera puesto en la mano en la isla de Ellis una octavilla en la que le prometía un trabajo que, en realidad, sería trabajo esclavo, pero era lo mismo. Y no podía hacer nada. Se le llenaron los ojos de lágrimas. Intentó pensar en algo que decir, pero no era capaz de hablar.

—Vuelve a hablar de dinero —le advirtió Silas— y te daré tal bofetón que te quedarás bizca. ¿Lo entiendes? Ahora haz algo útil antes de que te lleve montaña abajo y te deje allí.

Antes de que ella pudiera responder, Silas se puso el sombrero, bajó el pasillo con fuertes pisadas y salió con un portazo. Se llevó las manos al estómago con la certeza de que vomitaría. Si *Mutti* y Enzo no conseguían dinero suficiente para los billetes, quizá no volviera a verlos jamás. Retiró una silla y se sentó. Se tapó el rostro con las manos, le temblaban los hombros. Quería gritar y chillar; quería romper algo, lanzar algo al suelo. Pero eso no cambiaría nada. Se permitió llorar durante unos minutos y después, cuando pensó que podía mantenerse en pie sin caerse, se levantó y examinó la cocina con visión borrosa. Trabajaría tan duro como fuera posible. Haría más de lo necesario, se volvería indispensable. Y entonces, sin importar cuánto tiempo le llevara, convencería a Silas para que volviera a pagar los billetes de *Mutti* y Enzo.

Había varios huevos marrones en una fuente de cerámica azul junto al fregadero, al lado de un cuenco de mantequilla y de una jarra de leche. Una sartén de hierro fundido y una cafetera como la que tenían en su casa descansaban sobre la cocina de leña. Al menos nadie tendría que decirle cómo usar esas cosas. Se

protegió la mano con un paño de cocina y abrió la puerta del hornillo para comprobar el fuego. la lumbre ardía con fuerza. Derritió mantequilla en la sartén e incorporó seis huevos, rompiéndolos de uno en uno, a la sartén chisporroteante. Mientras se freían, sacó platos de un estante, los dejó sobre la mesa y buscó el cajón de los cubiertos.

Justo entonces oyó voces que bajaban por la escalera. Los niños estaban despiertos. Se limpió las mejillas y se dio la vuelta con decisión para mirarlos. Ella también se convertiría en alguien importante para Bonnie y Jack Henry.

Jack Henry bajó primero, vestido con un mono de trabajo y botas de cordones, seguido de Bonnie, quien iba descalza y llevaba un vestido fino de algodón. Bonnie vaciló en el último escalón y se la quedó mirando con expresión airada antes de entrar en la cocina.

—Buenos días —saludó Lena. Intentó sonar alegre. Sacó una espátula metálica de un cajón y comprobó los huevos.

—Buenos días —respondió Jack Henry.

Bonnie se acercó al fogón y miró dentro de la sartén.

—A nosotros nos gustan los huevos estrellados —dijo—. Y crujientes por los bordes.

Se dirigió a un cajón de la encimera y sacó una hogaza de pan casero.

—Lo siento, pero no sé qué significa «estrellados».

Bonnie puso los ojos en blanco, se acercó a la cocina y le quitó la espátula a Lena.

—Significa que los cocinas hasta que empiezan a ponerse crujientes y entonces les das la vuelta sin romper la yema. Muy rápido, solo hasta que la yema empiece a cocinarse. —Volteó los huevos uno a uno antes de devolverle la espátula—. Sácalos dentro de un par de segundos. Empieza por el primero que he volteado.

Mientras Jack Henry se afanaba cortando el pan con un cuchillo, Bonnie dejaba vasos y tazas de café sobre la mesa. Después untó con mantequilla las rebanadas de pan y Jack Henry las fue dejando de una en una sobre los platos. Trabajaban juntos como una máquina bien engrasada. Sirvieron leche en vasos opacos, llenaron las tazas con café solo, retiraron las sillas y se sentaron. Con cuidado de no romper las yemas, Lena sirvió los huevos, dos en cada plato, antes de dejar la sartén de nuevo sobre la hornilla y volver a la mesa.

—Gracias por la ropa para dormir, Bonnie.

La niña le dio un bocado al pan y se quedó mirando el plato en silencio. Se la veía molesta.

Lena volvió a intentarlo.

—Nos queda bien.

Bonnie apuñaló sus huevos con el tenedor. Era como si se hubiera vuelto sorda. Lena respiró hondo y retiró una silla. No tenía ni idea de si era normal que Bonnie estuviese malhumorada por las mañanas o si su estado de ánimo era el resultado de la presencia de Lena. El hecho de que llevara puesto uno de los vestidos de la difunta madre de Bonnie no ayudaba, sin duda.

Pero, al menos, de momento Lena podía reconfortarse con el desayuno caliente que tenía en el plato. Tomó un sorbo de café y saboreó el líquido intenso y oscuro. La última vez que tomó café en lugar de achicoria fue en una cafetería con el padre de Ella, en la época en que creía que su vida estaba a punto de cambiar a mejor. Le parecía que había sucedido hacía mil años. Y ahí estaba otra vez, en el lado equivocado de la esperanza de que su vida iba a mejorar, donde se preguntaba qué ocurriría a continuación y cómo lo superaría. Tenedor en mano, se dirigió a Jack Henry.

—¿Dónde recibís el... el...? —Incapaz de recordar la palabra correcta, soltó un bufido de impaciencia—. ¿Dónde recibís la correspondencia?

Él frunció el ceño.

—La correspondencia —repitió ella—. Las... las cartas.

—¿El correo?

Ella asintió. Sí. El correo. Esa era la palabra que había estado buscando. Había visto una oficina de correos de camino a la casa, pero le parecía que estaba a unos cien kilómetros montaña abajo y, con todas las vueltas que habían dado durante el trayecto, no sería capaz de encontrarla. Aun cuando recordara dónde se encontraba, tardaría una eternidad en caminar hacia allí y volver. Con suerte, la familia Wolfe enviaría y recibiría sus cartas en algún lugar más cercano.

—Mi madre va a enviarme una carta cuando ella y mi hermano hayan regresado a Alemania.

—El carromato del correo viene una vez a la semana —le explicó Jack Henry—. Siempre y cuando las carreteras no estén bloqueadas.

Ach, Gott. ¿Ahora también tenía que preocuparse de si cerraban las carreteras? Pero al menos no había necesidad de caminar media montaña abajo para recoger el correo. Y en esos momentos necesitaba sentirse agradecida por las cosas pequeñas.

—Me gustaría contestar a su carta cuando la reciba. ¿Tenéis papel de escribir y... y...? —¿Cuál era la palabra para el papel doblado en el que metes una carta?

—Bonnie puede darte de todo —asintió Jack Henry—. Sobres también. ¿Verdad, Bonnie?

Bonnie gruñó.

Lena soltó un silencioso suspiro de alivio. Al menos ya sabía cómo mantenerse en contacto con su familia. Justo entonces, los llantos de Ella se oyeron por la escalera. Lena se puso de pie y comenzó a cruzar la cocina. Le preocupaba que Ella se cayera de la cama antes de que ella pudiera llegar a la habitación. Para su sorpresa, Bonnie se levantó de un salto y pasó corriendo junto a ella.

—Yo la traeré.

—¿No quieres terminarte la comida?

—Ya lo haré —repitió Bonnie, que ya subía corriendo las escaleras.

Lena comenzó a seguirla. No estaba segura de lo que haría Ella cuando alguien a quien apenas conocía entrara en aquella habitación nueva para ella. Se detuvo en el último escalón, preparada para subir si Ella parecía asustada. Cuando se abrió la puerta del cuarto, la niña lloró más fuerte.

—Buenos días, muñequita —saludó Bonnie con voz cantarina.

Ella se apaciguó, pero solo un poco.

—Oh, no llores —le dijo con dulzura—. No pasa nada. No te asustes. No voy a hacerte daño. —Y luego—: Eso es. Venga. Vamos a ver a tu mamá.

Cuando salieron de la habitación al pasillo, Ella seguía quejándose. Y entonces, para sorpresa de Lena, Bonnie empezó a cantar.

Mi Bonnie está en el océano.
Mi Bonnie está allá en la mar.
Mi Bonnie está en el océano.
Oh, devuélveme a mi Bonnie.

Devuelve, devuelve,
devuélveme a mi Bonnie.
Devuelve, devuelve,
devuélveme a mi Bonnie.

Lena dejó que una sonrisa le aflorase a los labios. Bonnie tenía una voz clara y melodiosa, con el toque encantador de su acento de montaña. Si no hubiera sabido la verdad, habría jurado que se trataba de la voz madura de una muchacha, no de la de una niña. Cuando Bonnie llegó al principio de la escalera, le sonrió a la

bebé, a la que llevaba en brazos, y señaló hacia Lena.

—¿Ves? Ahí está tu mamá, justo ahí, esperándote.

Lena saludó a su hija con la mano. La niña miraba a Bonnie con ojos maravillados y la boca abierta, como si nunca hubiera oído cantar a otra persona.

Bonnie bajó las escaleras con Ella, reanudó su canción y la llevó hacia la mesa de la cocina.

Oh, el viento sopla sobre el océano
y el viento sopla sobre la mar.
Oh, el viento sopla sobre el océano,
devuélveme a mi Bonnie.

Bonnie acomodó a Ella en una silla y le dijo a Jack Henry:

—Supongo que deberíamos bajar la trona del desván. Y la cuna también.

Jack Henry asintió, pero siguió concentrado en su comida, mojando el pan en la yema de los huevos y comiendo con rapidez.

Agradecida por el humor mejorado de Bonnie, Lena se sentó junto a su hija. Quedaba claro que Bonnie sentía debilidad por Ella, y se le daba bien cuidarla. Además de por la comida y por haber aprendido cómo recibía el correo la familia Wolfe, también tenía que sentirse agradecida por eso.

—Gracias por ir a buscarla. Creo que le encanta tu canción. —Sirvió media taza de leche y se la dio a Ella, quien la sujetó con ambas manos y dio un gran sorbo. Le cayeron goterones por la barbilla—. A mí también. Tienes una voz muy hermosa.

Bonnie le dedicó una leve sonrisa de apreciación, se sentó al otro lado de Ella y acercó más su silla a la de la niña. Entonces, como una mamá gallina, le limpió la barbilla y le dio trocitos de pan con mantequilla para que se los comiera, con cuidado de que no fueran demasiado grandes. Pero cuando Lena deslizó uno de sus huevos en el plato de Ella, Bonnie agarró el plato, con los trozos de pan y todo, y se lo llevó a la hornilla. La niña comenzó a llorar.

—¿Qué haces? —inquirió Lena.

—Hay que ponerle el huevo muy hecho o se ensuciará muchísimo —explicó Bonnie.

Lena quiso decir que ella le lavaría las manos después, pero, a pesar de su frustración por que Bonnie se hubiera llevado el plato de Ella, se mordió la lengua e intentó que la pequeña comiera otro trozo de pan.

—Calla —dijo—. No pasa nada. Bonnie te va a traer el huevo pronto.

Cuando Bonnie terminó de cocinarlo, sopló para enfriarlo un poco, lo cortó en trocitos y se los dio a Ella, quien dejó de llorar al instante.

—Hace mucho que no comíamos huevos —dijo Lena.

Jack Henry le dedicó una mirada de asombro con las mejillas infladas por la comida.

—¿Cómo es eso?

—Teníamos muy poca comida en Alemania. Y donde vivíamos no podíamos tener ni un huerto ni gallinas. Ya le he dicho a Bonnie que estoy aquí para cuidar de vosotros, pero necesitaré ayuda para aprender cosas sobre los Estados Unidos.

Bonnie soltó una risa rápida y desdeñosa.

—No necesitamos que nos cuiden. Nos ha ido muy bien solos. Solo nos hacen falta algunas manos extra por aquí.

Bonnie no le iba a poner las cosas fáciles. Lena se comió el resto de los huevos y el pan mientras se preguntaba qué tendría que hacer para demostrar que solo quería que fueran amigas.

—Espero poder hacer pronto la mayor parte del trabajo para que tú y Jack Henry podáis dedicaros a jugar y a leer libros.

Jack Henry se rio.

—Bonnie no sabe leer.

Bonnie dio tal puñetazo sobre la mesa que asustó a Ella.

—Cierra el pico, zopenco. ¡Sí que sé leer!

Ella empezó a llorar y Jack Henry le dedicó una mueca a Bonnie.

—¿Cómo demonios vas a saber si sabes leer? Hace casi dos años que no vamos a la escuela.

—¡He dicho que te calles! —gritó Bonnie—. ¡Sé leer, porque leo los libros de mamá todas las noches!

Lena se sentó a Ella sobre el regazo para consolarla y se dirigió a Bonnie:

—Por favor, no chilles. La estás asustando.

Bonnie relajó los hombros y miró a Ella con una expresión que mezclaba rabia y arrepentimiento.

—Lo siento, muñequita, pero mi hermano puede ser un maldito tonto algunas veces. Si tuviera el cerebro hecho de cuero, no tendría suficiente para hacerle una montura a un abejorro.

Jack Henry se enfurruñó. Se puso de pie, llevó su plato vacío al fregadero y cruzó la cocina en dirección a la puerta trasera.

—Voy a decirle a papá que has dicho palabrotas —gritó por encima del hombro.

—¡Adelante! —le chilló Bonnie—. ¡Ya ves lo que me importa!

Aún sobre el regazo de Lena, Ella se calmó y se quedó mirando a Bonnie. Sin duda se preguntaba cómo el corderito que cantaba se había convertido a esa velocidad en un león que rugía. Lena la ayudó a terminar de comer mientras Bonnie jugueteaba con su comida con cara mustia, con un codo sobre la mesa y la barbilla apoyada en la mano.

—Yo también me peleaba a veces con mi hermano —dijo Lena—. *Mutti* se enfadaba mucho cuando yo le llamaba *Scheisskopf.* Creo que en inglés significa 'gilipollas'.

Aunque intentó no hacerlo, Bonnie sonrió.

Era la reacción que Lena había esperado.

—¿Crees que tu padre me entenderá si digo palabrotas en alemán?

Bonnie encogió un hombro.

—Supongo que no. Pero dice que decir palabrotas no es de señoritas.

—Entonces quizá yo pueda enseñarte un poco de alemán. —Lena le hizo un guiño.

Bonnie asintió con expresión sonriente.

—Puede ser nuestro... —Se interrumpió—. ¿Cuál es la palabra para algo que no puedes contar?

—¿«Secreto»?

—*Ja,* puede ser nuestro secreto.

Al fin Bonnie sonrió y se sentó derecha. Los ojos le brillaban, traviesos.

Aliviada por haber hecho progresos, sin importar cuán pequeños o fugaces fuesen, Lena apuró su café. Se sentía renuente a aprovecharse del momento, pero no había otro modo de obtener las respuestas que necesitaba.

—¿Te parece bien que te pregunte algunas cosas que no comprendo?

—Supongo.

—¿Por qué os dice tu padre a ti y a Jack Henry que os escondáis cuando viene la policía?

—Papá dice que el *sheriff* Dixon es un hombre malo.

Lena se había imaginado varias razones, pero no había esperado esa. Un escalofrío le recorrió el cuerpo. Quizá Silas tuviera buenas razones para ocultar a sus hijos.

—¿Por qué es malo? ¿Qué ha hecho?

Bonnie se encogió de hombros.

—No sé. Papá no nos lo ha dicho.

Lena gruñó por dentro. Tenía que averiguar la verdad para poder dejar de imaginarse lo peor.

—¿Por qué ya no vais al colegio Jack Henry y tú?

Bonnie tomó un sorbo de leche y se limpió la boca con el dorso de la mano.

—Cuando mamá murió, tuvimos que quedarnos en casa para ayudar a papá con la casa y la granja.

Lena se reprendió por haber hecho esa pregunta. Claro que era por eso. Quería saber qué le había pasado a la madre, pero Bonnie estaba abriéndose un poco al fin y no quería volver a disgustarla.

—¿Te gustaría ir al colegio?

Bonnie asintió.

—Claro que sí, pero a Jack Henry le da igual aprender o no. Lo único que le gustaba del colegio era que papá nos dejaba ir montados en el *Viejo Sal*.

—¿El *Viejo Sal*?

—Nuestro mulo gris. Él también nos cuida muy bien. Conoce el camino a casa, incluso en medio de una tormenta de nieve. Tenemos dos mulos, el *Viejo Sal* y *Botoncito.* Pero a *Botoncito* le falta un hervor, ya sabes lo que quiero decir.

Lena negó con la cabeza.

—Que no es muy listo.

—No había oído eso antes. Pero tú y tu familia decís muchas cosas que nunca había oído.

Bonnie se echó a reír.

—Supongo que es cierto.

La pequeña Ella se le revolvía cada vez más en el regazo. La dejó en el suelo, sin perderla de vista, para que caminara tambaleante por la cocina.

—¿Has leído los libros que pertenecían a tu madre?

—Solo uno por ahora. Hay muchas palabras difíciles, así que tardo mucho.

—Muchas palabras inglesas me parecen complicadas a mí también, pero quizá podamos aprenderlas juntas.

Bonnie se encogió de hombros.

—Quizá. Pero los guardo debajo de mi cama porque mi papá se pone triste cuando los ve.

—¿Tú también te pones triste?

—Algunas veces, pero a mamá leer y cantar le gustaba más que un caramelo, así que leer sus libros hace que me sienta más cerca de ella.

—Estoy segura de que ella también se siente feliz cuando los lees.

Bonnie miró a Lena con ojos llenos de curiosidad.

—¿Crees que puede verme leerlos?

Lena asintió.

—Tu madre siempre estará contigo.

—Eso es lo que papá decía —dijo Bonnie—. Cuando hablaba de ella.

—¿Ya no habla de ella?

Bonnie negó con la cabeza. La barbilla empezaba a temblarle.

—No. Y yo quiero que hable de ella para que no se me olvide cómo era.

Lena sintió que el corazón se le encogía ante el dolor familiar de la pena. Ella tenía dieciséis años cuando su padre murió y guardaba miles de recuerdos con él. Pero Bonnie perdió a su madre cuando todavía era muy pequeña. Claro que Lena había experimentado y presenciado una buena cantidad de sufrimiento y pérdida durante la guerra: un tío muerto en combate, un primo que murió de gripe española, compañeros de clase que perdieron a sus padres y a sus abuelos... Pero perder a uno de tus progenitores era diferente. No era de extrañar que a Bonnie le preocupara olvidarse de su madre, en especial si Silas no hacía nada por mantener vivo su recuerdo. De repente Lena se acordó de su propia madre y del hecho de que no tenía ni idea de cuándo volvería a verla otra vez, si la veía otra vez. Y a Enzo también. Le escocían los ojos por las lágrimas. Quería abrazar a Bonnie y decirle que la entendía, pero eso no sería de gran ayuda. Y, de todos modos, tal vez Bonnie no recibiera con agrado su abrazo.

—Si alguna vez quieres hablar de tu madre, yo te escucharé.

Bonnie se limpió la mejilla con un gesto brusco de la mano, enfadada consigo misma por llorar.

—Puede que más tarde. Tenemos cosas que hacer primero.

Lena le apoyó una mano sobre el brazo a Bonnie con suavidad y le entristeció que estuviera tan preocupada por ocuparse de sus tareas.

—Entonces podemos hablar y trabajar al mismo tiempo. Pero solo si tú quieres. Y cuando hayamos terminado con la cocina, quizá puedas llevarme a ver al *Viejo Sal* y a *Botoncito* antes de que me enseñes algunas de las cosas que hay que hacer. Porque, cuanto antes pueda hacer yo todo el trabajo aquí, antes podrás volver al colegio.

—No creo que papá nos vaya a dejar volver al colegio todavía.

—¿Por qué no?

Bonnie se encogió de hombros y se levantó para empezar a recoger la mesa.

Lena se incorporó para ayudar. Bonnie llevó los vasos al fregadero, le dio a Ella unas jarras de medir y unas cucharas de madera para que se entretuviera jugando, y echó más troncos al fuego para calentar el agua para lavar los platos. También dejó las cáscaras de los huevos y los posos del café en un tazón con el esmalte descascarillado. Mientras Lena terminaba de recoger todos los platos sucios de la mesa y de ordenar la encimera, se mantuvo en silencio para ver si Bonnie quería hablar de su madre. Pero la niña trabajaba en silencio.

Cuando los cubiertos y los platos estuvieron lavados y guardados, y la sartén de hierro fundido fregada y colocada sobre la hornilla para que se secara, Lena levantó a Ella para colocársela sobre la cadera y siguió a Bonnie hasta un cuarto del tamaño de un armario justo al lado de la cocina.

—Esta es la despensa.

Cada estante y espacio disponible estaba lleno de productos no perecederos y utensilios de cocina: un contenedor de harina y sacos de judías secas, rodillos de amasar y una trituradora, café y una caja de cerillas, una jarra de vinagre y un bote de cerámica. Lena nunca había visto tanta comida junta en un mismo lugar ni tantos utensilios para cocinar.

—Papá compra la sal y el azúcar montaña abajo y nosotros cultivamos nuestras propias hierbas. —Bonnie señaló los ramilletes que colgaban bocabajo del techo —. Compramos la harina de maíz y el alforfón en el molino del señor Early, en Weakley Stream. Eso está por allí, en el siguiente valle.

—¿Qué es alforfón?

—Es la harina que usamos para hacer tortitas con melaza de sorgo, que conseguimos de Dewey Fray, en Walnut Holler. Le compramos harina normal a Homer Ring, de Pond Ridge Gap. Y les compramos miel y sirope de arce a Lydia y Roy Stanton, de Old Pigbump Road.

Lena sacudió la cabeza. ¿Cómo iba a acordarse de todo eso?

—¿Podrías ponérmelo por escrito? No creo me acuerde de todo.

—Supongo, pero no voy a irme a ninguna parte, de modo que puedo ayudar hasta que le pilles el tranquillo.

Cerca de la pared trasera de la despensa, Bonnie abrió un casillero hecho a mano para revelar unos platos de un blanco lechoso con platitos y tazas a juego, todos bordeados de rosas amarillas.

—Este es el juego de porcelana que mamá pidió por catálogo a Sears y Roebuck. Mamá solo lo usaba para Navidad y los cumpleaños, y papá ya no nos deja usarlo porque cuesta trece dólares.

—Es precioso.

—Mamá dijo que será mío cuando me case y tenga mi propia familia —dijo Bonnie—. Pero no creo que papá vaya a acordarse. —Cerró la puerta del casillero y salió de la despensa—. Vamos, todavía nos queda mucho que hacer.

En el pasillo de atrás, Bonnie se agachó hasta el suelo para tirar de una pesada anilla que abría una trampilla.

—Este es el agujero de las patatas. —Apoyó la puerta recia contra la pared y comenzó a bajar una escalera de madera muy empinada.

Lena sujetó a Ella con fuerza y bajó los escalones de uno en uno, siguiéndola dentro del oscuro agujero. Por suerte, en el último peldaño, Bonnie tiró de una cuerda que iba unida a una única bombilla que iluminó un sótano excavado a mano con vigas de madera sin tratar y las paredes alineadas con rocas. El olor a tierra y madera húmeda predominaba allí, junto con el dulce aroma a sidra de las manzanas almacenadas. Apoyadas contra una pared había cajas forradas de paja y llenas de patatas y nabos. En las demás paredes había estanterías improvisadas que albergaban filas de botes de conservas llenos de frutas y verduras: amarillas, moradas, blancas, verdes, rojas. Lena sacudió la cabeza, asombrada. Al menos en lo que concernía a la comida, parecía que el sueño americano era una certeza después de todo.

Y entonces, a pesar de su asombro, una oleada de incomodidad la embargó y se vio transportada al pasado, a las noches interminables que pasó escondida en el sótano debajo de su apartamento, hacinada en la oscuridad casi completa con el resto de los residentes mientras las bombas les explotaban sobre la cabeza, todos exhaustos y aterrorizados por si serían los siguientes, carbonizados o enterrados vivos bajo una montaña de escombros. Los pulmones se le vaciaron de aire y, por un instante, no pudo respirar.

Cerró los ojos con fuerza y se obligó a alejar esa imagen. La guerra había quedado atrás y ella necesitaba mirar hacia delante. Entonces se imaginó a Bonnie y a Jack Henry escondidos en el sótano, callados y asustados mientras esperaban a ver si el *sheriff* los encontraba, y la sensación de sentirse atrapada volvió con más fuerza aún. Se suponía que la vida iba a ser diferente en los Estados Unidos; se suponía que los niños serían felices y despreocupados, no que tendrían que esconderse por miedo. Bonnie y Jack Henry no tenían que preocuparse de que una bomba cayera sobre su casa, pero el miedo era el mismo, daba igual la causa.

—¿Te va a dar un jamacuco? —se inquietó Bonnie.

Lena negó con la cabeza y se recordó que tenía que respirar. No sabía lo que era

un jamacuco, pero notó la preocupación en la voz de Bonnie.

—No me gusta pensar que tú y tu hermano os tengáis que esconder aquí abajo.

—Esto no es nada. Espera a ver el escondite bajo el cobertizo.

Lena tragó saliva. Había creído que los niños tenían que esconderse en el cobertizo, no debajo.

—¿Por qué? —preguntó, aunque no estaba segura de querer oír la respuesta.

—No es muy grande, eso es todo. Pero no tenemos tiempo de preocuparnos por eso ahora. Voy a decirte lo que tenemos aquí abajo, en el agujero de las patatas.

Lena asintió y se esforzó al máximo por prestar atención mientras Bonnie señalaba los diferentes botes de conservas.

—Tenemos maíz agridulce, remolacha encurtida, cebollas encurtidas, cerezas, ruibarbo, tomates verdes, mermelada de fresas y confitura de manzana —enumeró—. Y aquí hay huevos encurtidos, judías verdes, patas de jamón, guisantes y chucrut. Y este verano tendremos que recoger una buena cantidad de verduras del huerto.

—¿Has hecho tú todo esto?

—Papá y Jack Henry me ayudaron un poco. Pero esto no es nada. Muy pronto tendremos berros, cardillos, diente de león, setas, moras y también frambuesas. Y después de que soltemos a los puercos para engordarlos con bellotas este otoño, también habrá carne de cerdo. Claro que eso es un día entero de trabajo, porque hay que reunir las tinas, la prensa para la manteca, el molinillo para las salchichas y el resto del equipo. —Señaló varios sacos de arpillera en un rincón—. También tenemos nueces, avellanas y nueces pecanas.

Lena sentía que la cabeza le daba vueltas. ¿Cómo era posible que una sola familia tuviera tanta comida?

—Nunca he oído hablar de algunas de las cosas que me estás nombrando.

Bonnie la miró como si le hubieran salido dos cabezas.

—¿Nunca has oído hablar de setas y avellanas?

—*Ja* —dijo Lena—. Sé lo que son las setas y las avellanas. Crecen silvestres en Alemania. Pero no conozco las otras cosas que has dicho. Recuerda que tienes mucho que enseñarme.

Bonnie sonrió.

—Bueno, supongo que tenemos tiempo.

Tras una lección rápida sobre cómo recoger huevos y alimentar a las gallinas, Bonnie la llevó al establo para que conociera al *Viejo Sal* y a *Botoncito.* Luego le enseñó el resto de la propiedad, descalza y con Ella apoyada en la cadera como si

hubiera criado a un centenar de bebés. La pequeña reía encantada con todo lo que Bonnie le señalaba e incluso prestaba atención cuando intentaba enseñarle los nombres de las cosas en inglés: «mulo», «flor», «gallina», «hierba», «cielo». Mientras recorrían un sendero hacia los cobertizos, Bonnie se puso a cantar de nuevo y Ella sonrió con tantas ganas que acabó babeando. El cabello suave se le agitaba con la brisa tibia. Si Lena no las hubiera conocido, habría pensado que eran hermanas, unidas por una cómoda familiaridad desde el día en el que Ella nació. Quizá fuera una señal de que se avecinaban cosas buenas. O eso esperaba, al menos.

Cuando llegaron a una chocita ubicada sobre un arroyuelo de la montaña, Bonnie le tendió a Ella, abrió la puerta y las hizo pasar. Corría agua cristalina bajo una abertura cuadrada en mitad del suelo, y había vasijas de barro, jarras de cristal y barriles de madera dentro de la corriente borboteante.

—Esto es la fresquera. Es donde conservamos la mantequilla, la leche dulce, los encurtidos en salmuera, la carne fresca de pollo y cerdo, y cualquier otra cosa que haga falta que esté fría. —Sacó una jarra del agua, abrió la tapa y se la acercó a Lena—. ¿Quieres probarlo? Es mi favorito.

—¿Qué es?

—Angostura de cerezas silvestres. Esto cura todos los males.

Lena tomó el recipiente, probó con cuidado el líquido que contenía e hizo una mueca de asco. Sabía a tierra y a madera quemada mezcladas con agua estancada. Le devolvió la jarra a Bonnie y se limpió la boca con los labios fruncidos.

—¡Sabe fatal!

Bonnie se echó a reír.

—A Jack Henry tampoco le gusta. A papá sí, pero solo con un trago de mula blanca.

—¿Mula blanca?

—*Moonshine.*

—¿Qué es *moonshine?* —dijo Lena.

Bonnie se la quedó mirando boquiabierta.

—¿No has oído hablar del *moonshine?*

Lena negó con la cabeza.

—Caray, supongo que es verdad que tengo mucho que enseñarte. El *moonshine* es *whisky* fabricado con la pulpa del maíz, manzanas o melocotones. Mucha gente lo fabrica y lo bebe aquí arriba, y mucha gente lo vende también aunque se supone que no se puede.

—¿Tu padre lo fabrica?

Bonnie negó con la cabeza.

—No. Dice que ya tenemos suficientes problemas como para preocuparnos de que nos metan en la cárcel por hacer *moonshine*.

—¿Por eso no le gusta el *sheriff*?

—No es la única razón. —Volvió a meter la jarra de angostura en el agua.

—¿Cuáles son las demás?

—No estoy segura.

De repente, de algún modo, Lena tuvo la sensación de que Bonnie sabía exactamente el porqué del resentimiento de Silas hacia el *sheriff,* pero no quiso presionarla en busca de una respuesta en ese momento. Se estaban llevando bastante bien y Lena ya se sentía abrumada por todas las cosas nuevas que estaba viendo y aprendiendo.

—¿De verdad te gusta la bebida de cerezas o estabas haciendo una...? ¿Cuál es la palabra? ¿Una broma?

Bonnie rio.

—Siento haberlo hecho, pero al menos no era té dulce de la yaya.

Lena también se rio. Ella la miró y sonrió, sin duda sorprendida de ver a su madre tan feliz.

—¿Y qué es té dulce de la yaya?

—No sé. Los adultos no nos lo dicen. Pero los ingredientes provienen de las ovejas. Meten los ingredientes en un trapo y lo ponen a hervir en el fuego. Después de hacer eso, lo queman todo. Así que creo que debe de ser algo horrible. Los adultos dicen que nos lo harán tomar si caemos enfermos, pero tiene un sabor tan asqueroso que nadie se queja nunca si se siente mal.

Lena volvió a reír.

—Es como la medicina que mi madre nos daba a mi hermano y a mí. Sabía a pescado podrido. Ojalá estuviera aquí para que probase tu bebida de cerezas y viera toda la comida que has cultivado y conservado. Quedaría muy sorprendida.

Y justo entonces la sonrisa de Bonnie desapareció.

—¿Tu mamá murió también? —dijo en tono quedo.

—*Nein* —dijo Lena—. Quiero decir, no. Iba a venir aquí conmigo y con mi hija para ayudar a tu padre, pero los hombres de la isla de Ellis dijeron que ella y mi hermano debían regresar a Alemania. No sé si todavía están esperando subir a un barco o si ya van de camino a casa.

—¿Por qué los hicieron volver?

—Dijeron que mi hermano era deficiente mental y que no se le permitía quedarse, y que mi madre tenía que irse con él porque era demasiado joven para viajar solo. Dijeron que ella también estaba enferma, pero eso no es cierto. Han cometido un error, un error espantoso. *Mutti* está bien y Enzo solo tiene que aprender más inglés. No es deficiente mental.

Luchaba contra las lágrimas, que se le agolpaban en la garganta, pero se negó a llorar. Bonnie ya había tenido suficiente pena en su vida para atribularla con más dolor.

—¿Qué significa «deficiente mental»? Nunca lo he oído antes.

—Parece que significa lento o... o... tarado. Dijeron que mi hermano no era lo bastante inteligente como para quedarse en los Estados Unidos, que no sería capaz de conseguir trabajo ni ganar dinero.

Bonnie adoptó una expresión afligida que le oscureció los rasgos. Se arrodilló para reordenar los tarros en el riachuelo y así ocultar el rostro.

—¿Qué sucede? —preguntó Lena—. ¿Qué pasa? —Esperó un momento, pero Bonnie no decía nada—. ¿Estás pensando en tu madre?

Bonnie se enderezó y sacudió la cabeza.

—No. No tiene nada que ver con mi mamá. Es solo... Es solo que... eso es lo que dicen de nosotros también. De mí y de Jack Henry. Incluso de papá. Dicen que somos lentos e ignorantes, que somos def... deficientes mentales.

Lena frunció el ceño.

—¿Quién lo dice?

—No sé. Gente importante. Oí a papá hablar de eso con el señor Corbin.

Lena no podía creer lo que estaba oyendo. ¿Qué le hacía pensar a esa «gente importante» que podía decidir lo que los demás eran o no capaces de hacer? Bonnie era más inteligente y hábil que algunos adultos a los que Lena había tratado en Alemania. Y ni Jack Henry ni Silas parecían lentos ni estúpidos. Entonces otro pensamiento se le pasó por la mente y se le heló la sangre. Tal vez el *sheriff* quería llevarse a los hijos de Silas por los mismos motivos que los médicos de la isla de Ellis habían amenazado con meter en prisión a Enzo si se quedaba en los Estados Unidos. Pero eso no tenía sentido. Los Wolfe eran ciudadanos estadounidenses. Seguro que no podían separarlos y encerrarlos sin razón alguna, ¿no? Fuera cual fuese la respuesta, era evidente que Bonnie ni la sabía ni la entendía. Tendría que preguntarle a Silas.

—Las personas que dijeron eso sobre ti y sobre tu familia no saben de lo que hablan. Eres muy inteligente. Mira todas las cosas que me has estado mostrando y

enseñando. Y aún sigo sin entender todo lo que me dices.

Bonnie se encogió de hombros sin ganas, al parecer resignada al hecho de que no había nada que pudiera hacer con respecto a la opinión de los demás. Entonces volvió a alargar los brazos hacia Ella y sonrió, y la pequeña se lanzó hacia ella, encantada de que su nueva amiga la llevase en brazos.

Después de la fresquera, Bonnie le enseñó a Lena el pozo que habían cavado y la leñera, donde había varias cuerdas de leña apiladas hasta el techo. A continuación, entraron en el cobertizo bajo que contenía las herramientas para el huerto, estanterías y cajones llenos de maquinaria extraña, y cadenas oxidadas que colgaban de la pared trasera. Tras rodear un viejo tractor, Bonnie le devolvió Ella a su madre. Retiró una carretilla llena de rocas de encima de una alfombra sucia y raída, apartó la alfombra a un lado, tiró de una anilla de hierro que había en el suelo y abrió una trampilla. Unos peldaños empinados y primitivos llevaban a la oscuridad.

—¿Aquí es donde tú y Jack Henry os escondéis cuando viene la policía?

Aún sujetando la puerta, Bonnie asintió. Se había puesto pálida de repente.

—Sigo sin entenderlo —dijo Lena—. ¿Por qué tenéis que esconderos?

—Ya te lo he dicho —susurró la niña—. Porque no somos inteligentes.

CAPÍTULO 8

Hacia el mediodía, Bonnie y Lena ya habían tendido tres coladas en las cuerdas, habían desvainado una gran cantidad de guisantes en el porche delantero y habían remendado tres pares de pantalones. Por suerte, Ella caminaba tras ellas sin quejarse y se entretenía con cucharas de madera y ollas en la casa, con la tierra y la hierba fuera, y persiguiendo a las gallinas en el patio. Después de recoger judías verdes en el huerto, Lena le lavó a su hija la cara y las manos en el fregadero de la cocina mientras Bonnie ponía a hervir agua en un caldero en el que echó las judías verdes.

—Vamos a necesitar más leche para los bollitos gatunos —dijo—. Voy corriendo a la fresquera a por ella. Papá y Jack Henry querrán la comida pronto.

—¿Bollitos gatunos?

—Sí, los llamamos así porque son del tamaño de la cabeza de un gato.

Lena sacudió la cabeza, maravillada por las muchas y extrañas cosas que ya había aprendido. Se preguntaba cómo iba a conseguir acordarse de todo. Le secó las manos a Ella y la llevó hacia la ventana para mirar a Bonnie, quien corría sendero abajo hacia la fresquera como si la persiguieran. Tal era su velocidad que levantaba tierra con los talones desnudos. Cualquier otra persona habría visto a una niña que se divertía, que estaba jugando o que iba hacia el bosque para recoger bayas. Pero Lena se imaginó a Bonnie corriendo hacia el cobertizo de techo bajo para esconderse en aquel agujero oscuro con Jack Henry.

Le besó con ternura las manos y el rostro a Ella, encantada con su olor inocente y limpio, con la sensación de su piel suave de bebé.

—¿Por qué Bonnie corre tan rápido? —pensó en voz alta—. ¿Por qué tiene que esconderse?

—Esco... esconderse —repitió Ella. Deslizaba la lengüita entre los dientes diminutos.

* * *

Tras comer judías y bollitos gatunos con salsa de leche para la comida del mediodía, que Lena aprendió que se llamaba «refrigerio», Jack Henry y Bonnie bajaron del desván una cuna blanca de hierro, le limpiaron el polvo y la colocaron en la habitación de Lena y Ella. También bajaron un carrito de bebé hecho de mimbre, varios de los vestidos y gorritos que habían sido de Bonnie, un juego de bloques de madera, un sonajero con forma de cigüeña y una muñeca de trapo con cabello de lana amarilla. Mientras Lena cubría el colchón de la cuna con una manta suave, Bonnie jugaba con Ella en el suelo.

—Esta es *Poppy* —le dijo mientras le enseñaba la muñeca de trapo—. Mi mamá me la hizo cuando yo era pequeña como tú, pero ahora es tuya.

Ella aceptó la muñeca de trapo y la abrazó debajo de la barbilla. Se mecía hacia delante y hacia atrás con expresión radiante. Lena levantó a Ella del suelo, con cuidado de que no dejara caer a *Poppy,* y la besó en la mejilla.

—Es hora de que duermas un poquito —dijo mientras tumbaba a Ella en la cuna. La bebé se resistió, se dio la vuelta y se puso de pie. La muñeca había quedado olvidada.

Bonnie se levantó del suelo y se situó junto a la cuna.

—¿Ayudará si le canto como mi mamá me cantaba a mí?

—Puedes probar —dijo Lena.

Volvió a tumbar a Ella, le metió a *Poppy* debajo de un brazo y le acarició con suavidad un lado de la carita a la niña. Ella comenzó a agitarse y se sentó, empeñada en no cooperar, pero cuando Bonnie comenzó a cantar se quedó quieta y se la quedó mirando con ojos soñolientos.

Buenas tardes, buenas noches.
Cubierta de rosas, rodeada de claveles,
deslízate bajo la colcha.
Mañana temprano, si Dios quiere, de nuevo despertarás.
Buenas noches, buenas noches,
Protegida por ángeles que te mostrarán en sueños el árbol de Navidad
sueña ahora feliz y dulce,
contempla en tus sueños el paraíso.

Para cuando Bonnie hubo terminado la canción, Ella estaba profundamente dormida y Lena se hallaba al borde de las lágrimas. *Mutti* les cantaba esa misma

nana a ella y a Enzo cuando eran pequeños..., en alemán, claro, pero Lena había reconocido la melodía de inmediato. Y Bonnie la cantaba de una forma tan hermosa que habría conmovido a cualquiera que la oyese. Después de salir de puntillas del dormitorio y cerrar la puerta con cuidado tras ellas, Lena y Bonnie bajaron las escaleras. Bonnie iba a enseñarle cómo hacer té de corteza de sasafrás y cómo fabricar un bálsamo con una planta llamada oreja de ratón. Dicho bálsamo servía para curar picaduras de insectos y llagas en la boca.

—¿Dónde aprendiste a cantar así? —le preguntó Lena mientras bajaban.

—Mamá decía que lo heredé de ella. Y deja que te diga que era la mejor cantante de todos estos valles. Pregúntale a cualquiera, te dirán lo mismo. Papá y ella cantaban juntos todo el tiempo, pero él ya no canta.

A Lena le resultó muy difícil imaginarse a Silas cantando una canción, pero entonces recordó el retrato del novio guapo y joven que parecía tan lleno de vida y picardía, y se preguntó cómo habría podido ser en el pasado. Era triste, pero parecía que Bonnie y Jack Henry habían perdido a ambos progenitores cuando su madre murió.

De vuelta en la cocina, Bonnie echó puñados de oreja de ratón, unas hojas de un color entre azul y gris con bordes redondeados, en un caldero de agua hirviendo mientras Lena cortaba raíces de sasafrás para el té.

—Estoy segura de que tu padre echa mucho de menos a tu madre.

—Claro que sí. Pero se le olvida que no es el único que la echa de menos. —Golpeó el borde de la tetera con la cuchara de madera con más fuerza de la necesaria y se dirigió al fregadero.

Lena notaba el corazón cada vez más encogido. Bonnie era más madura de lo que le correspondía por edad en muchos sentidos y había madurado por motivos por los que ningún niño debería hacerlo.

—No tienes por qué contármelo si no quieres. Pero me he estado preguntando cómo perdiste a tu madre.

Bonnie siguió dándole la espalda a Lena, respiró hondo y contuvo la respiración con los hombros muy tensos. Luego soltó el aire muy despacio.

—Murió dando a luz hace dos años, tres meses y cinco días. La bebé nació muerta.

Lena se quedó sin aliento.

—*Ach, Gott.* Lo siento mucho.

—Papá y la abuela Creed intentaron salvarlas a las dos, pero no pudieron hacer nada. Se oía a mamá gritar a más de un kilómetro de distancia. Sufrió mucho.

Antes de morir, nos llamó a mí y a Jack Henry junto a su cama y nos dijo que fuéramos buenos para reunirnos con ella en el cielo. Luego le dijo a papá que cuidara de nosotros y que se encargara de criarnos bien. Pero soy yo la única que cuida de todo el mundo.

—Eso debe de haber sido muy duro para ti y para tu hermano. Cuando mi padre murió, creí que nunca iba a poder dejar de llorar.

Bonnie, que estaba junto al fregadero, se dio la vuelta. La sombra oscura de la pena se le había apoderado de los ojos.

—¿Qué le pasó?

—Tuvo una enfermedad muy mala. Los médicos no pudieron salvarlo.

—Supongo que entiendes lo mucho que echo de menos a mi mamá, entonces —dijo Bonnie.

—Sí. Y echar de menos a alguien a quien quieres es la peor sensación del mundo.

—Sí que lo es. Preferiría que me atropellara un carromato de troncos tirado por diez mulas. Al menos sabría que iba a sentirme mejor después de recuperarme.

Lena no podía argumentar nada contra tal afirmación. La pena era una herida que nunca sanaba.

—Sé que ya lo he dicho antes, pero estoy aquí para ayudar con las tareas y también para escucharte si quieres hablar. De cualquier cosa.

Bonnie asintió. Luego sacó un colador de debajo del fregadero y lo dejó sobre la encimera.

—Cuando la oreja de ratón haya hervido, tenemos que colar el líquido, ponerlo de nuevo en el caldero y añadir manteca de cerdo y una botella de aguarrás. Después hay mezclarlo todo bien, dejarlo enfriar y meterlo en latas.

Al parecer, ya había terminado de hablar sobre su madre y quería volver al trabajo, algo que Lena entendía a la perfección. Hablar del pasado no iba a cambiarlo. Pero Bonnie había perdido a su madre y a una hermana menor al mismo tiempo. Era demasiado dolor para que lo procesara sola alguien tan joven. Y, por lo que Lena veía, Silas había fallado al no asegurarse de que sus hijos recibieran consuelo. Se imaginaba los días que siguieron al funeral: Bonnie afanándose en la casa, atendiendo a su padre y a su hermano para asegurarse de que tuvieran comida y cualquier otra cosa que necesitasen. ¿Se habría permitido llorar siquiera? Lena quería que siguiera hablando, pero al menos se había abierto un poco y eso era suficiente por el momento.

—Mientras se cuece la oreja de ratón —siguió la niña—, podemos empezar con

la cena.

Lena apenas podía creer que fueran que hacer más comida. Aún se sentía llena por los bollitos gatunos y la salsa de leche que habían tomado antes.

—No creí que fuésemos a comer tan pronto otra vez.

—Es la comida de la noche y es importante. —Bonnie metió la mano en un saco de arpillera que colgaba de la pared y sacó una cebolla—. Pero aún no he decidido si haremos ensalada de mostaza y gachas de maíz con queso, o alubias carillas y tocino frito.

—¿Tienes las...? —Lena no se acordaba de la palabra aunque la tenía en la punta de la lengua—. La..., el modo de hacer las diferentes comidas. No me acuerdo de cómo se llama. Las palabras que te dicen qué hacer.

—¿Las recetas?

—*Ja*. Sí. Las recetas.

—Tengo algunas. Mamá escribió algunas, pero no hacía falta escribir las básicas, como las judías y el pan de maíz.

—¿Me las escribirías?

—Supongo.

Ver a Bonnie trabajar con tanta eficiencia hizo que Lena se acordara de *Mutti*, quien se sentía muy feliz cocinando para su familia cuando tenía suficientes ingredientes. Le habría encantado estar ahí y cocinar en esa cocina acogedora con tanta comida para elegir. Pensar en su madre hizo que Lena se acordara de otra cosa que quería preguntarle a Bonnie.

—Jack Henry dijo que tenías papel para escribir cartas.

Bonnie asintió y sacó un cuchillo de carnicero enorme de un cajón.

—Tengo mucho papel de carta que me sobró de cuando la maestra nos asignó amigas por correspondencia. La mía vivía en Washington D. C. Se llamaba Caroline. —Llevó el cuchillo hacia la encimera y cortó la cebolla por la mitad con un golpe rápido. El grueso metal golpeó la madera con un golpe contundente—. Pero cuando le conté que uno de nuestros gallos había corrido sangrando por todo el patio después de que le cortaran la cabeza, no volví a saber nada de ella. No creo que le pirrase esa historia.

—¿«Pirrase»?

—No le gustó la historia.

Lena se imaginó a un gallo ensangrentado corriendo por el patio y no pudo culpar a Caroline por no querer leer aquello. Con suerte, Bonnie estaría con ella cuando tuvieran que preparar pollo para cenar.

En ese preciso instante, Jack Henry entró en la cocina. Sonreía orgulloso mientras sostenía en alto por la cola un animal despellejado y sin cabeza. Parecía una rata gigante.

Lena contuvo el aliento y dio un paso atrás.

—¿Nunca has visto una zarigüeya? —preguntó Jack Henry—. La he cazado y ya he vendido la piel.

Lena sacudió la cabeza con las manos sobre el estómago.

Bonnie tomó el cadáver despellejado, le inspeccionó las entrañas y se lo llevó al fregadero para limpiar el hueco del estómago.

—Justo a tiempo, Jack Henry —dijo—. Me estaba preguntando qué preparar para la cena. —Puso una segunda olla a calentar, lanzó la zarigüeya dentro y miró a Lena—. ¿Nunca has hecho estofado de zarigüeya antes?

—No. Teníamos muy poca carne en casa. Y nada que se pareciera a... a una zarigüeya. Cuando teníamos carne, *Mutti* siempre la cocinaba de una manera determinada para que no se desperdiciase nada.

—¿Sabes cómo cocinar una ardilla? —preguntó Bonnie.

Lena negó con la cabeza.

—¿Mapaches o ratas almizcleras? —añadió Jack Henry.

Lena volvió a negar con la cabeza.

Bonnie la miraba boquiabierta y asombrada.

—¿Marmota, perdiz, trucha?

—No. No sé qué son esas cosas. ¿Coméis carne todos los días?

—Pues claro que sí —se ufanó Jack Henry—. Papá y yo somos los mejores cazadores por estos lares.

Bonnie puso los ojos en blanco.

—Te he visto —dijo Jack Henry.

Bonnie no le hizo ningún caso. Se dirigió a Lena:

—Ve a por la sal a la despensa y te enseñaré a hacer el mejor estofado de zarigüeya que hayas comido jamás.

—También pescamos cubos de peces en Rust Creek —dijo Jack Henry—. Y si cazamos un ciervo en otoño, tenemos carne de venado para todo el invierno. ¿Verdad que sí, Bonnie?

—Claro. Lo que tú digas, Jack Henry.

Jack Henry se ruborizó de rabia.

—¡Pues a lo mejor saco esa zarigüeya de esa maldita olla y puedes decirle a papá qué ha pasado con ella!

Cuando Lena emprendió el camino hacia la despensa para buscar la sal, casi se estrelló contra Silas, que venía del porche trasero. El olor a serrín, metal y sudor entró en la cocina con él e impregnó el aire como una tormenta.

—¿Que me diga que ha pasado con qué? —preguntó.

—Nada, papá. Jack Henry estaba presumiendo de ser el mejor cazador de estas montañas.

—¡No estaba haciendo eso!

—¡Sí que lo hacías! Y sabes muy bien que yo puedo cazar y pescar tan bien como tú o como papá. ¿Quién cazó esos dos urogallos el otro día cuando tú fallaste, eh? Yo.

—¡No les estaba disparando a los urogallos! ¡Estaba apuntando a una marmota que tú ni siquiera viste!

—¡Ya basta de vuestros malditos gritos! —zanjó Silas con voz dura. Se sujetó al respaldo de la silla de la cocina con ambas manos y sus nudillos se volvieron blancos—. No pienso soportar estas disputas en mi casa. Ya tenemos suficientes problemas sin que vosotros dos os enfrentéis como un par de cerdos salvajes.

Bonnie y Jack Henry se quedaron en silencio, y Lena desapareció dentro de la despensa, agradecida por poder escapar. Cuando volvió a la cocina, Silas seguía allí y una tensión silenciosa pendía sobre todos ellos. Le dio la sal a Bonnie, quien permanecía en silencio removiendo el contenido de las ollas.

—¿Qué más necesitas que haga? —dijo Lena en voz baja.

Bonnie señaló la cebolla que había sobre la encimera.

—Córtala en rodajas y añádela al estofado de zarigüeya.

Lena hizo lo que le decía.

—¿Dónde está la pequeña? —preguntó Silas.

Lena miró por encima del hombro para asegurarse de que se estuviera dirigiendo a ella. La estaba mirando.

—Está durmiendo arriba.

—Jack Henry —ordenó Silas—, ve al riachuelo y lávate para la cena.

—Sí, señor. —Jack Henry dio media vuelta, entró en el pasillo y salió por la puerta trasera.

—Bonnie —siguió—, cuando termines de preparar el estofado, sal con Jack Henry. Tengo que hablar con Lena. Iré a buscaros cuando hayamos terminado.

Lena sintió calor en el cuello y en el pecho. ¿Había hecho algo malo o es que tenía noticias de *Mutti* y Enzo? ¿La animarían aquellas noticias o se derrumbaría desmadejada en el suelo?

Después de que Bonnie añadiera pimienta y otras especias a la olla, se limpió las manos en un trapo de cocina y salió con Jack Henry. Lena añadió la cebolla a la zarigüeya y se dio la vuelta para mirar a Silas. Tenía los nervios de punta.

Estaba serio y tenía el ceño fruncido.

—Siéntate.

Lena retiró una silla y se sentó. Juntó las manos sobre el regazo para evitar que le temblaran. Silas permaneció detrás de la otra silla. Aún sujetaba el respaldo de madera como si quisiera partirlo en dos. Era difícil saber si se sentía incómodo o enfadado.

—Iré a trabajar en el aserradero de Corbin Holler mañana —anunció—. Y de ahora en adelante pasaré allí dos días a la semana, más si puedo conseguir algún otro turno. A veces llevaré una carga de madera montaña abajo y tendré que pasar la noche fuera. Eso significa que estarás aquí sola con los críos.

Lena asintió.

—Jack Henry puede encargarse de las tareas de la granja mañana, pero tú y Bonnie tenéis que ir a por harina de maíz a Weakley Stream. Normalmente iría yo y me llevaría a los niños conmigo, pero tendrás que hacerlo tú de ahora en adelante. Bonnie te enseñará el camino. Tiene prohibido ir sola aunque te diga mil veces lo contrario. Permaneced en los caminos durante todo el camino de ida y de vuelta.

—Sí, señor.

—Y Bonnie y Jack Henry saben lo que hay que hacer si el *sheriff* Dixon o su alguacil vienen a husmear. Sería mejor que tú también te esfumaras. No me hace ninguna falta que nadie se ponga a hacer preguntas si alguien te encuentra aquí con tu hija... —Dejó la frase sin terminar, como si esas palabras hubieran conseguido que su mente volara a otra parte.

—Bonnie dice que el *sheriff* es un hombre malo. ¿Por eso tenemos que escondernos?

—No es solo del *sheriff* Dixon y de su alguacil de quienes hay que preocuparse. Tenéis que ir al cobertizo si viene alguien que Bonnie y Jack Henry no conozcan.

—Pero si no me dice el porqué, ¿cómo se supone que voy a...?

Levantó la silla y la dejó caer con fuerza en el suelo. Tenía el rostro retorcido de furia.

—¿Crees que te hace falta saber mis motivos para proteger a mis hijos? Solo tienes que hacer lo que yo te diga que hagas. ¡Y no me pirra que hagas tantas malditas preguntas!

Ella apretó los labios y esperó a que se calmase. Si quería gritarle, bien, que lo hiciera, pero seguía queriendo respuestas.

—Si Bonnie y Jack Henry están en peligro, ¿está mi Ella en peligro también?

Él apretó la mandíbula como si estuviera reprimiendo el deseo de estrangularla. Quizá quisiera golpearla con la vara de achicoria con la que había amenazado a sus hijos, aun cuando ella no supiera lo que era. Habló al fin:

—No tienen motivos para llevaros a ti ni a tu hija.

—¿El *sheriff* quiere llevarse a Bonnie y a Jack Henry? ¿Es porque alguien dijo que eran deficientes mentales?

Para su sorpresa, una expresión de dolor se apoderó del rostro de Silas. Tan rápido como había aparecido, al dolor lo sustituyó la rabia.

—No es el único motivo. Y no tengo tiempo de explicar el resto. Tengo demasiadas tareas que hacer antes de la cena. Voy a buscar a los críos para que te ayuden a terminar de cocinar.

Lena comenzó a responder, pero él se dio la vuelta, pasó por el porche trasero y salió de la casa.

CAPÍTULO 9

Con Ella subida a caballito, Bonnie abría la marcha por el bosque en dirección al molino. Iban siguiendo un sendero muy descuidado que serpenteaba entre robles y arces, subía por sendas rocosas y se colaba entre precipicios y peñascos. Lena se había ofrecido varias veces a cargar a Ella con el chal, pero Bonnie insistía en llevarla a cuestas y le prometió que se la entregaría si se cansaba demasiado. Además, había razonado Bonnie, una de las dos tenía que llevar el saco de harina de maíz de vuelta a casa y Lena bien podría intentarlo. El problema era que, incluso sin un saco de harina de maíz en los brazos, Lena apenas podía seguirle el ritmo, de modo que, en su fuero interno, se sentía aliviada de que Bonnie quisiera llevar a Ella.

Temprano esa misma mañana, cuando salieron de la casa, había ansiado que llegara el momento de la caminata, deseosa de estirar las piernas y de respirar el aire con aroma a pino, como en su hogar, allá en Alemania. Claro que ya había pasado tiempo desde la última vez que caminó por las colinas que rodeaban su pueblo natal, la última vez había sido antes de que Ella naciera, pero pensó que el viaje hasta el molino sería fácil. Se equivocó. No ayudaba que Bonnie se hubiera puesto zapatos, lo cual la hacía tan rápida y le confería un paso tan seguro como el de una cabra montesa. E incluso con Ella a la espalda, iba cantando a pleno pulmón y no sonaba, ni una sola vez, como si le faltase el aire; no sabía cómo lo hacía.

Para cuando llegaron a una zona de terreno nivelado, Lena iba jadeando y estaba empapada de sudor. Se preguntaba cómo iba a conseguir acarrear un saco de harina de maíz de vuelta a la casa. Cuando se detuvo para recuperar el aliento, Bonnie redujo la marcha para mirarla.

—Vamos. Quiero enseñarte algo un poco más allá. Pero tienes que prometerme que no se lo dirás a nadie, ¿de acuerdo?

Lena se habría reído si hubiera encontrado las fuerzas para hacerlo. No tenía a

nadie a quien contarle nada. Asintió y apoyó las manos en las caderas mientras seguía intentando recuperarse. Mientras Bonnie deshacía el camino para acercarse a donde estaba, agradeció la pausa.

—Tienes que prometerlo —insistió Bonnie.

—Lo prometo.

Cuando emprendieron de nuevo el camino, llegaron a un campo de flores silvestres cuyos pétalos azules, amarillos, morados, rojos, blancos y rosas se mecían bajo la brisa como si hubieran salpicado pintura. Bonnie hizo un ramillete diminuto de capullos morados y rosas, y se lo dio a Ella.

—Es muy hermoso —admiró Lena—. ¿Era esto lo que deseabas mostrarme?

Bonnie negó con la cabeza.

—No, yo no soy la única que conoce este campo. Mamá me lo enseñó hace una eternidad. Y aquí es donde la abuela Creed recoge algunos de sus ingredientes, como bergamota, rosas de color rosado, dedalera, equinácea, coreopsis, ruda, campánula, sanguinaria, algodoncillo y muchas otras que no recuerdo ahora mismo.

—No puedo creer que retengas los nombres de tantas plantas. ¿Quién es la abuela Creed? Ya la has mencionado antes.

—Llamamos a la abuela Creed cuando enfermamos o nos lastimamos. Aprendió a curar de su bisabuelo, quien aprendió de los cheroquis. Claro que todo el mundo sabe cómo usar azufre en polvo para las picaduras de los insectos, y también sabemos que pensar en Willie Cook nos quita el hipo. Sabemos que una infusión de corteza de sauce alivia los dolores, que el té de hierba gatera cura el cólico de los bebés, que la bardana ayuda con las picaduras de serpientes y, dependiendo de si la cortas arriba o abajo, la corteza de olmo rojo cura los males del estómago; pero la abuela Creed hace de todo, desde ayudar en un parto hasta recetar medicinas, pasando por arreglar piernas rotas y entrañas sangrantes.

Lena sacudió la cabeza asombrada. Su familia tenía sus propios remedios naturales, como leche caliente con miel para la tos y gárgaras con agua salada para el dolor de garganta, pero nunca había oído hablar de los tratamientos que Bonnie había mencionado.

—Te diré otra cosa —añadió la niña con una mueca burlona—: más te vale no tener artritis cuando seas vieja, porque la cura de la abuela Creed para eso es tomar *moonshine* con gusanos molidos. —Rompió a reír y entonces, para consternación de Lena, echó a correr por el campo con Ella, que reía, a cuestas.

Lena rezongó y corrió para alcanzarlas. En la linde del campo de flores silvestres,

Bonnie se agachó para pasar por debajo de una rama baja y desapareció. Lena fue tras ella y la siguió por un camino angosto entre árboles altos y arbustos frondosos. Cuando llegaron a un claro circular, Bonnie bajó a Ella al suelo, la tomó de la manita y la llevó hacia un círculo de árboles donde latas viejas, trozos de latón, botellas marrones y cubos oxidados colgaban de cuerdas desde las ramas más bajas. Bonnie le soltó la mano a Ella, recogió dos palos y empezó a cantar una canción sencilla mientras golpeaba las latas, las botellas y los cubos. La chiquitina reía encantada y se mecía de lado a lado, bailando y siguiendo el ritmo. Lena sonrió y se llevó una mano al corazón, asombrada y encantada a partes iguales por aquel lugar mágico y por el impresionante talento de Bonnie. Esta buscó otro palo y se lo dio a Ella, quien golpeó un cubo que colgaba más bajo, primero vacilante, después con más fuerza. El rostro se le llenó de alegría. Lena encontró un palo y se unió a Bonnie con un ritmo a dos tiempos. Al cabo de un momento perdieron el compás y se echaron a reír.

—¿Qué es este lugar? —preguntó Lena.

—Jack Henry y yo lo hicimos hace un par de veranos, cuando papá nos dejaba que saliéramos solos a explorar. No digas nada, pero de vez en cuando nos escabullimos hasta aquí y añadimos más cosas. Quizá podamos volver más a menudo ahora que tú estás aquí.

Lena le dedicó una sonrisa alegre, conmovida por su buena disposición para compartir algo tan especial y agradecida por que confiara en que no lo contaría.

—Me encanta. Gracias por enseñármelo.

—No olvides que es un secreto. No queremos que nos lo fastidien.

—Prometo no contarlo.

Después de que Ella jugara y tamborileara unos minutos más, Bonnie se agachó para que la niña volviera a subírsele a cuestas.

—Sube, muñequita. Este caballo está a punto de marcharse.

Para asombro de Lena, Ella soltó de inmediato el palo y caminó tambaleante hacia Bonnie con una sonrisa. Era como si hubieran desarrollado su propio idioma secreto.

Por allí cerca, un pájaro soltó un trino rápido y fuerte, y otro le contestó.

Antes de que Ella la alcanzara, Bonnie dio de pronto una voltereta sobre la hierba y volvió a agacharse hacia Ella. La bebé se detuvo y se la quedó mirando boquiabierta, encantada pero sorprendida.

—Lo siento, muñequita —se disculpó Bonnie—. Pero cuando oyes el canto de un chotacabras tienes que dar una voltereta para que la espalda no te duela más de

un año.

—¿Te duele la espalda? —inquirió Lena.

Bonnie sonrió.

—No, solo me gusta dar volteretas. Pero la abuela Creed jura que funciona. —Cuando tuvo a Ella a caballito y las piernecitas delgadas enganchadas a los brazos, se levantó—. La otra cosa que me contó es que cuando oyes ya entrada la noche a la vieja gran lechuza en los valles de la montaña, bien puedes prepararte para la nieve. Y eso es verdad, porque lo he visto.

De nuevo, Lena pensó en lo mucho que tenía que aprender y en lo ridículo que era que alguien pensara que Bonnie era deficiente mental. Más bien al contrario: era un alma vieja y sabia, una mujer experimentada reencarnada en niña, bien enraizada y bautizada con los secretos de esas montañas antiguas. Podría enseñarles un par de cosas a los que parecían no ver su inteligencia.

Con Bonnie marcando el camino, salieron del claro y subieron otra leve colina hasta llegar a un terraplén escarpado y cubierto de hierba que llevaba hacia una carretera sin asfaltar.

—El molino está al girar el recodo, solo un poco más allá —dijo Bonnie—. A menos de un kilómetro subiendo por esta carretera. —Dejó a Ella en el suelo para dejar que caminara y señaló hacia una vía más estrecha que se bifurcaba hacia la izquierda—. Antes había un almacén por allí, en Walnut Holler, pero eso fue antes de que llegara el ferrocarril. Ahora tenemos que conducir montaña abajo hasta Swift Run Gap para comprar provisiones.

—¿Dónde está la escuela?

—Pasaste junto a ella en el camino de subida hacia Wolfe Holler. La iglesia que está enfrente de la estafeta de correos es la escuela los días de diario. Pero no tiene letrinas. Los niños van colina abajo y las niñas van colina arriba. Y, la verdad, no es nada agradable en invierno, cuando el viento sopla por todo el risco. No echo nada de menos esa parte de la enseñanza.

Lena recordó haber visto una iglesia enfrente de la oficina de correos. Le parecía que estaba a cientos de kilómetros montaña abajo.

—¿Montabais en mulo hasta tan lejos para ir a la escuela?

Bonnie asintió.

—Claro que sí. Salíamos poco después del alba y volvíamos a casa con tiempo de sobra para hacer la cena. Y ya te he dicho que nos encantaba montar en el *Viejo Sal*. En invierno pasábamos mucho frío a veces, pero el *Viejo Sal* podía ir muy rápido cuando quería. Y cuando hacía buen tiempo, no había nada más agradable

que recorrer los caminos de tierra cantando y oyendo a los pájaros en los árboles y a las abejas entre la hierba crecida.

Interrumpió los recuerdos de Bonnie el ruido de cascos de caballos y el crujido de las ruedas de un carromato que se aproximaban, venía del recodo que tenían delante. Antes de que Lena supiera qué estaba pasando, Bonnie agarró a Ella y se dirigió hacia el bosque.

—¡Vamos! —le susurró inquieta.

Sobresaltada y confusa, Lena la siguió entre los árboles apartando ramas y arbustos. A varios metros de la carretera, se agacharon detrás de un peñasco cubierto de líquenes, con Ella de pie entre las dos. Lena le sujetaba las manos para que se mantuviera quieta.

Bonnie se llevó un dedo a los labios.

—Calla —le dijo a Ella.

—¿Quién es? —susurró Lena.

Bonnie se encogió de hombros y la arruga de preocupación que le marcaba la frente se volvió más profunda. Cuando el carromato se acercó más, echó un vistazo por un lado del peñasco. Se movía tan despacio y tan silenciosa como un gato que estuviera cazando. Entonces, para mayor asombro de Lena, se incorporó de repente y salió de detrás del peñasco.

—¡Hola, Virgilio! —llamó—. Hace siglos que no te veo. —Avanzó hacia la carretera—. ¿Cómo te va?

Lena se enderezó, aupó a Ella y siguió a Bonnie fuera del bosque. Al parecer no era el *sheriff* y, con suerte, Bonnie sabría si era seguro hablar con quien estuviese en el carromato.

En la carretera, el caballo y la carreta se detuvieron levantando nubes finas de polvo. Las cajas de madera apiladas en la parte de atrás se movieron un poco y sonó el tintineo de cristal contra cristal. Virgilio se revolvió en el asiento del conductor, se sacó una pipa de maíz de la boca y clavó en ellas su mirada de lentes redondas.

—¿Qué demonios hacéis ahí en el bosque? —preguntó.

—No estaba segura de quién se acercaba —le explicó Bonnie—. Vamos de camino al molino.

—Supongo que más vale prevenir que curar —admitió Virgilio—. Pero tú sabes que el *sheriff* Dixon no conduce una carreta. Ahora tiene un furgón policial. ¿Dónde está Jack Henry?

—Está en casa, haciendo las faenas de la granja, porque papá está trabajando en

el aserradero.

—¿Está trabajando más horas?

—Lo intenta.

Virgilio miró a Lena y a Ella.

—¿Y quiénes son estas dos preciosidades?

—Estas son Lena y Ella —las presentó Bonnie—. Lena nos va a ayudar en casa de ahora en adelante.

—Me alegro —repuso Virgilio—. Ya era hora de que vuestro padre consiguiera ayuda en lugar de hacer que vosotros os encargaseis de todo. —Saludó a Lena con una rápida inclinación de cabeza—. Me alegro de conocerla, señorita Lena. Bienvenida a Old Rag. Silas y yo recorríamos estos valles cuando éramos unos mocosos..., y nos metíamos en líos, claro. También luchamos juntos en el extranjero.

—Encantada de conocerle.

—Sé que no espera un consejo —le dijo—, pero hágale caso a Silas y no sea imprudente mientras esté aquí. Estos riachuelos y valles son hermosos, y la mayor parte de la gente de la montaña son personas decentes, pero, de igual modo que la naturaleza puede volverse contra usted sin previo aviso, también pueden hacerlo ciertos individuos. Y otros que no son de por aquí también, si entiende lo que quiero decir. —Volvió a mirar a Bonnie—. La viuda Spinney está en el puente otra vez, así que ten cuidado con la pequeña.

—Gracias por el aviso. Iremos por el arroyo entonces.

—Bien pensado —aprobó Virgilio—. Daría la vuelta y os cruzaría yo mismo, pero tengo que repartir esta carga de *moonshine.* —Volvió a mirar a Lena—. Por si nadie se lo ha dicho aún, puede que Silas Wolfe parezca exigente y duro, pero es un hombre honesto y decente. Durante mucho tiempo, les desagradaba a algunos feligreses, incluso a algunos miembros de su familia, porque bebía licor y andaba con mujeres. Pero nunca en mi vida he visto a Silas Wolfe borracho. Y después de casarse sentó la cabeza y le ha ido bien desde entonces. Solo quiero decir, para que conste, que es un hombre de familia trabajador y respetable.

Sorprendida por el interés que demostraba Virgilio, Lena sonrió y asintió para demostrar que apreciaba la información. Como sospechaba, Silas era una persona más compleja de lo que aparentaba.

Animado por su reacción, Virgilio continuó hablando.

—Apostaría mi dinero a que es el hombre más fuerte que jamás ha vivido en la cordillera Azul. Mi hermano y yo estábamos trabajando en la carretera de Hog

Back un día cuando Silas pasó con una bolsa de provisiones en una mano, un saco de alforfón sobre un hombro y una lata de aceite de hulla en la otra mano. Se detuvo y estuvo hablando con nosotros durante una hora sin dejar nada de todo eso en el suelo, y solo el saco de alforfón debía de pesar sus buenos veinte kilos. En otra ocasión lo vi levantar un barril de madera, de esos tan grandes que se usan para almacenar gaseosa, ¿sabéis? Levantó ese barril y lo llevó montaña arriba sin quedarse sin aliento. Hizo lo mismo durante la contienda, sí que lo hizo. Llevó a dos hombres heridos, y los acarreó a los dos a la vez, de vuelta a la base para que los curasen. Nunca lo admitirá, pero es un héroe de guerra. Eso sí, ha de saber que perder a su esposa lo destrozó, no ha sido el mismo desde entonces. Entre eso y la pérdida de cuatro hijos, la vida no ha sido justa con él. Y ahora está empeñado en hacérselo pagar a todos los que lo rodean. A excepción de su prima Teensy McDaniel, su familia está muerta o se ha ido de estas montañas, de modo que Bonnie y Jack Henry son todo lo que le queda. Supongo que lo que quiero decir es que no se tome su rabia como algo personal. Las tragedias hacen que algunas personas se suavicen y que otras se endurezcan. Y Silas Wolfe es duro como una piedra.

Lena no tenía ni idea de qué decir. Había sido testigo de lo que la guerra podía hacerle a la gente. Y perder a tu cónyuge tenía que ser increíblemente difícil. Pero perder a un hijo, por no hablar de cuatro, sin duda destrozaba a cualquiera. Si ella perdiera a Ella se moriría. Aunque ayudaba saber por qué Silas era desgraciado y su compasión por él iba en aumento, no era excusa para el modo en que trataba a Jack Henry y a Bonnie. Sí, él quería protegerlos del *sheriff,* pero también necesitaba mostrarles amor y compasión. Entonces vio que Bonnie se estaba secando las mejillas.

—¿Qué pasa? ¿Estás bien?

La niña asintió.

—Estoy fresca como una rosa —dijo mientras parpadeaba para contener más lágrimas.

Luego levantó la vista hacia Virgilio. De nuevo mostraba resolución y determinación en los ojos. O bien había heredado de su padre un tipo diferente de fortaleza, o bien había aprendido a ser fuerte por su cuenta. La pobre chiquilla había perdido a su madre y, según Virgilio, a varios hermanos también, pero seguía encontrando alegría y belleza en las cosas pequeñas, como cantar y hacer música con botellas viejas y pedazos de latón. Por no mencionar lo mucho que le gustaban los niños, lo cual era obvio por el cariño inmediato que le había tomado

a Ella a pesar de su pena y su sufrimiento. De repente, Lena se vio embargada por una sensación de vergüenza. Sí, ella echaba de menos a *Mutti* y a Enzo, pero al menos estaban vivos.

—Ven a vernos alguna vez, ¿te parece? Papá se pondrá muy contento.

Virgilio dudó.

—No estoy seguro de eso. Tu padre ni siquiera me dejó pisar el porche la última vez que lo visité.

—Lo sé. Pero desearía que siguieras intentándolo.

Virgilio dejó caer los hombros.

—Supongo que tienes razón. He de intentarlo de nuevo. Pero ahora tengo que marcharme. Voy a reunirme con los Nicholson en Slaughter Pen Branch y quiero volver a casa antes de que oscurezca.

—Claro —asintió Bonnie—. Ya nos veremos, Virgilio.

—Supongo que sí. Encantado de conocerla, señorita Lena.

Tomó las riendas de la carreta y se marchó.

Ellas reemprendieron la marcha con la bebé caminando entre ambas. De repente, una ardilla cruzó corriendo la carretera frente a ellas, subió a un árbol y les parloteó desde una rama alta. La pequeña se detuvo a mirarla entre risitas. Lena y Bonnie caminaron más despacio para que la chiquitina pudiera alcanzarlas.

—¿Se enfadará tu padre por que hayas estado hablando con Virgilio? —preguntó Lena.

—Supongo, pero Virgilio es como de la familia y papá es muy cabezota. Está que echa fuego porque Virgilio vende *moonshine*.

—¿Echa fuego?

—Significa que está muy enfadado. Papá cree que Virgilio va a conseguir que el *sheriff* Dixon husmee por aquí más todavía. Y por eso quiere que se mantenga alejado de nosotros.

—Le pregunté a tu padre por el *sheriff,* pero no me dijo mucho.

—Claro que no. Papá ya no dice mucho sobre nada, a menos que esté enfadado.

—Sí, lo he notado.

Caminaron en silencio un par de minutos, cada una perdida en sus propios pensamientos, mientras Ella daba patadas a las piedrecillas y recogía hojas.

—¿Puedo hacerte preguntas sobre algunas cosas que ha dicho Virgilio? —dijo Lena.

Bonnie se encogió de hombros.

—Si no quieres hablar, no tenemos por qué hacerlo. Solo pretendo entender y ayudar si es posible. Virgilio ha dicho que tus padres perdieron otros hijos.

Bonnie asintió con los ojos clavados en la carretera.

—Georgie y Matilda Grace pillaron la viruela, y Jeramiah se ahogó en un barril de agua de lluvia cuando tenía dos años. Ya sabes que la última nació muerta. Pero papá no le puso nombre porque dice que mató a mamá.

—*Ach, Gott.* Lo siento mucho. Tú y tu familia habéis sufrido mucho. Pero sabes que no fue culpa de esa bebé que tu madre muriera, ¿verdad?

Bonnie volvió a encogerse de hombros.

—Eso ahora ya no importa. —Se detuvo cerca de un saliente rocoso donde la carretera comenzaba a virar para rodear una colina boscosa—. Ahí delante está el puente Sugar Gulch. Virgilio ha dicho que la viuda Spinney está ahí otra vez, de modo que tenemos que ir por el bosque y cruzar el lecho del arroyo.

—¿Quién es la viuda Spinney?

—Lo único que sé seguro es que está como una cabra. Lleva años paseándose por ese puente, sollozando, con un bebé en los brazos. Pero su marido y su bebé están muertos y no lleva en brazos nada más que un fardo de mantas viejas. Hay quien dice que su marido la abandonó y que ella lanzó al bebé desde el puente para hacerle daño al marido. Otros dicen que su marido murió en la guerra y que el bebé murió de hambre porque ella estaba tan destrozada que se olvidó de alimentarlo. —Tomó a Ella en brazos—. La cuestión es que cada vez que ve a un bebé se pone a gritar que es suyo.

Lena se estremeció y se rodeó con los brazos. Qué historia tan espantosa. Ya tenía bastante por lo que preocuparse sin que una loca intentara llevarse a su hija.

Antes de que pudiera decir nada, Bonnie cambió de rumbo y se internó en el bosque oscuro. Lena la siguió e intentó seguirle el ritmo mientras se abrían paso entre arbustos espinosos, pinos altos y gruesos robles. De repente, un lamento largo y quedo les llegó entre los árboles. Lena quedó paralizada. Bonnie siguió adelante sin inmutarse.

—¿Qué ha sido eso? —susurró Lena.

—La viuda Spinney. Vamos, tenemos que darnos prisa.

En las profundidades del bosque, bajaron por un terraplén rocoso y escarpado hacia la orilla de un riachuelo, un puente de madera se alzaba sobre ellas. Los gritos de la viuda flotaban sobre la barandilla del puente y retumbaban en el barranco como los aullidos de un animal torturado. A Lena se le puso la piel de gallina. Reconocía ese grito de dolor espantoso y desdichado. Lo había oído de

pequeña cuando las mujeres del vecindario se enteraban de que su marido o sus hijos habían muerto en la guerra, y lo había vuelto a oír en la garganta de su madre cuando *Vater* murió, pero nunca de forma tan continuada. Desde el fondo del terraplén, levantó la vista hacia el puente. Una figura oscura recorría los espacios entre los tablones antes de pararse y mirar por la barandilla.

—No te detengas —la instó Bonnie mientras se apresuraba hacia la orilla rocosa del riachuelo. Se pasó a Ella de la cadera a la espalda y enganchó los brazos debajo de las piernecitas de la niña—. Una vez casi nos atrapa a mí y a Jeramiah.

Lena observó el agua, que corría rápida y superficial, y luego miró hacia los rápidos agitados que había corriente abajo.

—Dame a Ella —dijo.

—Es mejor que la lleve yo. Llegar al otro lado puede ser algo difícil si no conoces el camino.

Comenzó a cruzar el riachuelo; pasaba de roca en roca con la agilidad de un funambulista a pesar de llevar a la niña a cuestas. Lena reunió todo el valor que pudo y la siguió por las piedras resbaladizas, usando los brazos para mantener el equilibrio. Volvió a levantar la vista hacia el puente: la viuda Spinney las estaba mirando fijamente con ojos negros como la noche, piel blanca como la nieve y el largo cabello gris colgando sobre la barandilla como cuerdas enredadas. Lena resbaló y casi cayó al agua. Se le llenaron los zapatos de agua fría, pero recuperó el equilibrio y cruzó el riachuelo como si lo hubiera hecho cientos de veces, moviéndose tan rápido como podía sin caerse.

CAPÍTULO 10

El viejo molino harinero se erguía sobre unas pilastras burdas encima de un riachuelo estrecho; su noria de madera giraba gracias a la corriente rápida que originaba una cascada entre rocas. Una cerca de madera recorría la represa del molino antes de subir por una ladera cubierta de hierba hacia una cabaña con el tejado torcido, una pocilga con una ventana rota y un cobertizo de madera de poca altura rodeado de manzanos. Había dos carretas tiradas por caballos al lado del camino, y tres mujeres, reunidas cerca del molino, charlaban con un hombre enjuto de cabello banco y encrespado. En la zona entre la casa y el molino, unas niñas jugaban a perseguirse y otras saltaban a la comba, mientras que varios niños se turnaban para golpear una pelota con un palo. Gritos y risas de felicidad llenaban el ambiente. Lena se detuvo para tomar a Ella en brazos. Estaba cada vez más nerviosa.

—¿Conoces a todas estas personas? —le preguntó a Bonnie.

—Claro que sí. No hay mucha gente a la que no conozca por aquí. Vamos, no van a morderte.

Lena esperaba que Bonnie tuviera razón. Ya era bastante malo andar siempre preocupada por si la aceptaban; ahora, gracias a Silas, los extraños le provocaban un nuevo temor.

El hombre del pelo encrespado levantó la barbilla cuando se acercaron y las mujeres miraron por encima del hombro para ver quién se aproximaba. Una se dio la vuelta y saludó a Bonnie con la mano; por los brazos delgados brazos y los movimientos rápidos recordaba a un pájaro.

—Vaya, hola, Bonnie —saludó—. Ha pasado mucho tiempo desde la última vez que te vi por aquí con tu padre.

—Hola, Nellie. Papá está trabajando en el aserradero hoy.

Las otras dos mujeres sonrieron también. Una tenía el rostro arrugado y bronceado como una pasa, mientras que la otra lucía el pelo ondulado y el rostro

bello de una estrella de cine.

Cuando la mujer del rostro arrugado vio a Ella en brazos de Lena se le iluminaron los ojos:

—Cielo santo, ¿quién es este angelito?

—Esta es Ella —dijo Bonnie—. Y esta es su mamá, Lena. Ahora viven con nosotros en la granja.

—¿De verdad? —se extrañó Nellie.

—Sí. Vienen de Alemania. —Se dirigió a Lena—. Estas son Nellie McCauley, Betty Lee Blanchard y Sandy Craig. Nellie vive en la cordillera. Betty Lee y Sandy vienen de Sugar Hollow, cerca de la bifurcación norte del río Moorman. Y el señor Early es el dueño de este molino.

—Es un placer conocerles.

—Encantada de conoceros a vosotras también —dijo Sandy.

Las otras asintieron.

—¿Tu marido también ha venido a los Estados Unidos? —quiso saber Betty Lee.

Aunque había sabido que iban a hacerle esa pregunta más pronto que tarde, Lena se encogió por dentro. No había forma de saber cómo reaccionarían estas mujeres al saber que su hija había nacido fuera del matrimonio. ¿Cómo lo había denominado Silas? «En el lado equivocado de la cama». Ya había soportado suficientes críticas por su falta de marido allá en Alemania; no sentía deseos de que la criticaran ahí también. Y, de todos modos, como se había repetido cientos de veces, el padre de Ella bien podría estar muerto.

—No. El hombre con quien me iba a casar murió antes de la boda.

Con suerte, la excusa provocaría más empatía que curiosidad.

—¡Cielos, eso es horrible! —exclamó Sandy.

—Pobrecita —la compadeció Betty Lee.

—Lo siento mucho —se condolió Nellie.

—Gracias —repuso Lena. Se sentía aliviada. Bajó la mirada el tiempo suficiente para parecer tan consternada como requería la situación y esperó que nadie le preguntara cómo había muerto.

—¿Y cómo habéis acabado viviendo aquí, en la cordillera Azul? —preguntó Nellie.

—¿Eres una de esas novias por correspondencia? —intervino el señor Early—. ¿Estás comprobando si Silas y tú os tomáis cariño?

Nellie le lanzó una mirada de reproche.

—¡Señor Early! —lo reprendió—. Aun cuando eso fuera así, no es asunto nuestro, ¿verdad?

—Es pariente de papá —aclaró Bonnie—. Una prima lejana. No tenían nada en su tierra, de modo que papá dijo que podían venir a vivir con nosotros y a ayudarnos.

—Vaya, qué generoso —dijo Sandy—. Supongo que, después de todo, Silas Wolfe tiene corazón.

—Sé amable —la reconvino Nellie.

—Solo está resentida porque Silas no se fija en ella —terció Betty Lee.

Sandy le lanzó a Betty Lee una mirada hosca.

—¿Sabes que puedes ir al infierno por mentir igual que se va por robar?

—Ya basta, muchachas —zanjó el señor Early—. No asustemos a la señorita Lena. —Le pidió disculpas con la mirada—. Siento haber dicho algo inoportuno. No pretendía faltarle al respeto.

Lena asintió y le dedicó una sonrisa débil. De todos modos, no tenía ni idea de lo que era una novia por correspondencia.

El señor Early se dirigió a las otras mujeres.

—Ahora decidme qué os hace falta y volvamos al negocio.

—Yo necesito veinticinco kilos de harina de maíz —apuntó Nellie.

—Nosotras lo mismo —se sumó Bonnie.

—Nosotras venimos en busca de alforfón y harina de maíz —dijo Sandy en referencia a Betty Lee y a ella misma—. Veinticinco kilos de cada.

—Puede que la harina de maíz tarde un rato —avisó el señor Early—. Todavía no la he metido en sacos.

—No hay problema —dijo Nellie—. Todas tenemos que ponernos al día. ¿Verdad, señoras?

Las otras mujeres asintieron.

Bonnie le tironeó a Lena de la manga y señaló a los niños que jugaban en el patio.

—Voy a saltar a la comba con Ruby Ann y con Jessomay.

—¿Tu padre te dejaría hacerlo?

Bonnie asintió con ojos anhelantes.

—Papá siempre deja que Jack Henry y yo vayamos a nuestro aire mientras se pone al día con el señor Early. —Por primera vez desde que Lena llegara, Bonnie sonaba y actuaba como una niña de su edad.

—De acuerdo. Intentaré que Ella se duerma mientras esperamos para comprar

la harina de maíz.

Bonnie sonrió y corrió hacia las otras niñas, el cabello rubio le ondeaba sobre la espalda. Una vez hubo encontrado un lugar mullido en la hierba para sentarse, Lena envolvió a Ella dentro del chal y se recostó contra la pared del molino. Comenzó a mecerla con suavidad de lado a lado y a canturrearle una nana en alemán. Entre la larga caminata para llegar hasta allí y el sonido rítmico de la noria, que vibraba como el latido de un corazón gigantesco al otro lado del edificio, Ella se quedó dormida en cuestión de segundos. Mientras las mujeres conversaban y le pagaban al señor Early —Nellie con dinero en efectivo, Betty Lee y Sandy con huevos y verduras—, Lena prestaba atención a todo lo que decían.

—¿Sabéis que el pequeño de Beulah Mae perdió una pierna la semana pasada por culpa de una desbrozadora? —dijo Sandy—. Bobby Roy, creo que se llama. ¿No os acordáis? A ver, la abuela era de la familia Sawyer y su hermana, Flora, a la que se llevó un cáncer, se casó con el hijo mayor de Emmet, Luke. Beulah Mae se casó con el primo segundo de Dale, Hollis. ¿Os acordáis de Hollis? Venía cada año para Acción de Gracias.

—¿El que era alto y delgado con verrugas, o el bajito con las uñas renegridas de porquería? —preguntó Betty Lee.

—El alto y delgado —precisó Sandy.

—¿Era hermano de Robby Roy?

—Creo que sí, pero no estoy segura.

—George Pollock ha vuelto a merodear —dijo Nellie—. Hice a los niños entrar en casa tan pronto como lo vi.

—Ese hombre está como una cabra —dijo Sandy—. Allí arriba, en su mansión elegante, pavoneándose con un traje de vaquero, jugando con serpientes de cascabel y montando guateques elegantes para sus amigos ricos y borrachos.

—¿Estaba el *sheriff* Dixon con él? —preguntó Betty Lee.

—Yo no lo vi —negó Nellie.

—No habrías podido verlo —intervino Sandy— porque es más rastrero que una serpiente en el surco de una carreta.

Lena dejó de canturrear y se quedó muy quieta, con la esperanza de que las mujeres dijeran más cosas sobre el *sheriff*. Al parecer, Silas no era el único que no se fiaba de él, lo cual la tranquilizó un poco. Pero ¿quién era George Pollock? ¿Y por qué Nellie hacía a los niños meterse en casa cuando ese hombre andaba cerca?

—¿Habéis oído que el *sheriff* Dixon y su ayudante se llevaron al chico de los

Corbin el otro día? —preguntó Betty Lee—. Le dijeron a su madre que se lo llevaban para evaluarlo.

Sintió que un escalofrío le recorría la espalda. ¿El *sheriff* se había llevado a un niño? Y después de que Enzo hubiera sido «evaluado» en la isla de Ellis, los médicos habían amenazado con encerrarlo de por vida. Quizá Bonnie tuviera razón. Tal vez Silas quisiera que ella y Jack Henry se escondieran porque alguien los había llamado deficientes mentales. Pero ¿por qué querría el *sheriff* encerrarlos? ¿Y por qué le haría eso a ciudadanos estadounidenses, en especial a niños? ¿Pensaba que Bonnie y Jack Henry serían incapaces de conseguir trabajo? ¿Creía que se convertirían en delincuentes que no contribuirían a la sociedad? No tenía sentido.

—¿Evaluarlo? —preguntó Sandy—. ¿Para qué? ¿Y quién?

—No lo sé —dijo Betty Lee—. Gertie Corbin estaba tan conmocionada que no quise preguntarle.

Antes de que las mujeres pudieran decir más sobre el asunto, los estallidos y chisporroteos de un vehículo que se acercaba hicieron que prestaran atención a la carretera. Un automóvil cubierto de polvo apareció en la cima de la colina. Una nube de polvo marrón se alzaba tras él. Bajó hacia el molino y se detuvo con brusquedad sobre la hierba. Bonnie y los demás niños dejaron de jugar y levantaron la vista para ver quién había llegado. El señor Early salió del molino con un gesto de asombro que hacía que se le frunciera el ceño. Un hombre con un sombrero negro y un abrigo entallado salió del lado del conductor. Abrió la puerta trasera y sacó un zurrón marrón.

—¿Quién demonios es ese? —se preguntó Sandy.

—Que me aspen si lo sé —dijo el señor Early—. Nunca he visto a esa persona por aquí.

—A mí me parece un señoritingo de ciudad —opinó Nellie.

Cuando se abrió la puerta del pasajero, una mujer fornida con gafas redondas salió, se colgó un bolso del brazo y rodeó el vehículo para reunirse con el hombre. Le dijo algo mientras gesticulaba hacia el molino.

—Esa de ahí se parece a la señorita Sizer —observó Betty Lee.

—¿Quién? —preguntó el señor Early.

—La señorita Miriam Sizer —repitió Betty Lee—. Esa nueva maestra de la escuela de verano.

—¿Qué está haciendo aquí arriba? —dijo Nellie—. Mi Jacobo fue a esa escuela varios días y, si queréis mi opinión, esa mujer es un pelín demasiado entrometida

para mi gusto.

—¿Por qué dices eso? —dijo Sandy.

—Lo digo porque se pasó más tiempo haciendo preguntas que enseñando —dijo Nellie—. Le preguntó a mi niño por mi marido y a qué se dedicaba para ganar dinero. Cuántas hermanas y hermanos tenía, qué tipo de comida comía..., ese tipo de preguntas. Decidme para qué necesita saber todo eso una maestra.

—He oído que enseñó a la clase a cantar *América* —apuntó Betty Lee.

—¿Para qué? —se extrañó Sandy.

Betty Lee se encogió de hombros.

El hombre se separó del automóvil y comenzó a caminar hacia ellas. La mujer lo seguía. A medio camino, el hombre rebuscó en el zurrón y sacó una caja negra del tamaño de su mano que parecía tener unos diales plateados.

—¿Es eso una cámara? —dijo Sandy.

—Eso parece —asintió el señor Early.

El hombre levantó la cámara y apuntó al molino.

—¿Nos está haciendo fotografías? —aventuró Sandy.

—Supongo que sí —afirmó el señor Early.

Lena se levantó del suelo, con cuidado de no despertar a Ella, y le hizo gestos a Bonnie para que volviera. La niña, que había estado mirando a los recién llegados con suspicacia, ya estaba acercándose a ella. Cuando llegó a su altura, se quedaron junto al molino y varios metros por detrás de las demás.

El hombre bajó la cámara y se aproximó a ellos. Era joven y esbelto, y caminaba con confianza. La mujer, de mediana edad y con una boca terca decorada con una doble papada, lo seguía a varios pasos de distancia, recorriendo con cuidado el camino irregular y lleno de piedras.

Betty Lee se apresuró a recoger a su bebé, que estaba jugando en un charco de fango cerca de la cerca de la represa. Entonces le gritó a una niña que estaba construyendo una casita de ramas debajo de un roble:

—¡Mary Frances, ven aquí con mamá ahora mismo!

La pequeña soltó las ramitas que llevaba en la mano e hizo lo que se le decía. Betty Lee se reunió con ella a medio camino, la agarró del brazo y la guio hasta la seguridad de sus amigas.

—¿Conoces a ese hombre y a esa mujer? —le susurró Lena a Bonnie, que negó con la cabeza.

Uno de los niños más mayores se acercó corriendo a los extraños.

—¿Me hará una fotografía? —inquirió feliz y entusiasmado.

Otro niño lo siguió:

—¡A mí también!

El hombre siguió caminando y asintió:

—Claro que sí, chicos.

Cuando él y la señorita Sizer llegaron al grupo, ella habló primero.

—Buenos días, señoras —saludó. Le dedicó al señor Early un gesto seco con la cabeza—. Señor. Como muchas de ustedes ya saben, soy la señorita Miriam Sizer, la maestra temporal, durante el verano, de Old Rag. También ayudo en sus investigaciones al psicólogo Mandel Sherman y al escritor científico Thomas Henry. Me gustaría presentarles al señor Rothstein, quien ha sido contratado por la Sección Histórica de la Administración para el Reasentamiento para que tome fotografías aquí arriba en la cordillera Azul. Acaba de pasar una semana en una cabaña cerca de la familia Corbin, pero le gustaría hacer más fotografías antes de marcharse.

—¿Por qué razón hace los retratos? —preguntó el señor Early.

—Pues para la posteridad, claro —repuso la señorita Sizer—. El señor Rothstein es un fotógrafo excelente.

El aludido sonrió como si se sintiera avergonzado.

—Es cierto. Me pagan para tomar fotografías, pero también espero poder montar un libro sobre estas montañas y las personas que viven en ellas. —Miró al señor Early—. ¿Es usted el dueño de este magnífico molino?

—Lo soy.

—Vaya, es precioso. Uno de los mejores que he visto jamás. Un poco erosionado por las inclemencias del tiempo, pero, en mi opinión, eso aumenta su encanto. Sería la portada perfecta para mi libro.

—Gracias de todo corazón —dijo el señor Early—. Lleva en mi familia seis generaciones.

—¿De verdad? —se admiró el señor Rothstein—. Qué legado tan impresionante. —Se dirigió a las mujeres—. ¿Les importaría que les hiciera unas fotografías?

—¿Quiere fotografiarnos a nosotras? —se extrañó Nellie.

—Y a sus hijos, si les parece bien —añadió el señor Rothstein.

—Vaya, no sé —dudó Nellie, que miraba preocupada a las demás.

Betty Lee negó con la cabeza.

Sandy se encogió de hombros, no muy segura de qué opinar.

—Quizá deberíamos irnos —le susurró Lena a Bonnie.

—Pero todavía no tenemos la harina de maíz y no nos queda ni una pizca —murmuró Bonnie—. Y papá no va a enterarse de nada de esto a menos que tú se lo cuentes.

Lena suspiró. Bonnie tenía razón. No había motivos para contarle a Silas que unos extraños habían aparecido en el molino. El molino no era su casa.

El señor Early se sujetó los tirantes con los pulgares.

—¿De verdad han subido hasta aquí, hasta estos valles, solo para hacernos fotografías?

—Sí, señor —asintió el señor Rothstein—. Pero, si he de serle sincero, no me había percatado de la distancia que hay hasta donde ustedes viven. De lo contrario, habría alquilado una carreta con un caballo. Estas carreteras empinadas han sido algo difíciles para mi vehículo. —Se dio la vuelta para admirar las vistas —. Pero comprendo por qué les gusta vivir aquí arriba.

La señorita Sizer hizo una mueca, como si se hubiera tragado algo podrido.

—Le advertí que estas carreteras primitivas no estaban hechas para los vehículos modernos. Estas personas son retrasadas e ignorantes. No saben cómo ser civilizados y carecen de la ambición para mejorar sus condiciones de vida. —Entonces, como si de repente se hubiera dado cuenta de lo que acababa de decir, dejó de hablar. Mostraba en el rostro una mezcla de vergüenza y asco—. Esperaré en el automóvil. —Dio media vuelta y caminó con dificultad de vuelta al vehículo. El bolso se le bamboleaba como un péndulo colgado del brazo.

El señor Rothstein rio con torpeza.

—Algunas personas no reconocen el encanto a la vieja usanza cuando lo tienen delante —dijo, como si ser divertido y simpático pudiera excusar el comportamiento de la señorita Sizer.

—Y algunas personas no valen un comino —afirmó el señor Early.

—Lo siento —se disculpó el señor Rothstein—. La señorita Sizer está más molesta conmigo que otra cosa. El viaje en automóvil resulta polvoriento y se pasa mucho calor, y me temo que no me he asegurado de que estuviera cómoda.

Las mujeres y el señor Early intercambiaron miradas mientras decidían si aceptar su disculpa o decirle que se fuera con viento fresco.

Sandy se mordió el labio y le preguntó al señor Rothstein:

—¿Va a ver mucha gente nuestras fotografías?

—Sin duda. Algunas aparecerán incluso en los periódicos de todo el país.

A Sandy se le iluminaron los ojos de los nervios:

—Vaya, que me aspen. ¿Dónde quiere que nos pongamos?

Lena miró a Bonnie, notó una oleada de inquietud. Ojalá pudieran comprar su harina de maíz e irse a casa.

Con una sonrisa satisfecha, el señor Rothstein estudió de un vistazo lo que los rodeaba.

—¿Qué tal si se ponen cerca de ese cobertizo de madera?

—¿Yo también puedo salir en la fotografía? —preguntó Mary Frances al tiempo que daba un paso adelante.

Betty Lee tiró de ella hacia atrás.

—Calla, niña.

—Eso depende de tu madre —dijo el señor Rothstein—. Pero estoy seguro de que le gustaría tener una fotografía de una niña tan bonita como tú. —Señaló con la cabeza al bebé que Betty Lee llevaba en brazos—. Y de tu lindo hermanito también. Tiene una familia preciosa, señora. Si yo fuera de los que apuestan, apostaría mi dinero a que todos ustedes ganarían sin esfuerzo el Concurso de Familias Idóneas de la feria estatal.

Ante tales palabras, Betty Lee se ruborizó y miró a su hija y a su hijito con una sonrisa orgullosa.

—Bueno, supongo que un par de fotografías no le hacen daño a nadie.

—A la gente de la montaña no se le permite participar en ese concurso —le recordó Sandy.

Nellie le dio un codazo, irritada.

—Eso no importa. Solo les está haciendo un cumplido a ella y a sus criaturas.

Haciendo caso omiso de ese intercambio de palabras, Betty Lee usó su delantal para empezar a limpiar el barro que le cubría las manos y la cara al bebé.

—Oh, no se preocupe por eso —dijo el señor Rothstein—. A los niños les gusta jugar en el barro y todo el mundo lo sabe. ¿Por qué no deja...? —Miró a la hija de Betty Lee—. ¿Cómo te llamabas, querida?

—Mary Frances.

El señor Rothstein volvió a sonreírle a Betty Lee.

—¿Por qué no deja que Mary Frances sostenga al pequeño mientras tomo fotografías de los adultos? Después retrataré a los niños.

—De acuerdo —dijo Betty Lee, y le entregó el enfangado bebé a Mary Frances.

El señor Rothstein se dirigió a los demás.

—¿Les importaría salir también? Solo necesitaré unos minutos de su tiempo. Y no le digan a nadie que lo he dicho, pero son ustedes el grupo más atractivo con el que me he encontrado hasta ahora. Sería un honor y un privilegio incluirlos en mi

obra.

El señor Early soltó una risita.

—Es usted un marrullero, ¿eh?

Mientras esperaba a que las mujeres respondieran, el señor Rothstein fingió no haber oído lo que le había dicho. Pero Lena estaba de acuerdo con el señor Early. Quizá fuera por lo que le había pasado con el padre de Ella, pero le resultaba difícil confiar en alguien que se mostraba simpático y elogioso en demasía con personas a las que no conocía de nada.

Sandy apoyó una mano juguetona en el brazo de Nellie.

—Vamos, será divertido.

—Supongo que no importa que lo haga.

Sandy aplaudió encantada y se volvió para mirar a Lena.

—¿Vienes?

Lena negó con la cabeza.

—No, gracias.

—Acérquese, señor Early —pidió el señor Rothstein—. Quiero que el propietario de este excelente molino también salga en la fotografía. Reúnanse todos, por favor, debajo de los manzanos, delante del cobertizo de madera.

Mientras parloteaba y reía, el grupo se dirigió hacia los árboles. Betty Lee se desató el delantal y comenzó a quitárselo. Sandy se pasaba los dedos por el pelo.

—Por favor, no se preocupen por el delantal ni por el pelo, señoras. Es imposible que estén más guapas y quiero hacer capturas de su vida normal y rutinaria en estas hermosas montañas. Mi libro tratará sobre lo que significa de verdad vivir aquí arriba.

Junto al molino, Lena tumbó a Ella, aún envuelta en el chal, sobre la hierba y se sentó a su lado para observar lo que pasaba. Bonnie también se sentó. Cuando todos se hubieron reunido debajo de los manzanos, el señor Rothstein le dijo a Sandy que tomase un saco de arpillera que estaba tirado sobre la horqueta de un árbol y que lo sostuviera como si estuviera recogiendo manzanas. Entonces instruyó al señor Early para que se apoyara contra el cobertizo con las manos metidas en los bolsillos.

—Eso es. Muévase hacia delante un poco más. ¿Cómo se llama? ¿Sandy? Muy bien, Sandy, sí, así está perfecta. —Miró hacia atrás, hacia Lena—. ¿Está segura de que usted y sus hijas no quieren salir en la fotografía, señora?

Lena volvió a sacudir la cabeza.

El señor Rothstein se encogió de hombros.

—Allá usted —dijo antes de volverse hacia sus objetos de estudio—. ¿Están todos preparados?

Las mujeres sonrieron y asintieron.

—Supongo —dijo el señor Early—. Solo que no entiendo por qué quiere que parezca que soy más vago que un gato al sol.

—Por favor, no sonrían, señoras. Quiero que aparezcan naturales, como si acabara de encontrarme con ustedes esta excelente mañana mientras hacen sus tareas y charlan entre sí.

Las mujeres intentaron seguir sus instrucciones y adoptaron un aire más solemne, pero Sandy no podía dejar de sonreír.

—Imagínese algo triste —dijo el señor Rothstein—. Algo que casi la haga llorar.

Sandy hizo lo que le decía y la sonrisa le desapareció del rostro.

—Eso es —aprobó él—. Caramba, le juro que podría ser actriz.

Animada por sus palabras, Sandy adoptó un semblante aún más serio y para ello frunció el ceño.

—Perfecto —dijo el señor Rothstein.

Las otras mujeres imitaron a Sandy. Todas andaban con cara mustia, enfurruñadas y cabizbajas. Parecía que iban camino de un funeral.

Después de hacer varias fotografías, el señor Rothstein ordenó a Sandy y a cuatro de los niños, incluidos Mary Frances y su hermano cubierto de barro, que se colocaran en el porche delantero de la cabaña del señor Early.

—¿Les importaría quitarse los zapatos? —pidió el señor Rothstein—. Quiero que resulte evidente que estas fotografías se tomaron en pleno verano.

Los niños y Sandy se quitaron los zapatos y los lanzaron sobre la hierba al lado de la cabaña. Mary Frances y su hermano ya iban descalzos.

—¿Quiere que yo sujete al bebé? —preguntó Sandy.

—No —contestó el señor Rothstein—. Quiero que Mary Frances siga con el bebé en brazos. Pero si usted pudiera situarse cerca de los escalones y mirar hacia el horizonte como si estuviera esperando a alguien, sería maravilloso.

—Claro —dijo Sandy. Subió las escaleras y se colocó en su sitio.

—Ahora límpiese las manos en el delantal —indicó el señor Rothstein—. Como si acabara de lavar los platos.

Sandy se estaba tomando sus instrucciones muy en serio, de modo que se apoyó contra la barandilla con el delantal entre las manos y contempló las montañas con mirada triste. A unos pasos detrás de ella, cerca de la puerta principal, Mary Frances abrazaba a su hermanito con la cara cubierta de barro.

—Ahora mira a Sandy, Mary Frances —pidió el señor Rothstein—. Como si estuvieras triste y estuvieras esperando que te ayude con el bebé. —Le dijo a uno de los niños—: Siéntate en el borde del porche con la cabeza gacha. —Y a otro—: Métete las manos en los bolsillos del mono y pon cara de enfado, como si tu mamá acabara de regañarte.

Los niños hicieron lo que se les pedía.

Lena miró a Bonnie para ver si ella tampoco entendía nada, pero era difícil descifrar la expresión de su rostro. Ya había visto antes retratos de personas que parecían abatidas, la mayoría hechos muchos años antes, en la época en la que a todo el mundo le daba miedo parecer borracho o loco debido al hecho de que las cámaras tardaban mucho en capturar la imagen. Pero los tiempos habían cambiado. Las cámaras ya eran más rápidas y resultaba aceptable sonreír cuando te hacían un retrato. Las expresiones que el señor Rothstein estaba pidiendo eran las más sombrías que Lena había visto jamás. Había conocido a muy poca gente desde que llegara a Wolfe Hollow, pero no había visto a nadie tan abatido como Sandy y los demás parecían en ese momento. A excepción de Silas, claro.

Cuando el señor Rothstein terminó de hacer fotografías en el porche, les pidió a los niños que se colocaran junto a la pocilga, donde unos tablones rotos colgaban del tejado y trapos arrugados cubrían los paneles de una ventana rota. Un niño empezó a ponerse los zapatos, pero el señor Rothstein le ordenó que permaneciera descalzo.

Bonnie le dio un golpecito a Lena en el brazo.

—Quiero salir en una fotografía.

Lena negó con la cabeza.

—No creo que sea una buena idea. ¿Qué diría tu padre?

—Papá no tiene por qué saberlo. Nunca la verá.

—Pero a él no le gustaría que hablases con ese hombre. No lo conoces.

—No voy a hablar con él. Solo quiero salir en una fotografía con los demás. A las madres no les importa que el fotógrafo sea un extraño. Al señor Early no le importa tampoco y es el abuelo de Tad y Garth. —Señaló a dos niños de la edad de Jack Henry—. Nunca me han hecho una fotografía.

Lena soltó un suspiro. Comparado con el estado general de la situación, hacerse una fotografía con los demás niños resultaba muy poca cosa. Y Bonnie tenía razón al decir que a nadie parecía preocuparle el hecho de que el fotógrafo fuera un extraño.

Bonnie se levantó y se limpió la hierba del vestido.

—Mamá me habría dejado hacerlo.

—De acuerdo —cedió Lena—. Pero no podemos contárselo a tu...

Antes de que acabara la frase, Bonnie había echado a correr para reunirse con los demás.

A pesar de su preocupación por que Bonnie apareciera en las fotografías, Lena no pudo evitar sonreír cuando esta se echó a reír, igual que el resto de los niños cuando el señor Rothstein les pidió que se mancharan de barro las mejillas. Lena no se explicaba por qué quería que aparecieran tan sucios, pero era bueno ver a Bonnie feliz y comportándose como una niña.

Cuando hubo terminado de hacer más fotografías de los niños junto a la pocilga, el señor Rothstein les pidió a todos que se colocaran junto al molino, en el lado donde estaba la ventana rota y donde faltaban algunas piedras. Mientras se preparaba para seguir fotografiando, las mujeres reunieron a sus hijos. Entonces, de repente, llenaron el aire los sonidos de una carreta que se aproximaba por la carretera: el golpeteo seco de los cascos, el rechinar de las ruedas, el tintineo de las cadenas. Todos se detuvieron para ver quién llegaba y el señor Rothstein se dio la vuelta para mirar hacia la carretera. Cuatro grandes caballos de tiro, con los flancos y el vientre relucientes de sudor, tiraban de una carreta enorme que transportaba pilas de troncos cortados colina abajo. Dos hombres iban sentados en el asiento elevado del conductor; uno sujetaba las riendas, el otro le sacaba una cabeza de altura y medio metro de ancho al primero.

A Lena le dio un vuelco el estómago.

Era Silas.

Se apresuró a levantarse del suelo y buscó a Bonnie entre los niños. Al principio, no estaba por ninguna parte, pero luego la vio, en el centro del grupo, descalza y con la cara manchada de barro, preparada para posar para otra fotografía. Levantó a Ella del suelo con chal y todo, y comenzó a dirigirse hacia ella. Si se daba prisa, quizá pudieran esconderse detrás del molino antes de que Silas las viera.

—¡Bonnie! —gritó—. ¡Ven aquí!

Pero era demasiado tarde. Silas ya las había visto.

Le arrebató las riendas al conductor de la carreta y tiró de ellas para detener a los caballos junto al vehículo del señor Rothstein. Al hacerlo, casi se vino abajo la pila de troncos. El conductor soltó una maldición dirigida a Silas y le quitó las riendas de un tirón mientras lo miraba como si hubiera perdido la razón. Silas se bajó de un salto del asiento elevado y avanzó hacia el molino con los puños apretados.

Bonnie corrió hacia Lena. Se había puesto pálida de preocupación. La pequeña

Ella empezó a despertarse y se removió entre los brazos de Lena.

Cuando el señor Rothstein vio que Silas se dirigía hacia ellos, dio un paso atrás, pero no consiguió alejarse lo suficiente. Silas le dio un golpe en el pecho con un dedo.

—¿Quién demonios es usted y qué demonios está pasando aquí?

—Yo... soy Arthur Rothstein, fotógrafo. No busco problemas. Solo estoy haciendo unas fotografías. —Le tendió la mano.

Silas no hizo ningún caso de la mano extendida y se quedó mirándolo de forma amenazadora.

—Tiene que largarse de aquí antes de que le propine tal paliza que no lo reconocerán ni sus parientes.

Asustada por los gritos, Ella se despertó del todo y empezó a llorar. Lena la conminó a guardar silencio meciéndola arriba y abajo. A pesar de su propio miedo, Bonnie intentó ayudar y le dio unas palmaditas en la espalda sin quitarle ojo a su padre. Por suerte, Ella se tranquilizó enseguida, parpadeó y miró a su alrededor con ojos soñolientos.

—Mira, Silas —intervino el señor Early—, este joven no está haciendo nada malo. Le gustó mi molino y pidió hacerle fotografías para incluirlas en su libro. Eso es todo. Y todos nosotros permitimos que nos hiciera unos retratos también. Eso no le hace daño a nadie.

Junto a la carretera, Miriam Sizer bajó del automóvil y subió a duras penas el camino hacia ellos. Torcía el gesto con preocupación.

—¡Yo no he dado permiso para que le hagan fotografías a mi hija! —declaró Silas. Le lanzó una mirada severa a Lena antes de devolver su atención al señor Early—. ¿Y si está conchabado con ese granuja, con el tal George Pollock? —Se dirigió a las demás mujeres—. Vosotras lo habéis visto, Sandy y Nellie, sé que lo habéis visto, cuando se pasea por ahí con esos hombres lampiños con sus abrigos elegantes y sus botas de montar negras. Y mientras se pasean nos señalan como si fuéramos un puñado de animales en un zoológico.

Nellie y Sandy asintieron con timidez y bajaron la mirada.

—¿Y si este hombre está aquí haciendo fotografías para esos tipos del Gobierno con los que colabora Pollock? —dijo Silas.

Miriam se situó detrás de él mientras intentaba recuperar el aliento.

—¿Quién es usted y qué diantres se cree que está haciendo?

Encendido de rabia, Silas se dio la vuelta para mirarla.

—Usted no tiene por qué saber quién soy ni lo que hago. Solo agarre a su

hombre y lárguese.

Miriam soltó un grito ahogado.

—Disculpe, pero no voy a tolerar que me hable en ese tono. No he hecho nada para merecer tan flagrante falta de respeto. Tampoco se la merece el señor Rothstein.

Silas podría haberla fulminado con los ojos en ese instante.

—Sé que ustedes, los de la ciudad, nos desprecian. Se creen que todos somos basura blanca; que somos endógamos, ignorantes y pobres; y que pueden arrebatarnos lo que es nuestro porque ustedes son mejores que nosotros. ¡Pero no son nada más que una panda de delincuentes!

Miriam se quedó boquiabierta.

—¿Cómo se atreve a acusarme de tales cosas, cuando no he hecho nada más que intentar mejorar la vida de los niños de estas colinas dejadas de la mano de Dios?

Nellie dio un paso adelante. Miraba a Miriam Sizer con ojos críticos.

—¿Por eso le preguntaba a mi Jacobo a qué se dedicaba su padre y lo que comíamos para cenar? ¿Planea darnos dinero y viandas?

Aturullada, Miriam abrió la boca para hablar, pero no consiguió proferir palabra.

—Que todo el mundo se calme, por favor —intervino el señor Rothstein—. La señorita Sizer solo me trajo aquí para que pudiera intentar capturar la vida en estas montañas, para mostrar cómo es en realidad vivir y trabajar aquí.

—Y una mierda —dijo Silas. Señaló a los niños—. Mi hija nunca se pasea por ningún sitio con barro en la cara.

—Estaban jugando en los charcos —repuso el señor Rothstein.

—Yo no —negó Mary Frances.

—Él me dijo que me frotara la cara con barro —apuntó uno de los nietos del señor Early.

—A mí también —se sumó su hermano—. También nos pidió que nos quitáramos los zapatos.

—Ya estabais descalzos —lo contradijo el señor Rothstein—. Mis únicas instrucciones fueron para indicar dónde debían colocarse para hacer las fotografías.

—Eso no es cierto —intervino Nellie.

—¡Está mintiendo! —gritó Mary Frances.

El resto de los niños y las mujeres asintieron para indicar que así era.

Silas miró al señor Early.

—¿Este tipo está mintiendo?

El señor Early lo confirmó.

Silas dio otro paso hacia el fotógrafo con la barbilla bien levantada.

—Supongo que se pondrá en camino, señor Rothstein. No tiene nada que hacer aquí. Y si me llegan rumores de que ha vuelto a merodear por estos valles, va a desear no haber nacido. ¿Lo entiende? —Miró a Miriam con el ceño fruncido—. ¡Y ahora váyanse y no vuelvan!

Miriam se aclaró la garganta, dio media vuelta y se dirigió al vehículo. Sin decir palabra, el señor Rothstein devolvió la cámara a su estuche y la siguió cabizbajo.

Silas miró a Bonnie y a Lena con expresión adusta.

—¿Qué te dije de no hablar con gente a la que no conoces?

—Solo me estaba haciendo una fotografía —dijo Bonnie—. No estaba hablando con él.

—No me faltes al respeto, jovencita —dijo Silas—. Sabes muy bien a lo que me refiero.

Bonnie bajó la mirada y empezó a arrastrar un pie por la hierba.

Silas soltó un suspiro de frustración y miró hacia las montañas, como si estas pudieran ofrecerle la respuesta sobre qué hacer a continuación. Mientras pensaba, no dejaba de mover la mandíbula como si farfullara. Tras un minuto largo y tenso, relajó los hombros y volvió a mirar a Bonnie y a Lena con el ceño fruncido.

—Ya me ocuparé de vosotras dos cuando lleguemos a casa. —Dio media vuelta y caminó con desgana de vuelta al carromato.

Con una sensación de náusea en la boca del estómago, Lena lo vio subir al alto asiento del conductor sin mirar atrás. La carreta desapareció carretera abajo.

Nellie apoyó una mano sobre el hombro de Bonnie.

—¿Estás bien, cariño?

Bonnie asintió.

Betty Lee parecía dominada por el pánico:

—¿Pensáis que Silas tiene razón? ¿Y si ese fotógrafo estaba conchabado con George Pollock?

—¿Y qué si lo está? —dijo Sandy—. ¿Qué va a hacer con un puñado de fotografías?

—No estoy segura —admitió Betty Lee—, pero la señorita Sizer dijo que el fotógrafo acababa de estar en la casa de los Corbin.

—¿Y qué? —preguntó Sandy.

—El *sheriff* Dixon se ha llevado a uno de sus hijos —aclaró Betty Lee.

Sandy abrió los ojos como platos y el señor Early dio un zapatazo al suelo. Mostraba indignación en el rostro.

—¡Maldita sea! —exclamó—. Tendría que haberlo sabido. Debería haberlo echado a patadas de mi propiedad en el momento en el que puso un pie en ella. Espero que puedan perdonarme, señoras.

Nellie parecía molesta y confundida.

—Lo que decís no tiene ningún sentido —opinó—. Que ese fotógrafo pasara tiempo en la casa de los Corbin no tiene nada que ver con el *sheriff* Dixon. Estáis haciendo una montaña de un grano de arena.

Sus palabras parecieron tranquilizar a Betty Lee y a Sandy, pero solo un poco. Sandy se retorcía los dedos y miraba a Betty Lee como si estuviera a punto de echarse a llorar. Betty Lee recogió a su bebé, tomó a Mary Frances de la mano y miró al señor Early con seriedad.

—¿Y si me da el alforfón y la harina de maíz? Tenemos que irnos a casa.

—Ah, sí —dijo el señor Early levantando un dedo, como si acabara de acordarse —. Ahora mismo los traigo. —Aún ruborizado, dio media vuelta y entró en el molino.

Mientras escuchaba la conversación, Lena se preguntaba si contarles a las mujeres lo que había pasado con Enzo y sus sospechas sobre los motivos por los que Silas quería que sus hijos se escondiesen, así como su teoría sobre por qué se había llevado el *sheriff* al niño de los Corbin. Pero tenía que asegurarse primero. Tenía que preguntarle a Silas por Pollock y los tipos del Gobierno a los que había nombrado. Además, asustar más a la gente era, con toda probabilidad, una mala idea. De todos modos, podía darse el caso de que no la creyeran, puesto que acababan de conocerla.

Mientras le daba palmaditas a Ella en la espalda e intentaba decidir qué hacer, Bonnie se le acercó más, tanto que casi estaba apoyada en ella.

—Todo irá bien —la tranquilizó Lena, aunque dudaba de sus propias palabras.

—Papá no se enfadaba así antes. Pero desde que murió mamá se pone como loco. No me gusta.

Lena tuvo que admitir que se sentía aliviada por que Bonnie estuviese tan preocupada por el enfado de su padre que todavía no hubiera relacionado lo que le había pasado al niño de los Corbin con las fotografías del señor Rothstein..., o quizá su mente joven e inocente no alcanzaba a entender algo tan horrible. Lena apenas era capaz de comprenderlo.

—Intenta no preocuparte. Le diré a tu padre que fue idea mía lo de que te

unieras a los demás niños para las fotografías.

Y entonces, despacio y con cierta inquietud, rodeó a Bonnie con un brazo y la abrazó. Para su sorpresa, Bonnie se apoyó con fuerza contra ella y le dio la mano a Ella. Por fin se mostraba receptiva al consuelo que Lena deseaba con tanta desesperación ofrecerle.

El señor Early salió del molino y cargó el alforfón y la harina de maíz en las carretas, y Betty Lee, Sandy y Nellie reunieron a sus hijos y se dirigieron cada cual a su casa. Cuando el señor Early salió con el último saco de harina de maíz, Bonnie lo tomó con ambas manos y se lo cargó sobre un hombro. Gruñó por el esfuerzo y emprendió el camino hacia la carretera. Lena la siguió con Ella bien arropada entre los brazos.

—Pensaba que querías que yo cargara con eso —dijo.

—No —respondió Bonnie—. Ya te he causado suficientes problemas hoy.

CAPÍTULO 11

Lena y Bonnie ya habían terminado de poner la mesa para la cena cuando Silas entró con paso firme en la cocina por puerta trasera. Llevaba la barba y el pelo llenos de serrín. Lena había esperado que después de varias horas estuviera menos furioso, pero seguía con el ceño fruncido y apretaba la boca en línea dura y fina. Lena dejó el último plato sobre la mesa y se acercó a la cocina para comprobar el punto de la carne que chisporroteaba en la sartén de hierro fundido.

—Espero que tengas hambre, papá —dijo Bonnie—. Hemos hecho tu comida favorita: chuletas de cerdo y manzanas fritas.

—¿Dónde está Jack Henry? —preguntó Silas.

—Todavía no ha vuelto del establo —le respondió su hija—. ¿Quieres que vaya a buscarlo?

—No. Llévate a la pequeña arriba hasta que te diga que puedes bajar. Quiero hablar con Lena.

—Sí, señor. —Bonnie levantó a Ella del suelo y se apresuró a salir de la cocina para subir al piso de arriba.

Lena lo miró a la cara. Se esforzó por parecer más calmada de lo que se sentía.

—Es culpa mía. Las otras mujeres permitieron que el hombre hiciera fotografías de sus hijos, de modo que le dije a Bonnie...

—Si vuelvo a pillarte otra vez permitiendo que algún extraño se acerque a mis críos, estarás fuera de esta casa en menos que canta un gallo. ¿Entendido?

Asintió. Luego respiró hondo y se armó de valor:

—Entiendo que esté preocupado. Y no ayuda que haya perdido a su esposa y a sus otros hijos, pero...

—¡Lo que me haya pasado no es asunto tuyo, maldita sea!

—... pero no le pasó solo a usted —continuó—. También les pasó a Bonnie y a Jack Henry. —Era consciente de que le temblaba la voz.

Él le clavó una mirada furiosa. Durante un segundo aterrador, Lena pensó que iba a pegarle o a echarla de allí, pero siguió hablando de todos modos:

—Bonnie me ha contado que ella y Jack Henry tienen que esconderse porque alguien dijo que eran deficientes mentales. Pero usted y yo sabemos que eso no es verdad. Es una de las niñas más inteligentes que he conocido jamás. Y Jack Henry es dulce, amable y listo. Bonnie actúa como una persona fuerte, pero se siente asustada y triste. Y Jack Henry se está esforzando mucho por ser un hombre como usted, pero es solo un niño. Sé que no me corresponde decirlo, pero ellos solo quieren que los quieran. No quieren que los traten como si fueran un... un problema.

El hombre la fulminó con la mirada durante lo que a Lena le pareció una eternidad. Los ojos le ardían de furia y de otra cosa que se parecía a la angustia. Y entonces, como si algo le hubiera cambiado en la cabeza, dejó caer los hombros y desvió la mirada. El agotamiento y la pena pesaban sobre él.

—Sé que mis pequeños no son deficientes. Pero aseguran que sí.

—¿Quién? —Lena sacudió la cabeza para mostrar su frustración—. No lo entiendo. ¿Es esto lo que hacen en los Estados Unidos? Dijeron que mi hermano también era deficiente mental y que lo encerrarían si...

—El estado quiere mis tierras —dijo Silas con voz atemorizada y sin mirarla a los ojos—. Están planeando convertir estos valles en un parque para que la gente de la ciudad pueda venir los fines de semana a pisotear los árboles. Quieren los bosques, las tierras de los McDaniel, el campamento de los Brown, las propiedades de los Bardeen y de los Corbin, la granja Shifflet, la casa de Sydney Allan y la mitad de las montañas de Jones, Chapman y Fork. Eso son más de cinco mil acres solo en esta zona. —Al fin la miró, de nuevo parecía enojado—. De modo que ¿sabes lo que esos bastardos han hecho? Han enviado a unos científicos para que nos hagan preguntas y nos estudien. Ahora andan diciendo que somos un puñado de pueblerinos retrasados, endógamos y sin educación que vivimos en la miseria, y que sacarnos de estas montañas sería hacernos un favor.

Lena sintió que se le secaba la boca. Había visto cómo echaban a gente de su casa durante la guerra, pero estaban hablando de los Estados Unidos. Se suponía que ese tipo de cosas no sucedían ahí. Y Bonnie y Jack Henry ya habían perdido demasiado. No podían perder su hogar también. Por no mencionar que ella y su hijita se quedarían sin un lugar en el que vivir.

—¿Cómo es eso posible?

Él soltó una risa cínica y cansada.

—Es posible porque son una panda de delincuentes desalmados. Si tienes algo que el Gobierno quiere, tiene derecho a tomarlo tanto si estás de acuerdo como si no. Si no me crees, pregúntales a los indios nativos americanos qué opinan sobre esta cuestión. —Retiró una silla de la mesa y se dejó caer sobre ella, parecía que cargaba todo el peso del mundo sobre los hombros—. John Nicholson, que vive en Pigbump Road, tiene quince hijos y una cabaña sobre dos acres de terreno. ¿Sabes lo que le ofrecieron por su casa y las tierras? Dos dólares. ¡Dos dólares! Yo poseo doce acres, pero no me ofrecen ni un penique por ellos porque mis ancestros nunca registraron las escrituras en el tribunal del condado. Y no importa que hayamos vivido en estas montañas desde el siglo XIX ni que todo el maldito valle lleve nuestro apellido. Mi bisabuelo siempre decía que no necesitaba más documentos que un apretón de manos, y que la palabra de un hombre bastaba. Pero ahora el estado dice que ocupo las tierras de forma ilegal y que no van a pagarme ni un centavo. Pueden arrebatarme sin más todo lo que poseo.

Por primera vez desde que Lena lo conocía parecía vulnerable y asustado, lo cual la asustó a ella, a su vez, más que ninguna otra cosa. Y nada de lo que ella pudiera decir iba a ayudarlos. Había experimentado de primera mano lo cruel que podía llegar a ser un Gobierno con los ciudadanos inocentes, y ahora parecía que tendría que volver a enfrentarse a una situación parecida.

—Siento mucho que le estén haciendo esto a su familia. Pero ¿por qué quieren llevarse a sus hijos?

Él se encogió de hombros.

—Que me aspen si lo sé. Supongo que están intentando minarnos la moral, o quizá quieren menos gente a la que echar de las montañas. O es eso, o piensan que somos tan ignorantes y tan pobres que les estaremos agradecidos por tener menos bocas que alimentar.

A Lena le costaba creer lo que estaba oyendo. Con razón estaba Silas tan enfadado. Con razón les recomendaba a sus hijos que se escondieran. Pero ¿por qué el Gobierno decía que los niños eran deficientes mentales?, ¿para que no pareciera que los estaba secuestrando sin más?

—Alguien dijo en el molino que el *sheriff* se había llevado a un niño el otro día —declaró.

Silas asintió.

—El chico de los Corbin. Herbert. También se llevaron al hijo de Shady Bale porque dicen que es un poco lento de entendederas. Dictaminaron que era retrasado. Luego se llevaron a la hija de Cory Beck, quien nació con solo un

brazo. Y desde entonces han hecho más redadas. Se llevaron a seis hermanos del clan Jenkins: los metieron en sus vehículos y desaparecieron carretera abajo. Roy Jenkins intentó detenerlos y casi acabaron linchándolo.

Lena se sentía enferma. Retiró una silla y se sentó también cuando sintió que las piernas le fallaban de repente. Pensar que se llevaran a Bonnie y a Jack Henry era horrible, pero, desde que pisara ese país por primera vez, había estado preocupada por si perdía a Ella, y ese peligro era más real que nunca. Y pensar que ella había ido ahí para darle a su hija una vida mejor... Se habría reído si no hubiera estado tan asustada.

—¿Sabe a dónde se llevan a los niños? Las mujeres del molino decían que el niño de los Corbin iba a ser evaluado.

—Nadie lo sabe con certeza. Shady Bale y Cory Beck bajaron de la montaña en busca de auxilio, pero la policía se negó a ayudarlos. Dijeron que no eran más que un puñado de pueblerinos estúpidos. La gente ha estado escribiendo cartas que no llegan a ninguna parte. De lo único que estoy seguro es de que mis ancestros están enterrados en estas tierras. En la ciudad, envejeces, te mueres y te olvidan al cabo de una semana. Aquí arriba, en estas montañas, algunas de las personas del cementerio murieron mucho antes de que yo naciera, pero siento que las conozco. Es gente de la que he oído hablar toda mi vida. Y mi esposa y mis otros hijos también están enterrados aquí. De modo que, si alguien quiere quitarme mis tierras, tendrá que matarme primero. Y si se llevan a Bonnie y a Jack Henry, bien podría estar muerto de todos modos.

Lena sabía con exactitud a qué se refería. Si alguien se llevara a su hija, ella bien podría morirse también. Solo pensar que se la arrebataran era casi más de lo que podía soportar.

¿Cómo podían las familias de las montañas vivir así, con el miedo constante a que el Gobierno les quitara su casa y a sus hijos? ¿Y por qué no habían tomado medidas? Entonces se acordó de lo indefensos que su familia y otros ciudadanos alemanes se habían sentido durante la guerra, y cómo también entonces se habían llevado a gente. Asimismo, recordó que, cuando llegó a casa de Silas, Jack Henry había querido ahuyentar al *sheriff* con un rifle y que su padre le había dicho que eso solo les traería más problemas. Tenía razón, sin duda, pero ¿cómo iba ella a quedarse de brazos cruzados si alguien amenazaba a su hija?

CAPÍTULO 12

A la mañana siguiente, el tercer día que pasaba Lena en la granja Wolfe, el sol naciente disolvía despacio una capa baja de nubes que rodeaba las montañas muy temprano y revelaba poco a poco las cimas verdeazuladas y los valles profundos. Los pájaros gorjeaban en los árboles y revoloteaban como flechas negras en el cielo azul pálido, y el rocío llenaba de destellos las flores y el huerto. Lena estaba sentada en una silla con respaldo de cañas para operar el agitador de la mantequera mientras Ella jugaba a sus pies. En la mecedora, junto a ella, Bonnie remendaba monos y camisas; de vez en cuando miraba en dirección a Jack Henry, que estaba reparando una valla cerca del establo.

Más que nunca, en especial después de su conversación con Silas, Lena se encontraba en alerta máxima y no hacía más que mirar una y otra vez el camino de tierra y la entrada por si llegaban vehículos o carretas; si aparecían, estaba preparada para levantar a Ella del suelo y correr hacia el cobertizo con Bonnie y Jack Henry. Los retazos turbadores de las pesadillas que se le reproducían en la cabeza no ayudaban: despertar y descubrir que la cuna de Ella estaba vacía, que la viuda Spinney desapareciera en el bosque con su pequeña envuelta en una manta mohosa, Lena buscando y gritando y perdiéndose en la oscuridad.

Se levantó y se acercó al barril del agua mientras se esforzaba por quitarse de la cabeza esas imágenes perturbadoras. Llenó el cazo y dio un largo sorbo y sintió gratitud cuando el agua fría le corrió por la garganta reseca. Cuando regresó junto a la mantequera, Ella levantó la mano para enseñarle algo.

—Mira, mamá.

Lena se agachó para verlo mejor.

—¿Qué es eso, *mein Liebling*?

Soltó una risilla y estiró un dedito. Una mariquita roja y negra le correteaba por un nudillo antes de recorrer el camino hacia la punta de la uña diminuta. Volvió a

reír y Lena sonrió, agradecida por la inocencia de su hija, así como por la ilusión que se le reflejaba en los ojos, y rezó para que pudiera permanecer así tanto tiempo como fuera posible. Alargó la mano para acariciarle la mejilla suave, pero un retumbar de pezuñas hizo que se irguiera con la espalda tensa. Bonnie también se puso alerta y levantó la vista del mono que tenía en el regazo. Dos caballos castaños polvorientos tiraban de una carreta cerrada blanca y negra por la carretera que llevaba hasta su camino de entrada. Pero en vez de ir sentado en un banco delante, el conductor iba dentro, lo cual dificultaba ver de quién se trataba.

Por suerte, Bonnie se relajó de inmediato.

—No es nada, es solo el carromato del correo —dijo mientras dejaba el mono sobre el brazo de la mecedora. Se levantó y se encaminó hacia los escalones.

Lena suspiró de alivio y volvió a sonreírle a Ella para hacerle saber que todo iba bien. Entonces una bandada de mariposas le revoloteó en el estómago. Tal vez el carromato del correo le llevara una carta de *Mutti*. Quizá supiera por fin que su familia estaba a salvo de vuelta en Alemania. Pero... no. Eso era imposible. Era demasiado pronto como para saber de ellos, aun cuando sentía que llevaban separados muchísimo tiempo. Con suerte, *Mutti* y Enzo habrían salido de esa jaula odiosa de la isla de Ellis y estarían de camino a casa, pero no llegarían hasta que pasara un tiempo. Al imaginárselos en otro barco, hacinados en los camarotes hediondos de tercera clase, sintió que se le revolvía el estómago de pena y de preocupación. Con suerte, *Mutti* no volvería a marearse en el barco y, cuando llegaran a Alemania, ella y Enzo encontrarían con facilidad un sitio donde vivir. Con más suerte, le enviarían una carta poco después para, al menos, tranquilizar a Lena a ese respecto. Responder a su carta significaba tener que contarle a *Mutti* que Silas no iba a pagarle y que ya no tenía la posibilidad de enviarles dinero para sus billetes de barco, sí. Pero primero les explicaría que ella y su hija disfrutaban de un techo recio, de una cama caliente en la que dormir y de montones de comida. Y, claro estaba, omitiría contar lo de la necesidad de ocultarse cuando la policía hacía acto de presencia. Lo último que quería era preocupar a *Mutti*.

Cuando Bonnie comenzó a bajar por la colina hacia el carromato del correo, Lena se levantó y la llamó. De repente volvía a sentirse inquieta.

—¿Estás segura de que es el correo?

—¡Claro! —gritó Bonnie por encima del hombro—. Lo dice en el maldito carromato.

Tenía razón. Cuando el vehículo estuvo más cerca, Lena pudo distinguir las palabras en un lateral: «Servicio Postal de los Estados Unidos». Aun así, se

esforzó por contener las ganas de correr tras Bonnie, sujetarla del brazo y decirle que corrieran a esconderse. Porque, ¿y si Bonnie se equivocaba? ¿Y si dentro del carromato había alguien que no fuese el cartero? Tomó a Ella en brazos por si acaso y observó cómo el carromato se detenía al principio de la ladera cubierta de hierba. Cuando el conductor aseguró las riendas y salió, Lena contuvo el aliento. El hombre metió la mano dentro del carromato y le tendió a Bonnie varios sobres. Solo después de que volviera a subir y cerrara la puerta volvió Lena a respirar. Y cuando el vehículo dio la vuelta para alejarse, dejó a Ella en el suelo del porche y regresó a la mantequera.

Bonnie subió los escalones corriendo.

—Lo siento, pero todavía no hay nada para ti. Solo una carta para papá del estado de Virginia y publicidad de la Compañía Pesquera Frank E. Davis. ¿Te imaginas recibir por correo un pedido de langostas y bacalaos muertos?

Al recordar los arenques que había comido en el barco, Lena hizo una mueca de asco y sacudió la cabeza.

Bonnie se echó a reír.

—Yo tampoco. Es de locos, qué quieres que te diga.

Más entrada la tarde, mientras Ella jugaba con unos bloques de madera en el suelo de la cocina, Bonnie le enseñó a Lena a cocinar judías pintas y pan de maíz.

—El secreto para hacer un buen pan de maíz es que la grasa esté caliente antes de que eches la masa en la sartén. Luego lo pones todo en el horno de leña.

Después de meter el pan de maíz para hornearlo, Bonnie tomó un caldero de judías pintas que habían estado en remojo toda la noche y las puso sobre la hornilla.

—Tienes que asegurarte de que haya agua suficiente para cubrirlas o se volverán oscuras y no estarán ricas —le explicó—. Puedes usar grasa para darles sabor, pero nada funciona mejor que una buena pata de jamón. —Removió las judías con energía con una cuchara de madera—. Estas deberían estar listas para cuando papá llegue a casa. —Sacó un repollo de un saco que había debajo del fregadero y se lo tendió a Lena—. Fríelo con un buen trozo de grasa de beicon mientras voy a buscar más leche a la fresquera. A papá siempre le dan ganas de beber leche dulce con su pan de maíz.

Bonnie salió de la cocina y Lena cortó el repollo en primorosas tiras finas, como le había enseñado. Justo cuando estaba a punto de poner una sartén de hierro forjado al fuego, la niña entró corriendo, casi sin aliento y con los ojos desencajados. A Lena le faltó poco para dejar caer la sartén.

—¿Qué pasa? ¿Qué es lo que pasa? —Dejó la sartén sobre la encimera.

—Hay una mujer —anunció Bonnie mientras intentaba recuperar el aliento—. En el establo. Hablando con Jack Henry.

—¿La mujer del puente?

Negó con la cabeza:

—No, no la había visto nunca.

Lena levantó a Ella y se dirigió al pasillo trasero. El pánico le zumbaba en la cabeza como una avispa. Bonnie la siguió.

—Salí pitando de allí tan pronto como la vi. Jack Henry debe de haberse dejado la puerta principal abierta. Parecía aterrorizado.

Una vez fuera, Lena echó a correr por el camino que llevaba hacia el establo con Ella sobre la cadera. Empezó a gritar a todo pulmón con la esperanza de ahuyentar a la mujer.

—¡Ya vamos, Jack Henry!

Bonnie también se puso a gritar:

—¡Aléjate de mi hermano, perra mala!

Cuando ya estaban a medio camino del establo, gruesas gotas de lluvia comenzaron a caer y el viento arreció hasta sacudir las hojas de los árboles. Lena y Bonnie parpadeaban por la tormenta repentina y corrían por el camino con el delantal y la cabellera volando tras ellas. Ella rebotaba en brazos de su madre y reía como si se tratase de un juego.

—No me extraña que no la oyéramos venir —gritó Bonnie para hacerse oír sobre el viento—. Aparcó allí abajo. —Señaló un vehículo rojo con forma de caja y ruedas cubiertas de barro que se encontraba casi oculto en la carretera.

Lena apretó el paso. Cuando llegaron al establo, Bonnie abrió de un tirón una puerta lateral y entraron deprisa. La mujer había arrinconado a Jack Henry junto a la escalera de mano que llevaba al henar.

—¿Puedo ayudarla en algo? —gritó Lena, que intentaba sonar intimidante.

La mujer se sobresaltó y se volvió hacia ellas con una mano sobre el corazón.

—¡Por Dios! Me ha dado un susto de muerte.

—¿Qué demonios se cree que está haciendo en nuestro establo? —rugió Bonnie.

La mujer, que vestía un abrigo entallado, una falda de tubo, un sombrero *cloche* y un bolso que colgaba bajo y llevaba cruzado al pecho, se dirigió hacia Lena y sonrió al tiempo que le ofrecía la mano extendida. Aparentaba tener más o menos la misma edad que ella.

—Me llamo Penélope Rodgers y soy alumna de la Universidad Sweet Briar. Colaboro con el profesor Iván McDougle y con Arthur Eastbrook, de la Oficina de Registro de Eugenesia. Varios de mis compañeros estudiantes y yo hemos subido hasta aquí con la esperanza de descubrir los orígenes de la tribu perdida. ¿Ha oído hablar de la tribu perdida?

Lena pasó por alto la pregunta de Penélope. Y su mano extendida.

—Aquí no se ha perdido nadie —intervino Bonnie—. Así que ya puede largarse.

Sin prestarle atención a Bonnie, Penélope rio con indiferencia mientras enfocaba toda su atención en Lena.

—Claro que no se ha perdido nadie. Verán, la tribu perdida es una raza mixta resultado de los matrimonios interraciales de los indios o los negros con personas de raza blanca. Y algunos de sus descendientes mestizos viven en estas montañas, lo cual debería preocuparles, porque a menudo son vagos y analfabetos, por no mencionar que son promiscuos, feos y nada inteligentes. Con frecuencia presentan defectos mentales y llegan a ser retrasados. Un estudio reciente demostró que de estas personas, por culpa de sus genes defectuosos, surgen cientos de receptores de prestaciones sociales, delincuentes y prostitutas, y eso obliga al estado de Virginia a gastarse millones de dólares cada año, de modo que ya puede imaginarse cuán importante es nuestro trabajo. Es crucial que hagamos notar todas las incompetencias sociales graves. Y ahora, si no le importa, me gustaría hacerle unas preguntas.

A pesar de su incapacidad para entender todo lo que había dicho Penélope, Lena reconoció las palabras «defectos mentales». Y eso fue suficiente. Abrazó a Ella con más fuerza y miró nerviosa a Bonnie y a Jack Henry.

—No quiero contestar a ninguna pregunta.

—Esto es una gilipollez —insistió Bonnie, que miraba a Penélope con el ceño fruncido—. No tiene derecho a estar aquí. Y desde luego que no tiene que hacernos ninguna pregunta. Mi padre está de camino a casa, de modo que, si yo fuera usted, me largaría.

Con una sonrisa condescendiente, Penélope la miró.

—Bueno, me dirigía hacia la casa cuando vi a este jovencito encantador entrar en el establo. —Señaló a Jack Henry con la cabeza—. De modo que pensé que podía hablar con él primero. ¿Es tu hermano?

—Tampoco tiene necesidad de saber eso —dijo Bonnie—. Ahora cierre el pico y lárguese.

—Vaya, vaya, eres toda una polvorilla —observó Penélope—. A tu hermano no le ha importado hablar conmigo.

Bonnie fulminó a Jack Henry con la mirada.

—¿Qué le has dicho? Ya sabes que papá no quiere que hablemos con extraños. Te va a dar una paliza cuando se lo cuente.

—¡No le he dicho nada! —se defendió Jack Henry—. Le dije que no iba a hablar con ella y que se largara.

—Es cierto —confirmó Penélope, que seguía mirándolos divertida—. Ni siquiera me quería decir su nombre. Pero no pasa nada. Según mis registros, esta es la casa de Silas Wolfe. —De repente volvió a mostrarse seria. Sacó una estilográfica y una carpeta del bolso—. Y ahora, si no les importa, esto solo me llevará unos minutos.

—No vamos a contestar ninguna de sus malditas preguntas —repitió Bonnie. Con un gesto de la mano, le indicó a Jack Henry que se acercara a ella—. Vamos. Salgamos de aquí. Papá no tiene que enterarse de que ella ha estado aquí.

Penélope miró a Lena con la pluma levitando sobre la carpeta.

—Solo para que lo sepan, será más fácil para todo el mundo que cooperen. De otro modo, la universidad enviará al señor Eastbrook aquí arriba para hablar con ustedes y él no es, ni de lejos, tan agradable como yo. Y ahora, por favor, dígame, ¿cuántos niños viven en esta casa? ¿Son solo estos tres o hay alguno más?

Lena miró a Bonnie y a Jack Henry mientras decidía qué hacer. Si le contaban a Silas que había hablado con esa mujer, volvería a enfurecerse y quizá su furia lo animaría a echarla de la casa esa vez. ¿Qué le había dicho?, que estaría fuera de allí en menos que cantaba un gallo, ¿no? Pero, claro, si el hombre de la universidad que Penélope había mencionado se presentaba allí, sería peor. Tal vez la mujer se marchase si Lena hacía lo que le pedía.

—Solo son estos tres niños.

—¿Y qué puede contarme sobre su historia familiar? —continuó la mujer—. ¿Sabe si algún miembro de su linaje no es de raza blanca?

—No... no lo sé —vaciló Lena.

—No tienes que contestarle —dijo Bonnie—. Se ha metido en una propiedad privada.

Penélope puso los ojos en blanco y volvió a dirigirse a Bonnie:

—Escúchame bien. No hace falta que te pongas tan nerviosa. Solo haré algunas preguntas más y me iré. —Volvió a dirigirse a Lena—. También necesito datos sobre su salud y la salud de estos niños. Y de su padre, claro.

Lena vaciló. ¿Para qué tenía que saber esa mujer cosas sobre su salud?

—Todos estamos sanos.

Bonnie se la quedó mirando. Había empalidecido y la rabia le contorsionaba las facciones.

—Más te vale dejar de hablar o se lo diré a papá, y entonces no sabemos qué hará él.

Penélope alzó las cejas y miró a Lena con preocupación.

—¿No se siente a salvo aquí?

—No es eso —dijo Lena—. Estoy bien. Es solo que...

—Es solo que mi papá tiene un rifle y no le da miedo usarlo, sobre todo con los extraños —afirmó Jack Henry—. Y a mí tampoco.

Penélope le lanzó una mirada severa.

—No estoy hablando contigo ahora mismo, jovencito. Estoy hablando con tu madre.

—Vaya estupidez. Nuestra madre está muerta —afirmó Bonnie con los ojos encendidos de rabia.

Lena se encogió por dentro. Ahora la mujer les haría incluso más preguntas.

—Cielos —se sorprendió Penélope—. Lo siento mucho. ¿Qué le pasó?

—No tiene por qué saberlo —dijo Bonnie.

—¿Estaba enferma? —preguntó Penélope.

—No —aclaró Lena—. Murió al dar a luz.

—Maldita sea —se lamentó Bonnie—. ¿Por qué se lo has dicho?

—Entonces, ¿usted es la segunda esposa? —dijo Penélope, quien seguía sin hacerle ningún caso a Bonnie.

Lena apretó los dientes. Quizá tendría que haber dejado que Bonnie y Jack Henry echaran a esa mujer. Dio un paso atrás.

—No debería estar hablando con usted.

—Le prometo que todo es de lo más correcto —insistió Penélope—. Solo estoy aquí para ayudar. Tiene mi palabra de que mis intenciones son honorables. Ahora bien, ¿qué puede contarme sobre la madre de los niños? ¿Era blanca?

—¿Qué clase de pregunta idiota es esa? —se indignó Bonnie.

A regañadientes, Lena asintió.

Penélope escribió algo en su carpeta antes de sonreírle a Ella, quien la miraba cansada mientras Lena la acunaba entre los brazos.

—Qué lástima que esta niñita preciosa no haya conocido a su madre.

—Es usted más tonta que una mata de habas —dijo Bonnie—. Esta de aquí es

su madre—. Señaló a Lena con el pulgar.

Lena miró a Bonnie con los ojos como platos, con la esperanza de que se mantuviera callada en adelante, pero estaba demasiado ocupada observando a Penélope como si quisiera estrangularla.

—Cállate, Bonnie —le susurró Jack Henry.

Penélope había fruncido el rostro con desaprobación.

—Ya veo. —Con los labios muy apretados, escribió algo en su carpeta antes de examinar a Lena con mirada suspicaz—. He notado que tiene usted un acento interesante. ¿Puedo preguntar dónde nació y cuánto tiempo lleva en los Estados Unidos?

Aunque no quería responder, Lena estaba deseando que Penélope se marchase. Y parecía que la única forma de conseguir que lo hiciese era cooperando.

—Nací en Italia, pero me crie en Alemania. He llegado a los Estados Unidos este año.

Penélope se alarmó, se le vio en los ojos.

—¿Es consciente de que algunos italianos están mezclados con negros que fueron esclavos? Eso significa que es posible que usted tenga trazas de sangre negra. Y la representación falsa premeditada de su raza es un delito grave en este estado, lo que significa que ha violado la Ley de Integridad Racial al casarse con un hombre blanco. Por favor, dígame el nombre del funcionario que tramitó su licencia de matrimonio.

—No estoy casada.

—Pero ¿está viviendo en estas instalaciones?

—No sé qué significa «instalaciones» —dijo Lena.

—¿Viven usted y su hija en esta propiedad con estos niños y con su padre? —Tenía en la voz un matiz de irritación.

—*Ja*. Quiero decir, sí.

—Entonces admite que está viviendo en pecado.

—¡Jesús, María y José! —se asustó Bonnie—. No es nada de eso. Ella es de la familia y nos está ayudando.

Penélope abrió los ojos mucho más y una expresión horrorizada se le extendió por el rostro.

—Si son familia, entonces están cometiendo incesto. —Escupió las palabras como si fueran veneno.

—Tampoco sé qué significa esa palabra —dijo Lena—. Pero no he hecho nada malo.

—Oiga, sabemos que aquí arriba se dan matrimonios endógamos entre miembros de la misma familia. De hecho, seis familias que viven en Rock Creek Hollow se llaman Corbin o Nicholson. Sus antepasados han vivido en estas montañas desde el fin de la Revolución y sus descendientes se han casado entre ellos. Se han relacionado muy poco con el resto del mundo desde entonces y todos los adultos son primos. De modo que si usted está manteniendo relaciones... —Miró nerviosa en dirección a Bonnie y a Jack Henry antes de bajar la voz—. Si está manteniendo relaciones sexuales con el señor Wolfe, cualquier criatura que sea fruto de su relación tendrá, con toda seguridad, alguna deformidad física o algún retraso mental.

Lena se quedó mirando a la mujer boquiabierta. ¿Cómo podía decir tal cosa?

—Nosotros no... No estoy manteniendo relaciones con el señor Wolfe.

Penélope volvió a examinar a Ella. Su sonrisa dulce cambió a algo que parecía asco.

—Entonces, ¿quién es el padre de esta niña?

Lena sintió que le crecían a la vez en el pecho rabia y un temor tembloroso.

—Eso no importa.

—Me temo que se equivoca. Si su hija nació fuera del matrimonio o, aún peor, como resultado del incesto, es probable que sufra alguna, si no muchas, aberraciones. Tendré que enviar a alguien para que suba aquí a evaluarla. Es muy posible que también tengamos que evaluarla a usted.

Lena contuvo un grito.

—Su padre está muerto —zanjó—. Y ya ha acabado con sus preguntas. Por favor, márchese.

—Lo siento, pero no... —comenzó a decir Penélope.

Lena señaló la puerta.

—¡Fuera! —gritó.

—¡Ya la ha oído! —gritó a su vez Bonnie—. ¡Fuera!

Jack Henry fue a por una horca y la sujetó como si fuera un ariete, con las puntas afiladas apuntando a Penélope.

—¡Saque su culo flaco y apestoso de nuestro establo!

Penélope soltó una exclamación y se llevó la mano al pecho. Entonces se dio la vuelta y corrió hacia la puerta lateral mientras miraba por encima del hombro para asegurarse de que no la perseguían. Tropezó en el umbral y casi se cayó, pero recuperó el equilibrio y desapareció al doblar la esquina. Lena, Bonnie y Jack Henry la siguieron fuera del establo para asegurarse de que se iba. Jack Henry

seguía sujetando la horca. A medio camino colina abajo, Penélope dejó caer la carpeta, se detuvo para recogerla y los miró con el rostro desencajado y el cabello despeinado. Corrió el resto del camino hasta su vehículo.

Lena miró a Bonnie y a Jack Henry. Las lágrimas le escocían en los ojos.

—Lo siento. Teníais razón. No debería haber hablado con ella. Hubiese sido mejor pedirle que se fuera.

—Decir que lo sientes ahora es tan inútil como ponerle un sombrero a un burro —le espetó Bonnie. Entonces se marchó furiosa hacia la casa balanceando los brazos con fuerza.

—No te preocupes demasiado —dijo Jack Henry—. Se calmará dentro de un rato.

Lena le dedicó una sonrisa débil, agradecida por que estuviera intentando hacer que se sintiera mejor. Pero si Penélope enviaba a alguien para que se llevara a Ella, la furia de Bonnie sería la menor de sus preocupaciones.

CAPÍTULO 13

Con el mes de julio en su máximo esplendor, hacía más calor en Wolfe Hollow del que había hecho jamás en la ciudad natal de Lena. Todo parecía moverse más despacio, desde las abejas en los manzanos hasta las gallinas que picoteaban en el patio. El calor la agobiaba como si llevara rocas cosidas en la bastilla del delantal mientras ella y Bonnie pasaban horas en el huerto, regando y recolectando verduras, arrancando las malas hierbas y plantando las cosechas del otoño. Y, como los niños, ya iba descalza la mayor parte del tiempo. Tenía el rostro y los brazos tan oscuros como una baya. Aunque Bonnie le había retirado la palabra por un tiempo tras el incidente con Penélope, la de la Universidad Sweet Briar, cuando le regaló a Lena un pañuelo con sus iniciales bordadas quedó claro que todo había quedado perdonado. Las dos, junto con Jack Henry, habían pactado no contarle a Silas lo que había acontecido en el establo; de todos modos, no habrían sido capaces de acordarse de todo lo que se había dicho y no querían que Silas se enfadara con Jack Henry por permitir que una extraña lo hubiera acorralado. Pero, aun cuando Lena quería proteger a Jack Henry, a veces se preguntaba si no estarían cometiendo un error al no contárselo a Silas. Hombre prevenido valía por dos, como decía su madre. Pero, claro, si Silas estuviera en el trabajo cuando alguien fuese a por Ella, si es que iba alguien, o si aparecía el hombre sobre el que Penélope les había advertido, saber lo que había pasado no sería de ayuda.

Con los festines recurrentes de carne y verduras, tortitas de alforfón y pan casero, Ella se convirtió en una niña rolliza a la que le encantaba acarrear leña y correr detrás de las gallinas en el patio. Lena también sentía los cambios en su propio cuerpo, en los brazos más fuertes y en el paso más firme, en la capacidad de trabajar más duro sin cansarse. También veía los cambios en el espejo rajado que colgaba sobre su cómoda, en las costillas no tan visibles, en el cabello más largo y espeso, y en la desaparición de las bolsas oscuras debajo de los ojos.

Por desgracia, casi dos meses después de su llegada, seguía sin recibir carta de *Mutti* y Enzo. Todos los jueves vigilaba la aparición del carromato del correo con el corazón en un puño. Rezaba para que el cartero le trajera una carta que nunca llegaba. Ahora, entre la preocupación por su familia y su vigilancia constante por si aparecían el *sheriff* o algún otro extraño, un extraño que pudiera llevarse a Ella, siempre estaba con el alma en vilo. Eso provocaba que se le cayeran los cubiertos, que se le olvidara añadir ingredientes a una receta y que se despertara mil veces durante la noche para comprobar que Ella estuviera bien y para mirar por la ventana.

Una tarde especialmente calurosa y brumosa de finales de julio, mientras Ella dormía la siesta bajo la sombra de un manzano, Lena y Bonnie tendían la ropa de la colada en el tendedero mientras Jack Henry acarreaba cubos de agua desde el arroyuelo hasta el establo con el rostro rojo y sudoroso. Aún tenían que regar el huerto y limpiar el gallinero antes de hacer la cena, pero Lena no veía el momento de tomarse un descanso con un gran vaso del té de lavanda que se estaba enfriando en la fresquera mientras trabajaban. Como de costumbre, a pesar del calor, Bonnie cantaba.

Tras colgar la última sábana en el tendedero, Lena recogió la cesta vacía de la colada y miró hacia Ella, acurrucada sobre una manta con *Poppy* bien abrazada contra el pecho y una sonrisita soñadora en el rostro. Lena nunca había imaginado que su pequeñita pudiera ser tan feliz ni estar tan sana. Entonces se dio cuenta de que Bonnie había dejado de cantar. Se quedó inmóvil un momento y prestó atención. Quizá Bonnie se encontraba entre canciones e intentaba decidir qué cantar a continuación. De repente, unos chillidos risueños llenaron el aire. Se asomó entre los delantales y las camisas húmedos para mirar hacia la fresquera. Para su sorpresa, Bonnie y Jack Henry estaban metidos en el arroyo hasta las rodillas y se lanzaban cubos de agua a la cabeza. Sonrió. Le encantaba oír que los niños se divertían, en especial cuando estaban trabajando. Dejó la cesta de mimbre y se encaminó hacia ellos con las manos en las caderas, como si estuviera enfadada. Cuando Bonnie y Jack Henry la vieron llegar, salieron del arroyo con expresión abatida.

—¿Qué estáis haciendo? ¿No tenemos suficiente ropa que lavar y colgar en el tendedero?

—Lo siento —se disculpó el chico. Se secó el rostro y recogió uno de los cubos.

Bonnie se retiró mechones mojados de las mejillas.

—No hemos hecho nada malo. Solo nos estábamos refrescando. Hace más calor

que en el infierno aquí fuera.

Lena miró a Jack Henry con el ceño fruncido.

—¿Todos los animales tienen agua?

Jack Henry asintió. Le caía agua por la nariz.

—Entonces hay que encargarse del huerto. Llena ese cubo y dámelo. Bonnie, tú llena el otro. Tenemos mucho trabajo que hacer antes de que vuestro padre vuelva a casa.

Jack Henry hizo lo que le decía y le dio el cubo. Cuando Bonnie se enderezó después de llenar el segundo cubo, Lena le vació el primero sobre la cabeza. Bonnie chilló y encorvó los hombros con la boca abierta por la sorpresa. Entonces se echó a reír y le lanzó agua a Lena, quien se retiró justo a tiempo. Lena se metió en el arroyuelo, rellenó el cubo y le lanzó el agua a Jack Henry. Bonnie y él saltaron hacia atrás y empezaron a salpicarla con las manos y los pies. La corriente fría era una maravilla, aún más refrescante que el té de lavanda. Durante los minutos siguientes gritaron y vitorearon y se echaron agua por la cabeza los unos a los otros; Lena no se acordaba de cuándo había sido la última vez que se había reído con tantas ganas. Le parecía que habían pasado años. Se detuvo un momento para recuperar el aliento, feliz de ver que Bonnie y Jack Henry se lo estaban pasando bien.

—Traeré a Ella para que se refresque también —dijo mientras trepaba por la orilla—. Pero no le echéis agua en la cabeza.

—Oh, vaya, eso no es divertido —dijo Jack Henry con una sonrisa—. A lo mejor le gusta.

Lena sacudió un dedo juguetón en su dirección.

—Ni hablar.

Mientras Bonnie y Jack Henry permanecían en el arroyuelo, Lena se escurrió la falda y el delantal, y se dirigió hacia el manzano. La hierba estival era como una toalla caliente para los pies. Se había sentido muy lenta y acalorada toda la mañana, pero ya estaba renovada y preparada para afrontar el resto del día. Quizá jugar en el arroyuelo los días soleados y calurosos tendría que formar parte de su rutina habitual. Tras ella, Jack Henry y Bonnie continuaban empapados. Sus salpicaduras y sus risas llenaban la tarde sofocante.

¿Qué diría Silas si viera a sus hijos en el agua, empapados y vestidos? ¿Qué diría si la viera a ella en el agua también, a la persona que se suponía que debía mantenerlos a raya? Quizá le hiciera bien. Quizá después de cenar les dijera que volvieran a meterse en el agua para recordarle las alegrías sencillas de la vida. Así

vería con qué poco podía hacer felices a sus hijos. Sonrió ante la idea. Miró por encima del hombro para observarlos... y se quedó paralizada.

En la distancia, una nube de polvo se movía por la carretera. La levantaba un vehículo que se aproximaba.

—¡Viene alguien! —gritó.

Bonnie y Jack Henry dejaron caer los cubos de inmediato, salieron en tropel del agua y corrieron hacia el cobertizo. Durante un segundo, Lena no tuvo ni idea de qué hacer. ¿Tomar a Ella en brazos y correr con los niños?, ¿entrar en la casa y empuñar el rifle?

Entonces Bonnie gritó y eso la hizo ponerse en movimiento.

—¡Vamos!

Lena corrió hacia el manzano, levantó a Ella con la manta y todo, y corrió hacia el cobertizo. Asustada por haberse despertado con sobresalto, Ella comenzó a llorar e intentó deshacerse de los brazos de su madre y de la ropa húmeda.

—Calla —le susurró Lena—. Todo va bien.

Cuando Lena llegó al cobertizo, Bonnie y Jack Henry ya estaban dentro y se estaban escondiendo detrás del viejo tractor. Antes de entrar en el edificio, Lena miró hacia la carretera. El vehículo que se acercaba seguía estando demasiado lejos como para distinguir quién o qué era, pero el rugido del motor se oía cada vez más próximo. Se apresuró a entrar en el cobertizo y rodeó el tractor, donde Jack Henry ya había retirado la carretilla y había apartado la alfombra raída hacia un lado. Tiró de la anilla de hierro de la trampilla para abrirla. Bonnie bajó corriendo los empinados escalones y desapareció en la oscuridad. Lena quedó paralizada en el borde del oscuro agujero; de repente la sobrecogieron los recuerdos de la guerra: el estruendo de las sirenas, sus vecinos pálidos y asustados, el miedo que impregnaba el sótano como un ser vivo. Entonces un fulgor parpadeante inundó el agujero y Bonnie apareció al pie de los escalones con una lámpara de aceite en la mano.

—Baja de una vez —le ordenó con voz firme. Dejó la lámpara en el suelo y alargó los brazos hacia Ella.

Lena empezó a bajar los peldaños mientras se sujetaba al borde del marco de la puerta con una mano. Le tendió a su hija a Bonnie para que la acogiera entre los brazos. Jack Henry la siguió, cerró la trampilla tras él y, con una cuerda gruesa, amarró la anilla al peldaño superior. Cuando llegó al último escalón, tiró de una segunda cuerda y la alfombrilla se deslizó hasta volver a colocarse en su sitio sobre la puerta. El escondite tenía menos de la mitad de espacio que el agujero de las

patatas y era igual de frío, con paredes de tierra y un suelo irregular también de tierra. Apoyado contra la pared trasera había un banco de madera basta en el que solo cabían dos personas. Bonnie se sentó en el banco con Ella, que gimoteaba y miraba desconcertada a su alrededor. Mientras la lámpara les arrojaba sombras parpadeantes sobre la cara, Bonnie le susurró a Ella al oído y Jack Henry se sentó en el suelo, se reclinó contra la pared y tomó aire una y otra vez con fuerza. Lena se abrazó y se sentó junto a Bonnie; gotas de agua caían al suelo desde la ropa empapada.

Entonces Lena se percató de que también había gotas en los escalones, ellos mismos las habían derramado sobre la madera al bajar con la ropa mojada. ¿Y si también habían dejado un rastro en el suelo del cobertizo, facilitando así que cualquiera encontrara su escondrijo? No. Para cuando alguien decidiera echar un vistazo en el cobertizo, el agua ya se habría secado. O eso se dijo para tranquilizarse.

—¿Cuánto tiempo tendremos que ocultarnos aquí abajo? —preguntó en voz baja.

—Depende de cuánto tenga pensado quedarse el que esté ahí fuera —susurró Jack Henry.

—¿Cómo sabremos si ya se han ido?

—Echaré un vistazo dentro de un rato —dijo el niño—. A menos que oigamos a alguien dando tumbos aquí en el cobertizo. Pero supongo que cuando no vean a nadie por la casa se irán.

—¿Cuántas veces habéis tenido que esconderos así? —quiso saber Lena.

Jack Henry se encogió de hombros.

—Cuatro o cinco veces.

—Seis —corrigió Bonnie.

—No —negó Jack Henry—. Eso no es así.

—Sí es.

La pequeña Ella se removió en el regazo de Bonnie. Levantó una manita y, con dedos suaves, le tocó la barbilla.

—Canta, porfi —le pidió.

Bonnie intentó sonreírle, pero le temblaban los labios. Entonces comenzó a mecerse y a cantar en voz baja la nana que *Mutti* cantaba; su voz era apenas un susurro.

Miraban hacia la trampilla y se miraban entre sí con ojos llenos de preocupación mientras Bonnie cantaba en tono quedo; estuvieron así durante horas, o eso fue lo

que les pareció. De vez en cuando, Jack ladeaba la cabeza hacia el techo para intentar oír sonidos que llegaran desde arriba. Como estaban aislados del sol, con el pelo y la ropa mojados, habían empezado a temblar. Por suerte, Ella no había jugado en el agua como ellos, pero Lena la envolvió en la manta por si acaso. Al cabo de un rato la bebé se bajó del regazo de Bonnie para jugar en el suelo; por suerte, no era consciente del posible peligro que acechaba. Mientras cavaba en los charquitos que había formado el agua que les goteaba de la ropa y se manchaba las manos y las rodillas, Lena tomó la manta, la usó para echársela por los hombros y atrajo hacia sí a Bonnie para que se acurrucara junto a ella.

—Parece que tenemos más colada que hacer —dijo la niña al tiempo que señalaba el jersey amarillo de Ella.

—No pasa nada. Al menos con eso está callada.

Al cabo de un rato, Lena se sentó en el suelo y se reclinó contra la pared.

—Métete bajo la manta con Bonnie —le dijo a Jack Henry.

Jack Henry negó con la cabeza.

—No tengo frío.

—No seas tonto —dijo Bonnie—. No voy a morderte.

—No estoy muy seguro de eso.

—Allá tú —dijo Bonnie—. Pero no me culpes cuando te pongas enfermo.

En ese preciso instante, unas pisadas que parecían recorrer el suelo del cobertizo resonaron sobre ellos. Todos quedaron paralizados y con los ojos muy abiertos. Un golpe amortiguado retumbó encima de la trampilla. Entonces hubo un chirrido metálico y otro golpetazo. Lena levantó a Ella y la abrazó contra el pecho para protegerla mientras miraba fijamente la trampilla. La pequeña empezó a llorar.

—Calla —susurró Lena—. Lo siento. No llores.

—¡Jugar con tierra! —pedía Ella mientras intentaba llegar hasta el barro.

Lena le tapó la boca con los dedos y sacudió la cabeza.

—Ahora —le susurró.

Arriba, arrastraron la alfombra sobre la trampilla y alguien manipuló la anilla de hierro. Jack Henry se puso en pie de un salto, subió corriendo los escalones y agarró la cuerda que mantenía la puerta cerrada. La puerta se sacudió y traqueteó, y comenzó a levantarse. Bonnie se tapó la boca con la mano y Lena mecía a Ella susurrándole al oído que se mantuviera en silencio mientras notaba que el corazón le golpeteaba con fuerza las costillas. La trampilla empezó a abrirse. Una rendija de luz solar penetró en el oscuro agujero. Jack Henry se enrolló la cuerda en los

brazos y tiró hacia abajo usando todo su peso corporal. La puerta se cerró de golpe.

—¿Bonnie? —dijo una voz masculina sobre la puerta—. ¿Jack Henry? ¿Estáis ahí abajo?

—¡Papá! —exclamó Bonnie. Se puso en pie y corrió hacia los escalones.

Lena abrió la boca para protestar, para pedirle que esperase, para decirle a Jack Henry que sujetase la cuerda hasta que estuvieran seguros. Pero él ya la había soltado y la trampilla se abrió de par en par. Bonnie salió del agujero y le rodeó la cintura a Silas con los brazos.

Lena soltó un suspiro de alivio y relajó los hombros tensos. Se puso de pie y siguió a Jack Henry por las escaleras con Ella sobre la cadera. Todos parpadearon ante la luz del sol.

Silas le apoyó una mano sobre el cabello a Bonnie.

—¿Por qué demonios estáis todos mojados?

Se retiró hacia atrás y levantó la vista para mirarlo.

—Nos estábamos refrescando en el riachuelo cuando Lena vio que un vehículo subía por la carretera.

—¿Era el *sheriff* otra vez? —preguntó Silas.

—No estamos seguros —dijo Jack Henry—. Nos escondimos tan pronto como Lena lo vio.

—Bien —declaró Silas—. Eso está bien. —Miró a Lena con una expresión que se parecía mucho a la gratitud.

Por primera vez, ella sintió que él se había dado cuenta de que estaban en el mismo bando. Quizá la perdonase por lo que había sucedido en el molino con el fotógrafo, pero estaba demasiado abrumada para hacer o decir nada.

—¿Qué haces en casa tan pronto? —inquirió Bonnie—. Todavía falta bastante para la hora de la cena.

—Virgilio se pasó por el aserradero —explicó Silas—. Dijo que habían recogido a la viuda Spinney en el puente y se la habían llevado. Vine para asegurarme de que no estuvieran aquí.

* * *

Al día siguiente, Bonnie y Lena estaban arrancando malas hierbas en el huerto cuando el carromato del correo hizo su aparición semanal. Bonnie corrió para recibirlo y después volvió al huerto con una sonrisa en el rostro y una carta en la mano. A Lena le dio un vuelco el corazón. Por fin. Su madre le había escrito. Le

arrebató la carta, pero enseguida se detuvo. Su nombre estaba en el sobre, pero la letra no era la de *Mutti*. Comprobó la dirección del remitente.

Frau Carla Müller
Piesbacher Str. 7 // #2
66701 Beckingen
Alemania

Se puso muy nerviosa. *Frau* Müller era una amiga y vecina cuyo hijo mayor había muerto en la guerra. ¿Por qué diantres le habría escrito?

—¿No es lo que habías estado esperando? —preguntó Bonnie.

Incapaz de hablar, le dedicó una débil afirmación con la cabeza. Cuando hubo comprobado que Ella seguía en el rincón más alejado del huerto, se acercó a la sombra de un árbol cercano, respiró hondo y abrió la carta. Le temblaban los dedos mientras desplegaba la única hoja de papel de correo aéreo, dejó caer el sobre al suelo.

Querida Magdalena:

Te escribo estas líneas con mucho pesar para hacerte saber que tu querida madre ha fallecido. Según Enzo, se encontraba enferma de gravedad en el barco de regreso a Alemania y murió la cuarta noche del viaje. El médico dijo que había sido el corazón. Será enterrada junto a tu padre mañana por la mañana aquí en Beckingen. Sé que esto es muy difícil para ti, que te encuentras tan lejos, pero espero que halles consuelo en saber que murió en paz mientras dormía. Estaba tan feliz y aliviada de que tú y su querida nieta pudierais ir a los Estados Unidos con ella que, aun cuando estoy segura de que la entristeció dejaros allí, la idea de que vosotras dos tendríais una vida mejor la ayudará sin duda a descansar en paz. Espero que tú también puedas encontrar la paz en ese conocimiento.

Por desgracia, me temo que tengo más noticias tristes. Tu hermano está en el hospital. Se encuentra aquejado de tifus, creo que lo contrajo en el barco. Cuando volvió aquí, a la ciudad, lo acogí y dejé que durmiera en la habitación de nuestro querido Hermann. Pero pronto resultó obvio que se encontraba muy enfermo. Dios mediante, sobrevivirá. Volveré a escribir tan pronto como haya novedades. De nuevo, siento mucho tener que enviarte estas noticias tan malas.

Saludos afectuosos,
Carla Müller

Lena se quedó mirando la carta. Las palabras eran borrones ante sus ojos. Durante

un instante fue incapaz de moverse o de pensar. Sintió que se derrumbaba y caía, como si se despeñara por el borde de un precipicio. Y de pronto se vio en el suelo, con las manos sobre el rostro, la respiración solo jadeos cortos y superficiales. «*Nein!* ¡No puede ser verdad! ¡No puede ser! ¡*Mutti* no! ¡Y tampoco Enzo!». Uno tras otro, sollozos violentos le brotaron de la garganta. Cada gemido desgarrador le destrozaba el cuerpo y la mente como una daga.

Una mano amable le tocó un hombro.

—¿Lena? ¿Estás bien?

Se retiró las manos del rostro. Bonnie se quedó mirándola con Ella en brazos, el joven rostro oscurecido de preocupación. Motivada por una necesidad repentina y desesperada por abrazar a su hija, Lena se impulsó hasta ponerse de rodillas y atrajo a Ella hacia sus brazos temblorosos para apretársela contra el pecho.

—¿Qué demonios ha pasado? —indagó Bonnie con voz que reflejaba su inquietud—. ¿Has recibido malas noticias?

Lena asintió y, de algún modo, las palabras surgieron, incluso con el corazón roto en mil pedazos.

—Mi madre murió en el barco de vuelta a Alemania. Y mi hermano está muy enfermo.

Bonnie abrió mucho los ojos.

—Maldición. Lo siento muchísimo. Es la peor de las noticias que cualquiera podría recibir.

Lena solo pudo volver a asentir, pues el rostro se le descompuso de nuevo y la cabeza se puso a latirle al compás del corazón destrozado. Ni ella ni su familia deberían haber salido nunca de Alemania. Sí, habrían sido pobres y habrían pasado hambre, pero al menos habrían seguido estando juntos. Juntos y vivos. Era demasiado y no podía soportarlo. Abrazó a Ella con más fuerza mientras lloraba. Le empapaba con lágrimas ardientes el cabello suave y las mejillas. Era huérfana. Y Ella nunca tendría un recuerdo nítido de su *Oma,* quien la había querido más que a su propia vida. Aún peor, la pobre *Mutti* nunca oiría la primera frase de Ella ni la vería crecer. Nunca celebraría su cumpleaños ni las Navidades. Nunca la vería casarse ni convertirse en madre.

Ella gimoteaba en brazos de Lena y comenzó a llorar, cada gemido más fuerte y asustado que el anterior. Lena se retiró y la miró, preocupada por haberla apretado con demasiada fuerza.

—¿Qué pasa, *mein Liebchen*?

—Supongo que la has asustado al llorar tan fuerte.

Lena besó a Ella en la frente y le acarició las mejillas húmedas.

—Lo siento —dijo al tiempo que se obligaba a sonreír—. Todo está bien. ¿Ves? — Se enjugó las lágrimas—. Estoy bien. Por favor, no llores. Mamá está aquí.

La niña siguió haciendo pucheros y mirándola mohína y con ojos húmedos. Lena volvió a besarla. Sentía la pena y la culpa como una losa sobre el pecho. Aun cuando se le había roto el corazón, tenía que ser fuerte por su hija sin que importara nada más. El solo hecho de pensar que ella hubiera provocado tan solo un segundo de miedo o dolor a Ella la desgarraba como un millar de cuchillos.

—¿Quieres que me la lleve de vuelta al huerto para que tú puedas tumbarte un rato? —se ofreció Bonnie.

Negó con la cabeza. Necesitaba a Ella más que nunca. Se puso de pie, recogió la carta y el sobre, y comprobó el matasellos. Era del 5 de julio de 1928. Más de cinco semanas atrás. *Mutti* ya estaba enterrada. Y era probable que el destino de Enzo también se hubiera sellado. O bien había sobrevivido, o bien ya estaba muerto y enterrado también. *Nein.* Se negaba a pensar así. Enzo era joven y estaba sano. Si alguien podía sobrevivir al tifus, ese era él. Tenía que mantener la esperanza hasta que supiera qué había pasado en realidad. Era el único modo de poder seguir siendo fuerte para su hija.

Se metió la carta en el bolsillo del delantal y levantó a Ella. Entonces se fijó en el rostro de Bonnie, tenso y obstinado; la pobre niña estaba intentando no llorar. Se le encogió el corazón todavía más. Claro, ese sufrimiento le habría recordado a Bonnie sus propias pérdidas. Y Bonnie había perdido a su madre a una edad mucho más temprana, y además a cuatro hermanos. ¿Cómo era capaz de seguir día tras día sin derrumbarse?

Se le humedecieron los ojos de nuevo y alargó la mano libre hacia Bonnie. La niña, que tenía los ojos cargados de lágrimas, vaciló, no muy segura de qué hacer. Entonces se rindió al abrazo de Lena y sollozó bajito, con un brazo alrededor de Ella y el otro de la cintura de Lena. Esta estrechó con fuerza a Bonnie y a Ella, una niña vulnerable en cada brazo, y maldijo al dios cruel que dejaba madres sin hijos e hijos sin madre.

CAPÍTULO 14

Los días espantosos e interminables que siguieron a la noticia devastadora de la muerte de *Mutti* hizo mucha humedad; el cielo pendía nublado, brumoso y claustrofóbico. A pesar de su angustia, Lena hacía todo lo que se esperaba de ella: cocinar y cuidar del huerto, limpiar y lavar la ropa; cuidar de Ella y, cuando se ellos se lo permitían, de Bonnie y Jack Henry también. Aun así, a veces la verdad la golpeaba y casi conseguía que cayera de rodillas, y en esas ocasiones tenía que sentarse para no caerse al suelo. Por la noche se despertaba sobresaltada cada pocas horas con la frente perlada de sudor y el corazón palpitando con fuerza. Y cada vez apartaba las sábanas, se levantaba de un salto y se acercaba deprisa a la cuna de Ella para asegurarse de que la pequeña seguía allí. Entonces volvía a caer en la cama, aliviada porque nadie se había llevado a su hija, e intentaba recuperar el aliento hasta que la realidad le enviaba una corriente de pena a los huesos.

Mutti había muerto.

Y Enzo podía estar muerto también.

Entonces el flujo ardiente de pánico volvía a apoderarse de ella y se quedaba tumbada en la cama, despierta, sudorosa e inquieta hasta que llegaba la mañana.

Había contestado la carta de *Frau* Müller de inmediato para darle las gracias por comunicarle lo de *Mutti* y por acoger a Enzo cuando no tenía ningún sitio al que ir. Y aun cuando *Frau* Müller le había dicho que le escribiría cuando tuviera noticias sobre el estado de salud de Enzo, Lena le suplicó que respondiera tan pronto como le fuera posible, solo porque reflejar esas palabras sobre el papel conseguía que se sintiera un poco menos inútil. Cuando el carromato del correo llegó tres días más tarde, corrió para recibirlo mientras rezaba por que le trajera noticias de que su hermano había sobrevivido. Pero no llegó ninguna carta para ella. Ninguna a la semana siguiente, ni a la siguiente. Y entonces, por fin, casi cuatro semanas después de saber que su madre había muerto, llegó un sobre con el

nombre de su hermano y la dirección de *Frau* Müller en el remite.

Frau Carla Müller
Piesbacher Str. 7 // #2
66701 Beckingen
Alemania

Sostuvo la carta contra el pecho un momento y rezó para que Enzo la hubiera escrito después de haber sido ingresado en el hospital y no antes. Tenía que estar vivo. Tenía que estar vivo... Y abrió el sobre con manos temblorosas.

Querida Lena:

Espero que os vaya de maravilla en los Estados Unidos a ti y a mi preciosa sobrina cuando te lleguen estas líneas. Estoy seguro de que la noticia del fallecimiento de nuestra madre habrá sido muy dura para ti, pero espero que no te detenga en tu empeño por conseguir una vida mejor. Siento mucho no haber podido hacer más por protegerla. Para cuando me di cuenta de que no estaba dormida y busqué al médico del barco, ya era demasiado tarde. Ya había muerto. Por favor, no te enfades conmigo. Lo hice lo mejor que pude. Todas las noches me hacía prometer que, si a le pasaba algo antes de que encontráramos la forma de volver a los Estados Unidos, te dijera lo mucho que os quiere a ti y a Ella, y que deseaba que siguierais fuertes y felices sin importar nada más. Espero que tengas la oportunidad.

En cuanto a mí, me han dado el alta en el hospital y voy a alojarme con Frau Müller hasta que me recupere del todo. Le ha escrito a su hijo menor, que trabaja como albañil en Berlín, para ver si puede encontrarme trabajo allí. Con suerte dirá que sí y podré ahorrar para mi billete a los Estados Unidos. Mientras tanto, por favor, envíame dinero si puedes. Me gustaría pagarle a Frau Müller por su generosidad. Os echo de menos a ti y a Ella más de lo que te puedas imaginar, y espero veros pronto.

Tu hermano que te quiere,
Enzo

Llorando lágrimas de gratitud, Lena dejó caer la cabeza y le dio gracias a Dios por haber salvado a su hermano antes de echar a correr cuesta arriba hacia la casa para contárselo a Ella y a Bonnie. Como era natural, el no poder enviarle dinero le preocupaba, pero, por el momento, el alivio y la felicidad eclipsaban cualquier culpa que pudiera sentir por no cumplir su promesa. Enzo estaba vivo. Y, si conseguía trabajo en Berlín, quizá pudiera regresar a los Estados Unidos antes de lo que esperaban. Tal vez juntos consiguieran encontrar un lugar en el que vivir

fuera de las montañas, donde la vida en los Estados Unidos era más de lo que se había imaginado. Tal vez algún día ella sería como esas mujeres modernas que había visto en Hoboken que llevaban faldas de tubo y zapatos elegantes de tacón para salir a almorzar y para ir al teatro con sus amigas. Tal vez pudiera conseguir un trabajo de verdad, con un salario, y Ella podría acudir a un buen colegio.

Cuando se encontraba a medio camino subiendo la cuesta, el viento arreció y trajo consigo el aroma dulce de la madreselva y de los pinos. La carta le aleteaba en la mano. Se detuvo, dobló la carta y se la metió en el bolsillo del delantal. Una ráfaga de aire repentina y fuerte bajó de la montaña e hizo tintinear el carillón de cucharillas que colgaba en el porche. La colada ondeaba en el tendedero. Levantó la vista hacia el cielo, casi esperando que una nube de tormenta llegara desde las cimas cercanas. Entonces, de un modo tan repentino como había llegado, el viento amainó. Los girasoles del huerto se quedaron quietos y un cardenal se posó en la hierba frente a ella para gorjear su fuerte trino. Un chochín que iba dando saltos a lo largo de la valla se unió al canto, llenando el silencio inesperado con sus gorjeos. En la casa, Bonnie y Ella la miraban expectantes desde los escalones del porche. La bebé estaba sentada sobre las rodillas de Bonnie, quien le levantó un bracito para hacerla saludar.

—¡Espero que hayas recibido buenas noticias esta vez! —le gritó.

Lena sonrió y les devolvió el saludo.

—¡Mi hermano está vivo!

—¡Hurra! —exclamó Bonnie mientras hacía a Ella rebotar sobre sus rodillas. Luego la bajó del porche, le tomó las manitas entre las suyas y se pusieron a girar en círculo sobre la hierba cantando una alegre canción. La bebé reía y miraba contenta a Bonnie con ojos llenos de adoración.

Y en ese preciso instante, de un modo tan inesperado como el viento repentino que había llevado el aroma fragante de los árboles y las flores, Lena se dio cuenta de que ya era demasiado tarde para marcharse. Si Enzo iba a los Estados Unidos, tendría que trabajar en el aserradero con Silas, tal y como habían planeado desde el principio, hasta que fuese lo bastante mayor para tomar sus propias decisiones. Porque Lena ya se había enamorado de las montañas y de Wolfe Hollow; y, lo que era más importante, se había enamorado de la niña y del niño que vivían allí. A pesar de todo, su hija y ella misma necesitaban a Bonnie y a Jack Henry tanto como ellos las necesitaban a ellas. Y con más pasión y determinación rezó para que Silas pudiera evitar que el estado le arrebatara sus tierras y para que los dejaran en paz, y así Bonnie, Jack Henry y Ella podrían crecer felices y sanos en la

cordillera Azul, adonde pertenecían.

CAPÍTULO 15

Lena contestó de inmediato a la carta de Enzo. Se esforzó al máximo en asegurarse de que su hermano entendiera que él no tenía la culpa de la muerte de *Mutti* y en hacerle saber que ella y su pequeña estaban bien, tenían comida en abundancia y un techo sobre la cabeza. Pero era demasiado pronto para admitir que no podía enviarle ningún dinero. Él necesitaba descansar y reponerse, y no quería preocuparle.

Tres días más tarde, durante el desayuno, Silas los informó a ella y a los niños de que, al finalizar sus tareas matinales, irían a la granja de los McDaniel, donde se había organizado una reunión para pelar el maíz. Lena no tenía ni idea de qué significaba eso, pero Bonnie y Jack Henry parecieron ilusionados al enterarse de la noticia, de modo que supuso que se trataría de algo bueno. Y, sin importar lo poco que durase, sería de agradecer una distracción del peso de la pena que llevaba consigo, por no mencionar que era agradable tener un día de asueto en el trabajo. La carta de Enzo había aliviado un poquito su dolor, pero el agujero que *Mutti* le había dejado en el corazón parecía enorme e infinito.

Al cabo de un rato, ella y Bonnie seguían a Silas y a Jack Henry por un camino de grava que subía por la montaña hacia Chestnut Ridge y la granja de los McDaniel. Junto a Lena, Bonnie llevaba a Ella en la sillita de paseo de mimbre mientras le hacía muecas y se reía. La bebé soltaba risitas, encantada, y Lena también reía, pues siempre le mejoraba el ánimo el ver a su hija tan feliz. Incluso Jack Henry, que intentaba imitar a su padre dando zancadas largas y varoniles, las miraba por encima del hombro y sonreía. Como siempre, Silas iba en silencio, miraba al frente y caminaba con determinación.

Cuando comenzaron a subir por otra carretera empinada, los sonidos lejanos de la música les llegaron por el estrecho valle: un ritmo rápido y animado que parecía rebotar en las montañas y hallaba eco en los bosques espesos. Sonaba como una polca, pero sin acordeones ni trompetas.

—¿Qué es eso? —le preguntó Lena a Bonnie.

La niña se la quedó mirando boquiabierta.

—¿Nunca has oído música?

—Claro que he oído música, pero nada que sonase así.

—Es música de la montaña. A mamá le encantaba, y vaya si cantaba bien. —Sonrió con orgullo—. ¿Verdad que sí, papá?

Silas gruñó.

—Espera a oír a Bushrod Conner y a Hosey Ruf tocando el banyo y el violín —dijo Bonnie—. Nadie en estas colinas toca como ellos. Cuando Bushrod empieza a tocar su violín, los muchachos se ponen a saltar como locos.

Y empezó a cantar al ritmo de la música que bajaba por la montaña mientras le sonreía a Ella, iba casi bailando detrás de la sillita de la niña.

Le pregunté si me amaba,
ella dijo que me amaba un poco.
La rodeé con mis brazos
como una parra abraza a un árbol.

Cindy en verano,
Cindy en otoño.
Si no consigo a Cindy,
nunca me casaré.

De repente, Silas se detuvo y se dio la vuelta hacia ella.

—¡Cierra de una vez esa bocaza que tienes, niña! —rugió.

Bonnie se detuvo en seco, sobresaltada por el estallido. Lena se detuvo también.

—Sí, señor —dijo Bonnie al tiempo que dejaba caer la cabeza.

—¿Qué te he dicho sobre cantar cuando yo estoy presente?

Bonnie lo miró con ojos llorosos.

—Lo siento, papá, pero era una de las canciones favoritas de mamá y pensé que a Ella podría gustarle.

—Me importa un rábano lo que pienses. No quiero oírla salir de tu boca.

—Pero, papá —intervino Jack Henry—, esa música viene de la fiesta. ¿No es ahí a donde vamos?

Silas lo fulminó con la mirada.

—¿Os pensáis que no lo sé? No puedo decirles a los muchachos de la fiesta lo

que pueden o no pueden hacer, ¡pero sí puedo decírselo a mis propios mocosos!

—Sí, señor —asintió Jack Henry antes de continuar la marcha.

Con rostro herido y triste, Bonnie esperó a que Silas se diese de nuevo la vuelta y continuara andando. En la sillita de mimbre, Ella la miraba con expresión de asombro; sin duda se preguntaba por qué había dejado de cantar y de reírse.

Lena era incapaz de entender cómo Silas podía estar preocupado por que alguien les arrebatara a sus hijos y, al minuto siguiente, ponerse a gritarle a Bonnie por cantar. Sí, la pena hacía que la gente hiciera y dijese cosas horribles a veces, pero romperle el corazón a tu propia hija era cruel e irracional.

Cuando el hombre comenzó a caminar de nuevo, Lena se acercó más a Bonnie y le susurró:

—Quizá puedas enseñarnos a mí y a Ella esa canción más tarde.

Bonnie asintió, pero sin sonreír.

Nadie habló durante el resto del camino.

* * *

En la granja de los McDaniel, carretas y caballos ensillados se alineaban al lado de la carretera, junto a alguno que otro vehículo y algún camión agrícola. Docenas de personas abarrotaban el amplio patio entre la cabaña de dos plantas y el granero de madera: mujeres con faldas de guinga y vestidos de algodón apilaban comida sobre mesas improvisadas, niños descalzos correteaban y jugaban a perseguirse o a la comba, y hombres con mono y botas de trabajo se reunían alrededor de una inmensa pila de maíz en el centro de toda la actividad. Junto al granero, una mujer y tres hombres hacían música: dos hombres tocaban violines y el tercero las cuerdas de lo que parecía una guitarrita de cuerpo redondo; la mujer tocaba un instrumento extraño que se apoyaba sobre el regazo y que parecía una guitarra extraña, sin mástil. En el patio de tierra, cerca de los músicos, una multitud de mujeres y niños bailaban una giga rápida mientras un anciano con un mono que le quedaba grande intentaba seguirles el ritmo y otros miraban y seguían la música con los pies.

—¿De dónde ha salido toda esta gente? —le preguntó Lena a Bonnie.

—No te haces idea de cuántas montañas y valles hay aquí arriba, en la cordillera Azul. Apuesto a que hay gente a la que todavía ni conocemos. —Normalmente, tras haber dicho algo ingenioso, se habría reído, pero la tristeza le arrugaba el rostro.

Mientras Silas y Jack Henry se unían a los hombres junto a la pila de maíz, Lena

y Bonnie llevaron a Ella pendiente arriba, hacia la parte trasera del patio, en dirección a una hilera de robles vetustos donde las madres se habían sentado con sus bebés y sus niños en mantas a la sombra, y donde los ancianos se habían acomodado en mecedoras, sillas de cocina y taburetes de madera. Varias personas saludaron a Bonnie y ella les devolvió el saludo. Algunos de los ancianos fumaban pipas de maíz, los labios casi invisibles se les retraían hacia las encías desdentadas. En un claro entre los árboles, un grupo de mujeres se congregaban alrededor de lo que parecía ser un mantel sujeto por un marco de madera. Lena pensó que estaban comiendo en alguna especie de mesa extraña, pero no había platos frente a ellas, ni comida, ni bebida.

—¿Qué están haciendo allí? —le preguntó a Bonnie. Señaló al grupo.

Bonnie miró en la dirección que le indicaba.

—Es una reunión de *patchwork*.

—No sé qué es eso —admitió Lena. Sacó una manta de la sillita, la extendió sobre la hierba y depositó a Ella ahí.

—Están cosiendo una colcha como la que tienes en tu cama. Dentro de un par de semanas irán a vender colchas y cestas en la feria estatal.

—¿Feria estatal?

Bonnie puso los ojos en blanco.

—¿Tampoco sabes lo que es una feria estatal?

Lena negó con la cabeza.

—Es como una feria, pero más grande —dijo Bonnie—. Con una noria, un tiovivo, juegos de azar, palomitas de maíz y manzanas de caramelo. También hay todo tipo de concursos, como el premio al mejor cerdo o a la mejor vaca, a las hortalizas más grandes y a los pasteles más sabrosos. El año pasado Jack Henry ganó un premio por hacer caer al payaso al tanque de agua tres veces seguidas. Papá siempre nos deja ir con Teensy y Judd McDaniel porque son parientes, pero supongo que este año no.

—¿Por qué no?

—Porque el año pasado Teensy estaba empeñada en participar en el Concurso de Familias Idóneas, pero le dijeron que a las gentes de la montaña no se les permite tomar parte porque no son inteligentes ni están tan en forma como para pasar las pruebas. Entonces Judd se peleó con el hombre que estaba al mando porque este le dijo que Teensy no debería tener más hijos si era demasiado estúpida para saber que antes que nada tenía que entregar una historia familiar y que un médico diera el visto bueno para poder participar. Le dio un puñetazo tan

fuerte al hombre que casi lo manda al quinto pino. El *sheriff* Dixon metió a Judd en la cárcel dos días. Eso fue casi en la misma época en la que él y George Pollock empezaron a fisgonear por aquí arriba.

Lena meneó la cabeza. Podía entender que hubiera concursos para elegir el mejor pastel o la patata más grande, pero juzgar a las personas del mismo modo le parecía extraño, por no decir mal. Y, de todos modos, ¿por qué parecía que todo el mundo en los Estados Unidos estaba obsesionado con determinar si la gente era o no inteligente?

Bonnie se sentó con las piernas cruzadas junto a Ella. Lena también se sentó al otro lado de su hija.

—Ahora que me has hecho pensar en eso —dijo Bonnie—, ¿te acuerdas de aquella mujer entrometida que sorprendió a Jack Henry y le dijo que trabajaba para un hombre del..., cómo se llamaba? ¿La Oficina Eu... Eugénica? Seguí preguntándome dónde había oído esa palabra antes, y ahora ya me acuerdo. Cuando anunciaban a los ganadores de las Familias Idóneas, siempre la decían.

—¿Qué significa eso?

Bonnie sacudió la cabeza.

—No tengo ni idea, pero si tiene algo que ver con la gente que dirige el concurso de las Familias Idóneas, no es nada bueno. —Se acercó al borde de la manta, arrancó un puñado de hierba y la lanzó con fuerza y expresión malhumorada. Estaba decaída por la regañina de Silas, hablar sobre su posible prohibición de ir a la feria y acordarse de la mujer del establo.

—Siento que tu padre te haya gritado. No ha estado bien.

Bonnie encogió un hombro.

—Supongo que ya estoy acostumbrada.

—Todavía te quiere, aun cuando esté enfadado.

—Puede ser. Pero ya no quiero hablar más del asunto.

Lena suspiró. Bonnie había estado tan emocionada por ese día, y ahora parecía que se lo habían echado a perder. Lena quería decirle a Silas que estaba estropeando la relación con su hija por algo tan inocente como cantar, pero eso tendría que esperar.

—¿Por qué no comes algo y luego vas a jugar con las otras niñas?

—Todavía no tengo hambre. Me sentaré con Ella mientras tú vas a por tus viandas.

Lena sabía que había algo más que eso. Bonnie y Jack Henry se habían pasado media mañana hablando sobre los diferentes alimentos que se servirían ese día:

costillas y budín de cerdo, patatas hervidas y salsa de salchichas, pollo y bollitos, compota de manzana y melocotones en almíbar, tartas y galletas y pasteles de frutas. Incluso habían hablado del café que se hacía en una hoguera al aire libre. Tal vez Bonnie quisiera pasar unos minutos a solas para lamerse las heridas que su padre le había infligido.

—¿Estás segura?

La niña asintió.

—Muy bien. También le traeré comida a Ella.

—Tómate tu tiempo. No vamos a ir a ninguna parte. —Recogió un diente de león y se lo enseñó a la bebé. Lo hizo girar entre los dedos mientras forzaba una sonrisa.

Lena fue bajando la pendiente hacia la casa; seguía asombrada por el número de personas que se habían reunido en esa granja aislada de las montañas. Junto a la carretera, Virgilio se estaba bajando de su carreta y se acercaba a la pila de maíz con los ojos clavados en los músicos situados junto al granero. Se detuvo para esbozar unos pasos de baile antes de continuar andando y Lena sonrió. Todas las personas a las que había conocido hasta el momento le parecían amables —a excepción de Silas, claro— y, con suerte, eso seguiría así. Cuando llegó a la mesa larga llena de alimentos que le resultaron extraños, tomó un plato blanco del final de la fila e intentó decidir qué darle de comer a Ella. Como Bonnie y Jack Henry habían anunciado, había un surtido interminable de carnes y verduras y guisados y panes y bollitos y postres. Pero todo era tan diferente a lo que estaba acostumbrada que a veces le resultaba difícil determinar qué era cada cosa.

—¡Hola, señorita Lena! —llamó una voz.

Era Betty Lee Blanchard, que se acercaba cruzando el patio con una bandeja humeante de carne marrón.

Lena la saludó agitando la mano.

—Me alegro de verte aquí —dijo Betty Lee cuando la alcanzó. Dejó la bandeja sobre la mesa antes de dirigirse a una mujer fornida con un vestido floreado que estaba dejando una cesta de bollitos gatunos sobre otra mesa—. Oye, Teensy, ¿has conocido ya a Lena? Ha venido desde Alemania para ayudar a Silas con la casa y los niños.

Teensy se limpió las manos en el delantal y se acercó.

—Por el amor de Dios —se admiró—, pues no la había conocido. Me alegro mucho de conocerte, Lena. Soy Teensy McDaniel, prima cuarta de Silas. Esta granja nos pertenece a mi marido, Judd, y a mí. —Sonrió con orgullo.

De modo que esta era la prima de la que le había hablado Virgilio.

—Es un placer.

—Supongo que Silas no te ha hablado de mí.

Lena negó con la cabeza.

—Condenado Silas —dijo Teensy, que seguía sonriendo—. Su abuelo y mi madre eran hermanos.

—Mi madre también era prima de Silas —dijo Lena—. Pero no estoy segura de por parte de quién. Decía que el padre de Silas era un buen hombre.

—¡Que me zurzan! —Teensy casi chillaba de emoción—. ¡Eso significa que somos familia! —Rodeó con premura la mesa, lo que hizo que su pecho generoso subiera y bajara, y abrazó a Lena con tanta fuerza que apenas podía respirar—. Bienvenida a Old Rag Mountain. Ojalá Silas me hubiera dicho que venías, te hubiéramos preparado un buen guateque de bienvenida.

Betty Lee también rodeó la mesa.

—Y Teensy sabe cómo preparar un guateque de los buenos —aseguró.

—Gracias —sonrió Lena. Cuando Teensy la soltó al fin, salió de la fila para dejar que los demás pasasen.

—Y tu mamá tenía razón sobre el padre de Silas —afirmó Teensy—. Era la persona más trabajadora del mundo. Y un auténtico hombre de familia también. Siempre deseoso de ayudar a los vecinos. ¿Y la mamá de Silas? Bueno, es casi una leyenda por estos lares. Era capaz de ensillar un caballo por la mañana, cruzar las montañas a caballo para ayudar a una madre a dar a luz, atender a los enfermos, amortajar a los muertos, ponerle los arreos a una mula y cavar el huerto, y todo eso en el mismo día.

—Es cierto —corroboró Betty Lee—. La mamá de Silas también alimentaba a cientos de personas en funerales y pícnics. Siempre decía que se alegraba de haber nacido pobre porque aprender a luchar te enseñaba a apañártelas con lo que tenías, y que te fuera bien a ti y a los demás era una gran parte de la alegría de vivir.

Teensy asintió.

—Si alguien hubiese intentado ganarle en bondad y amabilidad, en amor y humor, en compasión y orden..., bueno, digamos que habría descubierto que era más fácil que se helara el infierno. Cuando murió, Silas estuvo inconsolable durante casi un año. Y, claro, no le ayudó lo más mínimo que acabara de perder a su padre en un accidente en las minas y que su hermano hubiese muerto unos años antes de un disparo en la cabeza cuando se le enganchó el rifle en la bota mientras cabalgaba.

«Cielo santo —pensó Lena—. ¿Cuántos seres queridos ha perdido Silas?».

Una mujer con un plato rebosante de pollo frito se acercó para unirse a la conversación:

—Ese Silas Wolfe está maldito, os lo juro.

Lena se encogió aún más. Ya tenía bastante de lo que preocuparse sin tener que preguntarse si Silas estaba maldito.

Teensy le lanzó a la mujer una mirada severa.

—Eso no es cierto y lo sabes, Lucy. Solo ha tenido una racha de mala suerte. —Volvió a centrar la atención en Lena—. Me ofrecí a cuidar de sus hijos hace tiempo, pero es demasiado orgulloso para aceptar nada de nadie que conozca. Él era el primero que se presentaba en casa de la gente para ofrecer su ayuda y se alegraba de recibir ayuda a cambio, pero no ha sido el mismo desde que su esposa murió. Me alegra saber que, al menos, te tiene a ti.

—Es más bonita que un perrito moteado, ¿verdad? —dijo Betty Lee.

—Desde luego. —Teensy le sonrió a Lena como lo hubiera hecho una madre orgullosa.

—Debería presentársela a mi chico, Watson —insinuó Lucy.

Teensy se echó a reír. Los ojos le brillaban traviesos.

—Lucy siempre está haciendo de casamentera para sus muchachos, tal vez porque tiene doce hijos y está deseando que se marchen de casa.

—Calla. —Lucy sacudió una mano juguetona—. Tú estarías haciendo lo mismo si te encontraras en mi lugar. Vivir con un hombre ya es malo; imagínate vivir con una docena.

Todas rieron.

—Bueno, de todos modos, no te corresponde hacer de alcahueta —dijo Betty Lee—. Y Lena perdió a su prometido hace un par de años, de modo que supongo que primero deberías obtener su consentimiento.

—Vaya, querida —se lamentó Lucy—, lo siento. Pobrecita.

—Siento oír eso —se unió Teensy.

—Gracias —respondió Lena, que esperaba sonar sincera.

—¿Dónde está tu pequeña? —inquirió Betty Lee—. Ya verás cuando la veas, Teensy. Es una nena preciosa.

Lena señaló hacia la hilera de robles ancestrales.

—Está allí con Bonnie.

—Estoy impaciente por conocerla —dijo Teensy—. Primero voy a traer el resto de las viandas y luego iré a ver a tu hija. —Miró a Lena con ojos amables y llenos

de cariño—. Si necesitáis algo, que no te dé apuro pedírmelo, ¿me oyes? Y me refiero a cualquier cosa que pueda haceros falta. La sangre tira mucho en estas montañas, pase lo que pase. —Y abrazó a Lena de nuevo, lo cual hizo que se sintiera culpable por permitir que creyera que su prometido había muerto.

—Gracias —volvió a decir Lena—. Lo haré. —Durante un segundo se le ocurrió que podría preguntarle a Teensy si sabía algo sobre si el estado estaba intentando arrebatarle a Silas sus tierras, o si tenía hijos y le preocupaba que se los pudieran quitar. Pero no era el momento, y, desde luego, no quería preguntárselo delante de las otras mujeres.

Teensy señaló a un hombre que llevaba un sombrero paja y se hallaba cerca del montón de maíz.

—Ese de ahí es Judd, mi marido. Y más allá, jugando a la comba, están dos de mis hijas, Janie Sue y Bobby Joe. Mi hija menor está durmiendo la siesta en la casa y la mayor, Charlene June, está en la cocina ayudando con la comida. Con la ayuda del Señor, algún día tendremos un niño, pero ahora mismo estoy contenta con nuestras cuatro hijas. Se las arreglan para dejar la despensa vacía.

Lucy le dio un codazo a Teensy.

—Apuesto a que lo del niño no es por no intentarlo.

—Bueno, últimamente a Judd le interesa más intentarlo que a mí —rio Teensy.

—Como a todos los hombres... —dijo Betty Lee.

Las mujeres prorrumpieron en risas.

—¿Cuántos años tiene tu hija? —le preguntó Teensy a Lena.

—Dos.

Betty Lee abrió mucho los ojos.

—¿Dos? Cuando la vi en el molino habría jurado que no tendría más de uno. Vaya..., si es como un ratoncito. Vas a tener que comprar ese tónico saludable que vende la abuela Creed. Eso la pondrá fuerte. Y tampoco te vendría mal tomar un poco tú también. Estás algo delgada.

Lena sintió que el rubor le subía a las mejillas. Quería que esas mujeres supieran que era una buena madre y que Ella estaba sana ahora. Por no mencionar que Betty Lee no tenía derecho a decir que estaban delgadas si hablaba al lado de mesas abarrotadas de comida. No tenía ni idea de las veces que ellas dos habían pasado hambre ni de todo a lo que Lena había tenido que renunciar para darle a su hija una vida mejor. Abrió la boca para responder, no muy segura de lo que diría, pero Teensy intervino para ayudarla:

—¡Pobrecita! Mi Judd leyó en el periódico la situación tan difícil que se vive en

Europa. No me extraña que estéis un poco flacuchas. —Tomó un plato y guio a Lena de vuelta a las mesas—. Ahora deja que te ayude a preparar un plato para la comida de tu niña. ¿Qué tal un poco de puré de patatas y unos guisantes? Supongo que le gustará el pollo en salsa, y también las manzanas cocidas.

—No te olvides de que deben probar mi tarta *shoofly* —le recordó Betty Lee—. Es la mejor que van a probar en su vida.

Lena no tenía ni idea de qué era una tarta *shoofly,* pero si incluía la palabra «mosca» en el nombre debía de ser algo espantoso.

—Vaya, bendita seas, Betty Lee —repuso Teensy—, pero ya tendrías que saber que primero va a probar mi tarta de fresas.

Betty Lee carraspeó y dijo:

—Bueno, me ha gustado volver a verte, Lena. Supongo que mis parientes se están preguntando dónde estoy, de modo que más me vale volver con ellos. Mientras tanto, puedes probar cualquier tarta que se te antoje. —Le sonrió a Teensy y se marchó—. ¡Pasad un buen día!

Lucy se abrió camino por la fila para colocarse junto a Lena y añadió una porción de repollo a su plato de pollo frito.

—Yo también tengo que salir pitando. Me ha gustado conocerte.

—Encantada —se despidió Lena.

Cuando las dos mujeres estuvieron lo bastante lejos como para que no pudieran oírla, Teensy se inclinó y dijo por lo bajo:

—Que sepas que quiero a Lucy y a Betty Lee con toda mi alma, pero Lucy tiene menos sentido común que el que Dios le dio a una piedra y Betty Lee es más entrometida que un mapache. De modo que vigila lo que dices cuando esas dos estén cerca.

Lena asintió. Sentaba bien tener a otra persona adulta de su lado, y saber que Teensy era su pariente hacía que se sintiera aún mejor, pero no tenía ni idea de qué responder. Cuando terminaron de llenar platos para ella y para su hija, Lena le dio las gracias a Teensy por su ayuda y emprendió el camino de vuelta a la pendiente.

Debajo de los robles, Bonnie seguía sentada sobre la manta y charlaba con una mujer esquelética que estaba sentada en una mecedora y con dos hombres canosos sentados en sendos tocones de árboles. La mujer, con un delantal largo y un vestido del color de las ciruelas que le llegaba hasta los tobillos, y el hombre que tenía al lado, con arrugas profundas arrugas y ojos lechosos, parecían tener cien años. El otro hombre parecía algo más joven, pero no mucho. Ella estaba de pie delante de la mecedora, donde jugaba con un montoncito de bellotas en el regazo

de la mujer. Esta señaló con la barbilla en dirección a Lena.

—¿Es ella? —preguntó.

—Sí —confirmó Bonnie—. Esta es Lena.

—Hola —saludó la mujer.

—Hola —dijo Lena.

Ella se dio la vuelta y levantó una bellota para enseñársela a su madre.

—Bellota —dijo con una sonrisa. Luego volvió a dejarla sobre el delantal de la anciana, quien ahuecó las manos, cubiertas de venas azuladas, alrededor de las bellotas, levantó el montón y lo dejó caer ruidosamente sobre el regazo. Ella rio.

—Es Arlene Hoy —presentó Bonnie—. Este es su marido, Dice, y su hijo Clary. Han sido buenos amigos nuestros desde que tengo memoria.

—Cierto —asintió Dice—. Yo cazaba con el abuelo de Silas mientras las mujeres se quedaban en casa y bebían aguardiente casero.

Arlene le dio una palmada juguetona en el brazo.

—Eso no es cierto y lo sabes. Es más probable que estuviéramos pescando en Horsehead Creek por si acaso los muchachos volvíais a casa sin nada que reflejara vuestros esfuerzos.

—No le hagas caso —refutó Dice—. Siempre volvíamos con algo, aunque solo fueran un par de ardillas escuchimizadas. —Echó la cabeza hacia atrás y lanzó una risotada que reveló sus encías desdentadas. Clary y Arlene rieron con él.

Bonnie se levantó de la manta.

—Ha sido un placer hablar con vosotros, pero voy a ir a por viandas.

—Ha sido muy agradable también ponernos al día contigo —se despidió Arlene —. Asegúrate de decirle a tu papá que venga a saludar.

—Claro —dijo Bonnie antes de echar a correr hacia la casa.

Feliz de ver que Bonnie estaba de mejor humor, Lena se sentó en la manta y llamó a Ella para que se acercara a comer. Su hija paseó la mirada una y otra vez de las bellotas al plato de comida que su madre sostenía y al fin agarró un puñado de bellotas y se acercó a ella.

—No —dijo Lena—. Déjalas donde estaban. No son tuyas.

—Claro que sí —la contradijo Arlene—. Ella y Bonnie se lo han pasado en grande recogiéndolas del suelo.

—Oh. No lo sabía. Gracias. —Le ofreció una sonrisa amistosa a Arlene y le dijo a Ella que podía traer las bellotas consigo.

La bebé caminó hacia la manta y se sentó. Sujetaba las bellotas con felicidad. Cuando Lena le acercó una cucharada de comida, su hija, como siempre, abrió la

boca como un pajarito. Pero tras saborear el pollo en salsa dejó caer las bellotas y agarró la cuchara para comer ella sola.

—Tiene buen apetito, ¿verdad? —observó Arlene. Le brillaban los ojos de ese modo en que le brillan a un anciano cuando mira a un niño pequeño.

Lena asintió. «Y estoy muy agradecida porque por fin tiene comida en abundancia».

Bonnie regresó con un plato a rebosar, se sentó y se lo apoyó sobre las rodillas. Como siempre, Lena se quedó atónita por la cantidad de comida que alguien tan joven podía consumir de una sentada. Pero, claro, Bonnie trabajaba tan duro como un adulto y necesitaba el sustento. Mientras ambas niñas disfrutaban de su comida, Lena terminó de comer a su vez. Después tomó a Ella en brazos, la meció para que se durmiera y la tumbó en la manta entre las dos.

Bonnie se reclinó apoyada en los codos y soltó un gruñido de satisfacción.

—Voy a esperar un poco antes de ir a por el postre. Estoy tan llena que voy a reventar.

—Yo también...

En el centro del patio, los hombres continuaban trabajando con el maíz. Arrancaban la farfolla y los pelos de las mazorcas antes de lanzarlas a otro montón ya peladas. De pie junto a Silas, Jack Henry arrancaba farfollas tan rápido como podía para intentar seguir el ritmo de los adultos y los niños mayores.

—¿Te parece que a tu hermano le gustaría comer ya? —dijo Lena.

—Supongo que estará impaciente por echarles mano a las viandas —dijo Bonnie—. Pero no va a parar hasta que papá lo haga.

«Claro». Lena tendría que haberlo sabido. Enzo era igual a su edad. Intentaba caminar tan rápido como su padre o cargar tanta madera como él. A veces incluso copiaba a *Vater* cuando apoyaba la cabeza en las manos a la hora de la cena, como si estuviera preocupado por sus muchos problemas. «Enzo». ¿Habría conseguido el trabajo en Berlín? ¿Se habría recuperado después de haber estado tan enfermo? Esperaba con impaciencia que llegara otra carta suya.

Cerca de las pilas de maíz, un hombre se acercó a Silas, le dio un golpecito en el hombro y le entregó lo que parecía ser un periódico doblado. Tras mirar el periódico por unos instantes, Silas asintió, le dio las gracias al hombre y emprendió la marcha hacia Lena y Bonnie con el periódico aferrado en un puño.

—¡Cielos! —dijo Arlene—. Parece que está hecho una fiera.

Bonnie se incorporó y miró nerviosa a Lena. Cuando Silas las alcanzó, le puso el periódico a Bonnie en la cara y golpeó una fotografía con un dedo.

—¿Lo ves? —La rabia le endurecía la voz.

Bonnie miró la fotografía y palideció.

—Léelo —exigió Silas.

Bonnie pronunció las palabras con voz temblorosa.

—«La may... mayoría de los paletos de las montañas viven en ch... chozas no mejores que cubiles de animales».

—¿No os lo advertí? —rugió Silas.

Bonnie asintió.

—Lo siento, papá.

—Me importa una mierda lo mucho que lo sientas. De ahora en adelante, ¡haz lo que te diga! —gritó Silas.

—Sí, señor.

—¿Qué te tiene tan alterado, Silas? —preguntó Dice desde su asiento en el tocón.

Silas no le hizo ningún caso y le lanzó a Lena una mirada de asco.

—Y eso también se aplica a ti, por partida doble.

Entonces tiró el periódico al suelo y se marchó echo una furia.

—¡Hola a ti también! —gritó Dice tras él. Silas miró hacia atrás, pero siguió avanzando. Dice sacudió la cabeza para mostrar su decepción.

Lena recogió el periódico. En la portada aparecía una fotografía granulosa: Bonnie y los demás niños descalzos junto a la pocilga destartalada del molino del señor Early.

—*Ach, nein* —se lamentó—. No debería haberte permitido que salieras en las fotos.

—No es culpa tuya —dijo Bonnie con ojos húmedos.

Arlene chasqueó la lengua.

—¿Estás bien, Bonnie?

Esta asintió antes de levantarse y recoger los platos sucios.

—Creo que iré a ver qué hacen los demás niños.

Lena asintió.

—Intenta divertirte y no te preocupes. Tu padre no estará enfadado para siempre.

—No estoy tan segura de eso. —Bonnie se dio la vuelta y bajó la pendiente.

Lena la vio marcharse y deseó poder creer que Bonnie se equivocaba. A medio camino hacia la casa, la vio sujetar los platos con una mano para poder enjugarse la cara con la otra.

—¿Qué ha alterado tanto a Silas? —preguntó Clary.

Lena se levantó y le acercó el periódico. Él y Arlene miraron la fotografía con ojos entrecerrados.

—¿Esa es Bonnie con las hijas de Betty Lee y de Sandy? —preguntó Arlene.

Lena asintió.

—Parece que también están un par de los pequeños de Nellie McCauley —dijo Clary—. Y los nietos del señor Early.

Justo entonces, Teensy se aproximó desde el granero. Saludó con el brazo a Arlene, Dice y Clary. Cuando llegó a su altura, apoyó las manos en las caderas y bajó la vista hacia Ella, que estaba tumbada de lado sobre la manta y respiraba despacio, con suavidad.

—¿Qué te parece? —se admiró—. Betty Lee tenía razón en una cosa: tu hija es un angelito. —Entonces levantó la vista hacia Lena y los demás—. He visto que Silas estaba aquí y que le estaba dando un berrinche. ¿Va todo bien?

Clary le dio el periódico a Teensy.

—Está muy enfadado por esta fotografía en el periódico.

Teensy examinó la fotografía.

—Cielo santo. ¿Cómo demonios ha llegado esta fotografía aquí?

—Un hombre estaba tomando fotografías en el molino —dijo Lena—. Dijo que quería enseñarle a la gente cómo era la vida en las montañas.

Clary soltó una exclamación de rabia.

—Bueno, supongo que ya sabemos por qué le ha sentado como una patada en el culo. Silas nos advirtió de que el estado estaba intentando hacernos pasar por ignorantes y pobres para robarnos nuestras tierras.

—Judd oyó que solo quieren que nos marchemos durante un tiempo, mientras construyen la carretera —apuntó Teensy—, y que luego nos dejarán volver.

—Eso es una gilipollez —opinó Dice—. Varios de esos hombres del estado tan estirados vinieron a mi casa. Uno se sentó en mi mesa del comedor e hizo un inventario de todo lo que yo poseía: mi mula vieja, mi montura resquebrajada, mi mantequera, la mesa y las sillas... Ya os hacéis una idea. Y ahora, decidme, ¿para qué les hace falta saber todo eso si van a dejarnos volver?

—Eso es verdad —dijo Clary—. El que vino a mi casa llevaba unos pizarrines para apuntar sus cálculos. Recuento de cabezas, recuento de habitaciones, recuento de ganado. Diez niños. Dos vacas lecheras. Y así continuó. Solo iba tomando nota de todo y no decía nada. A esos burócratas no les importa la gente de la montaña más de lo que les importa la fauna local. Solo quieren nuestras

tierras.

Teensy puso cara de preocupación.

—No ha venido nadie a nuestra granja.

—Eso es que todavía no les ha dado tiempo —opinó Clary—. A ti y a Judd más os vale tener los ojos bien abiertos, porque van a ir.

Teensy se llevó una mano al amplio pecho.

—Que el Señor nos ampare. Con la ayuda del buen Dios, no nos prestarán atención.

—El buen Dios no tiene nada que ver con esto —opinó Arlene—. Un montón de personas extrañas han estado haciendo muchas preguntas. Y no eran ni predicadores ni misioneros. No tenían biblias ni panfletos para salvar nuestra alma. Y tampoco eran recaudadores de impuestos ni agentes de policía. No llevaban placas ni pistolas para detener a la gente.

—Bosley Glick intentó decirnos que no nos preocupáramos, porque el Gobierno planea comprar los hogares de la gente y entregarles granjas fuera de la montaña —añadió Dice—. Pero desde luego que el Gobierno no va a ponerse a repartir granjas gratis.

—Eso es una locura. —Teensy estuvo de acuerdo—. Incluso si tuviera intención de hacerlo, el Gobierno no puede permitirse darnos a todos nosotros granjas gratis.

—Pues ellos no irán a ponerse a repartir casas para que vivamos en otro sitio —dijo Arlene—, pero nosotros tampoco podremos comprarlas. Sobre todo, cuando solo nos están ofreciendo una miseria que no se corresponde con el valor real de nuestras propiedades. El problema es que algunas personas de estos lares no son muy sensatas porque nunca han tenido demasiado dinero.

—¡Diablos! —exclamó Dice—. La mayoría de la gente de estos lares ha caminado por las pendientes de estas montañas durante tanto tiempo que las piernas no les van a funcionar bien en tierra llana. Y, además, ¿cómo esperan que las gentes de la montaña vayamos a sobrevivir en las llanuras de ahí abajo? ¿Es que van a asegurarse de que tengamos tierras para criar vacas y cultivar huertos? ¿Nos van a dar algún lugar donde cazar zarigüeyas y recoger bayas?

—He oído que la gente que ya ha accedido a vender cuando llegue el momento tiene que pedir permiso para desbrozar y trabajar sus tierras, e incluso para usar alambre en sus propias vallas —dijo Clary—. ¡Y el maldito Gobierno todavía no ha tomado posesión!

—Esos canallas del estado llevan años queriendo hacer un parque —recordó

Dice—. Y ahora esos malditos de la ciudad se piensan que pueden comprar nuestras tierras por una miseria y entregárselas a la nación como un regalo. ¿Quién demonios se creen que son? No pueden echarnos de aquí sin más.

Teensy parecía fuera de sí.

—¿Qué les va a pasar a los Carver? —preguntó—. Son la familia más desafortunada de este valle, viven en tierra rocosa que nadie quiere, los siete apiñados en una cabaña de una sola habitación que no es más grande que una fresquera. Y las familias que venden canastas y colchas en Skyland Resort no tienen otro modo de ganarse la vida.

Arlene se encogió de hombros.

—No quiero ni pensar qué les pasará a esos pobres, pero seguro que no será nada bueno.

Lena iba a preguntar si eran conscientes de que se estaban llevando niños cuando resonó un grito repentino, un grito tan agudo y fuerte que los músicos dejaron de tocar. Todos quedaron paralizados. El grito se oyó de nuevo. Venía del granero.

Dos mujeres salieron corriendo por la puerta abierta del edificio con sendos niños de la mano, con los ojos y la boca abiertos de puro espanto. Un chico adolescente salió corriendo detrás de las mujeres, se agachó y vomitó sobre la hierba. Los hombres que estaban pelando el maíz dejaron caer las mazorcas que tenían en las manos y corrieron hacia el granero. La mayoría se apresuró a entrar, incluido Judd, el marido de Teensy, mientras otros esperaban junto a las puertas dobles con el cuello estirado para ver qué pasaba. Una multitud de mujeres los siguió desde el otro lado del patio, donde habían abandonado su costura, habían soltado los platos de comida y se habían limpiado las manos en trapos y delantales. Muchas llevaban niños pequeños en brazos.

Frenética, Teensy bajó corriendo la pendiente. Dice, Clary y varios ancianos más se levantaron de su asiento para ver a qué se debía tal conmoción, mientras que Arlene permaneció sentada en su mecedora retorciéndose las manos cubiertas de venas azules. Lena echó un vistazo por el patio en busca de Bonnie. Silas y Jack Henry estaban en la puerta del granero con algunos de los hombres, pero no veía a Bonnie por ninguna parte. Lena no podía imaginar qué habría sucedido que fuera tan espantoso, ni a quién le habría pasado, pero cuanto más buscaba a Bonnie más nerviosa se ponía.

Las mujeres y los críos que habían estado dentro del granero cuando empezaron los gritos se vieron enseguida rodeados por una muchedumbre que les hacía

preguntas e intentaba consolarlos. Segundos más tarde, algunos de los hombres que habían entrado en el edificio volvieron a salir; iban sacudiendo la cabeza mientras buscaban a su familia. Entonces Judd salió apresurado, agarró a Silas del brazo y lo arrastró dentro del granero. Jack Henry intentó seguirlos, pero un hombre lo detuvo. Lena se quedó sin aliento.

«Bonnie».

Durante un instante no supo qué hacer. ¿Despertar a Ella y llevársela consigo al granero o dejarla sobre la manta y pedirle a Arlene que la vigilara? No, se negaba a dejar a su hija fuera de su campo de visión. Levantó a Ella, abrazó su cuerpecito dormido y se apresuró a bajar la pendiente. Sobresaltada, Ella comenzó a llorar.

—No pasa nada —la tranquilizó Lena—. Mamá está contigo.

Cruzó el patio corriendo; esquivó niños, carretas y gallinas descarriadas; y por fin llegó al granero. Virgilio la vio y se acercó a ella corriendo.

—¿Bonnie no está contigo? —preguntó el hombre.

Lena negó con la cabeza.

Virgilio la tomó del brazo y se abrió paso a empujones entre la multitud.

—Abran paso, amigos —ordenó mientras despejaba el camino—. Tenemos que pasar.

Conforme los hombres y las mujeres se iban apartando, algunas personas miraron a Lena con curiosidad, otras con lástima. Había preocupación en todos los rostros.

Cuando Lena vio a Jack Henry, gritó su nombre. Él se dio la vuelta para mirarla con ojos aterrorizados.

—¿Qué ha pasado?

—Se trata de Bonnie —lloró Jack Henry—. Pero no me dejan entrar.

Lena lo estrechó contra sí.

—No te preocupes. Todo saldrá bien. —Dudaba de sus propias palabras, pero ¿qué otra cosa podía decirle?

Jack Henry enterró el rostro en la blusa de Lena para ocultar las lágrimas. Con un brazo alrededor del niño y el otro sujetando a Ella con fuerza, se quedó mirando la entrada al granero y se dispuso a esperar, mareada y con náuseas.

De repente, la multitud se apartó y Silas salió con Bonnie en brazos. La niña tenía los ojos cerrados y la cabeza le colgaba desmadejada, igual que los miembros inertes. Tenía el vestido y el rostro cubiertos de sangre. Las mujeres gritaron y todo el mundo se echó hacia atrás para dejarle paso a Silas. A Lena se le retorció el estómago.

Jack Henry temblaba junto a ella.

—¿Está muerta? —preguntó con voz débil.

—No lo sé.

Quería correr hacia Bonnie y comprobarlo por sí misma, ver qué había pasado y si podía ayudar de algún modo, pero el miedo la había paralizado de repente. Antes de que fuese capaz de reaccionar, una mujer menuda de pelo blanco salió de entre la multitud y extendió una colcha de *patchwork* a los pies de Silas.

—Túmbala aquí con cuidado —dijo. Se arremangó, se recogió la larga trenza blanca en un moño bajo y se arrodilló al borde de la colcha.

Silas se arrodilló también, con la angustia pintada en la cara, y dejó a Bonnie con suavidad delante de la mujer. La niña seguía con los ojos cerrados y los brazos y las piernas flácidos. Un tajo irregular le recorría una mejilla, apenas unas pulgadas lo separaban del ojo izquierdo, y de la herida brotaba un chorro espeso de sangre oscura que le recorría el rostro y goteaba sobre la colcha.

La mujer canosa le ladeó la cabeza a Bonnie, se quitó el delantal y lo presionó con fuerza contra la herida.

—¿Cómo se ha hecho esto? —preguntó.

Detrás de Silas, un niño dio un paso al frente.

—Estábamos jugando en el henar. Se cayó y aterrizó sobre un gancho para pacas. —Estaba pálido y la voz le sonaba jadeante.

—Necesito que alguien vaya a buscar trapos limpios, hilo de sutura y aguardiente —gritó la mujer del pelo blanco—. ¿Qué tenemos que sirva como bálsamo?

—Yo tengo trementina —dijo Teensy.

—Eso servirá —asintió la mujer canosa.

Teensy y Betty Lee corrieron hacia la casa tan rápido como pudieron, las largas faldas recogidas entre las manos.

Silas se inclinó sobre Bonnie y comenzó a acariciarle con delicadeza el pelo empapado de sangre.

—¿Puedes oírme, cariño? —dijo—. Estoy aquí contigo y todo va a salir bien, te lo prometo. —Iba a decir algo más, pero se le rompió la voz y optó por besarla en la frente.

Lena, emocionada, tenía un nudo en la garganta y la vista nublada. Jack Henry se tapó los ojos y apretó el rostro contra el costado de Lena. Virgilio le apoyó al niño una mano sobre los hombros.

—No te preocupes. Tu hermana va a estar recuperada antes de que te des

cuenta. Dale gracias a Dios todopoderoso por que la abuela Creed estuviese aquí.

Lena rezó para que Virgilio tuviera razón. Si a Bonnie le pasaba algo malo, quién sabía lo que eso significaría para Silas y Jack Henry. Ya habían perdido a demasiados seres queridos. Por no mencionar que a Ella se le rompería el corazón. Y a Lena también. Quería a Bonnie como a una hija y verla herida solo había intensificado esos sentimientos y su instinto de protección. De repente, las palabras de Lucy le resonaron en la mente: «Ese Silas Wolfe está maldito, os lo juro».

No. Las maldiciones no existían. Y Silas no iba a perder a Bonnie también. No tendría que pasar por eso. Ninguno de ellos tendría que pasar por eso.

Se arrodilló delante de Jack Henry y lo miró a los ojos.

—¿Puedes cuidar de Ella mientras yo ayudo con Bonnie?

Jack Henry se enjugó el rostro y asintió. Lena le pasó a la pequeña, que por suerte ya se había calmado, y se acercó a Silas y a la abuela Creed.

—¿En qué puedo ayudar?

La abuela Creed alzó la vista hacia Silas y Lena.

—Supongo que necesitaré que los dos la sujetéis mientras le limpio la herida.

Lena se arrodilló al borde de la colcha junto a la abuela Creed y cerca de las piernas de Bonnie.

De súbito, Bonnie abrió los ojos de golpe. Gritó e hizo ademán de tocarse la mejilla mientras sacudía brazos y piernas. Silas la agarró de las muñecas y le sujetó los brazos mientras Lena le inmovilizaba las piernas. La abuela Creed presionó con más fuerza en la mejilla herida; bajo su mano huesuda, el delantal ya estaba empapado de sangre.

Bonnie gritó con voz ronca.

—¡Soltadme!

—Estate quieta —la calmó Silas—. La abuela Creed está aquí para curarte. Te vas a poner bien.

—Sé que estás asustada —insistió Lena—. Pero hay que ayudarte.

Bonnie forcejeó durante lo que pareció una eternidad, gritando e intentando agarrarle la mano a la abuela Creed para quitársela de la mejilla. Cuando se rindió al fin, quedó lánguida y jadeante, con los ojos inundados de pánico. Silas aflojó la sujeción, pero mantuvo las manos sobre los brazos de la niña.

—Eso es —dijo—. No va a beneficiarte en nada agotarte hasta la extenuación. Y tengo que saber si alguien te empujó para que cayeras del henar.

Bonnie intentó negar con la cabeza, pero la abuela Creed le presionaba la

mejilla con demasiada fuerza. La mujer le echó a Silas una mirada que fue como una regañina.

—Ahora no es el momento de hablar de eso.

Lena alargó una mano para tomar con suavidad la de Bonnie, pero mantuvo la otra sobre las piernas de la niña, preparada para sujetarla si hacía falta. Deseaba mirarla a los ojos para tranquilizarla. Para su sorpresa, Bonnie le apretó los dedos.

—Aprieta tanto como necesites —le dijo.

Justo entonces, Teensy y Betty Lee regresaron con una jarra de aguardiente y el resto de las cosas que hacían falta. Betty Lee abrió la jarra y se la entregó a la abuela Creed mientras Teensy enhebraba una aguja de coser con hilo negro. La abuela Creed se dirigió a la persona que estaba más cerca de la cabeza de Bonnie, un hombre pecoso con tirantes gastados.

—Sujétale la cabeza —ordenó.

El hombre pecoso vaciló con expresión dubitativa, pero se arrodilló e hizo lo que le había pedido.

La abuela Creed se inclinó hacia la oreja de Bonnie.

—Quédate tan quieta como puedas —dijo—. Voy a coserte la herida y va a dolerte.

Bonnie emitió un sonido aterrorizado, como el de un animal atrapado en una trampa.

Silas le agarró los brazos, preparado para inmovilizarla de nuevo. Lena le dirigió una mirada implorante a Betty Lee, quien de inmediato entendió lo que significaba tal mirada y se arrodilló en la colcha para sujetar a Bonnie por los tobillos. Aún sujetando la mano de la niña, Lena usó su brazo libre para presionarle las piernas.

Centrada en trabajar deprisa, la abuela Creed levantó el delantal empapado en sangre y vertió aguardiente sobre el tajo de la mejilla de Bonnie. El líquido le empapó la cara, el pelo y el cuello. Bonnie se retorcía y gritaba de dolor mientras intentaba dar patadas e incorporarse. Betty Lee y Lena le sujetaban las piernas, y Silas los brazos; el hombre torcía el gesto como si fuera él quien estuviera sufriendo tal agonía.

—Necesito un trapo limpio —le dijo la abuela Creed a Teensy, que enseguida le tendió uno.

La abuela Creed vertió más aguardiente en el trapo y lo colocó sobre la mejilla de Bonnie, e instruyó al hombre pecoso para que le enderezara la cabeza. Él hizo lo que le pedía. Entonces ella volvió a dirigirse a la niña:

—Abre la boca. Tengo que mirártela.

Silas, Lena y Betty Lee aflojaron su agarre, pero solo un poco. Entre temblores, Bonnie volvió a apretarle los dedos a Lena y abrió la boca despacio. Lágrimas de dolor le rodaban por el rostro ensangrentado.

—Abre más —le ordenó la abuela Creed, y alargó las manos para que Teensy pudiera regárselas con aguardiente.

Bonnie gimió y abrió más la boca.

Rápida como el rayo, la abuela Creed introdujo un dedo empapado de aguardiente en la boca de Bonnie, tiró para apartar la mejilla de la mandíbula y miró dentro.

—Parece que ese gancho estaba empeñado en atravesarlo todo —dijo—. Menos mal que tienes todos los dientes. —Entonces metió los dedos, le sacó de un tirón una muela rota y ensangrentada de la encía y la dejó caer sobre la colcha. Bonnie gimoteaba y gruñía de dolor con los ojos casi en blanco. La abuela Creed volvió a presionar sobre la mejilla con el trapo limpio y le dijo que se incorporase—. Ahora dale un buen trago al aguardiente. Atenuará el dolor.

Silas y Lena ayudaron a Bonnie a sentarse mientras la abuela Creed le acercaba la jarra de aguardiente a la boca y le indicaba que bebiese. Bonnie tomó un trago con los ojos cerrados y comenzó a toser. Sangre y saliva salieron a chorro por su boca para caer como rocío sobre su falda y los brazos de Lena.

—Otro trago —la animó la abuela Creed—. Vamos. Dale otro buen trago y enjuágate bien la boca antes de tragártelo.

Cuando dejó de toser, Bonnie dio otro trago y se esforzó al máximo para seguir las instrucciones con el rostro desfigurado por el dolor.

—Buena chica —la alabó la abuela Creed—. Ahora túmbate y terminaremos con esto.

Bonnie negó con la cabeza. Estaba aterrorizada, se le veía en los ojos. Con suavidad pero con firmeza, Silas y la abuela Creed volvieron a tumbarla.

—Mantén la cabeza de lado —le mandó la abuela Creed antes de dirigirse a Teensy—: Necesito el hilo de sutura.

Teensy depositó la aguja y el hilo en la mano abierta de la abuela Creed para después verter aguardiente sobre ambos. Cada vez más frenética, Bonnie lloraba y le suplicaba a la abuela Creed que parase.

Lena miró a Silas.

—Cámbieme el sitio —dijo.

Él negó con la cabeza y frunció el ceño como para indicarle que era absurdo

sugerírselo siquiera.

—Por favor, confíe en mí. —Y, antes de que pudiera seguir protestando, se apresuró a colocarse a su lado, volvió a arrodillarse y le dio un empujón con el hombro. Él frunció el ceño y se retiró.

Con la aguja y el hilo preparados, la abuela Creed los miró, algo perpleja por aquel cambio repentino. Pero no había tiempo para explicaciones. Lena se tumbó de lado, cara a cara con Bonnie, y le tomó las manos entre las suyas. Con ojos enloquecidos, Bonnie la miró parpadeando. Le chorreaba sangre por los labios y la nariz.

—Enséñame esa canción —dijo Lena.

Bonnie arrugó la frente, confundida.

—La canción sobre Cindy —aclaró—. La que le encantaba a tu madre. —Le apretó las manos a Bonnie.

La abuela Creed levantó el trapo de la mejilla y Bonnie se estremeció.

—Por favor, Bonnie. Dime las palabras de la canción.

Por el rabillo del ojo vio que la aguja se dirigía a la mejilla de la niña. El hombre pecoso le sujetó la cabeza y la mantuvo quieta. Silas la sujetó por los hombros y Betty Lee le aferró los tobillos.

—No..., yo... no puedo —dijo Bonnie.

—Sí que puedes. Dime las palabras y yo las cantaré. —Miró a la abuela Creed, quien al fin pareció entender lo que estaba haciendo. Lena se obligó a sonreír mientras miraba a Bonnie—. Estoy segura de que te reirás de lo mal que canto.

A Bonnie se le caían las lágrimas y, por un instante, Lena pensó que estaba demasiado consternada y dolorida como para intentarlo. Pero entonces, con voz débil y temblorosa, dijo—: «Le pregunté si me amaba».

A Lena se le había olvidado la melodía de la canción, pero cantó el verso de todos modos.

—«Le pregunté si me amaba».

La abuela Creed le clavó la aguja a Bonnie en la mejilla y la niña gritó. Lena le apretó las manos con más fuerza.

—Dime más.

Bonnie hizo una mueca con los ojos muy apretados y, sin apenas mover los labios, dijo:

—«Ella dijo que me amaba un poco».

—«Ella dijo que me amaba un poco».

La abuela Creed volvió a introducir la aguja.

Bonnie sollozó y, entre jadeos, dijo:

—«La rodeé con mis brazos como una parra abraza a un árbol».

Desafinando adrede, Lena cantó el verso.

La abuela Creed trabajaba deprisa para terminar la costura.

—Sigue, Bonnie —dijo Lena.

—«Cindy en verano» —masculló Bonnie con labios temblorosos—. «Cindy en otoño».

Lena repitió el verso.

Otro punto.

Bonnie volvió a gritar antes de hablar.

—«Si no consigo a Cindy, nunca me casaré».

—Ya casi estamos —dijo la abuela Creed.

Lena terminó la canción con un tono agudo y fingió reírse.

—Te dije que tenía una voz horrible.

La abuela Creed amarró el último punto:

—Creo que ya está.

Lena le dio otro fuerte apretón en las manos a Bonnie.

—Se acabó. Sabía que podías hacerlo.

—Dame el bálsamo —le pidió la abuela Creed a Teensy.

Teensy le ofreció una lata llena con una sustancia marrón y pegajosa. La abuela Creed tomó una buena porción con una pasada de los dedos, la dejó sobre la mejilla de Bonnie y apretó otro trapo limpio y doblado contra la herida. Bonnie estaba agotada. La abuela Creed miró a Silas.

—Ese diente ha evitado que el gancho atravesara la mandíbula por completo. Se le curará, pero tardará bastante. Mantén la herida tapada durante varios días y luego déjala al aire. Y que tome mucho caldo y té de sasafrás. No va a poder masticar durante un tiempo.

Silas asintió.

—Ya puedes sentarte —le dijo la abuela Creed a Bonnie mientras seguía sujetándole el trapo contra la mejilla. Silas y Lena la ayudaron a levantarse y se quedaron junto a ella para sostenerla. La abuela Creed volvió a mirar a Teensy—. Vamos a necesitar algo para sujetar el vendaje.

Teensy le tendió un puñado de tiras de tela.

—He traído algo del material de las colchas.

La abuela Creed le pidió a Lena que sostuviera el vendaje sobre la mejilla de Bonnie. Tomó las tiras, las ató para formar una larga y comenzó a vendarla. Dio

vueltas y vueltas, arriba y abajo, rodeándole la cabeza y la barbilla. Cuando la tela estuvo atada en la coronilla, Lena sacó la mano de debajo del vendaje improvisado. La abuela Creed se sentó sobre los talones y miró a Bonnie.

—¿Cómo te sientes? ¿Ya te ha hecho efecto el aguardiente?

Bonnie asintió con ojos menos aterrorizados. El rostro manchado de sangre parecía un pudín grumoso debajo de las vendas.

La abuela Creed volvió a levantar la jarra de aguardiente.

—Toma otro trago. Vas a necesitarlo.

Bonnie dio un trago largo, hizo una mueca, tragó y se llevó los dedos temblorosos a los labios.

—Bien hecho —aprobó la abuela Creed. Se limpió las manos con otro trapo antes de volver a dirigirse a Silas—. Dale más aguardiente cuando llegues a casa. Cámbiale las vendas cada cuatro días a partir de pasado mañana y llámame si te parece que algo no va bien. Pero los niños se curan con rapidez, de modo que estará como nueva antes de que te des cuenta. Los puntos se pueden retirar al cabo de dos semanas. Si necesitas que vaya y lo haga, dímelo ahora.

—Creo que podré encargarme —dijo Silas—. Le estoy muy agradecido, abuela Creed.

—No hace falta que me des las gracias. Solo hago el trabajo que me encomendó el buen Dios al ponerme sobre la tierra. —Se apoyó una mano sobre una rodilla y se levantó—. Supongo que más te vale buscar a alguien que os lleve a casa. La niña no está en condiciones de caminar.

—Puedo llevarla en brazos. No está lejos.

Virgilio salió de entre la multitud con el sombrero entre sus manos.

—Yo puedo llevaros —dijo—. Tengo el carromato justo ahí delante.

—Bien puedes tragarte tu orgullo y permitir que Virgilio también te dé aguardiente —le aconsejó la abuela Creed—. Tu niña va a necesitarlo.

Silas le dedicó una rápida inclinación de cabeza a modo de agradecimiento y ayudó a Bonnie a levantarse.

Lena se levantó y escudriñó la multitud en busca de Jack Henry y Ella.

Teensy le dio un trapo limpio para que se limpiara la sangre de las manos y luego le dio una palmadita en el hombro.

—Lo has hecho muy bien. Bonnie y Jack Henry tienen suerte de tenerte.

—Gracias.

Jack Henry apareció con Ella en brazos y se quedó mirando a su ensangrentada hermana con ojos preocupados.

Lena tomó a Ella y le dijo:

—No te preocupes. Bonnie es fuerte. Va a ponerse bien.

Jack Henry asintió, pero no parecía convencido.

Bonnie se tomó un momento para mantener el equilibrio, se tocó con cuidado el vendaje de la mejilla y miró a la multitud. Durante un momento, Lena no tuvo ni idea de si iba a llorar, a decir algo o a darse media vuelta por la vergüenza. Pero entonces, para asombro de Lena, Bonnie la abrazó y estalló en sollozos. Lena le devolvió el abrazo, sobrecogida de emoción. Incluso Ella alargó los bracitos para darle palmaditas a Bonnie en la cabeza.

—Oh, *mein Liebling* —dijo Lena—. Vas a ponerte bien. Tu padre y yo nos aseguraremos de eso.

Entonces miró a Silas. Las miraba fijamente con expresión extraña. Era difícil saber si se sentía herido o enfadado.

CAPÍTULO 16

Después de que Bonnie resultara herida en la fiesta del maíz, Lena dormía con Ella sobre un colchón de paja junto a su cama para así poder darle tragos del aguardiente de Virgilio cuando gritaba de dolor y para limpiarle la frente y los brazos con un paño húmedo cuando se despertaba de golpe, enfebrecida y sudorosa, a causa de las pesadillas. Durante el día estaba callada y solo respondía con movimientos afirmativos o negativos de la cabeza. Lena se aseguraba de que bebiera té de sasafrás, de que comiese mucha sopa y de que se echara siestas por la tarde. Aunque entendía que hablar podría resultarle doloroso durante un tiempo y le había dicho a Bonnie que no tenía por qué decir nada, a veces le preocupaba que se hubiese quedado muda y traumatizada, como una niña vecina suya en Alemania después de perder una pierna durante un ataque aéreo. Al tercer día, Bonnie empezó a sentirse mejor e insistió, con gestos y expresiones faciales, en ayudar en la cocina, de modo que Lena hizo que se sentara a la mesa para cortar verduras y preparar la masa para los bollitos y el pan de maíz.

Al día siguiente, cuando un carromato tirado por caballos subió por el camino justo después de la comida, Lena agarró a Ella y gritó para que todos corrieran hacia el cobertizo.

—No tenemos que escondernos —dijo Bonnie, que habló abriendo la boca lo menos posible—. Papá está ahí fuera arreglando un escalón suelto del porche. —La voz le sonaba como si tuviera las mejillas llenas de algodón.

Lena relajó los hombros, aliviada. No solo se había librado del peso del pánico incapacitante que sentía al pensar que alguien pudiera arrebatarles a sus niños, sino que se sentía más que agradecida por oír a Bonnie hablar. Por no mencionar que no sentía ningún deseo de esconderse en ese agujero debajo del cobertizo, pues le recordaba a una tumba. La primera vez le produjo pesadillas durante una semana, pesadillas que se sumaron a las que ya sufría. Volvió a dejar a Ella en el

suelo.

—Se me había olvidado que tu padre estaba en casa.

Se acercó con Bonnie a la ventana para ver quién venía. Silas ya había abandonado el porche para recibir al carromato antes de que llegara al camino de entrada.

—Son Teensy y Betty Lee —dijo Bonnie, y acto seguido corrió hacia la puerta.

—Ten cuidado —le advirtió Lena—. No vayas a caerte.

Se acercó a su hija con la intención de bajar la colina con ella y con Bonnie para saludar a las mujeres. Y entonces se detuvo. Podría ser que a Silas no le gustase que ella actuara como si le correspondiera recibir a las visitas o como si supiera por qué estaban allí. De hecho, apenas había cruzado palabra con ella desde el accidente de Bonnie. Tal vez pensara que era culpa de Lena que su hija hubiera buscado consuelo en ella y no en él. A Lena la había conmovido su compasión cuando supo de la herida de su hija y tuvo la esperanza de que fuera un punto de inflexión para él. Pero resultó todo lo contrario. Silas estaba más insociable y malhumorado que nunca, y abroncaba a Jack Henry por las cosas más insignificantes, como que se le cayera el tenedor o que se olvidara de guardar el rastrillo. La cara afligida del niño le rompía a Lena el corazón. Quería creer que Silas pensaba que la herida de Bonnie era un añadido a sus preocupaciones y un recordatorio doloroso de la facilidad con la que podría perder a sus hijos. O quizá pensase que los protegía al no mostrar sus emociones, sin darse cuenta de que solo empeoraba una situación que ya era de por sí bastante triste. Por otro lado, cabía la posibilidad de que ella estuviese demasiado dispuesta a concederle el beneficio de la duda y que en realidad él no fuera más que un hombre cruel y abatido, destrozado por las cartas que la vida lo había hecho jugar. Tal vez era demasiado tarde para que cambiase.

Fuera cual fuese la razón, no quería entrometerse ni contribuir más a su enfado. Si Teensy y Betty Lee no subían a la casa para visitarlos, cuando Bonnie volviera a entrar le contaría por qué habían ido. Y eso, por mucho que a Lena le hubiera gustado volver a ver a las dos mujeres, en especial a Teensy, tendría que ser suficiente.

Resultó que habían ido a llevarles una jarra de sidra, una bandeja de pastel de manzana, una fuente de budín de pan, dos hogazas de pan recién horneado y un tarro de mermelada de fresas silvestres, junto con los mejores deseos del resto de la comunidad de la montaña de que Bonnie tuviera una rápida recuperación. La niña las había invitado a entrar para tomar café, pero ellas querían llegar a casa

antes de que anocheciera. Y le enviaron saludos a Lena, lo que hizo que se sintiera feliz.

Al día siguiente, por la tarde, mientras Ella dormía la siesta y Silas estaba con Jack Henry montaña abajo para comprar provisiones en el almacén de ultramarinos, Lena le cambió el vendaje de la mejilla a Bonnie por primera vez. Cuando retiró las vendas y vio la mezcla de sangre oscura y tejido rasgado que había sido cosido y comprimido con hilo negro, casi se quedó sin aliento. La herida era espantosa, más de lo que se había imaginado. No obstante, hizo todo lo posible por actuar con calma mientras extendía el ungüento de trementina sobre los puntos. Bonnie se encogió, pero no retiró la cara.

—Supongo que ahora me parezco a Frankenstein.

—No te pareces a Frankenstein. Y la abuela Creed dijo que se curaría muy rápido, ¿te acuerdas? ¿Te sigue doliendo?

—No es coser y cantar, desde luego.

A pesar de la gravedad de la situación, Lena sonrió. Solo Bonnie podría decir algo ingenioso aun cuando se encontraba dolorida.

—¿Sabías que hay un castillo en Alemania que se llama Castillo de Frankenstein?

—Me estás tomando el pelo.

—No, es totalmente cierto.

—¿Has estado en ese castillo?

Lena negó con la cabeza.

—Solo he leído sobre él.

—¿Por qué diablos le pondría nadie a un castillo el nombre de un monstruo?

—No se llama así por ningún monstruo. El castillo fue construido a principios del siglo XIII. Los francos eran una tribu germánica y *stein* significa 'piedra' o 'roca'. Y el castillo está situado sobre un peñasco enorme. El Frankenstein del libro es el nombre del doctor que fabricó al monstruo, no el nombre del monstruo. Pero también existe una leyenda sobre un hombre que hacía experimentos con cadáveres allí.

Bonnie abrió mucho los ojos.

—¿Qué clase de experimentos? ¿De ciencias y esas cosas?

Lena asintió.

—Decían que le tenía miedo a la muerte, de modo que intentaba resucitar a los muertos.

La niña puso cara de asco.

—Supongo que eso sería suficiente para que la gente sintiera repulsión. ¿Por eso alguien escribió un libro sobre él?

—Hay quien piensa que sí. No sé si es cierto.

—Pues yo no soy la más lista del lugar, pero supongo que el monstruo era ese médico, después de todo.

Lena rio.

—Creo que tienes razón. ¿Ves lo inteligente que eres? —Le tapó la herida con un trapo limpio y volvió a anudarle la tira de tela alrededor de la cabeza—. ¿Tienes hambre? He hecho más sopa de pollo.

Bonnie gruñó.

—Estoy harta de sopa. Es lo único que como estos días. Eso y té de sasafrás.

—Ya lo sé, pero la abuela Creed dijo que debes tomar comida blanda.

—¿Y si como puré de patatas con mucha leche y mantequilla? Eso hará que esté blando y aguado. Hay patatas nuevas en el huerto.

Lena estuvo de acuerdo. Un cambio a algo que no fuera sopa sonaba bien. Y, además del puré de patatas para Bonnie, podía hacer *Kartoffelpuffer,* tortitas de patata, para Silas y Jack Henry. Y luego podrían probar los postres que habían llevado Teensy y Betty Lee. No era que Silas se mereciese que le cocinaran algo especial, pero tenía que alimentar a todo el mundo y, cuando vivía en Alemania, a Ella le encantaban las *Kartoffelpuffers* cuando tenían la suerte de que hubiera patatas.

—Quédate aquí —le dijo Lena—. Yo sacaré las patatas del huerto.

—Pero llevo días sin respirar aire fresco —protestó Bonnie.

—Tu padre se enfadará si te ve cavando la tierra.

—Jack Henry y él no volverán hasta, al menos, dentro de una hora. Además, oiremos cómo se acerca el camión.

Lena levantó la vista hacia el dormitorio donde Ella estaba durmiendo, como si pudiera ver lo que había detrás del techo. Sin duda Ella dormiría otra media hora, tiempo más que suficiente para que ambas salieran a sacar algunas patatas. Y el aire fresco le sentaría bien a Bonnie.

—De acuerdo, pero tenemos que darnos prisa.

En el huerto, apoyadas sobre manos y rodillas, excavaron debajo de tres patateras que parecían preparadas para ser cosechadas. Acabaron con los dedos marrones de tierra cuando terminaron de sacar las patatas amarillentas del terreno. Lena se levantó para ir a buscar un cubo de metal a uno de los cobertizos mientras Bonnie limpiaba con suavidad la rica tierra que cubría los tubérculos. No

tardaron más de diez minutos en completar la tarea y encontraron patatas más que suficientes para hacer el puré y las *Kartoffelpuffers.* Lena no pudo evitar pensar cuánto le habría gustado a *Mutti* ver tantas patatas juntas.

Cuando Bonnie recogió el cubo, Lena le dijo que ya lo llevaría ella.

—No soy una debilucha —se rebeló la niña.

—Ya lo sé, pero seguro que no quieres que la mejilla te empiece a sangrar, ¿verdad?

De mala gana, Bonnie soltó el cubo.

—Supongo que no.

—Entra y échale un vistazo a Ella. Iré dentro de un momento.

Mientras Bonnie recorría el sendero hacia el porche trasero, Lena volvió a mirar para asegurarse de que no se hubieran dejado ninguna patata escondida en la tierra. Con suerte, a Jack Henry le gustarían las *Kartoffelpuffers* y, si hubiera un tarro de salsa de manzana en el agujero de las patatas, disfrutarían de una de las comidas favoritas de *Mutti* cuando era niña. Bonnie también podía comer salsa de manzana, pero las tortitas serían demasiado crujientes para ella. Las haría otra vez cuando se le curase la mejilla.

Recogió el cubo, miró camino arriba y frunció el ceño. Bonnie se había detenido en una esquina de la casa. Desde allí miraba, boquiabierta, hacia la carretera.

Cuando Lena miró en esa dirección para ver qué había llamado su atención, se quedó sin aliento.

Un hombre con traje y corbata iba subiendo por el camino de hierba. Las botas negras que llevaba brillaban bajo el sol. Pero no había ningún vehículo a motor en el camino. Ni tampoco ningún carromato tirado por caballos, ni tractor, ni nada.

—¡Entra en la casa! —le gritó Lena a Bonnie—. ¡Corre!

Bonnie se la quedó mirando, no muy segura de qué hacer.

—¡Corre! —insistió Lena.

Bonnie volvió a mirar al hombre antes de, por fin, correr hacia la parte trasera de la casa y subir los escalones de dos en dos. Lena soltó el cubo de las patatas, se limpió las manos en el delantal y se dirigió hacia el extraño con el corazón dándole botes dentro del pecho. Si el hombre iba de la Universidad Sweet Briar y lo había enviado Penélope Rodgers, tenía que librarse de él. No le permitiría que se llevase a Ella ni a ningún otro niño para que lo evaluasen. Intentó aparentar seguridad y bajó por el patio para reunirse con él. Caminaba balanceando los brazos y con la frente arrugada por la determinación.

El hombre era bajo y fornido, con el cabello engominado y facciones serias ruborizadas por el exceso de *whisky*. Se quitó el sombrero y le dedicó una sonrisa.

—¿Señora Wolfe?

Ella negó con la cabeza y se cruzó de brazos.

—Entonces debe de ser la hija del señor Wolfe.

Ella volvió a negar con la cabeza.

—¿Quién es usted y qué quiere?

Sonrió más, divertido.

—Para empezar, me gustaría saber su nombre.

Ella le clavó la mirada, segura la veía temblar.

—Yo he preguntado el suyo primero.

Sorprendido por su osadía, el hombre parpadeó para acto seguido reír por lo bajo.

—Todavía no le hace falta saberlo.

—Entonces a usted tampoco le hace falta el el mío.

—Bien, resulta que sé que esta es la residencia de Silas Wolfe. Y tengo la certeza de que no le gustará encontrar a alguien allanando su propiedad.

—No estoy allanando ninguna propiedad —negó ella.

—¿Y eso cómo lo sé yo?

Lena se irguió en toda su altura para controlar su miedo. No podía permitirle que la derrotara.

—Es usted quien está allanando una propiedad privada. ¿Le envía Penélope Rodgers?

El hombre volvió a ponerse el sombrero y escudriñó el horizonte con una expresión que ya no era amistosa.

—No conozco a ninguna Penélope Rodgers. Y no recuerdo que el señor Wolfe ni ningún miembro de su familia hable con acento extranjero, de modo que queda claro que la forastera en este caso es usted, no yo. Y ahora déjese de jueguecitos y vaya a buscarlo.

—Lo siento, pero no pienso hacer tal cosa.

La miró con desprecio. Se le estaba agotando la paciencia.

—¿Y eso por qué?

—Porque el señor Wolfe está ocupado y dijo que no le molestásemos. Y ahora, si no le importa, tengo trabajo que hacer. —Empezó a darse la vuelta para marcharse, pero el hombre la agarró del brazo y tiró de ella para que lo mirase a la cara.

—Un momento, chica. No he terminado de hablar contigo.

Ella se libró de su agarre de un tirón.

—Pero yo sí he terminado de hablar con usted.

Él volvió a dedicarle una sonrisa, una sonrisa taimada y condescendiente que la retaba a plantarle cara.

—Vaya, vaya, así que eres peleona. —Lanzó una mirada hacia la casa—. Resulta que sé que Silas no está aquí ahora mismo, porque no veo su vehículo. Pero un pajarito me contó que había alguien nuevo para cuidar de sus hijos, de modo que he querido venir a saludar. —Se acercó más y un olor agrio olor a sudor y a tabaco inundó el espacio entre los dos—. Estoy seguro de que Silas se ha sentido muy solo desde que murió su esposa. Puedo entender por qué le gusta tener a una cosita preciosa como tú por aquí. —Alargó la mano para tocarle el pelo.

Ella dio un paso atrás y resistió el deseo de apartarle la mano de un manotazo.

—Por favor, váyase.

—¿Por qué no entramos a esperar a que Silas regrese? Puedes hacerme una taza de café y contarme cómo has llegado aquí.

Lena sentía tal rabia que le ardía la piel. Ojalá hubiera llevado el cubo de metal consigo en lugar de haberlo dejado en el camino. Podría haber tirado las patatas y haberle golpeado en la cabeza con el cubo. O, si hubiese tenido a mano uno de los rifles de Silas, podría haberlo usado para ahuyentar al hombre. Y entonces se le ocurrió una idea.

—Si yo fuera usted, me marcharía ahora mismo.

Él volvió a soltar una risita.

—¿Y eso por qué?

—Porque alguien está apuntándole con un rifle ahora mismo y, si le hago una señal, disparará.

—Eso es mentira.

—¿Quiere que comprobemos si estoy diciendo la verdad? —Empezó a levantar una mano.

Él dio un paso atrás y miró nervioso alrededor, hacia la casa, el establo y los cobertizos.

—De acuerdo, me voy. Pero volveré. Y puedes estar segura de que hablaré de ti con Silas. —Por fin, el hombre dio media vuelta y se encaminó hacia la carretera.

Lena volvió a la casa tan rápido como pudo sin correr. Miró por encima del hombro para asegurarse de que el hombre de verdad se iba antes de subir los escalones del porche y entrar. Temblorosa y jadeante, se apresuró a llegar a la

ventana delantera y apartó la cortina. El hombre ya estaba en la carretera. Se dirigía hacia un caballo que estaba atado a un árbol justo al otro lado de la ladera, oculto a la vista. No era de extrañar que no lo hubieran oído acercarse. Esperó hasta que montó en el caballo y se marchó antes de dejar caer la cortina, correr hacia la parte trasera y abrir de golpe la trampilla.

—Se ha ido —dijo a la oscuridad del hueco.

Bonnie apareció al pie de la escalera con Ella en brazos. Cuando la bebé vio a Lena, alargó los bracitos y abrió las manos como florecitas pálidas. Bonnie la llevó escaleras arriba y Lena cerró la trampilla tras ellas.

Aunque seguía temblando, Lena abrazó a Ella y la besó en la frente, decidida a actuar con normalidad por el bien de su hija.

—Buenas tardes, *mein kleine* ratoncita —le dijo—. ¿Has tenido una buena siesta?

Ella parpadeó bajo la luz con sus frescas mejillas ruborizadas.

Lena centró su atención en Bonnie.

—¿Estás bien?

La niña asintió, pero sus ojos ansiosos contaban una historia diferente.

—Tuve que despertarla. Y no le hizo mucha gracia tener que meterse en el agujero de las patatas.

Lena rodeó a Bonnie con un brazo y la atrajo hacia sí.

—Gracias por mantenerla a salvo. —Miró pasillo abajo hacia la ventana delantera—. Me pregunto si ese sería el hombre que Penélope dijo que vendría.

Bonnie negó con la cabeza.

—No, lo he visto por aquí antes. Estuvo ahí fuera hace unos meses y discutió con mi padre.

—¿De qué discutían?

—No tengo ni idea.

—¿Es el *sheriff*?

—No, el *sheriff* Dixon lleva uniforme y conduce un furgón policial. Es imposible que no lo reconozcas. Tampoco puedes confundir a su ayudante con otra persona porque es más canijo que un gato despellejado. Creo que ese hombre que ha venido podría ser ese George Pollock del que todo el mundo habla.

—Dijo que alguien le había contado que yo estaba aquí. ¿Quién haría algo así? ¿Y por qué querría hablar conmigo?

—No tengo ni idea —dijo Bonnie.

—¿Cómo dices que se llama el vehículo que conduce el *sheriff*?

—Furgón policial. Es un camión con una caja detrás para llevar a la gente a la cárcel.

«O para llevarse a los niños para que los evalúen».

Por un instante, Lena pensó en contarle a Bonnie que había conseguido que el hombre se marchara al decirle que había un rifle apuntándole, pero decidió no contárselo porque conocía bien a Bonnie y a Jack Henry, que habrían pensado que era una buena idea. Y, aunque estaba de acuerdo con Silas en que dispararle a alguien solo causaría más problemas —además de que ella nunca querría que ninguno de los niños le disparase a nadie, sin importar lo dispuestos que se mostrasen—, usar un rifle para ahuyentar a los extraños siempre sería mejor que esconderse en el agujero del suelo, atrapados e indefensos en el caso de que alguien los encontrara. Además, para ser sincera, estaba empezando a pensar que sería capaz de disparar un arma para proteger a Ella, a Bonnie y a Jack Henry. Una bala en una pierna o en un brazo funcionaría. De todas formas, ninguna persona en sus cabales se pasaría de la raya si la apuntaran a la cabeza. Aunque también era cierto que el *sheriff* y su ayudante tenían pistolas, por su parte, y apuntar con un rifle a la policía sería una buena forma de que la matasen.

—Vamos —le dijo a Bonnie—, tenemos que pelar las patatas.

CAPÍTULO 17

Tal y como la abuela Creed había predicho, a Bonnie le sanó la mejilla con bastante rapidez. Cuando Silas le quitó los puntos, dos semanas después del accidente, la herida ya no estaba inflamada ni irritada. De hecho, había comenzado a aparecer piel nueva. Como siempre, Bonnie se quedó sentada frente a la mesa de la cocina como una estatua mientras Silas cortaba y tiraba de los puntos. Se le saltaron las lágrimas y le apretó la mano a Lena con mucha fuerza, pero ni siquiera pestañeó. Cuando Silas soltó las tijeras, relajó la mano que sujetaba la de Lena, pero solo un poco.

—Ese era el último —declaró Silas.

Bonnie se tocó la mejilla con delicadeza y lo miró.

—Gracias, papá.

—No sirve de nada que me des las gracias. Solo ten más cuidado de ahora en adelante.

—Sí, señor.

—¿Te sigue doliendo? —preguntó Lena.

Bonnie abrió la boca y accionó la mandíbula para poner a prueba la piel y los músculos.

—Algunas partes las noto raras y otras están como dormidas.

—Supongo que te quedará una cicatriz muy fea —dijo Silas.

Lena sintió ganas de darle una patada.

—No, apenas será visible —afirmó.

Bonnie se encogió de hombros y bajó la mirada.

Lena le lanzó a Silas una mirada severa antes de darle a Bonnie una palmadita en el brazo.

—No te preocupes —le dijo—. ¿Ves la marca que tengo encima del ojo? —Se tocó la piel del párpado derecho.

Bonnie le miró la frente con ojos entrecerrados y negó con la cabeza.

—Había una cicatriz ahí cuando tenía ocho años —dijo Lena—. Me caí sobre una piedra y acabé con la cara cubierta de sangre, pero ahora apenas se ve el corte. Eso es porque los niños sanan mejor que los adultos. A ti te pasará lo mismo. Y ahora háblame de esa receta que querías enseñarme. No me acuerdo de cómo se llamaba.

La niña esbozó una sonrisa débil.

—¿Caldo de hueso de jamón con *dumplings*?

—*Ja,* eso era. ¿Quieres que lo preparemos para la cena?

—¿Y pastel apilado de melaza?

Lena asintió.

—También podemos hacer un guiso de calabaza de verano.

Una hora más tarde, en la cocina, Lena se alegró de ver a Bonnie volver a comportarse como antes del accidente, removiendo la masa para los *dumplings* con energía, añadiendo especias a la olla con habilidad y comprobando la cocción del pastel apilado que aromatizaba la casa con el aroma dulce de la melaza caliente. No tenía ni idea de si la cicatriz desaparecería por completo, y tal vez hubiese estado mal que le hubiera dicho que sí, pero Bonnie ya tenía suficientes cosas de las que preocuparse a su corta edad. No quería que desperdiciase la infancia preocupándose por algo que no podría cambiar. Y además, aun cuando tuviera una cicatriz en la mejilla, cada día resultaba más evidente que al crecer se convertiría en una joven muy hermosa.

Pero esa noche, reunidos alrededor de la mesa para cenar, Bonnie estuvo muy silenciosa.

—No voy a volver al colegio así —declaró de pronto.

—Yo tampoco —se sumó Jack Henry.

Bonnie lo miró con rabia.

—¿Qué diablos estás diciendo? Tú no tienes un agujero en tu estúpida cara. Los demás niños no van a burlarse de ti.

—La cicatriz no está tan mal —la animó Lena—. Creo que se parece a una margarita.

—No —dijo Jack Henry—. Parece un agujero de bala.

—¿Lo ves? —exclamó Bonnie—. Hasta mi hermano se burla de mí. —Se cruzó de brazos y se reclinó contra el respaldo de la silla.

Encorvado sobre su plato, Silas dejó de comer y le lanzó una mirada furibunda a Jack Henry.

—Di que lo sientes —le ordenó.

—Lo siento. —Jack Henry miró a Bonnie con expresión avergonzada.

—De todos modos, no vais a volver al colegio ahora mismo —anunció Silas. Se metió medio bollito impregnado de salsa en la boca y comenzó a masticar con gesto duro—. No hasta que hayamos puesto punto final a este maldito conflicto sobre nuestras tierras.

—Pero, papá —repuso Bonnie—, quiero ir cuando se me cure la cara. Echo de menos aprender.

—Yo no —dijo Jack Henry.

Silas clavó una mirada severa en su hija.

—Está demasiado lejos para que dos críos vagabundeen solos ahora mismo.

—Lena puede llevarnos —propuso Bonnie—. Podemos ensillar al *Viejo Sal* y que ella nos siga con *Botoncito.* Y luego puede recogernos cuando hayamos terminado.

—Lena tiene trabajo que hacer aquí —le recordó Silas. Cortó un bollito en dos con más fuerza de la necesaria y lo apuñaló con el tenedor—. Y una hija de la que cuidar. —Volvió a mirar a Bonnie—. No vas a ir. Y punto.

Bonnie abrió la boca para replicar, pero tres golpes insistentes en la puerta principal silenciaron sus protestas. Silas miró hacia donde había sonado el ruido. Frunció el ceño, alarmado.

—¡Abra la puerta, Wolfe! —exigió una voz masculina amortiguada.

Al oírlo, Silas se levantó raudo, corrió hacia la chimenea y bajó un rifle que estaba colgado sobre la repisa.

—¡Salga de mi propiedad, Pollock! —gritó—. ¡No tengo nada que hablar con usted!

Lena sintió que un escalofrío le recorría la espalda. Reconoció la voz. Era la del hombre que las había sorprendido a Bonnie y a ella. La niña había estado en lo cierto: se trataba de George Pollock.

Silas amartilló el rifle y se dirigió a la puerta.

—Si se trata de mis tierras, puede irse al diablo.

—Vaya, esa no es forma de tratar a un hombre que quiere ofrecerle un trato —dijo Pollock—. Pero si no le interesa conservar su casa, puedo dejarlo en paz.

Silas soltó un juramento en tono quedo.

—¿Qué está diciendo? ¿Qué tipo de trato?

—Salga para que hablemos cara a cara.

Silas dejó caer la cabeza con frustración evidente mientras intentaba decidir qué hacer. Entonces miró hacia Lena y los niños, que seguían sentados a la mesa.

—Quedaos ahí. Ahora mismo vuelvo. —Y antes de que nadie pudiera oponerse, abrió un poco la puerta y se deslizó fuera por un resquicio.

Bonnie y Jack Henry se quedaron quietos y en silencio. Clavaron los ojos, nerviosos, en la puerta. Las voces amortiguadas de los hombres llegaban desde fuera fuertes, rápidas, furiosas. No se distinguían las palabras.

Lena tuvo que admitir que había sentido alivio al ver que Silas recurría al rifle para proteger a su familia; no solo porque hacía que se sintiera más segura, sino porque así a ella le resultaría más fácil ahuyentar a alguien con el rifle si llegaba a darse el caso de que lo necesitara. Aunque también lo haría más fácil para Jack Henry, lo cual no era tan bueno.

—Ese es el hombre que vino cuando recogíamos patatas —susurró Lena.

Bonnie asintió.

—¿Hablaste con Pollock? —preguntó Jack Henry con ojos desorbitados.

—Sí —dijo Lena.

—No porque quisiera hacerlo —dijo Bonnie—. Estábamos en el huerto y no le oímos llegar.

—¿Le contaste a papá que estuvo aquí? —preguntó Jack Henry.

—No, tonto —siseó Bonnie—. No le contamos que estuvo aquí, como tampoco le contamos que una mujer te sorprendió en el establo.

—Callad —pidió Lena—. Por favor, no os peleéis. Solo terminaos la cena antes de que se enfríe.

Bonnie y Jack Henry se dedicaron a remover la comida con el tenedor por todo el plato. Después de cortar más trozos diminutos de jamón para Ella, Lena le dio una cucharada de calabaza de verano. Cuando miró su propio plato, descubrió que su apetito también se había desvanecido.

Justo entonces Silas volvió a entrar con el rifle en la mano y la miró.

—Tienes que salir —le dijo.

Lena se sentó más erguida y el corazón comenzó a latirle más fuerte.

—¿Yo?

Silas asintió.

Lena miró boquiabierta a Jack Henry y a Bonnie, como si ellos supieran por qué quería su padre que saliera al porche. Pero estaban tan sorprendidos y asustados como ella. Le dio a Bonnie la cuchara de Ella.

—¿Puedes darle de comer, por favor?

Bonnie tomó la cuchara, se acercó más a la trona de Ella y le dio más calabaza. Lena se levantó con piernas temblorosas y salió con Silas. Cuando vio a George

Pollock en el porche, dio un paso atrás.

Él la saludó llevándose la mano al sombrero.

—Señora.

Lena unió las manos para evitar que temblasen y esperó mientras trataba de imaginar por qué la quería Silas allí fuera. Él la examinó un instante antes de hablar con ojos en los que habitaba la suspicacia.

—Pollock dice que os hizo una visita hace poco.

Ella tragó saliva.

—Nosotras... Yo estaba en el huerto. No le vi venir.

—Tal y como lo cuenta él, parece que le ofreciste una bienvenida excelente —dijo Silas—. Asegura que incluso lo invitaste a entrar en mi casa.

Lena sacudió vigorosamente la cabeza.

—*Nein*. Digo, no. Eso no es cierto. Le dije que se fuera. Él me pidió que lo dejara entrar para tomar café, pero le dije que no.

Pollock sonrió con una sonrisa aviesa y repulsiva.

—Vaya, no contemos cuentos, jovencita. Tú sabes que no fue así como sucedió. Te rechacé en consideración al señor Wolfe, que no se encontraba en casa. No habría sido adecuado por mi parte aceptar tu invitación, sin importar lo tentadora que hicieras que sonara.

A Lena se le formó un nudo en la garganta. ¿Qué se proponía? ¿Por qué se inventaba esas mentiras? Miró a Silas y rezó para que la creyese.

—Eso no es lo que pasó. Él pidió entrar en la casa. Ni siquiera le dije cómo me llamaba.

—Tonterías —dijo Pollock—. Te llamas Lena. —Entonces se inclinó hacia ella y le habló con tono bajo y conspiratorio—. Mira, todos somos adultos aquí. Y entiendo que podría ser un poco embarazoso admitir que te gusté. Nos acabábamos de conocer, después de todo. Pero no hay de qué avergonzarse. Todos sabemos lo que es sentirse solo. —Le guiñó un ojo y miró a Silas con fingida preocupación—. Me contó que había perdido al padre de su hija antes de que este pudiera formalizar su unión. También me habló de que había venido a ayudar con la casa y con los niños.

—¡Eso es mentira! ¡Ha estado hablando con alguien de mí!

—Oh, vamos —dijo Pollock—. Ambos sabemos quién está contando la verdad. Y no sé tú, pero yo duermo como un bendito por las noches porque sé que soy un hombre honesto. En cualquier caso, haberte conocido el otro día es la razón por la que he subido a hablar con el señor Wolfe. —Centró su atención de nuevo en

Silas—. No estoy seguro de si lo sabe, pero el estado está permitiendo a ciertos montañeses el uso perpetuo de sus hogares después de que se constituya el parque, en particular a las personas cuya familia ha vivido aquí durante generaciones. La mayoría poseía documentos que demostraban la posesión legal de sus tierras, por lo que el estado planea pagarles por dichas tierras. Pero, si tenemos en cuenta que usted está ocupando de forma ilegal las hectáreas sobre las que se asienta su morada, el estado no va a pagarle ni un centavo. Lo que vengo a decirle es que tengo contactos entre los hombres que están al mando y creo que he ideado una forma de que usted y sus hijos puedan seguir viviendo en su casa.

—Nadie va a quitarme mis tierras ni mi casa —rugió Silas—. De modo que pierde el tiempo llamando a mi puerta.

—Oh, puedo asegurarle que el Gobierno le va a quitar sus propiedades. Alegarán el derecho de expropiación, condenarán su propiedad y la usarán como crean conveniente. Es demasiado tarde para cambiarlo, así que bien podría irse acostumbrando a la idea.

—Primero tendrán que matarme —dijo Silas con furia—. Y esta conversación ya ha acabado. Váyase.

—Escuche, puedo asegurarme de que se le permita quedarse en su casa. Con ciertas condiciones, claro. Pero, si insiste en su terquedad, el Gobierno puede quemar su casa y apropiarse de sus tierras, y usted tendrá que mudarse fuera de la montaña, a una de las casas que dicen que van a construir para reubicarlos. Eso si reúne las condiciones necesarias para una hipoteca, claro.

Silas tenía las facciones retorcidas de rabia. Levantó el rifle y apuntó a Pollock.

—No, escuche usted, hijo de perra bueno para nada, ¡mi bisabuelo construyó esta casa! Nadie va a quemarla ni a quitarme mis tierras.

Pollock dio un paso atrás con las manos en alto.

—Tranquilo, no soy yo quien sujeta las cerillas. Solo he venido a contarle la verdad sobre lo que va a pasar, tanto si le gusta como si no, y a ofrecerle una oportunidad de salvar su hogar.

Silas sujetó el rifle con más fuerza. Pasaba los ojos sin parar de Pollock a Lena y de vuelta al hombre. Ella empezó a recular hacia la puerta, confusa. ¿Cómo y por qué estaba implicada en todo eso? Se dio la vuelta y asió el pomo de la puerta con la esperanza de entrar y así escapar de él.

—Espera un momento, jovencita —la llamó Pollock—. Todavía no he llegado a la parte que te concierne.

Lena soltó el picaporte y se dio la vuelta para mirarlo con la espalda apoyada

contra la puerta.

—Diga lo que tenga que decir y luego lárguese de mi montaña —bramó Silas.

—Baje el rifle primero. Me niego a hablar con esa cosa apuntándome a la cara.

Silas soltó un suspiro de exasperación y bajó el rifle, pero no del todo.

Pollock bajó las manos y el alivio le destensó los hombros.

—Eso está mejor. Actuar como un paleto sin civilizar no va a llevarle a ninguna parte. —Se ajustó el abrigo y se aclaró la garganta para calmar los nervios—. Veamos. Como le estaba diciendo, si usted acepta este trato que se me ha ocurrido, puedo ofrecerles a usted y a su familia el uso perpetuo de su hogar tras la constitución del parque. Incluso podría convencer al estado para que le permitieran conservar un par de acres, suficientes para un huerto y algunas gallinas. —A pesar de lo amistoso de sus palabras, tenía la voz preñada todavía de cierta velada amenaza.

—Siga hablando —dijo Silas.

—Lo que le propongo es un trueque. El hogar de sus ancestros a cambio de su sirvienta. —Hizo un gesto hacia Lena—. Mi esposa ha tenido problemas de salud en los últimos tiempos y nos vendría bien la ayuda extra.

Lena se puso rígida. No podía decirlo en serio. Era imposible que lo dijera en serio. ¿Había perdido la cabeza? Miró boquiabierta a Silas. Su respiración se redujo a jadeos cortos. No podía aceptar ese trueque. No. Se llevaría a Ella y huirían antes de que la enviaran a casa de Pollock.

—Todo el mundo sabe que las mujeres que mantienen relaciones sexuales fuera del matrimonio son más propensas a ser deficientes mentales y unas degeneradas —continuó Pollock—. De modo que primero la internaríamos en la Colonia. Una llamada telefónica rápida a los médicos de ese lugar hará que nos aseguremos de que no vuelve a concebir hijos ilegítimos.

Lena sintió que el terror se le apoderaba del corazón. No tenía ni idea de qué era «la Colonia», pero sabía qué significaba «deficientes mentales», «médicos» y «no más hijos». Se apoyó en el marco de la puerta, pues sentía que iba a desmayarse.

—No iré —declaró—. No soy deficiente mental. Y no necesito un médico.

Silas la fulminó con la mirada.

—Cierra la boca —le ordenó.

—La esterilización es un procedimiento perfectamente seguro y legal —detalló Pollock—. De hecho, varias de nuestras amistades tienen a su servicio mujeres que han sido esterilizadas. Así también es más fácil evitar escándalos, ya me entiende.

—Le guiñó un ojo a Silas.

Lena comenzó a temblar. Todo se había vuelto del revés y se había convertido en algo que no alcanzaba a comprender. Había ido a los Estados Unidos para escapar del hambre y de la indefensión, y ahora se encontraba más atrapada que nunca. Si Silas aceptaba ese trato, huiría. Pero entonces se le ocurrió otro pensamiento y se le heló la sangre. ¿Y si Silas permitía que Pollock se la llevara en ese momento, antes de que tuviese la oportunidad de escaparse? ¿Y qué pasaría con Ella?

—No —dijo ella—. No puede hacerme esto. No.

—He dicho que te calles —escupió Silas antes de volver a centrarse en Pollock —. ¿Y qué se supone que haré yo si mi sirvienta está en su casa?

—He oído decir que sus hijos se han ocupado de todo desde que su esposa murió —dijo Pollock—. Me parece que ya tiene toda la ayuda que necesita. —Lanzó una mirada de desprecio hacia la puerta—. No es que haga falta mucho esfuerzo.

Silas volvió a levantar el rifle y a apuntar a Pollock.

—Ya he oído todo lo que venía a decir, pedazo de mierda cobarde, pero no voy a aguantar sus insultos. Ahora lárguese de mi porche.

Pollock levantó las manos y dio otro paso atrás.

—Vamos, le estoy haciendo una oferta muy generosa.

—¿De verdad? ¿Cómo demonios supone que voy a fiarme de un tipo que está empeñado en ayudar al estado a quitarles sus tierras a personas que no le han hecho ningún mal?

—Que se fíe o no de mí es asunto suyo. Pero sin mí se queda solo.

Silas lo fulminó con la mirada durante lo que pareció una eternidad, como si estuviera decidiendo si debía creerle o dispararle. Lena pensó que se pondría a gritar si él no decía algo pronto.

—Supongo que sabe que tiene una hija —dijo Silas.

El porche pareció desaparecer bajo los pies de Lena. Estaba planteándose entregarla a Pollock. Y a Ella también.

—No iré con él —dijo—. No puede obligarme.

Silas la miró furibundo.

—Os he alojado y alimentado a ti y a tu hija durante mucho tiempo. Tengo que pensar en mi familia.

—¿La niña tiene edad suficiente para trabajar? —inquirió Pollock.

Frenética, Lena negó con la cabeza:

—No. Solo es un bebé. Y no está bien. Llora y rezonga y apenas duerme.

Silas la miró con rabia.

—¿Cuántas veces tengo que decirte que cierres la boca?

—Una pequeña no será problema —dijo Pollock—. Mi Addie siempre quiso un bebé para cuidarlo. La niña recibirá una crianza adecuada.

Lena sintió que la bilis le subía por la garganta. «Esto no puede estar pasando. No puede ser». Quería aferrar a Silas por el cuello y sacudirlo. ¿De verdad era tan desalmado?

Pollock miró a Silas por un segundo. Esperaba una respuesta con impaciencia.

—Le diré lo que haremos. Tómese un tiempo para pensarlo y volveré dentro de un par de días. Ya llego tarde a cenar. —Entonces se dirigió a Lena—. Me lo agradecerás más tarde, querida, ya lo verás, sobre todo cuando vivas en una casa de verdad y no en este cuchitril.

Al oír tal cosa, Silas dio un paso hacia él sin dejar de encañonarlo con el rifle.

—Creía que ya se iba —insinuó con los dientes apretados.

Pollock se llevó la mano al sombrero a modo de despedida.

—Ha sido un placer, como siempre —dijo antes de dar media vuelta y bajar los peldaños del porche.

Silas esperó a que Pollock montara en su caballo y emprendiera camino hacia la carretera antes de bajar el rifle y enfilar hacia la casa. Lena permaneció con la espalda pegada a la puerta; se sentía mareada, con náuseas. ¿Cómo había conseguido mantenerse en pie? Miró a Silas con mirada suplicante.

—No puede dejar que se nos lleve.

Silas gruñó y alargó la mano hacia el picaporte. Ella le bloqueó el paso.

—Por favor, no puede hacer eso.

La apartó de su camino con una mano y abrió la puerta de un empellón. Ella trastabilló y casi cayó al suelo. Entonces recuperó el equilibrio y lo siguió dentro. La sangre le rugía cada vez más fuerte en los oídos. Él apoyó el rifle contra la pared, se sentó a la mesa y retomó su cena. Bonnie vio a Lena caminar hacia ellos con el rostro desfigurado de preocupación.

—¿Qué quería Pollock? —preguntó Jack Henry.

—Nada de lo que tengas que preocuparte —dijo Silas—. Termínate la cena.

Temblando de miedo y de rabia, Lena sacó a Ella de su trona y se dirigió a las escaleras. La casa parecía encogerse conforme crecía su sensación de pánico.

—¿A dónde vas? —le preguntó Bonnie.

—He dicho que te termines la cena —dijo Silas.

—Pero Lena está llorando —observó Bonnie—. ¿Qué ha pasado ahí fuera?

—No te importa. No te concierne.

A medio camino hacia las escaleras, Lena se dio la vuelta para mirarlos, incapaz de contenerse por más tiempo.

—Yo os diré lo que ha pasado. Vuestro padre quiere enviarnos a Ella y a mí a vivir con Pollock. Pero no iremos. Nos marcharemos antes de que vuelva.

Jack Henry se quedó boquiabierto y Bonnie parecía perpleja.

—¿Cómo? —reaccionó Bonnie. Había hablado alto a causa del asombro—. ¿Por qué harías tal cosa, papá?

—Tengo mis motivos.

—No —exclamó Bonnie—. No puedes hacer eso. —Se levantó de un salto y corrió hacia Lena—. No vas a hacer que se marchen. —Rodeó a Lena y a Ella con sus brazos. Le temblaban los labios.

—Esta es mi casa y haré lo que me dé la real gana. Y ahora volved aquí y sentaos. —Le lanzó a Lena una mirada fulminante—. Todas.

—Ya no tengo que hacer lo que me mande —se rebeló Lena.

—¿Esas tenemos? Pues no vas a irte a ninguna parte, ni siquiera al piso de arriba, hasta que yo lo diga.

Bonnie lloraba sin poder contenerse.

—Si Lena y Ella se marchan, yo me voy con ellas.

—¡He dicho que vengáis y que os sentéis! —gritó Silas.

Bonnie negó con la cabeza. Lena le pasó un brazo por los hombros. Estaba temblando.

—No hagas que vaya a por la vara, niña.

—Ve a buscarla —lo desafió Bonnie—. Me da igual.

Silas se puso de pie con tanto ímpetu que su silla cayó al suelo con un golpetazo.

—¡Escúchame, maldita sea! ¡O ellas o esta casa! ¡Y estaremos metidos en la mierda si nos echan de nuestras tierras y de nuestra casa sin un centavo en el bolsillo!

—¡He dicho que me da igual! —gritó Bonnie—. No voy a perder a más miembros de esta familia, y mucho menos a dos. ¡Ya he perdido bastante!

Con rostro triste, Jack Henry se levantó de su silla y miró a su padre.

—Yo tampoco quiero que Lena y Ella se vayan, papá. Me gusta tenerlas aquí. Y dijiste que Pollock era un hijo de perra que no sirve para nada. ¿Por qué querrías enviar a Lena y a Ella a vivir con él si no es bueno para nada? Yo creía que teníamos que proteger a las personas que nos importan.

—Por favor, papá —rogó Bonnie—. No las obligues a irse.

Lena mantuvo la mirada clavada en Silas; respiraba deprisa, jadeante. ¿Iba él a decir algo más? ¿Levantaría la silla y se sentaría de nuevo? ¿Tomaría el rifle, la obligaría a subir al camión y la llevaría con Pollock? ¿La encerraría en el agujero de las patatas hasta que Pollock fuese a buscarla? Pero solo se quedó allí, rabioso, mirándolos. De súbito, abandonó la mesa y volvió a tomar el rifle. Lena se abrazó a Ella con más fuerza, preparada para huir por el pasillo trasero. Si corría lo bastante rápido, quizá pudiese llegar al bosque, donde podría ocultarse, durante un tiempo al menos. Entonces, para su sorpresa, Silas se puso el sombrero y salió dando un portazo por la puerta principal. Sus pasos resonaron por el porche y se perdieron en la noche.

Bonnie miró atónita a Lena. Estaba muerta de miedo, se le notaba en la mirada.

—¿Qué supones que va a hacer?

Lena se encogió de hombros y apoyó una mano protectora sobre la espalda de Ella. Pero seguía temblando. ¿Tendría que recoger sus pertenencias y huir antes de que Silas regresase, o quedarse y rezar para que escuchara a sus hijos? ¿Permitiría que Bonnie y Jack Henry perdieran el único hogar que habían conocido o sacrificaría a una mujer y una niña a las que acababa de conocer? La respuesta a ese dilema parecía evidente.

Bonnie se acercó a mirar por la ventana delantera.

—¿Creéis que tiene planeado ir tras Pollock? Si lo meten en la cárcel, nos veremos en la mierda.

Jack Henry negó con la cabeza.

—Papá dijo que, después de la guerra, no iba a matar a nadie más. Y que dispararle a alguien no trae más que problemas.

—Papá dijo un montón de cosas que ya no cumple —dijo Bonnie.

Con suerte, Jack Henry tendría razón, pero Lena opinaba que Bonnie poseía una visión más clara de las cosas, en especial desde que sabían que no había forma de estar seguros de lo que Silas podía llegar a hacer con tal de proteger su hogar. Sin duda sería un alivio no tener que preocuparse por Pollock nunca más, pero, si Silas iba a la cárcel y el estado se quedaba con sus tierras y su casa, ¿qué pasaría con ella y con los niños?

Ella comenzó a removerse en brazos de Lena con la intención de llegar a la comida sobre la mesa.

—«Teno» hambre —dijo.

Lena volvió a sentarla en la trona para que pudiera terminarse su cena. Había un *dumpling* a medio comer sobre la bandeja, junto con trocitos de jamón y una taza

de leche dulce. Ella tomó el *dumpling* con sus manitas regordetas, dio un bocado al trozo de masa hervida y le dedicó una sonrisa inocente a su madre mientras masticaba. Lena notaba que la desesperación le corroía las entrañas. Si recogía sus cosas y se marchaba, ¿cómo alimentaría a su hijita? ¿Estaría dispuesta a permitir que volviera a pasar hambre para evitar vivir con un hombre que, a todas luces, quería algo más que una sirvienta para la casa? ¿Estaba dispuesta a permitir que una extraña criara a su hija mientras ella se encontraba a merced de Pollock? Pero primero Pollock planeaba separarlas y enviar a Lena a un lugar para deficientes mentales donde unos médicos se encargarían de que ya no pudiera tener más hijos.

No iba permitir que sucediese ninguna de esas cosas.

CAPÍTULO 18

A medianoche del día de la desagradable visita de Pollock, Lena se encontraba sentada en el porche delantero. Estaba muy inquieta. Esperaba el regreso de Silas mientras una brisa perfumada de pino le retiraba el pelo del rostro. La estrella polar relucía sobre la silueta de la enorme pícea del final del camino y una miríada de puntos de luz salpicaba la oscuridad sobre las montañas. Ya entendía por qué Bonnie decía que el valle de noche estaba tan oscuro como la boca de un lobo.

Antes, incluso después de haberles prometido cientos de veces que no se marcharía sin decírselo y que los despertaría tan pronto como su padre volviera, había sido difícil conseguir que Bonnie y Jack Henry se fuesen a la cama. Dijeron que no podrían dormir hasta que supieran que su padre no estaba en la cárcel por haberle descerrajado un tiro a Pollock y hasta que tuvieran la certeza de que no enviaría a Lena y a Ella lejos de la casa. Les suplicó que al menos se acostaran y, a pesar de verse acosada por los mismos miedos, les aseguró que su padre solo necesitaba tiempo para pensar. Lo que fuera que hiciese sería lo mejor para su familia. Claro estaba que lo mejor para su familia podía ser espantoso para ella y para su hijita, pero no tenía sentido que les dijera tal cosa. Ellos ya lo sabían. Para cuando consiguió que se calmaran, ya estaba demasiado oscuro para marcharse de todos modos.

Así que solo esperaba. Porque, si Silas tenía la intención de obligarla a marcharse, tenía que saberlo lo antes posible, no mañana ni pasado mañana ni la semana siguiente. Sus nervios no soportarían mucha más demora. Rezaba para que Virgilio y Teensy tuvieran razón al decir que Silas era un hombre honesto de buen corazón que se encontraba abrumado por la tragedia, y también rezaba para que el héroe de guerra que había salvado vidas se diera cuenta de que entregarla a Pollock estaba mal. Si no fuese así, si él volvía a casa y le decía que tenía que marcharse, se escabulliría cuando él se retirase a dormir, sin importarle que la

noche fuera oscura y a pesar de sus promesas a Bonnie y a Jack Henry de despedirse de ellos. Y si Silas no volvía esa noche, no tenía ni idea de lo que iba hacer. Pollock había dicho que le concedía dos días para que tomara una decisión, pero ¿y si era una trampa? ¿Y si volvía antes de lo esperado? Se sentiría fatal por abandonar a Bonnie y a Jack Henry sin despedirse, claro, pero, si esperaba demasiado, podría ser demasiado tarde para ella. Y si Silas matase a Pollock habría una serie de problemas completamente diferentes.

Se ajustó el jersey debajo de la barbilla y escudriñó la noche mientras aguzaba el oído para distinguir el sonido del camión de Silas subiendo por la carretera. Una lechuza ululó a lo lejos. Algo que sonaba como un lobo lanzó un aullido solitario y escalofriante. En mitad del silencio casi completo y con la fragancia de los árboles perennes, si cerraba los ojos casi podía imaginar que estaba de vuelta en Alemania, paseando por las colinas que rodeaban su pueblo natal. La nostalgia hacía que le fuera más fácil entender por qué Silas se negaba a abandonar ese hermoso lugar y por qué haría casi cualquier cosa por permanecer allí con sus hijos. Estaba arraigado a esa tierra, pertenecía a esas montañas que le pertenecían a él tanto como era posible que le pertenecieran a alguien los arroyos cantarines y los osos.

Con ese pensamiento, el pánico y el miedo volvieron a crecerle en las entrañas. Silas pertenecía a ese lugar. Igual que sus hijos. Y haría lo que fuera por quedarse allí, incluso si eso significaba enviar a Lena y a Ella lejos. Quizá debería marcharse ahora que se le presentaba la oportunidad. Quizá lo mejor sería que subiera a hacer el equipaje mientras Silas no estaba y los niños se hallaban en sus dormitorios. Pero ¿a dónde iría? ¿Montaña abajo?, ¿y si se perdía en la oscuridad? ¿Al molino del señor Early? ¿A la granja de Teensy? No tenía ni idea de si se acordaría del camino para llegar hasta allí. ¿Y si le eran leales a Silas? ¿Y si le contaban que ellas se ocultaban allí?

Quizá pudiera decirle a Teensy que Enzo había ido a los Estados Unidos y estaba esperando a que fuera a buscarlo a la estación del ferrocarril. Que Silas estaba haciendo una entrega de madera y que ella necesitaba que alguien la llevase. Que tenía que darse prisa antes de que algún delincuente engañase a su hermano para que se alojara en algún lugar poco seguro. Y cuando estuviera montaña abajo podría entrar en la estación y desaparecer. Podía volver a la isla de Ellis y buscar a la monja que le dijo que acudiese a su iglesia. Seguro que una monja estaría dispuesta a ayudarla, al menos hasta que Lena pensara qué hacer a continuación.

Se levantó de un salto y entró en la casa. Era ahora o nunca. No permitiría que

otra persona dictara su destino. Si se llevaba un farol y permanecía en los caminos, seguro que estarían bien. Después de tomar un farol y subir a su alcoba, donde Ella dormía en paz en su cuna, se quitó el delantal de la difunta esposa de Silas, se puso un suéter y escribió una nota para Bonnie y Jack Henry. Les decía que lo sentía mucho y que volvería algún día a visitarlos. Después guardó sus pertenencias y las de Ella en su estropeado zurrón, se ató el chal alrededor de los hombros y de la cintura y finalmente sacó a Ella de la cuna con sumo cuidado. La niña se removió un instante, pero, por suerte, volvió a quedarse dormida tan pronto como Lena la arropó, bien calentita, dentro del chal. Entonces Lena salió de la habitación.

Cada sonido reverberaba en la casa silenciosa: el chirrido de las bisagras y el chasquido del picaporte al cerrar la puerta, el crujido del suelo de madera al escabullirse por el pasillo. Cuando pasó por delante de las alcobas de Bonnie y Jack Henry, los ojos se le llenaron de lágrimas. Odiaba tener que abandonarlos, sobre todo después de que ambos le hubiesen plantado cara a su padre y le hubieran dicho que querían que se quedase con ellos. Por no mencionar que los quería y que estaba empezando a pensar que ellos también la querían. Lo último que deseaba hacer era añadir más pena a la montaña de pesar que ya acumulaban. Pero tenía que marcharse antes de cambiar de opinión. De lo contrario, se arriesgaba a que la separasen de su hija. Bajó las escaleras de puntillas con Ella acurrucada contra el pecho.

Se detuvo ante la puerta principal. Tenía que llevarse comida; si no para ella, al menos para su hija. La idea de robar hacía que se le revolviera el estómago y no quería que Silas la acusara de ladrona, pero permitir que su hija muriese de hambre quedaba descartado. Y seguro que Silas no querría que ella y su hija murieran de hambre, ¿no? Fue a la cocina, dejó el farol sobre la mesa, tomó una hogaza de pan y dos manzanas de la encimera, y lo colocó todo junto al farol. De la despensa sacó un tarro de mermelada de fresa, un tarro de maíz agridulce y un trozo de queso curado envuelto en un paño limpio, y lo dejó todo sobre la mesa junto al pan. Miró por toda la cocina en busca de algo para transportar las provisiones, como un saco de los de la harina o un cubo viejo. También tenía que recoger una jarra de leche de la fresquera.

Y entonces lo oyó.

El crujido de neumáticos que subían por el camino.

Lena quedó paralizada e intentó no dejarse llevar por el pánico. Podía escapar por la puerta de atrás, pero no sin la comida. O podía esperar a que Silas se

metiera en la cama y entonces entrar a recuperarla. Pero si Ella se despertara llorando, él podría oírla. Quizá debería volver a su habitación e intentarlo de nuevo más tarde. Contuvo el aliento. El camión de Silas se detuvo delante de la casa. Recogió el pan y las manzanas con la intención de devolverlo todo a la encimera, pero cambió de idea y lo dejó sobre la mesa. Corrió hacia las escaleras con el farol en la mano. A mitad de las escaleras, Ella se despertó y empezó a llorar.

A su espalda, la puerta se abrió y volvió a cerrarse.

—¿Qué haces levantada tan tarde? —preguntó Silas.

Se detuvo en los escalones y lo encaró. Se esforzó por respirar con normalidad.

—Ella estaba llorando y no quería que despertase a Bonnie y a Jack Henry. Creo que le duele el vientre.

En ese preciso instante, Ella lanzó otro lamento. Lena le daba palmaditas en la espalda para calmarla. La pequeña parpadeó y se acurrucó contra el pecho de su madre antes de volver a caer en un sueño inquieto.

Silas frunció el ceño y dejó el rifle contra la pared.

—Me parece que estabas planeando irte a alguna parte.

Negó con la cabeza, segura de que él podía oír los fuertes latidos de su corazón.

—Ahora que está más tranquila, nos volvemos a la cama.

—¿Vas a huir?

Lena intentó sostenerle la mirada a Silas, pero, en cuestión de segundos, bajó la vista. Ojalá se le diera mejor mentir. Pero el zurrón a su espalda y Ella atada a su pecho revelaban sus intenciones, por no mencionar el hecho de que llevaba puesto un vestido y zapatos en lugar del camisón de dormir.

—Más te vale que te quites esa idea de la cabeza. Te perderás en estas montañas. Y la única forma que tendremos de encontrarte será que los buitres empiecen a sobrevolar tu cadáver.

Entonces volvió a mirarlo con determinación.

—No me iré con Pollock. Me niego a permitirle que me envíe a vivir con él.

Silas se quitó el sombrero y lo colgó de un gancho junto a la puerta. Su rostro era el de un hombre atormentado.

—Resulta que ya no tienes que seguir preocupándote por eso.

Lena tragó saliva.

—¿Por qué? ¿Acaso... lo ha matado?

Él soltó un bufido desdeñoso.

—Pensé en hacerlo. Ese pedazo de mierda rastrero y bueno para nada se merece un buen escopetazo o algo peor, pero no, no le he disparado. Aún.

Una extraña mezcla de alivio y confusión la embargó.

—No lo entiendo. ¿Por qué ya no tengo que preocuparme por eso?

—Porque nunca he confiado en ese bastardo. Es más deshonesto que el peor de los canallas. Aun cuando aceptase que te llevara a su casa, el Gobierno no iba a permitirnos quedarnos aquí de ninguna de las maneras. Pollock no tiene esa clase de poder aunque él piense que sí. E incluso si no estuviese mintiendo, esos canallas del estado encontrarían alguna otra razón para echarnos.

Abrumada, casi le fallaron las piernas. Se aferró al pasamanos y se sentó en los escalones con tanta fuerza que le castañetearon los dientes. Gracias a Dios. Silas había recuperado la cordura. Gracias a Dios ella y su hijita podían quedarse. Al mismo tiempo, era descorazonador oír a Silas expresar con certeza que perdería su casa. Pero ahora que su pánico había disminuido, notó que el hombre tenía los ojos inyectados en sangre y que farfullaba más que hablaba, como si hubiera estado bebiendo. Y ella ya había cometido antes el error de ser demasiado confiada.

—¿Cómo sé que me está contando la verdad?

—Porque si os obligo a ti y a tu pequeña a marcharos, esos dos nunca me lo perdonarán. —Señaló arriba de las escaleras.

Lena se dio la vuelta para mirar hacia arriba. En el descansillo en penumbra, Bonnie y Jack Henry los miraban fijamente, como fantasmas asustados con sus camisones blancos.

—Si el Gobierno se lleva todo lo que poseemos —continuó Silas—, al menos la culpa de tu partida no recaerá en mí. Ya cargo con demasiados remordimientos sobre la conciencia.

—¡Gracias, papá! —exclamó Bonnie.

Bajó corriendo las escaleras, seguida de Jack Henry. Lena pensó que iban a abrazar a Silas, pero se sentaron junto a ella y abrazaron a la madre y a la hija. Les devolvió el abrazo y comenzó a llorar.

CAPÍTULO 19

A finales de septiembre, Lena se atrevió a pensar que los peligros inminentes que la habían acosado desde su llegada a los Estados Unidos habían disminuido. O incluso que, por algún milagro, hasta habían desaparecido. Era probable que no fuese más que una ilusión, pero George Pollock no había vuelto a la casa, Penélope Rodgers no había enviado a nadie desde la Universidad Sweet Briar y el *sheriff* Dixon no había aparecido por la granja Wolfe Hollow. Y, lo que era más importante, Silas ya no hablaba de que el estado fuera a quitarle sus tierras, al menos no con ella. Al mismo tiempo, la rabia y la frustración seguían brotando de él como una niebla invisible, de modo que su silencio hacía que Lena se preguntara si no se estaría gestando una tormenta en la distancia, un grupo silencioso de nubarrones negros que se les abrirían sobre la cabeza cuando fuera demasiado tarde para buscar refugio.

Aun así, a pesar de que los indicios apuntasen a que podían estar a salvo, decidió no dejar nada al azar. Le pidió a Jack Henry que le enseñara a cargar, amartillar y disparar uno de los rifles de Silas, y lo escondía debajo de los escalones de atrás cada vez que Silas no estaba en casa y ella trabajaba en el huerto con los niños. Como era de esperar, le llevó un tiempo convencer a Bonnie y a Jack Henry de que, aunque ambos tenían más experiencia con las armas, solo ella podría ahuyentar a los extraños con el rifle. Y después de explicarles que había visto a personas tirotear durante la guerra y que era algo que nunca podría hacer, les prometió que no tenía ninguna intención de dispararle a nadie y que no quería que ellos tuvieran que hacerlo jamás. El rifle solo estaría allí para su protección, por si volvían a pillarlos desprevenidos. A Lena le preocupaba que uno de los niños lo usara si Pollock o el *sheriff* aparecían por allí; no obstante, era un riesgo que tenía que asumir.

El último día del mes, el correo le llevó una carta de Enzo. Le contaba que trabajaba como albañil cinco días a la semana y que vivía con el hijo de *Frau*

Müller y con su esposa en Berlín. Y, aunque decía que echaba muchísimo de menos a Lena y a Ella, sonaba contento y orgulloso de tener un trabajo bien remunerado. También mencionaba a la nieta de *Frau* Müller, quien le había enseñado la ciudad y le estaba ayudando a mejorar su inglés. Lena se alegró de que hubiera encontrado una amiga y de que le fuera bien, sobre todo porque así le resultaba más fácil admitir en su carta de respuesta que no podía enviarle dinero porque no percibía un salario. También le explicó que, como los moradores de la cordillera Azul sabían vivir de lo que cultivaban, el dinero no era tan importante como había pensado. Silas Wolfe y sus hijos tenían más comida y comodidades en su hogar que muchas de las personas que conocían en Beckingen. Le contó que estaba cumpliendo la promesa que le hizo a *Mutti* al mantenerse fuerte y ser feliz, aun cuando eso solo era una verdad a medias, y que esperaba que él estuviera haciendo lo mismo. También le habló de Ella, lo sana que se encontraba y lo mucho que había crecido.

Una semana más tarde, un día despejado de otoño, Lena apoyó una estrecha escalera de mano contra un manzano para que Bonnie pudiera subir y llegar a las ramas más altas. Subido en otro árbol, Jack Henry añadía más manzanas a la bolsa ya rebosante que llevaba colgada del hombro.

—¡He recogido más manzanas que tú!

—¡Me importa un pimiento! —le gritó Bonnie.

—Por favor, tened cuidado —les advirtió Lena—. No hace falta que os caigáis y os rompáis el cuello.

Sobre una manta, allí cerca, Ella levantó una manzana y gorjeó de contento.

—Manzana, mamá —dijo—. Mí tiene manzana.

Lena sonrió. Su hija aprendía palabras nuevas cada día.

—Sí, *Kleine.* Tienes una manzana.

—Estoy pensando en hacer buñuelos y salsa de manzana cuando acabemos aquí —dijo Bonnie.

—¿Y mantequilla de manzana? —dijo Jack Henry.

—Haremos mantequilla de manzana mañana. A papá le gustan más los buñuelos.

Jack Henry resbaló sobre una rama y consiguió recuperar el equilibrio antes de caerse.

—Vaya. Casi me parto la crisma esta vez.

—Por favor, espera a usar la escalera —le pidió Lena—. Casi hemos terminado con ella.

—Las escaleras son para los debiluchos —dijo Jack Henry.

—¿A quién llamas debilucha? —le espetó Bonnie. Para no ser menos que su hermano, pasó de la escalera a una rama del árbol.

—Bonnie, por favor —intervino Lena—. Vuelve a la escalera.

Bonnie no le hizo caso, se estiró para alcanzar la manzana más alta.

—*Ach, Gott*. Entre los dos vais a conseguir que me entre un ataque.

Bonnie se echó a reír.

—Se dice «dar un ataque», no «entrar un ataque».

Metió varias manzanas en su bolsa y volvió a la escalera, mientras que Jack Henry continuaba recogiendo manzanas desde su peligrosa posición sobre una rama.

Justo entonces oyeron un motor a lo lejos. Bonnie miró por encima del hombro en dirección a la carretera.

—Me pregunto por qué habrá vuelto papá tan temprano otra vez.

—Puede que el *sheriff* haya estado merodeando de nuevo —dijo Jack Henry.

Lena miró hacia la carretera. Desde donde estaba no veía por encima de los árboles.

—¿Estás segura de que se trata de tu padre?

—Sí. Es su camión.

Lena maldijo por lo bajo. ¿Cómo iba a poner el rifle en su sitio antes de que Silas llegara a la casa? Quizá podría pedirle que sujetara la escalera mientras ella llevaba parte de las manzanas a la cocina. Así podría recuperarlo antes de que entrara.

—Tu padre podría enfadarse si te ve tan arriba, Jack Henry —le advirtió.

—Maldición —soltó Jack Henry—. Me faltaba poco para llegar arriba del todo.

Bajó trepando hasta la mitad del árbol y entonces saltó al suelo. Aterrizó de rodillas y cayó de bruces. Las manzanas se desparramaron desde la bolsa y rodaron por la hierba en todas direcciones. Se apresuró a recogerlas y entonces se quedó paralizado, con la mirada clavada en la carretera. Lena se dio la vuelta para ver qué estaba mirando.

Un camión cubierto de polvo y un automóvil se desviaron de la carretera y subieron por el camino con gran estruendo. El camión era idéntico al de Silas, pero no era el suyo. Otro camión con una caja negra detrás lo seguía de cerca. A Lena le dio un vuelco el corazón. Era la *polizei*.

—¡Baja del árbol, Bonnie! —gritó. Pasó la mirada de la casa al cobertizo varias veces. La casa estaba más cerca—. ¡Deja las manzanas y llévate a Ella a casa!

Bonnie miró por encima de su hombro.

—Mierda —dijo—. Es el *sheriff* Dixon.

—¿No vamos al cobertizo? —preguntó Jack Henry.

—No nos da tiempo —respondió Lena.

Bonnie bajó por la escalerilla, se deshizo de la bolsa de manzanas que llevaba colgada al hombro, levantó a Ella de la manta y se dirigió hacia la casa. Jack Henry dejó caer su bolsa y la siguió. A medio camino, Bonnie se detuvo para ver si Lena los seguía. Jack Henry pasó corriendo junto a ella y tomó la delantera.

Lena se quedó paralizada un segundo. Había entrado en pánico y no estaba segura de nada. Se había representado la escena en la mente una y otra vez: sacar el rifle de debajo de los escalones traseros, amartillar y levantar, apuntar el cañón con el dedo justo debajo del gatillo. Pero que aparecieran varias personas a la vez nunca había formado parte de ese escenario, y mucho menos que vinieran con el furgón negro que usaban para llevarse a la gente a la cárcel. Emprendió el camino hacia la casa. Ya era demasiado tarde para cambiar de planes.

—¡Seguid! —le gritó a Bonnie.

Los vehículos se aproximaban por el camino a gran velocidad, llegaron al patio y se detuvieron entre Lena y la casa. Se abrieron las portezuelas. Pollock bajó del camión cubierto de polvo. Un hombre trajeado se apeó del vehículo, seguido de la profesora que había llevado al fotógrafo al molino, Miriam Sizer. El *sheriff* Dixon y su ayudante salieron del furgón policial y corrieron hacia Bonnie y Jack Henry.

Y Lena observó horrorizada cómo Jack Henry sacaba el rifle de su escondite y echaba a correr hacia los hombres. Bonnie iba detrás. Lloraba y le gritaba que parase.

Lena rodeó los vehículos y echó a correr hacia los niños.

—¡No! —gritó—. ¡Volved a la casa!

Jack Henry se detuvo y amartilló el rifle.

Lena sintió un nudo en el estómago.

—¡Jack Henry, no!

Antes de que el niño pudiera levantar el rifle para apuntar, el ayudante del *sheriff* se lo arrebató y lo atrapó de un brazo. Jack Henry gritó y pataleó y se esforzó por soltarse, pero fue en vano. El ayudante del *sheriff* lo sujetaba con fuerza y mantenía el rifle fuera de su alcance.

Cuando Bonnie los alcanzó, soltó a Ella y embistió al hombre que retenía a su hermano.

—¡Deje en paz a mi hermano! —gritó—. ¡No lo toque!

El *sheriff* Dixon la sujetó por los hombros y tiró de ella hacia atrás. La niña intentó librarse, pero el hombre era demasiado fuerte. Aterrorizada, Ella empezó a chillar. Cuando Lena llegó hasta ellos, la alzó con brazos temblorosos e intentó suplicarle al *sheriff*.

—¿Qué está haciendo? —gritó—. ¡Por favor! ¡Deje que se vayan!

—Lo siento, pero se vienen con nosotros —dijo el *sheriff* Dixon—. El estado ha decretado que Silas Wolfe es incompetente como padre. Es un padre inadecuado que carece de los medios necesarios para cuidar de su familia.

—Eso no es cierto —exclamó Lena—. ¡Sus hijos tienen todo lo que necesitan!

—¡Suéltame, hijo de perra! —exclamó Bonnie. Le dio una patada al *sheriff* en la espinilla con el talón antes de volver la cabeza y morderle los dedos.

—¡Maldita sea! —vociferó el *sheriff* al tiempo que sacaba de un tirón la mano de la boca de la niña.

Bonnie casi consiguió escapar, pero él volvió a sujetarla. Le asió un brazo y se lo inmovilizó doblado a la espalda.

—¡Pare! —gritó Lena—. ¡Le está haciendo daño!

—¡Quita tus sucias manos de mi hermana! —chilló Jack Henry. Cayó de rodillas mientras luchaba por soltarse, pero el ayudante lo levantó de un tirón y lo empujó hacia el furgón policial. El *sheriff* los siguió con Bonnie.

—¡Ayuda! —bramaba Bonnie—. ¡Que alguien nos ayude!

Lena corrió tras ellos. La pequeña Ella chillaba.

—¡No! —gritó—. ¡No pueden llevárselos!

Bonnie se retorcía y se revolvía como un animal salvaje, desesperada por liberarse.

—¡Ya veréis cuando mi padre se entere de esto! —gritaba—. ¡Cuando acabe con todos vosotros os vais a sentir como si un lobo os hubiera tragado y escupido por el borde de un precipicio!

—Eso ya lo veremos —dijo el *sheriff* Dixon. Abrió la puerta del furgón policial y la metió dentro de un empujón.

Cuando el ayudante del *sheriff* empezó a obligar a Jack Henry a que entrara junto a Bonnie, Lena se abrió paso a empellones entre el *sheriff* y su ayudante, metió la mano libre en el furgón y se aferró a los brazos y a la ropa de Bonnie y Jack Henry para intentar sacarlos de allí. El ayudante la apartó a empujones antes de cerrar la puerta con llave.

—Paren —sollozaba Lena—. Por favor. ¡No pueden hacer esto! ¡No está bien! No han hecho nada malo. ¡Silas no ha hecho nada malo!

Su hijita lloraba cada vez más fuerte.

Dentro del furgón policial, Bonnie y Jack Henry aporreaban las paredes y gritaban para que los dejaran salir. Sus voces asustadas retumbaban tras los barrotes de las ventanillas.

—Lo siento —sollozó Lena—. Siento no haber podido evitarlo. —Empujó al ayudante del *sheriff* para apartarlo y sacudió las manijas de la puerta. No se movieron ni un ápice. Intentó mirar por los barrotes de la ventanilla, pero estaba demasiado alta—. No os preocupéis, vuestro padre y yo os encontraremos.

—Dile a papá que lo siento —dijo Jack Henry.

—Yo también —gimoteó Bonnie.

—No —se lamentó Lena—. Es culpa mía. —Se dirigió al *sheriff* Dixon. Lágrimas de rabia le caían por el rostro. Quería quitarle la pistola del cinto, apuntarle a la cabeza y obligarlo a que soltara a los niños. Pero su ayudante podría dispararle o meterla a ella también en el furgón policial. Intentó pensar algún plan, cualquier cosa que impidiera que se llevaran a los niños o, al menos, ralentizar su marcha—. No llevan zapatos. Por favor, dejen que vaya a por sus zapatos.

Quiz, si los entretenía lo suficiente, Silas llegaría a casa y pondría fin a todo eso.

El *sheriff* Dixon negó con la cabeza.

—En el lugar al que van les darán zapatos sin agujeros.

El ayudante se dirigió hacia la parte delantera del furgón, dejó el rifle de Silas dentro y volvió a donde estaban.

—¿Y comida? —probó Lena—. ¿Puedo, por favor, darles leche y pan de maíz?

—También recibirán comida en abundancia —declaró el *sheriff*.

Lena se llevó una mano al corazón con la certeza de que se le estaba rompiendo.

—Entonces, por favor..., por favor, dígame a dónde se los llevan.

El *sheriff* se enganchó los pulgares en las trabillas del cinturón.

—No puedo decírselo.

—¿Lena Conti? —preguntó alguien a su espalda.

Se dio la vuelta. George Pollock, Miriam Sizer y el hombre del traje la miraban con rostro solemne. Y Pollock sonrió.

Lena dio un paso hacia él y tuvo que reprimir las ganas de borrarle la sonrisa de un bofetón. Por suerte para él, seguía sosteniendo a Ella.

—¿Qué ha hecho? ¿Qué mentiras le ha contado al *sheriff* sobre Silas?

—Mira —dijo Pollock—, no he tenido nada que ver con esto. Solo he venido porque el *sheriff* Dixon y la señorita Sizer me pidieron que los acompañara por si

el asunto se descontrolaba.

—Es un mentiroso —siseó Lena.

—Le sugiero que se calme, señorita —intervino Miriam Sizer—. Hemos venido en misión oficial. No estoy segura de si es consciente de esto, pero varios trabajadores sociales han llevado a cabo una investigación para determinar las condiciones de la gente de la montaña. Creo que usted habló con la señorita Penélope Rodgers no hace mucho, ¿cierto?

—Le dijimos que se fuera —dijo Lena—. ¡Y ahora liberen a Bonnie y a Jack Henry!

—Sí —continuó Miriam—. La señorita Rodgers dijo que la echaron persiguiéndola con una horca. —Chasqueó la lengua para mostrar su desaprobación—. Un comportamiento tan poco civilizado... Pero eso no viene al caso. Lo que importa es que nos han pasado información sobre Silas Wolfe concerniente al hecho de que está viviendo en pecado con una joven que es de su familia. Supongo que esa es usted.

Lena se esforzó por controlar su rabia.

—Eso no es cierto. Yo solo trabajo para el señor Wolfe. —Miró a Pollock con furia—. Él les está contando estas mentiras para que vaya a trabajar para él.

—Puedes creer lo que quieras —dijo Pollock—, pero mi oferta fue un acto de amabilidad.

—¿Es amabilidad encerrar a una mujer y asegurarse de que no tenga más hijos? —dijo Lena con voz que rezumaba odio.

—Si la situación lo requiere, sí —repuso Pollock.

Miriam sacudió la cabeza con repentino nerviosismo.

—Por favor, deje que termine lo que tengo que decir. Lo que haya pasado entre ustedes es irrelevante. Nuestra fuente de información es la señorita Rodgers. Y, como le estaba intentando explicar, estamos aquí porque es importante evitar que las personas ignorantes e inmorales de las montañas sigan reproduciéndose de modo endógamo. —Señaló a Ella con un dedo grueso—. La señorita Rodgers nos ha informado de que esta niña es el resultado de sus relaciones con Silas Wolfe.

Lena sintió que una oleada ardiente de pánico se le extendía por la nuca.

—¡Eso es otra mentira! El padre de Ella está muerto.

Miriam descartó sus palabras con un movimiento despectivo de la mano.

—La señorita Rodgers me advirtió de que usted diría eso y de que intentaría ocultar más cosas. —Y entonces se dirigió al hombre del traje—. Nos la llevaremos ahora.

El hombre del traje tomó a Lena del brazo.

—¿Qué hace? —gritó Lena—. ¡Suélteme! ¡Estoy diciendo la verdad!

Miriam hizo ademán de acercarse a su hijita.

—Deme a la niña.

Lena retiró a Ella del alcance de la mujer.

—¡No! ¡No puede llevársela!

Respiraba con jadeos cortos y superficiales, tenía el estómago revuelto. Se soltó del agarre del hombre e intentó huir. Él y Pollock la atraparon antes de que pudiera escapar.

—Deme la niña antes de que se le caiga —dijo Miriam.

—¡Suéltenme! —gritaba Lena—. ¡No permitiré que se la lleven!

Bonnie y Jack Henry lloraban y gritaban dentro del furgón policial.

—¡Dejadlas en paz!

Miriam volvió a intentar arrebatarle a Ella. Con manos rudas se la arrancaba de los brazos a Lena, quien intentó empujarla, pero los hombres le sujetaban los brazos. La bebé lloró más fuerte, tenía el rostro amoratado y congestionado. Miriam volvió a intentar tomarla en brazos. Lena se ladeó y le dio una patada a Pollock. Este gruñó y la sujetó con más fuerza, clavando los dedos en los músculos de Lena. El hombre del traje hizo lo mismo. Miriam rodeó a Ella con las manos, a la fuerza, clavando los nudillos en los pechos de Lena. Esta luchó y se retorció para liberarse, pero los hombres eran demasiado fuertes.

—¡No! —gritó—. ¡No pueden llevarse a mi hija!

—Podemos y lo haremos —dijo Miriam. Su rostro era una máscara de determinación cruel. Arrancó a Ella de los brazos de su madre.

Con cada gramo de fuerza que le quedaba, Lena liberó un brazo y le clavó las uñas en la mejilla a Miriam, que trastabilló hacia atrás antes de tocarse la cara y verse la sangre en los dedos. Pollock le sujetó los brazos a Lena detrás de la espalda y la alejó de Miriam.

—Esto es lo mejor para todos —dictaminó Miriam—. Algún día lo entenderá. —Y, con una sonrisa sardónica, comenzó a alejarse con Ella.

—¡Mamá! —gritaba Ella mientras alargaba sus bracitos hacia Lena—. ¡Mamaaaaá!

—¡No! —sollozaba Lena—. ¡No se la lleve! ¡Por favor! ¡Haré lo que sea! —Le suplicaba a Pollock—. Haré lo que quiera, lo prometo. Por favor, devuélvanme a mi hija.

—Ya te lo he dicho —dijo Pollock—. Yo no he tenido nada que ver con esto.

Lena gritó y luchó con todas sus fuerzas mientras Pollock y el hombre del traje comenzaban a arrastrarla hacia el automóvil.

Miriam le entregó a Ella al ayudante del *sheriff* antes de dirigirse al vehículo y esperar allí. El hombre se subió al asiento delantero del furgón policial y cerró la portezuela, con lo que se amortiguaron los llantos de Ella. Asomaba la cabecita por la ventanilla, tenía el cabello rubio muy despeinado. El *sheriff* Dixon subió y arrancó el motor.

—¡Noooo! —aulló Lena—. ¡Por favor, no se la lleven!

Cuando el furgón policial comenzó a dar marcha atrás por el patio, volvió a gritar hasta que notó un sabor a sangre. Luego se dejó caer de rodillas. Le dolían cada músculo y cada hueso del cuerpo por la agonía y la pena. Pollock y el hombre del traje la incorporaron a tirones, pero el mundo a su alrededor comenzó a verse envuelto en oscuridad, como si alguien hubiera corrido una cortina. Lo último que vio fue que el suelo se acercaba a ella antes de golpear la tierra con una fuerza demoledora y que todo se volviera negro.

CAPÍTULO 20

Lena recuperó el conocimiento poco a poco. Le dolía la cabeza, que además golpeteaba contra algo duro mientras rebotaba como una muñeca de trapo dentro del vehículo. Por un momento pensó que seguía en el barco de camino a los Estados Unidos, pero las tormentas marinas no sacudían las hamacas de tercera clase arriba y abajo, más bien las mecían de lado a lado. Entonces recordó: habían desembarcado en la isla de Ellis; ya habían viajado hacia la cordillera Azul para mudarse con Silas, Bonnie y Jack Henry. ¿Estaba en el camión de Silas? ¿Se había quedado dormida? Si era así, ¿a dónde se dirigían?

Mareada y desorientada, abrió los ojos y se incorporó, segura de que Bonnie estaría sentada a su lado con Ella sobre el regazo. Pero, para mayor asombro y horror, Miriam Sizer se encontraba al otro lado del asiento con el ceño fruncido, sujetaba fuerte con las manos rechonchas una cartera sobre las piernas. Pollock y el hombre del traje ocupaban los asientos delanteros, el primero iba al volante.

La recorrió entera una sacudida de terror.

—¿Dónde me llevan? —gritó—. ¿Dónde está Ella? ¿Y dónde están Bonnie y Jack Henry?

Miriam continuó mirando al frente.

—Vamos de camino a la Colonia para Epilépticos y Deficientes Mentales del Estado de Virginia —dijo con voz calmada y prosaica, como si estuviera informando de la previsión del tiempo.

A Lena se le revolvió el estómago. Pollock había amenazado con enviarla a un lugar llamado «la Colonia» donde los médicos se encargarían de que no pudiese tener más hijos. «No. Esto no puede ser real. ¡No puede ser!». Se clavó las uñas en la palma de las manos con la esperanza de que el dolor la despertase. Pero no se trataba de una pesadilla. Lo que más había temido estaba sucediendo. Se habían llevado a su hija, a Bonnie y a Jack Henry. Y a ella misma la conducían a un

hospital para deficientes mentales.

—No hace falta que me lleven allí. No me pasa nada malo.

—Eso ya lo veremos —respondió Miriam— después de su evaluación.

Lena sentía que iba a empezar a hiperventilar, de modo que se reclinó en el asiento para evitar desmayarse.

—¿Qué pasa con los niños? ¿También los llevarán allí?

Miriam abrió la boca para contestar, pero se detuvo, como si estuviera replanteándose la respuesta. Y entonces, con tono seguro, afirmó que sí.

Lena se la quedó mirando, mareada y confusa, mientras intentaba discernir si le estaba diciendo la verdad. Pero Miriam se había puesto una máscara de tranquilidad y había adoptado una mirada inescrutable. Lena miró por la ventanilla para ver dónde estaban y si el *sheriff* también iba con ellos. Se acercaban a las estribaciones de las montañas. Pero ningún otro vehículo parecía circular delante o detrás de ellos. Ningún furgón policial lleno de niños aterrorizados.

—No pueden hacer esto.

—Le aseguro que sí que podemos. Y, si quiere volver a ver a su hija, cooperará.

Lena deseó darle un puñetazo a Miriam en esa cara engreída o rodearle con las manos el cuello a Pollock y estrangularlo hasta que detuviera el vehículo. Pero con eso no conseguiría nada. Aun cuando pudiese reducir a Miriam o a Pollock, el hombre del traje no la ayudaría a encontrar a Ella. No la llevaría de vuelta a casa a esperar el regreso de Silas para que emprendieran juntos la búsqueda de los niños.

Se sentía indefensa y atrapada. Se apoyó contra la puerta y cerró los ojos, anegados de lágrimas. El corazón le pesaba como una losa en el pecho. Entre el olor polvoriento a perfume viejo y el olor a sudor rancio que surgía de Miriam Sizer, pensó que acabaría vomitando. Se tapó la boca con las manos con la esperanza de que se le pasaran las náuseas, pero la angustia le oprimía la garganta. El olor de Ella le persistía en la piel de las manos: el aroma familiar y dulce a aliento de bebé, leche caliente y jabón casero de lavanda. Incluso podía oler la manzana jugosa que Ella había tenido en las manos. Se esforzó por recuperar la compostura y se sentó más erguida. Si quería volver a ver a su hija, a Bonnie y a Jack Henry, tenía que mantenerse alerta. Era necesario que demostrase que no era retrasada, que era una madre fuerte y capaz.

Tras varias horas de viaje en casi completo silencio, llegaron a una ciudad en expansión anidada en un valle amplio. En las calles se alineaban casas con gabletes y árboles altos. Cerca de lo que parecía ser el centro de la ciudad, pasaron por delante de una hilera de tiendas, un parque y una iglesia construida en piedra

antes de proseguir la marcha bajando por una leve pendiente hacia una carretera principal y girar a la izquierda en dirección a un complejo de edificios de piedra y ladrillos. Detrás de estos había otros de piedra, establos de madera y almacenes que salpicaban el paisaje; también se veían caballos en un prado cercado y personas que trabajaban en un campo.

Conforme se acercaban a los edificios de ladrillo, cada estructura le parecía más grande y siniestra que la anterior, como una fortaleza sin vía de escape. Cuando Pollock aparcó delante de lo que parecía ser el edificio principal, enorme, de dos plantas, con columnas blancas y alas amplias a cada lado, Lena sintió crecer el miedo y la pena, tanto que casi rompió a llorar. Miró a Miriam con ojos desesperados.

—¿Mi Ella está ahí dentro? —preguntó con la voz quebrada.

Miriam hizo caso omiso de la pregunta, se subió las gafas y se eliminó unas pelusas invisibles de la parte delantera del vestido. Lena quería estrangularla para obligarla a decirle qué habían hecho con su hija. Pero eso solo empeoraría las cosas.

Detrás de las columnas blancas del edificio principal, una puerta azul oscuro se abrió y una enfermera con un uniforme de un blanco fantasmal salió al umbral de piedra. Pollock apagó el motor y se bajó del automóvil. El hombre del traje bajó también, le abrió la puerta trasera a Miriam Sizer y luego fue al otro lado para abrirle a Lena. Miriam apareció junto a él.

—Vamos. Es hora de entrar.

Lena necesitó unos instantes para reunir valor antes de bajarse del automóvil con piernas temblorosas y quedarse allí, en el camino de losas resquebrajadas. Levantó la vista hacia la estructura enorme, tenía el tejado bajo y negro, y filas de ventanas oscuras como dientes ennegrecidos dispuestos a comérsela entera. Se le secó la boca. El hombre del traje la sujetó por el brazo y la condujo por el camino mientras Pollock permanecía junto al vehículo. Miriam la siguió, sus zapatos repiqueteaban en el pavimento. La enfermera, severa y rígida, los recibió arriba de la escalinata y miró de la cabeza a los pies a Lena. Esta intentó imaginar cómo la vería: una joven con un vestido muy usado, despeinada, descalza y con el delantal de trabajo manchado de la tierra del huerto. Prueba viviente de los empobrecidos moradores de las montañas que aparecían en las fotografías de Arthur Rothstein.

La enfermera se dirigió a Miriam.

—¿Otra más? ¿Tan pronto?

—Me temo que esto es solo el principio. Se llama Magdalena Conti. Inculta,

promiscua, con mal talante y madre soltera de una bastarda. Posiblemente retrasada, como el resto.

—Ya veo —dijo la enfermera. Le dedicó a Lena una falsa sonrisa compasiva que demostraba que no sentía ninguna inclinación ni deseo de entenderla. Había creído sin más lo que Miriam le había dicho—. Soy la enfermera Irene. Bienvenida a la Colonia.

Hablaba más despacio y más alto de lo necesario, como si Lena fuera dura de oído o le costara entender el idioma.

Lena clavó los ojos en la enfermera e intentó sonar segura e inteligente, aunque estaba temblando por dentro.

—¿Dónde está Ella? ¿La ha traído aquí el *sheriff* Dixon?

—¿Quién? —preguntó la enfermera.

—Ella. Mi hija.

—Lo siento —dijo la enfermera con el mismo tono de voz más alto de lo necesario—. Pero no tengo ni idea de a quién se refiere. Ahora vamos a entrar, ¿le parece?

—No iré a ninguna parte hasta que vea a mi hija —declaró Lena. Se dirigió a Miriam—. Usted me dijo que estaría aquí. Necesito verla, y también a Bonnie y a Jack Henry.

—Lo entiendo. Pero creo que primero tiene que hablar con el doctor Bell. ¿No es así, enfermera Irene?

—Así es —confirmó—. Debemos seguir el protocolo.

—No me hace falta un médico —repitió—. No soy retrasada ni deficiente mental. Soy una madre que necesita a su hija.

La enfermera Irene soltó un suspiro de frustración.

—Si no entra por las buenas —le advirtió—, haré que alguien la lleve por la fuerza a donde tiene que ir. Así que, ¿cómo quiere que lo hagamos, señorita Conti? ¿Va a cooperar o no?

Lena tragó saliva y sintió en la garganta el sabor agrio del miedo. Sintió que le brotaban en la frente gotas de sudor. Las palabras del inspector de la isla de Ellis le resonaban en los oídos: «Si ingresan a su hermano allí, nunca saldrá. No se puede ayudar a la gente como él».

Quizá debería huir. Seguro que corría más rápido que Miriam y que la enfermera, pero el hombre del traje parecía joven y fuerte, y además estaba bloqueando la salida. Aun cuando pudiera esquivarlo, Pollock se encontraba junto al automóvil y podría capturarla. Pero lo más importante era, ¿y si Ella

estaba allí dentro?

Como si le leyera la mente, la enfermera Irene le dijo que estaba segura de que el doctor Bell sabría dónde estaban los niños.

Lena se sentía al borde del desmayo. Un millón de pensamientos y temores se entremezclaban y chocaban entre sí. ¿Cómo iba a confiar en esas mujeres? En especial, sabía que no podía confiar en Miriam, la persona que había mentido sobre sus motivos para llevar un fotógrafo a las montañas y la mujer que le había arrebatado a Ella de los brazos.

La enfermera Irene dio un paso atrás, apoyó una mano en la puerta y le dedicó una sonrisa afable pero desdeñosa.

—¿Está preparada, señorita Conti?

Lena se la quedó mirando. No había estado tan desesperada nunca en su vida. No tenía elección. Si Ella se hallaba en la Colonia, tenía que entrar. Intentó sacar fuerzas de flaqueza y, mientras intentaba no derrumbarse, siguió a la enfermera Irene dentro del edificio.

Miriam las siguió a ambas y se dio la vuelta al cruzar el umbral.

—Gracias por su ayuda —le dijo al hombre del traje—. Por favor, comuníquele al señor Pollock que saldré en breve. —Y le dio con la puerta en las narices.

Dentro del vestíbulo en penumbra, otra enfermera levantó la vista un momento de su escritorio, los rasgos pálidos se perdían entre las sombras que creaban los candeleros dorados de gas. Pronto devolvió la atención a los documentos que tenía delante. El resto de la sala aparecía vacío, a excepción de un sofá de terciopelo, al que le faltaban unos botones, apoyado contra la pared opuesta; tenía las patas labradas deslucidas y arañadas. El aire olía a moho, a polvo, a telarañas, y al eco agrio y visceral de la lejía. Los techos altos estaban recubiertos de tablones largos de una madera tan oscura que parecía negra y grasienta. El papel floreado de las paredes, que se aferraba con fuerza a los muros, mostraba arrugas por doquier, como las venas de la mano de una anciana.

Lena apretaba la mandíbula mientras seguía a la enfermera Irene. Un dolor creciente le palpitaba dentro del cráneo. Con cada paso que la introducía cada vez más en las fauces de la Colonia, la intuición le gritaba más fuerte que huyera. Pero ¿a dónde podía ir? ¿Y cómo podría marcharse sin Ella? Una imagen dolorosa le pasó por la mente: su pequeña, sola, en algún lugar de aquel edificio enorme, llorando de miedo mientras se preguntaba por qué la habían separado de su madre para dejarla en ese lugar aterrador y desconocido. Era casi más de lo que podía soportar. Lena rezaba para que, al menos, Bonnie y Jack Henry estuvieran

con ella.

Cuando la enfermera Irene se detuvo un instante para hablar con la enfermera de la recepción en voz baja y rápida, Lena se esforzó por oír qué decían, pero no consiguió entender sus palabras. La enfermera de la recepción miró a Lena, asintió, se levantó de detrás del escritorio y desapareció por una arcada en dirección a lo que parecía un pasillo alicatado. La enfermera Irene prosiguió su camino y las llevó hacia un pasillo flanqueado por estanterías y alacenas vacías. Al final del pasillo abrió una puerta doble que llevaba a otra ala del edificio, dejó pasar a Lena y a Miriam, y volvió a cerrar las puertas con llave. Baldosas rajadas, papel sucio en las paredes y puertas cerradas que parecían extenderse sin transición al siguiente pasillo, donde el hedor penetrante a orina y desechos humanos invadía el ambiente. Llantos y gritos amortiguados se filtraban por las paredes como si llegaran de las profundidades del mar. Lena se tapó la nariz con una mano y casi vomitó. ¿Qué era ese lugar espantoso? ¿Y cómo podía nadie pensar que enviar gente a un edificio repugnante y decrépito lograría hacer que se sintiera mejor? Cuando al fin llegaron al final del pasillo, la enfermera se desvió a la derecha, abrió otra puerta con sus llaves y las hizo pasar a un vestíbulo estrecho con sillas de madera alineadas. Llamó con suavidad a una puerta con un letrero de latón donde podía leerse: «Dr. John Bell, superintendente».

—Pase —dijo una voz masculina desde dentro.

La enfermera Irene abrió la puerta, esperó a que Lena y Miriam pasasen primero y luego las siguió al despacho de paredes revestidas de madera. Títulos médicos enmarcados colgaban en la pared trasera sobre una fila de archivadores, junto con retratos en blanco y negro de hombres con chistera y mujeres con vestidos largos con polisón reunidos delante del edificio principal. Dos retratos más colgaban debajo de los otros: el de una mujer de rostro severo con un gorro de encaje y el de un hombre adusto de grandes patillas. Dos sillas con respaldo de caña miraban hacia un escritorio cubierto de papeles donde estaba sentado un hombre de nariz prominente y cejas gruesas. Le sonrió a Miriam con cortesía.

—Buenas tardes, señorita Sizer. ¿A quién tenemos aquí? —Miró a Lena de la cabeza a los pies, en los que detuvo un momento la mirada al ver que iba descalza.

—Buenas tardes, doctor Bell —saludó Miriam—. Gracias por recibirnos tras avisarlo con tan poca antelación. —Sacó un sobre voluminoso del bolso—. Tenía la intención de enviarle esto por correo para que lo recibiera aquí, en la Colonia, pero la situación empeoró más rápido de lo esperado. Esta es Magdalena Conti. —Sacó una hoja de papel del sobre y se la entregó al médico—. Y esta es la

información que hemos recopilado sobre ella. No está casada, no tiene empleo, vive con un pariente varón y tiene una hija ilegítima. —Una vez dicho eso, se reclinó en un asiento y se quedó a la espera. Era evidente que se sentía orgullosa de sí misma.

Lena la miró con el ceño fruncido:

—Usted no sabe nada de mí.

Miriam siguió concentrada en el doctor Bell. Lo estudiaba mientras leía el documento. Lena no tenía ni idea de qué mentiras acerca de su persona estaría leyendo, pero sintió deseos de gritar antes de que acabase. Al fin levantó la vista del papel.

—Tiene suerte, señorita Sizer. Dispongo de tiempo para realizar una evaluación rápida antes de mi próxima reunión. —Se dirigió a Lena en un tono todavía más alto que el que había empleado la enfermera Irene—. Por favor, tome asiento, señorita Conti.

Lena negó con la cabeza.

—Quiero ver a mi hija.

—De acuerdo —dijo el doctor Bell—. Pero primero tiene que sentarse. —Señaló con amabilidad las sillas con respaldo de caña que había frente a su mesa, como si le estuviera ofreciendo una taza de té o fuera a darle buenas noticias.

Lena se lo pensó un momento y se sentó de mala gana con la espalda recta y las manos cruzadas sobre el regazo, como haría una persona razonable y civilizada. Por dentro se sentía como un animal salvaje, preparada para hacer cualquier cosa para proteger a su cría.

—Eso está mucho mejor —alabó el doctor Bell—. Gracias. Ahora podemos mantener una agradable conversación.

—No hace falta que hable tan fuerte —le indicó Lena—. No soy sorda.

El hombre enarcó las cejas con gesto ligeramente divertido.

—De acuerdo. Es bueno saberlo. Gracias por decírmelo. Y bien, ¿cómo se siente hoy, señorita Conti?

Era una pregunta ridícula.

—¿Cómo cree que me siento? —dijo—. Me han robado a mi hija, junto con los dos niños a los que me pidieron que protegiera. Me han traído a este lugar en contra de mi voluntad y esta mujer le está contando mentiras sobre mí. —Intentó mantener la calma, pero se le quebró la voz y la barbilla comenzó a temblarle.

El doctor Bell volvió a sonreír. Era la misma sonrisa artificial que le había dedicado antes la enfermera Irene, pero cargada con mucha más condescendencia.

—Entiendo. Es muy normal sentirse confundida por todo eso.

Se le encogió el estómago. Ya no hablaba en tono demasiado alto. Ahora le estaba hablando como si fuera retrasada. Se lo notaba en la voz, en el tono arrogante y en la falsa empatía. Aun así, contuvo su rabia y se concentró en sonar inteligente y tranquila en lugar de incoherente y muerta de miedo.

—Pero no entiendo por qué estoy aquí. No soy ni retrasada ni idiota.

—Puede que no —dijo el doctor Bell al tiempo que apoyaba las manos cruzadas sobre la mesa—. Pero intentaré explicarle el asunto. La han traído aquí por recomendación de una trabajadora social de la Universidad Sweet Briar, así como de otras personas, entre ellas la señorita Sizer, George Pollock y el *sheriff* Dixon.

—Eso es... —La voz le sonó estridente, casi histérica. Hizo una pausa y se aclaró la garganta. Necesitaba hacerlo mejor, sonar más inteligente, más calmada—. No he hablado con esas personas. No saben nada de mí.

El doctor Bell levantó el papel.

—Este documento dice otra cosa. Confirma con toda claridad que a usted la entrevistó la señorita Penélope Rodgers. Y es obvio que ha hablado con la señorita Sizer. —La miró con sorna, como si la hubiera pillado en una mentira—. Aquí también dice que tiene una hija nacida fuera del matrimonio y que está viviendo con un hombre que resulta ser su primo.

Ella negó con la cabeza.

—Trabajo para Silas Wolfe. Cuido de su casa y de sus hijos. Por eso vivo en su casa. Y el padre de mi hija está muerto. Murió antes de que pudiéramos casarnos.

El doctor Bell le lanzó otra sonrisa desdeñosa. Luego habló despacio, como si ella fuera la deficiente mental que Miriam afirmaba que era.

—Su fallecimiento no cambia el hecho de que mantuvo relaciones sexuales con él antes de que fueran legalmente marido y mujer.

—Eso lo sé —dijo ella. Sus palabras sonaron duras y forzadas. Apenas podía controlar su rabia—. Cometí un error. ¿Usted nunca comete errores?

—Sin duda —asintió el doctor Bell—. Todos cometemos errores. Lo que me preocupa es que, como la mayoría de la gente de la montaña que he evaluado, usted no parece entender la diferencia entre lo que está bien y lo que está mal, y no le importa vivir sin seguir las reglas de la sociedad civilizada. La señorita Sizer y los demás piensan igual que yo. Entre otras cosas, creen que es usted una madre incompetente.

Lena se encogió como si la hubieran abofeteado.

—¡Eso no es verdad! ¡Ya le he dicho que no saben nada de mí! Soy una buena

madre. Mi Ella es feliz y está sana, y yo haría cualquier cosa por... —Se le rompió la voz y los ojos se le llenaron de lágrimas. Tragó el nudo que le ardía en la garganta para reprimir las ganas de sollozar—. Haría cualquier cosa por mi hija. Por eso vine a este país, para ofrecerle una vida mejor. Por eso permití que la señorita Sizer me trajera aquí para hablar con usted, aun cuando sé que usted intentará encerrarme. Ella me ha dicho que mi hija y los hijos del señor Wolfe estaban aquí. Me ha dicho que usted podría indicarme dónde están.

En ese preciso instante alguien llamó a la puerta del despacho. Cuando la enfermera Irene la abrió, la enfermera de recepción entró con una bandeja metálica sobre la que reposaba una jeringuilla.

Lena miró boquiabierta a la enfermera Irene.

—¿Qué es eso? ¿Eso es para mí?

—Solo si decide no comportarse como es debido —dijo la enfermera.

Lena miró al doctor Bell y sacudió la cabeza.

—No hace falta que me administre eso. Haré lo que me diga.

—Es solo una precaución —dijo el doctor Bell—. Nada más. Que lo usemos o no solo depende de usted.

La enfermera de recepción rodeó la mesa, depositó la bandeja sobre un archivador y se dio la vuelta para marcharse.

—Gracias, enfermera Mabel —dijo la enfermera Irene antes de cerrar la puerta tras ella.

Una vez que la enfermera de recepción se hubo marchado, el doctor Bell miró a Miriam con el ceño fruncido.

—¿Es cierto que hizo creer a la señorita Conti que yo podría indicarle dónde están los niños?

—Lo siento, doctor. Pero era la forma más fácil de conseguir que cooperase, lo cual solo demuestra su deficiencia mental. Su hija no está aquí. Ella y el resto de los niños están siendo redistribuidos como parte del esfuerzo eugenésico por criarlos en el hogar más adecuado de una familia de élite.

Lena estaba sumida en el pánico, que se le apoderó del pecho y le robó el aire de los pulmones. ¿Había oído bien a Miriam? ¿Su hija no estaba allí? Frenética, pasó la mirada de Miriam al doctor Bell una y otra vez.

—No entiendo lo que dice. ¿Dónde está mi hija?

Miriam hizo una mueca de irritación. No tenía ni tiempo ni paciencia para una persona tan retrasada.

—No sé cómo puedo decirlo más claro. Los niños serán enviados a un lugar

diferente para alojarlos con un padre y una madre que posean los medios y la inteligencia necesarios para criarlos del modo adecuado.

A Lena se le partió el alma.

—¡No! —gritó—. ¡Yo soy la madre de Ella! —Se levantó de un salto y dio un paso hacia Miriam. Estaba dispuesta a estrangularla—. ¡Tiene que devolvérmela!

—Las ruedas del progreso ya se han puesto en marcha —dijo Miriam—. Usted no puede hacer nada. En cualquier caso, debería sentirse agradecida y afortunada porque su hija no acabará como usted.

Lena tenía las entrañas retorcidas de horror y furia. Se cubrió el rostro con las manos, torció la boca en una mueca de agonía. «¡No pueden haberle entregado a mi hija a otra persona! ¡No puede ser! ¡Es mi niña!». Incapaz de contenerse por más tiempo, gritó y se abalanzó contra Miriam con los brazos extendidos y las manos como garras. La obligaría a decirle la verdad, daban igual las consecuencias. Miriam retrocedió con el rostro descompuesto por el miedo y el bolso levantado a modo de escudo protector. La enfermera Irene se interpuso entre ambas y sujetó a Lena por los brazos. El doctor Bell se apresuró a salir de detrás de su escritorio y sujetó a Lena desde atrás.

—Si no se calma —le gritó al oído—, le daremos algo para que se tranquilice. ¡Depende de usted continuar con esta actitud o ponerle fin ahora!

—¡Quiero a mi hija! —gritaba Lena.

—Más vale que se rinda —dijo la enfermera Irene, imperturbable ante sus esfuerzos—. No va a escapar de nosotros.

Lena luchó y se retorció unos segundos más antes de permitir que el doctor Bell y la enfermera Irene la sentaran a la fuerza en su silla. La rabia le consumía las entrañas como un fuego interno. Tendría que haber sabido que Miriam y la enfermera Irene mentían al decirle que los niños se encontraban allí. Y ahora estaba atrapada. Luchar por liberarse no la llevaría a ninguna parte. Devastada, dejó el cuerpo desmadejado mientras que los hombros se le sacudían por los sollozos.

Por fin, la enfermera Irene y el doctor Bell la fueron soltando. Miriam seguía encogida en un rincón y el médico esperó hasta asegurarse de que Lena se quedaba quieta. La enfermera Irene tomó la jeringuilla de encima del archivador y la dejó sobre la mesa, preparada para usarla si resultaba necesario. Entonces el doctor Bell volvió a su silla, se enderezó la corbata y se atusó el cabello despeinado.

Lena se dirigió a él. Le ardían los ojos y los sentía hinchados.

—Por favor, escúcheme. El *sheriff* se llevó a Bonnie y a Jack Henry porque el estado quiere las tierras de Silas Wolfe. Y George Pollock quería que yo trabajase para él, pero me negué. Dijo que me enviaría aquí para asegurarse de que no pudiera tener más bebés. Miriam se llevó a mi hija y me trajo aquí. Ella y la mujer de la universidad deben de ser...

—Solo he hecho lo que era necesario hacer —la interrumpió Miriam.

—Entiendo que esté muy disgustada —le dijo el doctor Bell a Lena—, pero ha de recuperar la compostura o esto no acabará bien para usted.

Lena cerró los ojos para evitar gritar o vomitar. Sentía que se estaba volviendo loca. Entonces miró a Miriam.

—Por favor, dígame que Ella está con Bonnie y Jack Henry. No quiero que esté sola.

Miriam no dijo nada al principio; era evidente que le daba miedo que Lena la atacara de nuevo. Entonces suspiró.

—Por ahora, sí. Pero encontrar a una familia que los acepte a los tres será difícil, de modo que es muy probable que acaben separados al final.

Lena gruñó y se dejó caer hacia delante con la cabeza entre las manos. La agonía de la pena se le había apoderado del corazón. La idea de que Ella no tuviera a alguien cercano para consolarla, a alguien que la quisiera, que le besara las mejillas y que le dijera que todo estaría bien, era más de lo que podía soportar.

La enfermera Irene tiró de ella para que se irguiera.

—Siéntese derecha —le ordenó—. El doctor Bell todavía no ha terminado con usted.

—Lo siento, señorita Conti —asintió este—, pero la enfermera Irene tiene razón. Debemos proseguir con esta evaluación para decidir qué pasos se seguirán a continuación.

Lena se enjugó el rostro.

—No necesito que me evalúe. No me pasa nada malo.

—No hay de qué preocuparse. Es solo parte del proceso. Y ahora, por favor, contrólese para que podamos continuar. —Sacó una estilográfica y una carpeta del escritorio, escribió el nombre de Lena y metió dentro el documento que le había entregado Miriam—. Señorita Sizer, ya puede marcharse. Le haré saber lo que decidamos.

—Gracias, doctor Bell —dijo Miriam—. Estoy segura de que hará aquello que sea lo mejor para todos los implicados.

Lena quiso levantarse para abofetearla. Quería escupir a sus pies, tirarle del pelo,

arrancarle los dientes. ¿Cómo podía pensar que separar a los niños de sus padres era lo mejor para nadie? Pero, sin importar lo mucho que Lena deseara castigar a Miriam Sizer, tenía que permanecer sentada. Si quería convencer al doctor Bell de que la dejase volver a casa, tenía que actuar como una persona educada y civilizada.

Cuando Miriam salió, el doctor Bell continuó con su perorata.

—Sé que esto puede resultar aterrador, pero intente recordar que solo queremos ayudarla. —Preparó la estilográfica para escribir—. ¿Le parece que empecemos? Por favor, diga su nombre completo, su edad y su lugar de nacimiento.

Lena intentaba pensar con claridad mientras se esforzaba por respirar con normalidad. No tenía opción. Tenía que responder a sus preguntas.

—Magdalena Sofía Conti. Diecinueve años. Nacida en Italia.

El doctor Bell escribió esa información en la parte superior del documento de su carpeta.

—¿Cuándo emigró a los Estados Unidos?

—En mayo.

—¿Vino usted sola?

—No. Vine con mi hija, mi madre y mi hermano. Pero enviaron de vuelta a mi madre y a mi hermano.

El médico enarcó una ceja.

—¿Qué motivos les dieron para su deportación?

Maldijo entre dientes. Tendría que haber mentido. Si el doctor Bell averiguaba que habían deportado a Enzo porque lo declararon retrasado, supondría que ella padecía el mismo problema. Pero apenas podía mantener una conversación coherente en su estado mental, y mucho menos ir un paso por delante del doctor.

—No nos dieron ninguna razón de peso. Mi hermano y mi madre estaban sanos. Pero mi madre se había mareado mucho en el barco y mi hermano se negó a responder a las preguntas que le hacían. Solo tiene catorce años.

El doctor Bell garabateó en el documento. Una sonrisa le cruzó el rostro. Lena quiso preguntarle por qué le resultaba gracioso que hubieran deportado a su familia, pero se mordió la lengua.

—¿Y cuántos años tiene su hija? —le preguntó.

Volvió a sentir un nudo en la garganta. Tragó saliva varias veces y entonces, de algún modo, pronunció el nombre de su niña.

—Mi Ella tiene dos años.

—¿Cómo se llama el padre de la niña?

—Jonathan Dankworth.

Al no haberlo mencionado en años, el nombre le supo a veneno. Si él no le hubiera mentido, ella no estaría en los Estados Unidos. No estaría en ese hospital para deficientes mentales haciendo todo lo posible para que no la encerraran. Y Ella estaría a salvo entre sus brazos.

—¿El apellido se deletrea D-A-N-K-W-O-R-T-H? —preguntó el médico.

Ella asintió y él lo anotó.

—¿Ha mantenido relaciones sexuales fuera del matrimonio?

—Ya conoce la respuesta a esa pregunta —repuso Lena.

—Conteste al doctor —insistió la enfermera Irene.

—Sí —dijo Lena.

—¿Cuál es su relación con Silas Wolfe?

—Trabajo para él. Ayudo en la casa, cocino y cuido de los niños.

—¿Y se aloja en su casa?

—Sí.

—¿Le paga por su trabajo?

Ella titubeó. Si decía que no, él podría creer las denuncias de que estaban manteniendo una relación.

—Yo pensaba que me pagaría, pero mi hija y yo no pagamos por alojarnos en su casa y comer su comida. Él dijo que no veía la necesidad de darme más dinero.

—¿Está emparentada de algún modo con el señor Wolfe?

Lena podía sentir la desaprobación de la enfermera Irene en la nuca, donde parecía que le quemaba su mirada. Pensó en mentir, pero Penélope Rodgers ya les habría contado la verdad.

—Es un primo lejano —dijo.

—¿Mantiene usted relaciones sexuales con el señor Wolfe? —preguntó el doctor Bell—. Y, por favor, responda con sinceridad. Sabemos que el miedo a la endogamia no significa nada para la gente de la montaña.

—No. Mi hija y yo dormimos en nuestra propia habitación.

El doctor Bell pareció dubitativo.

—El coito no siempre se realiza en los dormitorios. ¿Está segura de que está siendo honesta conmigo? Sus respuestas aparecerán en su informe.

Ella asintió con tanta fuerza que le dolió la cabeza. ¿Cuántas veces tendría que repetirlo?

—Sí. Estoy segura. No mantengo relaciones sexuales con Silas Wolfe.

—¿Algún miembro de su familia ha mostrado síntomas de deficiencia mental?

¿Un progenitor, un hermano…?

Comenzó a decir que no tenía familia en los Estados Unidos, pero se detuvo. Tenía a Ella, y a Bonnie y a Jack Henry. Y entonces otra profunda oleada de pena la golpeó. Ya no estaban con ella.

—No.

Él escribió su respuesta.

—¿Ha cometido un delito alguna vez?

Ella negó con la cabeza.

—¿Padece sífilis?

Lena no tenía ni idea de lo que era la sífilis, pero sonaba mal.

—No.

—¿Ha padecido alguna enfermedad venérea?

—No sé qué significa «venérea».

—Las enfermedades venéreas se transmiten con las relaciones sexuales.

—No.

—¿Alguna otra enfermedad?

—No. Estoy sana y fuerte.

El médico pasó a la siguiente página.

—¿Puede decirme si el pan lleva sal?

Lena arrugó la frente. Era otra pregunta ridícula.

—Claro que sí.

—¿Sabe atarse los cordones de los zapatos?

Ella bajó la mirada y se quedó mirando la mesa para intentar controlar su rabia y no permitir que volviera a dominarla.

—Sí.

—¿Hay un perro o una dama en el cuadro situado justo a mi espalda? —Señaló sobre su hombro al retrato de la severa mujer con el gorro de encaje.

—Sus preguntas son *töricht*.

Él frunció el ceño. Parecía confuso.

—¿Perdone?

—Digo que sus preguntas son *töricht* —dijo ella—. Significa que son estúpidas. ¿Solo habla inglés? Yo hablo dos idiomas.

El doctor Bell soltó la estilográfica, cruzó las manos sobre el escritorio y la miró con expresión ceñuda. Era evidente que había entendido lo que Lena quería decir.

—Solo responda a la pregunta, por favor. ¿Es un perro o una dama?

—Una dama.

Él recogió su pluma y anotó su respuesta.

—¿Hay algún alcohólico en su familia?, ¿alguien que beba demasiado *whisky* o demasiado vino?

—No.

—¿Delincuentes?

—No.

—¿Agresores sexuales?

—No sé qué es eso.

—Alguien que lastima a otra persona con actos sexuales no deseados.

—No.

—¿Mentirosos?

—No.

—¿Asistió usted al colegio?

—Sí, hasta que cumplí trece años.

—¿Sacaba buenas notas?

Asintió:

—Me fue muy bien en la escuela.

—¿Dejó de asistir porque no conseguía seguir el ritmo de las lecciones? ¿Eran las lecciones demasiado difíciles para usted?

—No. Ese no fue el motivo. Mi madre no tenía dinero para seguir pagando mis estudios. —Hizo una pausa y entonces, antes de que pudiera hacerle otra pregunta, prosiguió—. Sé lo que intenta hacer. Está tratando que yo parezca una insensata y una ignorante. Está intentando que... —Vaciló y se miró las manos. Tenía que tener cuidado. El médico podría malinterpretar o tergiversar sus palabras.

—¿Le pasa algo? —preguntó el doctor Bell.

Negó con la cabeza.

—No pueden retenerme aquí —dijo—. No he hecho nada malo. Y no soy lenta, retrasada, deficiente mental, idiota, imbécil ni ningún otro nombre con el que quiera llamar a lo mismo. Tiene que dejarme ir. Mi hija me necesita.

Él se removió en su asiento y se sentó más erguido.

—Lo siento, señorita Conti, pero me temo que usted no está cualificada para evaluar su capacidad intelectual, mientras que yo sí que lo estoy. Puedo asegurarle que la señorita Sizer y la trabajadora social de la Universidad Sweet Briar harán todo lo posible para que a su hija la críe una familia acomodada que pueda ofrecerle todo lo que necesite. Una persona razonable querría algo así para su hija,

en especial alguien en su situación. ¿No quiere lo mejor para ella?

—Sí, claro que sí. Pero yo soy lo mejor para ella. ¡Soy su madre!

—Puede que sea su madre, pero no tiene hogar ni empleo. ¿Cómo espera mantenerla a ella o a los hijos que pueda tener en el futuro?

—Tenemos todo lo que necesitamos en el hogar de Silas Wolfe. Tenemos nuestra propia alcoba, ropa limpia y más comida de la que jamás he visto. Silas permitirá pronto que mi hermano venga y también habrá suficiente para él. Por favor, tengo que volver. —Intentó contener las lágrimas, pero ya le rodaban por las mejillas—. Se lo suplico, ayúdeme a encontrar a los niños y deje que nos vayamos a casa, a Wolfe Hollow.

El doctor Bell no parecía conmovido.

—Estoy seguro de que era una situación ideal para usted —dijo—. Pero, según el *sheriff* de la zona, el señor Wolfe ha sido declarado incompetente como padre y derribarán su casa en breve. Así que ya ve que, aunque aceptáramos dejarla ir, no tendría ningún sitio al que acudir.

—Eso no es cierto. Silas no quiere marcharse. Está luchando para conservar sus tierras.

—No me cabe duda de que lo intenta. No obstante, señorita Conti, cuando se le permitió la entrada a este país fue con la condición de que usted no se convirtiera en una carga para la sociedad. Y Silas Wolfe las ha estado manteniendo a usted y a su hija con comida y alojamiento desde que llegaron. Usted no ha hecho nada para mantenerse por sí misma.

Lena levantó las manos con impotencia. No sabía si reír o gritar, pero sentía que estaba a punto de hacer ambas cosas a la vez.

—¿Qué quiere que haga? Vine a los Estados Unidos creyendo que recibiría un salario por mi trabajo; que tendría dinero, como todo el mundo. Pero Silas Wolfe no quiere pagarme. Eso no es culpa mía.

—No importa. Lo cierto es que usted es incapaz o reacia a cambiar las cosas. Ahora debemos lidiar con la situación real, no con lo que usted creía que sería. —Distraído de pronto, soltó la estilográfica y se sacó un reloj del bolsillo del chaleco para comprobar la hora—. Y me temo que nuestro tiempo ha acabado. Tengo que asistir a una reunión importante en otro edificio. —Volvió a meter el reloj en el bolsillo de su chaleco, guardó el informe en la carpeta y se puso de pie—. Terminaremos la evaluación mañana. Mientras tanto, la enfermera Irene la llevará a su pabellón. Una vez que comparta mis hallazgos con la comisión evaluadora la semana que viene, le haré saber lo que hayamos decidido.

Lena sintió la frente cubierta de un repentino sudor frío. «¿La semana que viene?». No podía quedarse tanto tiempo mientras se preguntaba por el paradero de Ella todo el rato. Se volvería loca.

—¡No! —gritó—. No pueden hacerme esto. ¡Tengo que encontrar a Ella!

—Su hija no se ha perdido, señorita Conti —dijo el médico—. Le vendrá bien recordarlo.

Furiosa, Lena se levantó de un salto y golpeó la mesa con ambas manos.

—¡Tiene razón! ¡Mi hija no se ha perdido! ¡Me la han robado y Miriam Sizer sabe dónde está!

El doctor Bell asintió levemente en dirección a la enfermera Irene antes de rodear el escritorio. En ese momento Lena se percató de su error. Retrocedió, pero no había huida posible. Para su sorpresa, el doctor Bell la sujetó por los hombros y la miró con ojos compasivos. Por un breve instante, Lena pensó que iba a decir que simpatizaba con su situación y que la ayudaría a encontrar a los niños. Y entonces la compasión se convirtió en lástima y determinación.

El pinchazo en el brazo fue agudo e inmediato. Se volvió hacia la enfermera Irene, quien le había clavado la jeringuilla en la piel. El doctor Bell sujetó a Lena con más fuerza, la empujó hasta volver a sentarla y la retuvo así.

—Intente recordar que esto es por su propio bien —le dijo.

Lena se esforzaba por levantarse, pero él le sujetaba los brazos contra el cuerpo y la enfermera Irene le sujetaba sus hombros.

—No —dijo Lena—. Por favor, no hagan esto —les suplicó, pero de súbito se sintió mareada y débil; se le mezclaban los pensamientos y las palabras, blandos y aplastados como si fueran de barro. Apretó los ojos y parpadeó dos veces para luchar contra la sensación creciente que parecía tirar de su cuerpo hacia el suelo. Entonces la sala se volvió borrosa y oscura, y el doctor Bell comenzó a derretirse, sus rasgos caracoleaban en una masa blanca y grisácea.

—Relájese —dijo la enfermera Irene con voz queda y lenta.

Lena se esforzó por seguir hablando, por decirles que le permitieran irse, pero los brazos y las piernas se le quedaron inertes. Y luego la sala desapareció.

CAPÍTULO 21

Lena sentía el cuello rígido y la cabeza ladeada en un ángulo extraño e incómodo, y tenía las piernas dobladas de cualquier manera debajo del cuerpo. Sentía como si hubiera estado peleando, le dolían todos los músculos. Y le pitaban los oídos. ¿Se había caído por las escaleras? ¿Había acarreado demasiadas bolsas de manzanas hasta la casa? No, esta sensación pesada y aletargada no era resultado del trabajo duro. Era más bien como cuando te recuperas de una enfermedad grave o de un accidente. Abrió los ojos y movió la cabeza. Parpadeó para enfocar la vista.

La luz amarilla del amanecer se filtraba por una ventana lejana y dibujaba barrotes sobre un suelo de baldosas blancas. Al principio pensó que se encontraba en su dormitorio, en Wolfe Hollow. Pero no veía juguetes desperdigados por una alfombra tejida. No veía una cuna en la pared opuesta. Bajó la vista hacia sí. Llevaba puesta una bata. Seguía descalza. De repente, el pitido de los oídos cesó y se vio reemplazado por gemidos, llantos, toses, canturreos y murmullos. Entonces le llegó el hedor rancio a sudor humano, orina y heces. ¿Estaba de nuevo en la bodega de tercera clase?, ¿en las entrañas de un barco de camino a Alemania? Hizo un esfuerzo por sentarse para mirar a su alrededor.

Mujeres de todas las edades abarrotaban la sala fría de paredes grises. Algunas vagaban sin rumbo, otras dormitaban o se sentaban sobre camas metálicas con sábanas y almohadas mugrientas. La mayoría vestía ropa andrajosa o camisones de dormir, mientras que unas pocas mostraban diversos grados de desnudez. Una mujer llevaba una extraña prenda blanca con tiras de cuero que le sujetaban los brazos alrededor de la cintura. Otra se paseaba cantando una nana mientras acunaba entre los brazos a una muñeca desmembrada. Todas estaban pálidas y delgadas, y tenían la expresión torturada y los ojos hundidos.

Notó que el terror se le apoderaba de la mente y le cerraba la garganta con ánimo de asfixiarla. Estaba en la Colonia. Y el *sheriff* se había llevado a Ella. Sacó

los pies de la cama y se puso de pie, tenía las piernas débiles y temblorosas. Tenía que salir de allí. Tenía que encontrar a Ella. Y a Bonnie y a Jack Henry. Mareada, se internó entre la multitud tambaleándose: esquivó a una joven que estaba sentada en el suelo con las piernas cruzadas, pasó deprisa junto a una mujer de cabello desgreñado que miraba fijamente al techo con los brazos levantados, rodeó a una anciana arrugada que bailaba mientras recuerdos de días más felices le asomaban a los ojos. Varias otras mujeres la miraron con expresión cómplice para verla correr frenética en su huida. Una de ellas saltó desde una cama, hizo ademán de sujetarla y se echó a reír. Lena encogió los hombros y corrió para que no la alcanzase. Cuando al fin llegó a la puerta, sudorosa y sin aliento, sacudió el picaporte. Estaba cerrada con llave.

—Yo no me empeñaría en hacer eso si fuera tú —dijo una voz a su espalda.

Lena se dio la vuelta para ver quién había hablado.

Una mujer robusta, sentada en el borde de un colchón sucio, la miraba con ojos tristes. Parecía rondar los setenta años. Tenía las piernas hinchadas y una papada colgante.

—Si intentas escaparte, te meterán en la habitación ciega. Pero primero te darán duchas vaginales para limpiarte por si acaso has estado con un hombre. Luego te dejarán encerrada dos o tres semanas sin nada más que comer que pan duro y agua sucia.

—¡Yo no tendría que estar aquí! —exclamó Lena.

La mujer señaló la cama contigua, donde una joven yacía inmóvil sobre el colchón con las manos atadas al cabecero de hierro y una sábana anudada sobre la boca.

—Ninguna de nosotras tendría que estar aquí, cariño.

Lena se volvió y aporreó la puerta.

—¡Déjenme salir, por favor! ¡Tengo que encontrar a mi niña!

—Te lo estoy diciendo —repitió la mujer—. Eso es mala idea.

Justo entonces unas llaves resonaron en la cerradura. Lena dio un paso atrás, preparada para huir o luchar. El picaporte se movió y la puerta se abrió para dar paso a la enfermera Irene. Lena intentó pasar junto a ella, pero la enfermera le dio un empujón, sacó las llaves de la cerradura y cerró la puerta tras ella. Era más fuerte y rápida de lo que parecía.

—Por favor, deje que me vaya —lloriqueó Lena—. No me pasa nada malo.

La enfermera Irene le lanzó una mirada ceñuda.

—Eso lo decidirá el doctor Bell. ¿Va a venir conmigo ahora de buen grado para

el resto de la evaluación o tengo que pedir refuerzos?

Lena apretó los puños y contuvo las ganas de gritar. Intentar razonar con la enfermera era inútil. De algún modo, tenía que demostrarle al doctor Bell que era inteligente, fuerte y capaz.

—Iré con usted.

—Eso está mejor —dijo la enfermera Irene.

Abrió la puerta, la sacó de la sala, guardó las llaves en el bolsillo de su uniforme y guio a Lena por un pasillo mal iluminado. Llantos y gemidos se filtraban por las filas de puertas cerradas, junto con gritos agudos o chillidos de dolor ocasionales. Lena respiraba hondo, prestando atención a las inhalaciones y exhalaciones para luchar contra las garras del pánico. El doctor Bell no podía mantenerla en ese lugar desdichado. Eso no podía ser.

A mitad del pasillo, una puerta se abrió para dar paso a una mujer de pelo gris con un bebé envuelto en una manta. Tenía el rostro retorcido de miedo. Dos enfermeras corrieron tras ella. Una la sujetó por la cintura mientras la otra le arrebataba al bebé para después lanzarlo al suelo. Lena gritó y corrió hacia la criatura, segura de que estaría herida o algo peor. La enfermera Irene la aferró del brazo y la sacudió.

—¿Qué se supone que hace?

—¡Ayudar al bebé! —gritó Lena.

—¿Qué bebé?

Lena volvió a mirar. La manta revuelta yacía en el suelo del pasillo, pero no contenía ningún bebé, ningún niño lloroso ni un recién nacido que gimoteara. Volvió a mirar a la mujer canosa de cara pálida y ojos negros. Le habían cortado el cabello, antes largo y enredado, pero no cabía duda de que se trataba de la viuda Spinney, la pobre mujer que rondaba el puente cerca de Wolfe Hollow. Cuando las enfermeras se la llevaron a rastras de vuelta a la habitación, la mujer se aferró al marco de la puerta con ambas manos y luchó por liberarse. Entonces tiraron de ella hasta que se soltó y la puerta se cerró de un portazo. Lena sentía el redoble del corazón al golpetearle el pecho con fuerza. ¿Estarían todas las personas de las montañas encerradas en la Colonia?

«No, no todas». Su hija no estaba allí. Ni tampoco Bonnie ni Jack Henry.

Y entonces oyó a la viuda Spinney chillar tras la puerta cerrada, gritos sordos como los aullidos de un animal torturado. A diferencia de la primera vez que Lena oyó a la viuda, esta vez sintió la pena de la mujer en lo más profundo del alma, una lástima que era un eco horrible y doloroso de su propio pesar. Ahora entendía por

qué la viuda Spinney lanzaba esos gritos agónicos. Ahora entendía por qué recorría el puente llorando por su bebé perdido.

La enfermera Irene le tiró del brazo.

—Siga andando.

Lena trastabilló por el pasillo mientras intentaba imaginar qué le estarían haciendo las enfermeras a la viuda y se preguntaba si ella misma también caería en esa locura inducida por la pena. No. Ella encontraría a su hija. Tenía que encontrarla. Seguro que Silas ya los estaría buscando, a ella y a sus hijos. Seguro que la encontraría en la Colonia, y, si aún no hubiera encontrado a Bonnie, a Jack Henry y a Ella, ambos los buscarían juntos. A menos que Silas la culpase del hecho de que les hubieran quitado a sus hijos. A menos que también se lo hubieran llevado a él a alguna parte.

Al final del pasillo, la enfermera abrió con su llave una puerta doble que llevaba a otra ala del edificio y la volvió a cerrar una vez que hubieron pasado. Tras varias vueltas más por aquel edificio enorme, entraron en una habitación de paredes blancas con una camilla para exámenes médicos, un mostrador con gavetas y unos armarios con puertas de cristal repletos de instrumentos afilados. Lena empezó a temblar con unos escalofríos profundos que le sacudían las entrañas.

—Suba a la báscula —le ordenó la enfermera Irene.

Lena hizo lo que le pedía y la enfermera Irene tomó nota de su peso y altura antes de decirle que se sentara en una silla para tomarle la temperatura y la tensión. Cuando el doctor Bell entró en la habitación, colocó un taburete en un extremo de la camilla.

—Buenos días, señorita Conti —la saludó—. Espero que haya descansado. —Tomó su informe de encima del mostrador, lo examinó con brevedad y lo volvió a dejar donde estaba—. Por favor, quítese la bata y suba a la camilla.

La enfermera Irene sacó una bata de hospital de un cajón y se la tendió a Lena. Esta miró en derredor en busca de un biombo o de la puerta hacia otra habitación.

—Puede cambiarse aquí mismo —dijo el doctor Bell—. No es nada inadecuado.

—Pero yo...

—Vamos, que no tenemos todo el día —la exhortó la enfermera Irene.

Y así, Lena se vio de nuevo dentro de la planta despiojadora de la isla Hoffman, donde tuvo que desnudarse delante de extraños, temblando e intentando cubrirse apretándose contra el pecho el cuerpecito de Ella. Solo que esta vez no llevaba a Ella en brazos. «Ella». ¿Dónde estaba su dulce Ella? ¿Volvería a estrecharla entre

sus brazos? Con los ojos anegados de lágrimas, le dio la espalda al doctor Bell y a la enfermera Irene y, con el rostro rojo de vergüenza, se quitó la bata que llevaba. Tras quitarse también las bragas y el sujetador, se puso la que le habían dado y se volvió de nuevo hacia ellos. La enfermera Irene colocó su ropa sobre una silla en un rincón de la habitación. Lena se subió a la camilla, que estaba cubierta por un papel, y cruzó los brazos sobre los pechos.

El doctor Bell tomó un estetoscopio que había colgado de un gancho en la pared, se colocó los auriculares y le pidió que bajara los brazos. Lena obedeció. La hizo respirar hondo varias veces mientras la auscultaba con gesto de concentración. Cuando terminó fue hacia el informe y escribió algo en él.

—No entiendo por qué hace todo esto —dijo Lena—. No soy epiléptica, ni deficiente mental, ni estoy enferma. —Le resultó difícil pronunciar «epiléptica», pero seguro que él la había entendido.

—Ajá —dijo el doctor Bell.

Lena apretó la mandíbula, frustrada; no le estaba haciendo ningún caso.

El médico comprobó sus reflejos con un martillo de goma, le examinó los oídos y la garganta, y le pasó los dedos por la columna vertebral.

—¿Siente dolor en alguna parte? —le preguntó.

—No.

Le palpó debajo de las axilas y de la mandíbula, le presionó con los dedos todo el contorno del cráneo y le midió la cabeza. Mientras registraba todos sus hallazgos, la enfermera Irene sacó dos estribos de metal de los extremos de la camilla antes de dirigirse a uno de los armaritos, sacar una botellita y una jeringuilla de una de las gavetas y colocarlos sobre una bandeja de metal.

Lena sintió el miedo como un nudo en el estómago. Sabía para qué necesitaba los estribos el doctor Bell.

—Túmbese en la camilla, por favor —le indicó el médico—. Y apoye los pies en los estribos.

La enfermera Irene le acercó al doctor un taburete antes de colocarse junto a Lena, preparada para hacer lo que fuese necesario para mantenerla a raya.

—No hace falta que haga esto —insistió Lena—. No estoy embarazada.

—Esperemos que no. Pero también estoy buscando enfermedades venéreas y de la pelvis, así como pruebas de un estilo de vida inmoral.

—Pero ya se lo he dicho —se quejó Lena—. No tengo ninguna enfermedad.

La enfermera Irene soltó un suspiro de irritación.

—Si no coopera, tenemos formas de asegurarnos de que lo haga. —Levantó una

tira de cuero de un lado de la camilla, se la enseñó a Lena y luego hizo un gesto hacia la jeringuilla de la bandeja metálica.

Lena negó con la cabeza.

—No es necesario.

—Entonces haga lo que le dice el doctor.

—Intente recordar que el objetivo de todo esto no es hacerle daño, señorita Conti —declaró el doctor Bell—. Solo queremos asegurarnos de que se encuentra sana. Y, si no lo estuviera, ayudarla a que se cure.

Por enésima vez, o eso le pareció, Lena empezó a decir que estaba sana. Estaba bien, era fuerte y era una persona civilizada. Pero no tenía sentido. No le hacían caso. Se tragó el nudo que se le había formado en la garganta, se tumbó en la camilla y apoyó los pies en los estribos. Cuando el médico le tocó con manos frías el lugar suave y vulnerable entre las piernas, ladeó la cabeza, cerró los ojos y rezó para que acabara pronto.

CAPÍTULO 22

Los días que precedieron a las evaluaciones físicas del doctor Bell fueron los más largos de la vida de Lena. Casi cada noche, la lluvia golpeteaba contra las ventanas enrejadas del pabellón, los truenos estremecían el edificio y los rayos iluminaban el cielo oscuro. Parecía que se avecinaba el fin del mundo. Cada segundo de cada hora de cada día pensaba en Ella, en lo asustada y confundida que estaría mientras se preguntaba dónde estaba su madre y por qué no la había rescatado aún. ¿Tendría frío o hambre?, ¿lloraría? ¿Estarían Bonnie y Jack Henry con ella o ya los habrían separado? Y ellos, ¿se encontrarían bien? Las preguntas sin respuesta la estaban llevando al borde de la locura. Pero tenía que creer que seguían juntos. Tenía que imaginárselos juntos en una habitación alegre y caldeada donde Bonnie le cantaría a Ella y Jack Henry las haría reír. Era lo único que la mantenía cuerda.

Estuvo encerrada en la sala mugrienta durante un lapso que le pareció interminable, como el resto de las pacientes de la Colonia. Vestían la misma ropa, respiraban el mismo aire fétido y se preguntaban lo que les depararía el minuto siguiente, el día siguiente, la semana siguiente. A menos que alguna se viera envuelta en una refriega, se lastimara o hiriera a otra persona, sufriera un ataque violento o provocara una conmoción de cualquier tipo, la monotonía se rompía solo dos veces al día, cuando se les permitía acudir al comedor para recibir su ración de gachas de avena aguadas, sopa insípida y pan duro. Lena apenas podía pensar en comer; tenía el estómago revuelto por los nervios y la pena. Sin embargo, se obligaba a tragar. Tenía que conservar las fuerzas para cuando la liberaran y así poder emprender la búsqueda de Ella. Cada día preguntaba a las enfermeras y a las auxiliares cuándo la volvería a ver el doctor Bell, pero no le hacían caso o le decían que no lo sabían.

El resto del tiempo se sentaba apoyada contra el cabecero de su cama, con la mirada baja y las rodillas flexionadas contra el pecho, con la esperanza de que la

dejaran en paz para imaginar las mejillas rosadas y los ojos dulces de Ella, o para recordar la letra de las canciones favoritas de Bonnie..., cualquier cosa con tal de dejar de prestar atención al caos y la tragedia que la rodeaban. No quería ver a las mujeres atadas a la camas ni a las que gateaban por el suelo. No quería ver a las adolescentes que lloraban en un rincón con la cabeza gacha ni a las que vagaban por el pabellón como si estuvieran perdidas. Quizá fuese ridículo o cruel, pero hablar con las otras pacientes habría significado admitir que era una de ellas. Y nunca sería como las demás. Se negaba a permitir que eso ocurriese. De algún modo, saldría de allí y encontraría a su hija.

A los cuatro días de su llegada, cuando la mujer robusta de las piernas hinchadas que la había avisado sobre la habitación ciega se levantó y se acercó a su cama con mucho esfuerzo, Lena se estiró sobre el colchón y le dio la espalda. No quería oír la historia de nadie y no quería saber nada de la congoja que las había llevado hasta allí. Porque ¿y si sus historias fueran similares? ¿Y si se enteraba de que, sin importar lo que hiciera, terminaría igual que las demás?

—¿Te importa que me siente un rato? —le preguntó la mujer—. Estas piernas viejas ya no me sostienen tan bien como antes.

Lena quería decirle que se fuera, pero la otra había intentado ayudarla y parecía bastante normal. De mala gana, se incorporó y retiró los pies para hacerle sitio.

—Gracias de todo corazón. —Se sentó con pesadez a los pies de la cama y el somier metálico rechinó a modo de protesta. Se acomodó sobre el colchón hasta que dejó de tocar el suelo con los pies—. Vaya —dijo—, envejecer no es para pusilánimes, te lo digo de verdad. Soy Ethel Buck. Encantada de conocerte.

Lena se abrazó las rodillas.

—Lena.

—He supuesto que te vendría bien una amiga —dijo Ethel—. Y, si necesitas saber cualquier cosa, llevo aquí bastante tiempo. Creo que ya hace cinco años.

Lena se encogió por dentro. «¿Cinco años?».

Ethel debió de verle el miedo en la cara.

—Sí, es mucho, pero yo no soy la única que se ha pasado aquí demasiado tiempo. —Señaló a una anciana que se movía pegada a la pared, encorvada y cabizbaja—. Esa de ahí es Silvia. Lleva veintitrés años aquí dentro. —Luego apuntó con la barbilla hacia una muchacha que parecía rondar la edad de Lena—. Jerilyn ha vivido aquí desde que cumplió trece.

Una fría espiral de temor se abrió paso dentro de Lena y amenazó con tragársela entera. El inspector de la isla de Ellis había dicho que si encerraban a Enzo nunca

saldría. Pero no tenía ni idea de que pudieran obligar a las pacientes de la Colonia a quedarse tanto tiempo. ¿Y si el doctor Bell llegaba a la conclusión de que a ella también había que encerrarla para siempre? ¿Y cómo conservaban la cordura las mujeres encerradas en ese lugar detestable?, si es que se mantenían cuerdas...

—Silvia ya no habla mucho —continuó Ethel—. Pero hace algunos años nos contó que la policía aprovechó que su marido estaba trabajando fuera para llevárselas a ella y a sus cuatro hijas. Entregaron a las dos hijas menores a otra familia y encerraron a las otras dos aquí con ella. Las acusaron de regentar una casa de mala reputación o alguna sandez por el estilo. Pero se trataba de una pensión, y eso es tan cierto como que el cielo es azul.

Lena echó un vistazo por el pabellón.

—¿Sus hijas siguen en la Colonia?

—Bueno, una sí y la otra no. Resultó que a la mayor se le daba tan bien cuidar niños que se la quedaron para que ayudase. Silvia intentó durante años averiguar en qué pabellón se encontraba, pero nunca lo supo. Eso fue antes de que empezase a írsele la cabeza, claro. Liberaron a su otra hija y la enviaron a trabajar con una familia pretenciosa para ver si sabía comportarse bajo lo que los doctores llaman «el cuidado de personas adecuadas». En cuanto a Jerilyn, un malnacido inútil forzó a la pobre muchacha y luego huyó del pueblo cuando descubrió que estaba embarazada. Cuando nació el niño, los trabajadores de la Cruz Roja se lo llevaron y encerraron a Jerilyn aquí con la acusación de no ser capaz de controlar sus deseos carnales.

Tenía el estómago revuelto de rabia y de pánico. En cierto modo, la historia de Silvia y la de Jerilyn se parecían a la suya. ¿Y si la encerraban por los mismos motivos? Tragó saliva para intentar recuperar la voz.

—¿Averiguó Silvia alguna vez lo que había pasado con las hijas que entregaron a otra familia?

Ethel sacudió la cabeza con tristeza.

—Preguntó por sus niñas durante años, pero nadie sabía darle razón. Intenté conseguir que se sintiera mejor diciéndole que, a lo mejor, mi Carrie las había adoptado. Pensar en eso también me hacía feliz, porque mi Carrie siempre quiso tener criaturas. Pero ella también estuvo en la Colonia durante un tiempo y no la dejaron marchar hasta que se aseguraron de que ya no podría tener más bebés.

A Lena no se le ocurría qué decir más allá de «lo siento». Y lo sentía, pero también había rabia y asco. A la vez, le ayudaba saber de alguien a quien habían liberado.

—No hace falta que digas que lo sientes —dijo Ethel—. No a mí, al menos. En mi caso, fue todo culpa mía por no dejar el alcohol y las drogas, y por no proporcionarle a Carrie un hogar adecuado. Me la arrebataron y se la entregaron a otra familia, igual que hicieron con las hijas de Silvia. El problema es que la familia que acogió a Carrie solo quería una sirvienta gratis. Y uno de los sobrinos la dejó embarazada. Él lo negó, claro, pero los Dobbs, la familia para la que trabajaba Carrie, la enviaron a la Colonia para guardar las apariencias. Y se quedaron con la bebé. —Hizo una breve pausa y se quedó mirando al vacío, como si se imaginara a la nieta que nunca había visto—. No lo sé con seguridad, pero oí decir que la niña de Carrie era muy lista, que incluso sacaba buenas notas en el colegio. Pero supongo que estaba condenada desde el principio, igual que yo y que su mamá. Solo tenía ocho años cuando enfermó y murió.

Lena sacudió la cabeza con los ojos anegados de lágrimas. No tendría que haberle permitido a Ethel que se sentara en su cama. No tendría que haber hablado con ella. No quería oír más historias desgarradoras. No quería saber nada de hijas arrebatadas a su madre ni de niñitas que se morían. Era demasiado y no podía soportarlo.

—¿Qué hay de ti, cariño? —preguntó Ethel—. ¿Cómo acabaste en este nido de serpientes?

—Lo siento, pero no me encuentro bien. Necesito descansar un rato. —Aflojó las rodillas y empezó a estirar las piernas sobre el colchón.

—Claro que sí, querida. Supongo que este lugar ya está empezando a agotarte. —Se deslizó hacia delante hasta que sus pies hinchados tocaron el suelo—. Solo házmelo saber si necesitas un hombro en el que llorar, ¿de acuerdo? —Y, con gran esfuerzo, reajustó la posición de las piernas y se puso en pie.

Segura de que no podría hablar sin romperse en sollozos, Lena se dio la vuelta para quedar tumbada de lado e intentar controlar la oleada negra de miedo que le crecía dentro.

Ethel le dio una palmadita en la pierna con una mano amistosa y, sin decir palabra, la dejó sola.

* * *

Seis días después del examen médico, la enfermera Irene llevó por fin a Lena a ver al doctor Bell. Cuando llamó a la puerta de su despacho, contuvo el aliento. Después de hablar con Ethel apenas había dormido, pues tenía la certeza de que la encerrarían de por vida como a Silvia y a Jerilyn. Si nunca volvía a ver a su hija, se

moriría. ¿Y si a Ella, Bonnie y Jack Henry los criaban familias que los trataban como a esclavos? ¿Y si abusaban de ellos física o sexualmente? Pero no. Su historia no terminaría así. Silas los encontraría, o bien ella quedaría libre para emprender la búsqueda. Tal vez ocurriría un milagro y el doctor Bell estuviese a punto de disculparse y de decirle que había cometido un error. Quizá fuera a decirle dónde encontrar a los niños.

Oyó voces amortiguadas al otro lado de la puerta y un rayo de esperanza le brotó en el pecho. Podía ser Ella, Bonnie y Jack Henry estuvieran esperándola en el despacho. O que Silas hubiese ido a rescatarla.

Entonces la enfermera Irene abrió la puerta y Lena se quedó paralizada.

Penélope Rodgers, de la Universidad Sweet Briar, con un abrigo impoluto y una camisa blanca almidonada, estaba sentada junto al doctor Bell al otro lado del escritorio. Los acompañaban dos hombres con traje oscuro y rostro desprovisto de emoción. Uno de los hombres tenía el cabello negro como el carbón y complexión débil; el otro lucía una barba pelirroja y rala que apenas le ocultaba el semblante macilento. El doctor Bell, que se encontraba escribiendo en una carpeta, levantó la vista y sonrió.

—Ah, ahí está —dijo—. Señores, señorita, esta es la paciente número 1969 de la Colonia, Magdalena Sofía Conti. —Hizo un gesto hacia las sillas frente a su escritorio—. Tome asiento, señorita Conti.

Lena parecía clavada al suelo. Fulminaba a Penélope con la mirada.

La enfermera Irene le dio un empujón.

—Si yo fuera usted, haría lo que me dicen.

De mala gana, Lena se acercó a las sillas y se sentó. Sentía que le ardía el pecho.

—Supongo que recuerda a la señorita Penélope Rodgers, de la Universidad Sweet Briar —dijo el doctor Bell, como si Lena y la otra mujer fueran viejas amigas.

—Sí, me acuerdo de ella. Sorprendió a Jack Henry en el establo de Silas Wolfe y asustó a los niños.

—¿Se refiere a los niños que me persiguieron con una horca? —preguntó Penélope con sarcasmo.

—Le pedimos que se fuera. Usted no se iba y nos dijo cosas espantosas.

—No es así como yo lo recuerdo.

—¿Les parece que continuemos? —interrumpió el doctor Bell. Se volvió hacia los otros dos hombres—. Antes de que empecemos, la señorita Rodgers me ha pedido dirigirse a esta comisión.

—Gracias, doctor Bell —dijo Penélope. Se levantó y se situó en un extremo del escritorio para mirar a los hombres y leer el documento que llevaba en la mano—. A lo largo del año pasado tuve la oportunidad de visitar una sección montañosa de nuestra querida Virginia, donde encontré una familia con un total estimado de dieciséis hijos, doce de los cuales poseían una mentalidad que pude evaluar, a simple vista, como deficiente. La familia vivía en la pobreza más extrema, sin ningún decoro ni comodidades básicas. También he visitado a otras cincuenta familias que vivían en el mismo condado, en el mismo entorno y con el mismo grado de mentalidad. Esto significa que Virginia está permitiendo que se acumulen dentro de sus fronteras hordas de estos clanes que no tienen derecho a haber nacido, que están empeorando la inteligencia de su ciudadanía, que están llenando sus tribunales de delitos y crímenes, y que suponen una carga incalculable para nuestras arcas. Si se permitiera que tan solo una de estas familias se reprodujera, sus generaciones futuras añadirían millones de dólares en subsidios y una retahíla interminable de problemas sociales dondequiera que se asentasen. Por eso mis compañeros y yo nos negamos a sentarnos y permitir que ese tipo de cosas suceda. Y por eso también me siento honrada de, una vez más, ayudar a la comisión evaluadora de la Colonia en su evaluación.

—Gracias por su compromiso con la causa —respondió el doctor Bell—. Me aseguraré de que los profesores Iván McDougle y Arthur Eastbrook, de la Oficina de Registro de Eugenesia, sean conscientes de su dedicación.

Los otros dos hombres asintieron para mostrar su gratitud y reconocimiento. Penélope volvió a su asiento con expresión de sumo contento.

—¿Es cierto que la gente de la montaña vive en cabañas de madera cubiertas de fango y que no tienen un gobierno comunitario ni una religión organizada, y poca organización social más allá del ámbito de la familia y del clan, y que solo poseen trazas leves de una industria organizada? —le preguntó uno de los hombres.

Penélope asintió.

—No viven en el siglo XX.

Una vez devolvió el documento a su bolso y se sentó, el doctor Bell miró a Lena.

—Como le prometí, elevé mis hallazgos resultantes de su evaluación a la comisión evaluadora, que, además de a mí, incluye al doctor Fischer —hizo un gesto hacia el hombre del cabello negro como el carbón— y al doctor Crampton. —Señaló al hombre de la barba—. Ambos excelentes señores son miembros respetables de la Sociedad Estadounidense de Eugenesia. También trabajan para el estado de Virginia.

Con el corazón latiéndole tan fuerte que le iba a explotar, Lena se obligó a asentir en dirección a ambos hombres, para reconocer su presencia y para indicar que había entendido lo que el doctor Bell había dicho. De otro modo podrían pensar que era deficiente mental o algo peor.

—Ahora que ya hemos acabado con las presentaciones —dijo el doctor Bell—, permítame decirle, señorita Conti, que la he hecho llamar a mi despacho para compartir con usted los resultados de la comisión evaluadora.

Lena sintió que se le iba la cabeza. Algo oscuro y pesado amenazaba con derribarla. Apoyó las manos y los codos en los reposabrazos para mantenerse erguida. Los doctores tenían que dejar que se fuera. Tenía que ser así.

—Hemos revisado los hallazgos del doctor Bell —intervino el doctor Crampton— y ahora procederemos a la lectura de nuestras recomendaciones y opiniones profesionales.

—Magdalena Sofía Conti —dijo el doctor Fischer—, la Comisión Evaluadora de la Colonia del Estado de Virginia la ha declarado deficiente mental y, según las leyes hereditarias, usted es la posible madre en potencia de descendientes inadecuados a nivel social, descendientes que se verán afligidos por el mismo mal. Como tal, usted será sexualmente esterilizada. La práctica de la esterilización quirúrgica a las personas que creemos incompetentes por su deficiencia mental, su locura, su alcoholismo, su epilepsia o cualquier otro rasgo considerado un defecto que se suponga hereditario en origen, y, por lo tanto, prevenible mediante la esterilización, es legal en el estado de Virginia.

Lena contuvo el aliento mientras se esforzaba en comprender lo que el hombre decía. En lo más profundo de su corazón sabía la horrible verdad, pero no podía ser cierto. No, no podía ser cierto. Abrió la boca para hablar, pero sentía que la lengua se le había petrificado.

—¿Tiene alguna pregunta? —inquirió el doctor Bell.

—¿Está..., me está diciendo que me van a operar? ¿Para evitar que tenga más hijos?

—Correcto —asintió el doctor Fischer—. Se ha demostrado que las mujeres esterilizadas son trabajadoras más competentes y productivas. Otras mujeres que han sido esterilizadas aquí en la Colonia han salido al mundo a ganarse la vida y se comportan de un modo excelente. En su caso, eso dependerá de usted.

—¡Pero yo no soy deficiente mental ni ninguna de las otras cosas que ha dicho! —protestó—. ¡Soy normal y estoy sana!

—Entendemos que pueden ser noticias devastadoras —dijo el doctor

Crampton—, pero su bienestar y el de la sociedad mejorarán tras su esterilización. Usted procede de una clase de personas de raza blanca ignorantes, perezosas y antisociales. Y, como queda demostrado por su deficiencia mental, usted tiene una edad cronológica de diecinueve años y una edad mental de nueve, según la Revisión Stanford de la Escala de Binet-Simon. Es inadecuada desde un punto de vista social y económico. Nunca se ha mantenido por sí misma y tiene una hija de veintinueve meses de edad que, con toda probabilidad, también sufre de retraso mental.

Lena sacudió la cabeza con fuerza.

—¡A Ella no le pasa nada malo!

—Para la persona no entrenada para eso, puede resultar difícil distinguir si una persona es deficiente mental —explicó el doctor Bell—. Algunas personas, incluso niños, no poseen ninguno de los estigmas de la deficiencia mental en grado leve y es difícil reconocerlos. Por eso es importante que los profesionales como nosotros nos mantengamos alerta para proteger a los demás de su contaminación invisible.

—Según mis observaciones —añadió Penélope Rodgers—, la niña mostraba signos de un desarrollo cognitivo lento. Tenía una forma de mirar que no era normal. No sabría explicarles qué tipo de mirada era, pero no era normal.

Lena se levantó de un salto.

—¡Eso es mentira! —gritó—. Usted no la conoce. ¡Ni siquiera habló con ella! Mi hija es muy inteligente. Está aprendiendo inglés antes de cumplir los tres años. Mi hermano también es inteligente, pero este país quería encerrarlo si no se iba. ¿Qué les pasa a todos ustedes? ¿Por qué se creen con el derecho de hacer tales cosas?

—Cálmese, señorita Conti —le advirtió el doctor Bell—, o tendremos que someterla.

La enfermera Irene la sujetó, la empujó de vuelta a la silla y la retuvo allí. La mente de Lena clamaba por levantarse y marcharse, por apartar a la enfermera Irene de un empujón y escapar del edificio. Pero no tenía las llaves para abrir las puertas cerradas, ni tampoco sabía qué camino tomar ni dónde esconderse. La atraparían antes de que llegara al final del pasillo. Y entonces volverían a drogarla, o algo peor. Mientras intentaba no hiperventilar ni vomitar, buscó algo que decir para hacerles entender que estaba bien, que su único delito era una comprensión imperfecta del idioma inglés durante el interrogatorio, además de su negativa a mudarse con George Pollock. Era necesario que entendieran que la estaban

castigando por intentar proteger a su hija y a ella misma.

—Entiendo que se siente consternada —insistió el doctor Bell—, pero es todo por su bien.

—¿Por qué estamos perdiendo el tiempo en intentar razonar con una mujer tosca y de nula inteligencia? —escupió el doctor Fischer—. Es imposible convencerla del valor de la operación de esterilización para su propia protección y la de la sociedad. Es retrasada. Su coeficiente intelectual no llega a ochenta. Es nuestro trabajo proteger a los demás de la amenaza de los deficientes mentales, que son antisociales de un modo permanente, con el consiguiente perjuicio para la sociedad, a la que todo eso le sale caro.

—Porque es el procedimiento —afirmó el doctor Bell.

—Si no hay otra opción —dijo el doctor Crampton—, podemos confinarla por no ser capaz de controlar sus nervios.

—¿Acepta la cirugía, señorita Conti? —preguntó el doctor Bell.

Lena sacudió la cabeza con tanto ímpetu que se hizo daño.

—No, no la acepto. No pueden hacerme esto. ¡No está bien!

—Si se niega —le advirtió el doctor Bell—, no tendremos más remedio que confinarla en la Colonia durante el resto de su vida.

Lena sintió que las entrañas se le disolvían. Después de todo lo que había sufrido (la guerra, el hambre, la pobreza, la pérdida de su padre primero y de su madre después, la pérdida de su hija...), después de todo, ¿a eso se reducían las cosas? ¿A la posibilidad de quedar encerrada en ese lugar espantoso hasta el fin de sus días? De pronto sintió que la sala daba vueltas y que las paredes se le cerraban alrededor. La impresión, la agonía y la pena tiraban de ella hacia el abismo. Tuvo que recurrir a todas sus fuerzas para no caerse de la silla y derrumbarse desmadejada en el suelo. Cerró los ojos un instante para recuperar el equilibrio. Cuando los volvió a abrir, Penélope y los médicos la miraban fijamente; esperaban con calma su respuesta. Una respuesta que, a la larga, no significaría nada para ninguno de ellos.

—¿Cuál es su decisión, señorita Conti? —preguntó el doctor Bell—. Puedo practicarle la cirugía mañana mismo.

Lena se llevó las manos a la boca con la certeza de que acabaría vomitando. No tenía otra opción. Que la liberasen de la Colonia era el único modo de poder encontrar a Ella. Y si podía volver a abrazar a su hija, nada más importaba: ni una operación ni que la obligaran a abandonar toda esperanza de tener más hijos. Bajó las manos, miró a los médicos y asintió con la vista nublada por las lágrimas.

—Estoy de acuerdo con la operación —dijo con voz estridente.

Por un momento se preguntó si no estaría perdiendo la cordura.

* * *

Lena se despertaba, dormitaba y volvía a despertarse. Una y otra y otra vez. Era imposible distinguir la diferencia entre las pesadillas y la realidad. Sentía el cuerpo amoratado y maltratado, los miembros pesados e inertes. Estaba tumbada sobre un colchón duro y tenía una almohada fina bajo la cabeza. Pero no tenía ni idea de dónde se encontraba. Imágenes borrosas le pasaban por la mente: afilados instrumentos plateados, personas inclinadas sobre ella, alguien que le enjugaba la frente con un paño frío. Parpadeó y se obligó a abrir los ojos. La luz la cegó. Movió la cabeza. Una jarra de agua y un vaso sobre una mesita junto a ella. Palabras musitadas y gemidos quedos llenaban el aire. En algún lugar, una mujer lloraba. Una silueta oscura se cernía por allí cerca, una figura borrosa.

—¿Bonnie? —preguntó Lena.

Nadie respondió.

Y entonces se acordó.

Estaba en la Colonia.

La habían esterilizado.

Y no sabía dónde estaba Ella.

Se esforzó por incorporarse, se encogió de dolor y volvió a tumbarse. Sentía como si le hubieran clavado un puñal en el bajo vientre.

—Quédese quieta —le indicó una voz masculina—. Necesita descansar.

Poco a poco, la figura oscura se solidificó y pudo verla con claridad. Era el doctor Bell con una bata blanca y las manos a la espalda. La miraba desde toda su altura.

—El procedimiento fue como habíamos planeado —explicó—. Hemos cortado una pulgada de cada una de sus trompas de Falopio. Luego hemos ligado cada trompa y hemos cauterizado los extremos con ácido carboxílico seguido de alcohol. Siempre y cuando siga las indicaciones que se le dan, su recuperación no debería plantear ningún problema.

Lena intentó hablar.

—Y después… —dijo con voz débil y rasposa—, ¿después me dejarán ir?

—Vamos a ver cómo evoluciona en los próximos días y ya veremos qué tal le va. ¿De acuerdo?

Lena empezó a preguntar cuánto tiempo había estado durmiendo, pues cada día

que pasaba significaba que Ella se alejaba más, pero el doctor Bell dio media vuelta y salió de la habitación.

CAPÍTULO 23

Los rayos de luz del sol se colaban entre los barrotes de las largas ventanas y rompían la penumbra de la sala de baldosas verdes para iluminar el suelo oscurecido por el moho. Un grupo de mujeres se arracimaba cerca de una pared, estaban desnudas y llorosas, y no hacían más que gemir y mecerse mientras esperaban su turno para meterse dentro de una de las bañeras con patas de garras. Tres mujeres se retorcían y gritaban en las bañeras; otras pacientes las sujetaban mientras las enfermeras les frotaban el cabello y el cuerpo. Del agua de las bañeras no surgía vapor. No había una humedad tibia en el ambiente. El agua, la sala, el suelo..., todo estaba helado. Lena, que temblaba de frío, estaba junto a una de las bañeras e intentaba prestar atención a lo que la enfermera Irene le estaba explicando.

—Cada paciente se baña una vez al mes.

Lena asintió para hacerle saber que había entendido.

Antes, cuando la enfermera Irene la había sacado del pabellón, Lena pensó que al fin iba a ser liberada. Pero en vez de dirigirse hacia el despacho del doctor Bell, se encaminaron en dirección opuesta, hacia otra parte del edificio.

—¿A dónde me lleva? —preguntó—. Han pasado diez días desde mi operación. El doctor Bell dijo que permitiría que me marchase.

—La llevo a que se lave —aclaró la enfermera Irene.

Un rayo de esperanza hizo que Lena aligerara el paso. Seguro que querían que se lavara antes de enviarla a casa. Se sentía impaciente por eliminarse toda la suciedad y la porquería de la piel.

—¿Y luego me dejarán irme?

—No, aún estoy esperando alguna comunicación del doctor Bell. Mientras tanto, necesitamos ayuda para bañar a las pacientes inferiores.

El estómago le dio un vuelco.

—Pero, si van a liberarme pronto, ¿por qué me asignan un trabajo?

La enfermera Irene se detuvo y la fulminó con la mirada.

—Si necesita tiempo para pensar si va o no va a hacer lo que se le ordena, puedo conducirla a la habitación ciega en vez de llevarla conmigo.

Lena negó con la cabeza.

—No, no necesito tiempo para pensarlo. Ayudaré.

En ese momento, en la bañera contigua, una enfermera usaba un cepillo de cerdas muy estropeado para restregarle el pecho y los brazos a una paciente a la que sujetaba una mujer fornida en camisón de dormir. La mujer de la bañera, anciana y esquelética, tosía e intentaba respirar; se aferraba con manos como garras, cruzadas por venas azules, a un lateral de la bañera mientras intentaba mantenerse sentada. Un lado de la cara se le desfiguró como si tuviera una comisura de la boca caída y puso los ojos en blanco. Parecía aterrorizada.

—¿Me oye? —preguntó la enfermera Irene.

Lena apartó la mirada de la anciana y asintió.

—Cada paciente se baña una vez al mes —repitió la enfermera—. Cuando no hay jabón, nos las apañamos. Y nunca tenemos tiempo suficiente para hacer un trabajo concienzudo, de modo que es imprescindible meterlas y sacarlas de la bañera lo más rápido que podamos. —Hizo ademán de dirigirse al otro lado de la sala—. Quédese aquí. Vuelvo enseguida.

Tras sacar a una mujer desnuda del grupo de pacientes, la arrastró hacia donde se encontraba Lena. Otra enfermera, musculosa y de rostro antipático, levantó a la mujer y la metió en la bañera. La mujer chilló e intentó salir, pero las manos se le resbalaron en la porcelana húmeda. Se hundió en el agua y salió tosiendo y escupiendo.

—¡Sujétela! —le gritó la enfermera Irene a Lena.

Lena hizo lo que se le decía. Empujó a la mujer por los hombros, los tenía húmedos y resbaladizos. La sujetó por los brazos mientras intentaba hacer caso omiso de los tirones y las punzadas de la cicatriz reciente del vientre.

—Lo siento —le decía Lena a la mujer mientras la sujetaba—. Lo siento.

La enfermera forzuda le frotó el cabello y el rostro a la mujer con jabón de sosa. Trabajaba con rapidez. A continuación le lavó el cuello y el torso, apartando con brusquedad los pechos voluminosos de la mujer, antes de pasar a lavarle las axilas.

—¡Ábrele las piernas! —le gritó a Lena la enfermera fornida.

Lena aferró las rodillas de la mujer y las separó. La enfermera metió la mano en el agua y le frotó entre las piernas. Cuando hubo terminado, le vació cubos de agua helada sobre la cabeza y la puso en pie de un tirón. Empapada, Lena se

enjugó el rostro y tomó a la mujer del brazo para ayudarla a salir de la bañera.

—Lo siento —volvió a decir—. ¿Te encuentras bien?

La mujer temblaba muy fuerte y casi hiperventilaba. Le temblaba la cabeza sobre el cuello delgado. Miró a Lena y dijo con voz temblorosa y rasposa:

—Nadie me había hecho esa pregunta jamás. Me encuentro bien. Gracias.

Antes de que Lena pudiera responder, una enfermera se llevó a la mujer, la restregó de forma somera con una toalla húmeda y le dejó su ropa en las manos temblorosas. La enfermera Irene llevó a otra paciente y la enfermera forzuda la metió en la bañera.

—¡Sujétala! —le gritó a Lena.

Hizo lo que le decían.

Tras lo que le parecieron unos cien baños helados, cuando la última paciente ya estaba vestida, la enfermera se las llevó a todas de vuelta a sus pabellones. Empapada y temblorosa, con el pelo mojado cayéndole sobre la cara y el cuello, Lena se apoyó en una pared para recuperar el aliento. La enfermera Irene se cruzó de brazos y se la quedó mirando.

—Le toca —dijo. Señaló con la barbilla hacia las bañeras llenas de agua fría asquerosa.

Lena deseaba bañarse más que nada en el mundo, pero no se sentía con ganas de meterse en la bañera después de tantas otras, algunas de las cuales habían estado cubiertas de vómito y desechos humanos.

—¿Tendré que ayudar mañana también? ¿O va a soltarme el doctor Bell?

—Estará aquí mañana también.

—Entonces me bañaré la primera.

Se encaminó hacia la puerta y esperó a que la dejaran salir.

CAPÍTULO 24

Todo lo que se veía por la ventana enrejada del pabellón del tercer piso de la Colonia del Estado de Virginia para Epilépticos y Deficientes Mentales parecía frío y húmedo: los árboles y las aceras, la hierba y la calle. El suelo estaba cubierto de hojas. Nubes bajas y ominosas pintaban de gris la mañana y ocultaban las montañas lejanas. Si los cálculos de Lena eran correctos, llevaba más de dos meses prisionera en la Colonia y había sido testigo de cómo los días templados de septiembre daban paso a los grises de finales de octubre y principios de noviembre. Wolfe Hollow parecía estar a un millón de kilómetros de distancia, al igual que todo y todos los asociados con el lugar: Silas, Bonnie, Jack Henry.

Ella.

«La querida y dulce Ella».

Nunca olvidaría los últimos segundos que había podido abrazar a Ella, el pánico en los ojos de su hijita, su llanto aterrorizado cuando Miriam se la llevó consigo. Se preguntaba cómo podría sobrevivir sin ella. Tras perder a su padre, verse separada de su familia y saber que *Mutti* había muerto, Lena pensaba que ya conocía la pena. Pero nada podría haberla preparado para la tortura insuperable de perder a su hija. Era verdad que Ella estaba viva, pero la esperanza de volver a verla disminuía con cada día que pasaba. Susurraba el nombre de Ella y se imaginaba su carita dulce mil veces cada hora. Los grilletes negros de la pena le apretaban el pecho con tanta fuerza que sentía que el corazón se le rompería en pedazos. El futuro se le presentaba vacío. Estaba destinada a perder a todas las personas que le importaban; estaba destinada a verse separada de todas las personas a las que más quería; y, si alguna vez conseguía salir de ese lugar, estaba destinada a pasar el resto de sus días buscando a su hija.

Intentaba ocultarlo, pero le daban llantinas tres o cuatro veces al día. La sensación de estar atrapada dentro de una pesadilla continuaba hasta el infinito.

Caminaba, hablaba, se ocupaba de las tareas que le habían asignado..., pero siempre se sentía desconectada, como si todo estuviera sucediendo en la distancia. Solo colocaba un pie delante del otro para mantenerse viva por si acaso volvía a ver a su hija alguna vez.

Todos los días pedía ver al doctor Bell. Todos los días las enfermeras le decían que no. Estaba empezando a preguntarse si no la habrían engañado para que aceptase la operación. Pero ¿para qué operarla si no iban a permitirle salir nunca? Y si la liberasen, ¿qué se encontraría al volver a Wolfe Hollow? ¿Estarían Bonnie y Jack Henry allí, habría obrado Silas el milagro de rescatarlos? ¿Habría encontrado a Ella también? ¿O acaso Silas se habría ido y se encontraría la casa y el establo vacíos? ¿Y qué pasaba con Teensy, Judd y sus hijas? ¿Y Betty Lee Blanchard y Sandy Craig y Nellie McCauley? Si los hubieran expulsado a todos de su hogar y de sus tierras, ¿dónde podría ir ella? ¿Cómo encontraría a su hija si no tenía donde vivir ni nadie que la ayudara?

Sentada en el borde de su colchón sucio, se estremeció y se abrazó para entrar en calor. Como siempre, el radiador no era más que un bloque de hierro frío situado bajo el alféizar que se caía a pedazos. Según la enfermera Irene, era demasiado pronto para encender la calefacción, aun cuando la sala, con aquel techo tan alto, se quedaba helada de noche y algunas de las mujeres habían recurrido a compartir la cama y abrazarse para darse calor. A pesar del ambiente otoñal, parecía que fuera hacía menos frío que dentro del edificio. Se levantó y se acercó a la ventana enrejada; ansiaba poder abrirla y dejar que entrase aire fresco. Quería, necesitaba, que el aroma intenso de la tierra y de la hierba mojada le llenara los pulmones para expulsar los olores repugnantes a moho y a desinfectante, a orina y a sudor, a infección y a enfermedad. Apoyó las manos sobre el cristal helado, cerró los ojos e intentó recordar el calor del sol. Cuando oyó que la puerta del pabellón se abría, abrió a su vez los ojos y se dio la vuelta.

La enfermera Irene entró en la sala y cerró la puerta con llave tras ella. Una paciente se acercó corriendo y le dijo algo mientras gesticulaba furiosa; la enfermera Irene negó con la cabeza y la ahuyentó antes de seguir avanzando. Otra mujer se apresuró a acercarse, le tiró de la manga y le mostró unas señales que tenía en un brazo.

—Es solo un arañazo —dijo la enfermera Irene—. Te pondrás bien.

Entonces se dirigió hacia Lena.

El recelo le recorrió la piel con una sensación fría como el hielo. Reticente e incapaz de esperar a ver qué iba a decirle la enfermera, se alejó de la ventana y le

salió al encuentro.

—Es la hora —dijo la enfermera Irene.

—¿La hora de qué?

—De que le den el alta.

Se le aceleró la respiración. ¡Por fin el doctor Bell iba a permitirle marcharse!

—Van a concederle la libertad condicional —dijo la enfermera Irene.

La recorrió una descarga de pánico.

—¿Eso qué significa? Pensaba que iban a dejar que me fuese.

—Así es, señorita Conti. Pero la estaremos controlando. George Pollock hizo pesquisas para ver si usted podía trabajar para él, pero...

—¡No! —la interrumpió Lena—. No pueden enviarme a trabajar para él. ¡No iré allí!

La enfermera Irene frunció el ceño.

—Déjeme terminar, señorita Conti.

Lena negó con la cabeza.

—¡No trabajaré para George Pollock!

Irritada, la enfermera Irene soltó un suspiro largo y audible.

—¿Le doy algo para que se calme o va a dejarme hablar?

Lena intentó encontrar las palabras. Apenas podía juntar dos pensamientos coherentes.

—Yo..., adelante.

—Como estaba intentando decirle —prosiguió la enfermera Irene—, el doctor Bell cree que el señor Pollock ya tiene suficiente servicio, con todo eso de su complejo residencial Skyland, de modo que no vamos a enviarla a trabajar para él. Por ahora, se le permite regresar a la residencia de Silas Wolfe.

Abrumada por el alivio, casi perdió el equilibrio por lo mucho que le temblaban las rodillas. Se aferró al cabecero de la cama más cercana para evitar caerse. Iban a enviarla de vuelta a Wolfe Hollow. Silas habría ido en busca de sus hijos, quizá los hubiera encontrado ya. Y sin duda la ayudaría a buscar a Ella. Tenía que creer que todo eso era cierto.

—Pero, en primer lugar, usted ha de acceder a todas las condiciones para su liberación —continuó la enfermera Irene—. Si descubrimos que ha sido promiscua o que se mete en un lío de cualquier clase, la readmitiremos en la Colonia, con toda probabilidad para el resto de su vida. Y no se le permite intentar localizar a su hija de ninguna forma, ni acudiendo a la policía ni por otros medios. ¿Lo entiende?

Lena apretó la mandíbula. No tenían derecho a controlar lo que hacía después de que la liberasen, porque, para empezar, no habían tenido derecho a ingresarla allí. Y sin duda no tenían derecho a evitar que buscara a su hija. Pero decir todo eso no la ayudaría. Demasiado sobrecogida para hablar, solo asintió. Si significaba que la dejaban libre, aceptaría cualquier cosa.

—Bien —dijo la enfermera Irene—. Cuando firme los documentos necesarios, llamaremos a un taxi para que la lleve.

CAPÍTULO 25

Desde el asiento trasero del taxi, que avanzaba renqueante, Lena inundaba el vehículo del hedor de la Colonia que le despedían la ropa y el pelo. Había abierto la ventanilla para que entrarse aire fresco, pero el viento era frío y el conductor le gritó que la cerrara. Iba sentada muy erguida para distinguir por el parabrisas la casa de Silas. Rezaba para ver a Jack Henry metiendo las vacas en el establo o a Bonnie tendiendo la colada. El camión de Silas estaba aparcado en el camino de entrada, pero no había ninguna niña rubia y delgada trabajando en el huerto o en el patio. No había ningún niño alto y desgarbado metiendo a un trío de vacas en el establo. Ninguna gallina buscaba gusanos entre la hierba ni picoteaba el terreno debajo de los manzanos. El lugar parecía desierto.

Intentó controlar el pánico. Se dijo que estarían dentro de la casa, cenando o haciendo tareas domésticas. Pero sabía que se engañaba. El *sheriff* se había llevado a Bonnie y a Jack Henry el mismo día nefasto en el que se llevó a Ella. Y los habían «redistribuido» con familias más «adecuadas».

Entonces otro pensamiento le pasó por la mente y un temor repentino la dominó con tanta fuerza que la dejó sin aliento. Silas podría culparla por lo que había pasado. Podría negarse a acogerla en su casa. Podría decirle al taxista que la llevara de vuelta a la Colonia. No, no permitiría que sucediera eso. Conseguiría que le prestase atención y la entendiera. Y, de todos modos, él no tenía ni idea de dónde había estado ella. Al menos, esperaba que fuese así. Porque ¿y si hubiera averiguado que ella estaba en la Colonia y la hubiese dejado allí para castigarla por dejar que el *sheriff* se llevara a sus hijos?

El taxi se detuvo junto al camión de Silas. Lena se tragó el sabor amargo que sentía en la garganta, se deslizó por el asiento y salió del vehículo. Cerró la portezuela y emprendió el camino hacia la casa por la hierba escarchada. El corazón le latía fuerte. Cuando el taxista arrancó el motor y se alejó, Silas salió de

la casa, descalzo y con un mono de trabajo asqueroso, con el rifle en la mano. Llevaba el pelo y la barba sin lavar, estaba muy desaliñado y tenía los ojos inyectados en sangre. Parecía llevar semanas sin bañarse. Se tambaleó hasta el borde del porche, levantó el rifle y apuntó a Lena.

—¿Quién va? —gritó.

Ella se detuvo.

—¡Soy yo! ¡Soy Lena! —gritó.

—¿Quién?

—Lena Conti. Trabajaba para usted, ¿no se acuerda?

—¿Dónde están mis pequeños? —Chapurreaba las palabras.

Volvió a darle un vuelco el estómago. No había encontrado a Bonnie ni a Jack Henry. Y era evidente que había estado bebiendo.

—Yo... yo no sé dónde están. Esperaba que estuvieran aquí con usted.

—¿Qué quieres? —bramó.

—No quiero nada. Dijeron que podía volver a trabajar para usted.

—¿Quiénes lo dijeron?

—Los médicos de la Colonia de Virginia. Es ahí donde he estado. No me dejaban salir.

Silas bajó el rifle con una chispa de esperanza ansiosa en sus ojos siempre severos.

—¿Fue ahí donde se llevaron a mi Bonnie y a mi Jack Henry?

Ella negó con la cabeza.

—No. No sé a dónde se los llevaron.

Silas volvió a ensombrecer el gesto. Se tambaleaba de un lado al otro como si lo hubieran golpeado. Por un instante, Lena pensó que iba a dejar caer el arma o a desplomarse.

—He estado buscándolos —contó con voz llorosa—. Pero no consigo encontrarlos. Dijeron que no era un buen padre. Pero cuidaba de mis hijos lo mejor que sabía.

Lena sintió que los ojos se le llenaban de lágrimas. Verlo tan roto le encogía el corazón todavía más. Si él había perdido toda esperanza, ¿cómo iba ella a mantener la suya?

—Yo tampoco sé dónde está mi hija. —Consideró hablarle de Miriam Sizer y Penélope Rodgers, de cómo entregaban a los niños a otras familias, pero decidió esperar hasta que estuviera sobrio. Se enjugó las mejillas y se acercó a las escaleras del porche—. Por favor, perdóneme, Silas. Intenté evitar que Pollock y el *sheriff* se

llevaran a los niños, pero no pude hacer nada.

Bajó a trompicones los escalones y la asió del brazo.

—¿A dónde se llevaron a Bonnie y a Jack Henry esos malnacidos? ¿Te dijeron lo que iban a hacer con ellos?

Lena sintió en el rostro el olor agrio a *whisky* y sudor. Negó con la cabeza con gesto compungido.

—No, no me dijeron nada.

Silas le soltó el brazo y se dejó caer en los escalones. Se sentía derrotado.

—Fui a ese complejo pretencioso que pertenece a Pollock. Lo puse contra la pared y traté de obligarlo a decirme lo que habían hecho con mis niños. Me metieron en la cárcel durante tres semanas. Cuando volví a casa, el ganado había muerto y el gallinero estaba vacío. Virgilio y Judd vinieron y consiguieron salvar a una de las vacas y al *Viejo Sal*, pero fue demasiado tarde para el resto.

«Oh, cielos. Los animales también».

—Lo siento. Es culpa mía.

—Supongo que ya no importa. Ya no tengo bocas que alimentar. —Se levantó, se tambaleó, encontró el equilibrio y volvió a subir a trompicones los peldaños—. Y tampoco tengo trabajo para ti —dijo por encima del hombro.

—Pero no tengo ningún otro lugar al que ir.

Se volvió a mirarla desde el porche.

—Me da igual que te quedes o te vayas. Están decididos a quitármelo todo, sea como fuere.

—Pero hay que seguir buscando a los niños.

Él soltó una risa despectiva y se dirigió hacia la puerta.

—Nadie ha encontrado todavía a sus hijos.

Esas palabras le provocaron un escalofrío. Respiró hondo y cerró los ojos un momento para aferrarse, desesperada, al poco optimismo que le quedaba. Quería gritarle; quería decirle que no podía rendirse con tanta facilidad, que no importaba lo que les hubiera pasado a otras personas. Bonnie, Jack Henry y Ella estaban en alguna parte esperando volver a casa. Pero estaba borracho. Regañarlo no sería buena idea.

Al mismo tiempo, una parte de su ser, por pequeña que fuese y por asqueada que se sintiera, sabía que tenía razón. No tenían a nadie de su lado. Y a ella le habían prohibido que buscara a su hija y la habían amenazado con devolverla a la Colonia. Pero no se iba a permitir rendirse, sobre todo cuando había regresado a Wolfe Hollow. Decidida a no dejar que Silas la desanimara, subió los escalones y

lo siguió dentro de la casa. Al menos tendría un techo familiar sobre la cabeza y comida en abundancia mientras decidía qué hacer a continuación. En ese momento necesitaba un baño caliente, comida sana y una buena noche de descanso. Quizá cuando ya no estuviera borracho Silas la escucharía y, juntos, se les ocurriría algún plan.

Al cruzar la puerta se detuvo, asombrada por lo que vio. Platos sucios, tazas manchadas y cubiertos usados llenaban el fregadero y la mesa. Ollas con restos de sopa y sartenes grasientas se acumulaban sobre la hornilla. Tarros de conservas vacíos abarrotaban la encimera y el suelo. Las cenizas se derramaban desde la chimenea. Volvió a sentir el ardor de las lágrimas. Silas se había rendido por completo. Y ella entendía por qué. Pero los niños no podían vivir entre tanta suciedad. Había que tener la casa lista para su regreso.

Mientras permanecía asombrada en el umbral, él se dejó caer sobre el sofá con el rifle sobre el regazo, alargó el brazo hacia una jarra de aguardiente y le dio un trago largo.

De repente, Lena sintió que el cuerpo le pesaba una tonelada. Ansiaba dormir como una persona perdida en el desierto ansía beber agua. Ahora que estaba a salvo, anhelaba el escape que le proporcionaría el sueño, al menos el tiempo suficiente para concederles a su vapuleado corazón y a su mente un breve respiro. Incluso la idea de calentar el agua para el baño le parecía insuperable. Y ya lidiaría con la casa después.

Se dirigió hacia las escaleras, desesperada por encontrar una cama caliente y mullida, segura de que se movía a con una lentitud antinatural. Entonces un destello amarillo debajo de la mesa de la cocina le llamó la atención y se detuvo. Era *Poppy,* la muñeca de trapo que Bonnie le había regalado a Ella. La pena cruel volvió a sobrecogerla. ¿Cómo iba a seguir adelante sin su hijita?

Pasó a la cocina sosteniéndose sobre unas piernas que sentía como piedras, se puso de rodillas y sacó la muñeca de trapo de debajo de la mesa. *Poppy* tenía enredado el cabello de lana amarilla y un rastro de suciedad en la frente. Lena le limpió la la cara y le desenredó el pelo. Con gran esfuerzo, se puso de pie con la muñeca apretada contra el pecho y subió las escaleras. Cuando abrió la puerta de su alcoba y vio la cuna vacía de Ella, se sujetó al marco de la puerta para no derrumbarse. Al cabo de un instante, una vez pudo volver a confiar en sus piernas, dejó a *Poppy* en la cuna y se quedó mirando la mantita suave que Ella se sujetaba contra la mejilla mientras se quedaba dormida. Era demasiado. Se cubrió el rostro con manos como garras. Su boca era una mueca de agonía. «No puede haber

desaparecido. ¡No puede ser! ¡Mi niña no!». Cayó de rodillas, derrotada, y se rindió al llanto.

Tendría que haberse llevado un rifle al establo el día que Penélope Rodgers apareció. Tendría que haberles hecho caso a Bonnie y a Jack Henry, y haberla ahuyentado sin responder a ninguna de sus preguntas. Tendría que haber abandonado Wolfe Hollow después de que George Pollock apareciera para pedirle que trabajara para él. O quizá tendría que haber aceptado mudarse con él; o haber agarrado sus cosas y a Ella, y haberse marchado con él en ese preciso instante. Aun cuando hubiese mentido acerca de su necesidad de una ama de llaves, al menos seguiría teniendo a Ella. Al menos seguirían juntas. Cualquier cosa, incluso recibir a Pollock en su cama, habría sido mejor que perder a su hija. Ningún dolor que él pudiese haberle infligido habría sido peor que vivir sin su pequeña, aun cuando la hubiera enviado a la Colonia primero para que la esterilizasen. Era culpa suya. Por su culpa se habían llevado a Ella. Por su culpa podría ser que no volviera a verla nunca más. Por su culpa también se habían llevado a Bonnie y a Jack Henry.

Tras unos minutos de sollozos angustiados, se levantó, se quitó la ropa sucia y la tiró al suelo. La fortaleza que la había ayudado a superar los últimos meses en la Colonia la había convertido en un cascarón vacío. ¿Cómo conseguía su corazón seguir latiendo? ¿Cómo era que sus pulmones seguían respirando aire? Se acurrucó en la cama y rezó para que se le acallara la mente y pudiera abandonarse al sueño. Ya averiguaría qué hacer al día siguiente.

CAPÍTULO 26

Tras una noche inquieta plagada de pesadillas y sudores fríos, Lena se envolvió en una manta, bajó las escaleras y encendió el fuego de la hornilla. No veía a Silas por ninguna parte y su camión tampoco estaba, lo que significaba que tendría tiempo de quemar sus prendas andrajosas y calentar ollas de agua para el baño. Mientras esperaba a que el agua hirviera, volvió a subir para ponerse un vestido muy raído, arrastró la bañera de madera hasta la cocina, amontonó los platos sucios sobre la encimera, recogió los tarros de conservas vacíos y tiró la comida podrida.

Cuando el agua estuvo lista, se frotó el cabello y el cuerpo hasta casi arrancarse la piel, y luego se puso un vestido limpio. Después de lavar una sartén y un cuenco, hizo tortitas de alforfón y se las comió en el porche. No era que tuviese hambre, pues cómo podría disfrutar de la comida cuando su niñita estaba desaparecida, pero necesitaba recuperar las fuerzas si esperaba encontrarla alguna vez. Cuando se terminó las tortitas y una taza de café bien cargado, disfrutó del aire fresco unos instantes y luego, a pesar de que estaba más cansada de lo que había estado en su vida, se puso a trabajar: limpió la cocina, lavó los platos, fregó el suelo, ordenó la despensa y frotó la mesa y la encimera hasta que quedaron relucientes. Abrió las ventanas, lavó una pila de ropa de Silas y la tendió para que se secara, cocinó unas manzanas que estaban a punto de echarse a perder e hizo una olla de sopa de patatas. Agradecida por el trabajo mecánico que no la dejaba pensar, hizo todo lo posible por dejar de lado la debilidad del cuerpo y los derroteros oscuros de la mente. Aun así, a veces los pensamientos siniestros casi la hacían caer de rodillas; su pena era tan apabullante que se preguntaba cómo iba a sobrevivir.

Ya entrada la tarde, Silas entró en la casa trastabillando y se derrumbó sobre el sofá. Volvía a estar borracho. Consiguió que se comiera un tazón de sopa, pero se negó a hablar.

Durante los días siguientes, repitieron los mismos patrones: Silas desaparecía durante horas y volvía a casa hediendo a aguardiente y a desesperación; Lena lloraba hasta quedarse dormida todas las noches para luego trabajar desde que amanecía hasta que se ponía el sol.

Además de intentar pensar cómo tendrían que empezar la búsqueda y de devolver la casa a su estado anterior, hizo inventario de la despensa y la fresquera: diez kilos de harina, dos kilos de harina de maíz; medio kilo de beicon, un tarro de manteca de cerdo; dos docenas de huevos; gran cantidad de leche y mantequilla; y, en el agujero de las patatas situado debajo de la casa, los muchos tarros de provisiones que Bonnie y ella habían colocado allí unos meses antes. En el huerto, la calabaza de invierno parecía estar a punto para la cosecha y las últimas patatas seguían bajo tierra. Además de tener la casa limpia, tenía que asegurarse de que hubiese mucha comida para los niños. De otro modo, ¿qué sentido tenía proseguir?

Cada noche convencía a Silas para que comiera algo y, mientras él dormía, le sustituía parte del aguardiente por agua y angostura de cerezas salvajes. En una ocasión incluso lo convenció para que se diera un baño. Cuando llegara el momento más oportuno, le contaría su plan; le contaría cómo, juntos, conducirían montaña abajo hasta la ciudad más cercana para denunciar ante las autoridades que les habían robado a sus hijos. Si nadie los ayudaba, pasarían a la siguiente ciudad, y a la siguiente, y así hasta que encontrasen a alguien que quisiera ayudarlos. Pero primero tenía que conseguir que Silas dejara de beber tanto. Y, si él se negaba a llevarla consigo, se las apañaría para conducir el camión e irse sola.

Una semana después de su salida de la Colonia, mientras acarreaba una cesta con las calabazas recién recogidas para almacenarlas en el agujero de las patatas, le llegó el rugido de un motor que se aproximaba a la parte delantera de la casa. Al principio pensó que sería Silas, que llegaba temprano por una vez; tal vez al fin hubiera atendido sus súplicas y estuviese preparado para buscar a los niños. Pero entonces se dio cuenta de que el motor sonaba demasiado fuerte para ser el de su camión. Y parecía como si hubiese más de un vehículo. Dejó las calabazas, corrió hacia la ventana delantera y apartó la cortina para mirar fuera. Un enorme camión con remolque subía por el camino, seguido de otros cuatro camiones y el furgón policial del *sheriff* Dixon. Soltó la cortina y se pegó a la pared con el corazón latiendo a lo loco. El rifle seguía colgado sobre la chimenea, pero, si empuñaba un arma contra el *sheriff*, volverían a enviarla a la Colonia.

Fuera, los camiones se detuvieron con un rechinar de frenos. Portezuelas pesadas se abrieron y se cerraron. Sonaron pasos en los peldaños del porche. Alguien llamaba a la puerta principal.

—Señor Wolfe —gritó un hombre—. Soy el señor Doug Clancy. Hemos venido a desalojarlo.

Lena se tapó la boca con la mano y se tragó un gemido. Silas había dicho que ese día llegaría. Pero no podían marcharse. Cuando encontraran a Ella, a Bonnie y a Jack Henry, si los encontraban, tenían que llevarlos de vuelta allí, donde tendrían todo lo que necesitaban. Y, si soltaban a los niños o si estos se escapaban de su nueva familia, ¿cómo iban a encontrarlos a ella y a Silas? Recorrió con la mirada toda la cabaña, aterrorizada, mientras intentaba pensar qué hacer. ¿Sería mejor huir por la puerta de atrás y esconderse, o decirle al hombre que Silas no estaba en casa?

—¿Señor Wolfe? —volvió a gritar el señor Clancy—. ¡Abra! —El picaporte traqueteó—. Me temo que no puede hacer nada para evitar que suceda esto. Esta propiedad pertenece ahora al Gobierno y tengo permiso para derribar la puerta si hiciera falta. De verdad que no queremos que la situación empeore.

Lena se acercó a la puerta con piernas temblorosas. Si iban a derribarla, bien podía dejarlos entrar. Abrió la puerta a medias y se asomó.

—El señor Wolfe no está aquí —dijo.

El señor Clancy, que vestía un traje abrigado y un sombrero negro, la examinó con una mano en la cintura.

—¿Y quién es usted?

Detrás de él, junto a los vehículos, había una docena de hombres acompañados del *sheriff* Dixon y de George Pollock.

Lena maldijo entre dientes. Hubiese sido mejor huir por la puerta trasera. Tendría que haberse escondido en el agujero de las patatas..., cualquier cosa con tal de evitar a George Pollock.

—Yo... yo soy Lena Conti. Trabajo aquí. Y vivo aquí.

—Lo siento, señorita —dijo el señor Clancy—. Pero me temo que ya no vive aquí. Por favor, recoja sus pertenencias y salga de la casa.

Salió al porche y cerró la puerta tras ella.

—Por favor, espere a que regrese el señor Wolfe. Volverá pronto.

El señor Clancy negó con la cabeza.

—Me temo que tenemos que empezar ya. Si es verdad que al señor Wolfe se le espera pronto, todavía estaremos aquí. Y ahora, si hace el favor, recoja todo lo que

sea importante para usted mientras tiene la oportunidad.

Horrorizada, observó cómo varios hombres, dos de ellos con garrafas de queroseno, corrían hacia el establo y entraban en él. Tres más se dirigieron hacia los cobertizos.

Sacudió la cabeza. Sentía un nudo enorme en la garganta.

—No pueden hacer esto. No está bien. Este es el hogar de Silas. Es el hogar de sus hijos. Ha pertenecido a su familia durante años. No pueden llegar y quitárselo.

Los hombres abrieron la puerta del establo y sacaron un carromato. Sacaron también bridas y monturas, horcas y cubos, y lo lanzaron todo dentro del carromato. Uno de ellos guio a la vaca que quedaba y al *Viejo Sal* lejos del establo y los ató a un árbol.

—¿Qué están haciendo? —gritó Lena—. ¡No pueden llevárselo todo!

Antes de que el señor Clancy pudiera responder, Silas llegó en el camión a toda velocidad. Las ruedas traseras dejaban una estela de polvo y gravilla. Se detuvo bruscamente junto al camión con remolque y se bajó como pudo del vehículo con los ojos inyectados en sangre y el cabello alborotado. Metió la mano en el camión y sacó un rifle. A continuación, se dirigió tambaleante hacia George Pollock. El *sheriff* Dixon desenfundó su revólver, apuntó a Silas y se dirigió hacia él.

—¡Silas, no! —gritó Lena.

Un parpadeo rojo le llamó la atención y miró hacia el establo. El fuego reptaba por un lateral de la puerta principal y lamía una ventana; los troncos resecos habían estallado en llamas. Los hombres salieron corriendo al patio y comenzaron a empujar el carromato hacia los camiones. Silas levantó el rifle y apuntó a los hombres que tenía más cerca.

—¡Lárguense de mis tierras o les dispararé a todos y cada uno de ustedes! —gritó. Arrastraba las palabras.

—¡No, no lo harás, Silas! —gritó el *sheriff* Dixon—. Estás borracho como una cuba. ¡Ahora baja el arma antes de que hagas algo que puedas lamentar!

Silas apuntó al *sheriff* con su rifle.

—¿Se piensan que me pueden quitar a mis hijos y mi casa? ¡Los mataré antes de dejar que eso suceda!

Lena bajó corriendo los escalones y corrió hacia ellos. Se detuvo a una distancia prudente.

—¡Silas, deténgase! —gritó—. ¿Recuerda lo que le dijo a Jack Henry sobre las armas?

Él no le hizo caso.

El fuego del establo crujía y chisporroteaba, y llenaba el aire con el olor a madera quemada y heno chamuscado. Junto a los cobertizos, los hombres estaban sacando herramientas y palas y cubos y maquinaria, y lo cargaban todo en la parte de atrás de los camiones más pequeños.

—¡Devuélvanme mis cosas, ladrones inútiles! —gritó Silas.

—No estamos aquí para robar sus pertenencias, señor Wolfe —replicó el señor Clancy—. El estado nos envía para ayudarle a usted a recogerlas. No queremos problemas.

Silas rio como un demente.

—Si no quieren problemas, han venido al lugar equivocado.

Frenética, Lena paseaba la mirada entre el *sheriff* Dixon y Silas. ¿Se interponía entre ambos?, ¿intentaba quitarle el rifle a Silas?

Justo entonces, hubo un crujido fuerte y el techo del establo se vino abajo en un extremo. Y enseguida, muy despacio, todo el edificio se derrumbó sección por sección, lanzando al aire chispas y llamas, brasas que se rompían y caían al suelo como hojas ardientes. Por suerte, el *Viejo Sal* y la vaca estaban a distancia suficiente para encontrarse a salvo, pero el *Viejo Sal* rebuznaba y caracoleaba, tirando de la cuerda que lo mantenía sujeto al árbol, aterrorizado e intentando soltarse, y la vaca movía la cabeza hacia atrás y tiraba de la cuerda con ojos desorbitados por el miedo.

—¡Son todos unos hijos de perra! —aulló Silas—. ¿Quién demonios se creen que son?

—Se ha establecido un alojamiento temporal montaña abajo hasta que se construyan las casas donde vamos a reubicarlos —dijo el señor Clancy—. Estamos aquí para llevar sus pertenencias, es gratis.

—¡No voy a ir a ninguna parte! ¡Tendrán que dispararme primero!

Junto al furgón policial, el ayudante del *sheriff* sacó un rifle del asiento delantero, se agachó junto a otro camión y se acercó a Silas desde atrás. Lena pensó en gritarle una advertencia, pero, si Silas se daba la vuelta y disparaba al ayudante, lo matarían o lo encerrarían en prisión para el resto de sus días. Y quizá también la arrestaran a ella. O la enviarían a la Colonia. Todo lo que podía hacer era mirar y rezar.

—Te lo advierto por última vez, Silas —dijo el *sheriff* Dixon—. Tira el arma. Esto va a pasar tanto si te gusta como si no. El Gobierno dice que tienes que desalojar tu casa y no puedes hacer nada. No hace falta que nadie resulte herido.

El señor Clancy hizo un gesto para que los hombres se dirigieran a la casa.

—Empiecen a cargar.

Los hombres subieron los escalones del porche y entraron.

—¡Salgan de mi maldita casa o disparo! —Silas amartilló el rifle y siguió apuntando al *sheriff* con el rostro desfigurado de rabia.

—¡Silas, por favor! —gritó Lena—. ¡Haga lo que le dicen!

—No sigas con esto, Silas —le aconsejó el *sheriff*—. Cálmate o acabarás en la cárcel o algo peor.

—Valdrá la pena si os veo morir a ti y a ese pedazo de mierda —dijo Silas, que señaló a Pollock con un movimiento del rifle. Pollock echó a correr hacia el furgón policial y se escondió tras él. Cuando dos hombres salieron de la casa cargando con la mesa de la cocina, Silas los apuntó con su rifle—. ¡Déjenla donde estaba!

Dos hombres más aparecieron con sillas y Silas disparó al aire. Todos se agacharon. El ayudante salió corriendo desde detrás de un camión y presionó la boca de su rifle contra la espalda de Silas. El *sheriff* avanzó con su pistola apuntándole a la cabeza.

—¡Baja el arma! —le ordenó.

Silas fulminó al *sheriff* con una mirada de rabia, pero se enderezó y bajó el rifle. El ayudante se lo arrancó de la mano, lo lanzó hacia un lado y sujetó al hombre por un brazo. El *sheriff* Dixon se movió con rapidez, enfundó la pistola y le sujetó el otro brazo. Juntos intentaron llevárselos a la espalda, pero les costó un buen esfuerzo. Silas se retorcía con el rostro contraído de furia.

—¡Soltadme! —gritaba.

—¡Estás detenido! —le gritó el *sheriff* a su vez.

El ayudante y él mismo intentaron tirar al suelo a Silas, pero era como intentar demoler una montaña. Dos de los hombres de la mudanza bajaron del porche de un salto y corrieron a ayudar. Los cuatro forcejearon hasta dejar a Silas de rodillas, pero se revolvió e intentó incorporarse. Tenía el rostro empapado de sudor.

—¡Déjenlo en paz! —gritaba Lena—. ¡Ha hecho lo que le pedían! ¡Ha soltado el arma!

—Manténgase fuera de esto —le advirtió el *sheriff* Dixon— o la llevaré de vuelta a la Colonia.

Lena dio un paso atrás cuando el terror la golpeó de lleno. Como a Silas lo detenían y lo desahuciaban de su hogar, ella no tenía ningún sitio donde vivir, lo cual quería decir que el *sheriff* bien podía volver a encerrarla allí. Daba igual lo difícil que resultara no hacer nada, no podía intervenir.

Un tercer hombre de la mudanza se acercó para ayudar con Silas y entre los cinco lo tiraron al suelo; para eso tuvieron que subírsele a la espalda y derribarlo. Silas se retorcía y gruñía debajo de ellos, pero consiguieron sujetarlo. Cuando el *sheriff* Dixon y su ayudante le hubieron colocado las esposas en las muñecas, Pollock salió de su escondite para mirar. El ayudante se dirigió deprisa al furgón policial, abrió la puerta trasera y sacó un rollo de cuerda. Los otros hombres pusieron a Silas de pie a tirones y lo arrastraron hacia un pino grande. Tenía el rostro abotargado y seguía gruñendo con fiereza. Lena los siguió, desesperada; rezaba para ser capaz de convencer a Silas de que cooperase. Los hombres lo sentaron contra el árbol, lo ataron al tronco enrollándole la cuerda alrededor del pecho jadeante varias veces y aseguraron bien el nudo. Cuando por fin Silas estuvo inmovilizado, los hombres se retiraron. Todos jadeaban y se enjugaban el rostro, sudorosos.

Pollock se acercó más a Silas con una mueca en el rostro.

—Parece que tendría que haber aceptado mi oferta.

Silas se retorcía y se revolvía contra la cuerda mientras lo miraba con ojos asesinos e inyectados en sangre.

—¡Te voy a matar, malnacido! —bramó.

—Eso será muy difícil, teniendo en cuenta el lugar al que te diriges —intervino el *sheriff* Dixon.

Pollock y él volvieron a la casa para hablar con el señor Clancy. De vez en cuando miraban por encima del hombro para asegurarse de que Silas seguía atado. Los demás hombres los siguieron.

Lena se arrodilló junto a Silas.

—Lo siento. Pero, por favor, haga lo que le dicen para que no lo metan en la cárcel.

—¡Voy a matarlos a todos!

—Entonces nunca volverá a ver a Bonnie ni a Jack Henry.

Él le dedicó una mirada torturada, oscurecida por la dureza del sarcasmo y la lástima.

—Eso ya no importa. Ninguno de los dos vamos a volver a ver a nuestros niños.

Lena sacudió la cabeza.

—No diga eso. No puedo rendirme. Encontraremos a alguien que nos ayude. Pero no puedo hacerlo sola.

Miró hacia la casa para ocultar sus lágrimas de frustración. No permitiría que Silas le arrebatara la poca esperanza que le quedaba. Al mismo tiempo, una

corriente helada de miedo le recorrió el pecho. En lo más profundo del alma sabía que, con toda probabilidad, él tenía razón, pero oírselo decir le daba ganas de vomitar.

Mientras el establo continuaba ardiendo y un humo negro oscurecía el cielo, lo que parecía ser un ejército de hombres entraba y salía del hogar de los Wolfe. Sacaron el sofá y el aparador de la cocina, las cómodas y las camas, las sillas y las mesitas, la máquina de coser y la lavadora... Todo lo cargaron en los camiones y en el remolque. Silas observaba con agonía, aullando y esforzándose por soltarse. Asombrada e indefensa, Lena quería gritarles a los hombres, exigirles que lo pusieran todo en su sitio y que dejasen la casa en paz. Ansiaba decirles que Silas y ella tenían que quedarse por si los niños volvían. Pero sería inútil. Solo obedecían órdenes. Cuando dos hombres bajaron la cuna de Ella por los escalones del porche, se acercó corriendo y los detuvo el tiempo suficiente para recoger a *Poppy* y la mantita suave. Se las apretó contra una mejilla y siguió a los hombres hasta el camión.

—Por favor, no se la lleven —suplicó—. Mi hija necesita su camita.

Los hombres no le hicieron ningún caso e izaron la cuna al camión, donde la dejaron en equilibrio precario sobre los brazos de una mecedora, antes de volver a dirigirse a la casa. A medio camino, uno de ellos se detuvo y se dirigió a ella.

—Perdone, señora. Sé que está muy disgustada, pero, si quiere algo más de la casa, más le vale que lo recoja ahora. Ya casi hemos terminado de sacar los muebles.

Lena se lo quedó mirando. De pronto se había quedado con la mente en blanco. Todo estaba sucediendo demasiado rápido.

—¡Señora! —insistió el hombre—. ¿Me ha oído? No nos vamos a llevar los cuadros ni las jarras ni esas cosas, de modo que si quiere esos objetos tiene que recogerlos ahora. Podría ser buena idea que se lleve ollas y sartenes también.

Lena parpadeó como si estuviera saliendo de un trance y entonces asintió.

—Supongo que necesitará esas pertenencias en su nueva casa —dijo el hombre.

—No tenemos una nueva casa.

—Lo siento, señora. Pero, si no le importa que le pregunte, ¿a dónde nos llevamos entonces todos estos muebles?

—No lo sé —admitió, con ojos que se iban humedeciendo poco a poco.

Lena lo siguió hacia la casa. Tal vez no tuviera otro sitio al que ir, pero se negaba a permitir que eliminasen todo rastro de la familia Wolfe. Y dondequiera que acabasen, si es que acababan en algún sitio, necesitarían todo lo que pudieran

salvar. Esquivó a dos hombres que sacaban una cómoda grande, subió corriendo al porche y entró en la casa. Empezó por el piso superior. Sacó las mantas de un armario, guardó en el zurrón la ropa de Ella y la suya propia que quedaba porque no estuviese en las cómodas que ya habían sacado; descolgó las fotografías enmarcadas de las paredes; recogió la ropa de todos los demás, los abrigos y gorros de invierno; tiró de las cortinas de las ventanas y recogió las alfombras del suelo, y lo apiló todo en el piso de abajo. Después dio varios viajes para guardar todos los objetos en el camión de Silas.

Jadeante y sin aliento, se acercó a él. Había dejado de forcejear con las cuerdas y solo estaba apoyado contra el árbol, derrotado y atado como un perro, con los ojos fijos en la casa.

—No puedo hacer esto sola —le dijo—. Si los convenzo para que lo desaten, ¿me ayudará?

No hubo respuesta.

—Silas, por favor. Necesito ayuda para sacarlo todo de la casa.

Nada.

—Si encontramos a Bonnie y a Jack Henry y a Ella, ¿cómo vamos a cuidar de ellos si no nos queda nada?

—Ya no nos queda nada —musitó.

Ella señaló hacia los camiones.

—Sí que nos queda algo. ¿Dónde quiere que lleven los muebles?

—Me da lo mismo.

Lena luchó contra las ganas de soltarle un bofetón para que recuperara la cordura e intentó mantener un tono neutro.

—No puede rendirse sin más. Tiene que pensar en sus hijos. Usted es su padre.

Cerró los ojos y dejó caer la cabeza. Se negó a contestar.

Lena soltó un bufido y corrió de vuelta a la casa. En la cocina, apiló las ollas, las sartenes y otros utensilios de cocina en la bañera de madera y le pidió a uno de los hombres que la sacara al camión de Silas. En el agujero de las patatas, reunió todos los tarros de comida que pudo en cuatro cajas de madera, las subió por las escaleras una a una y las sacó. Los tarros de cristal chocaban entre sí a cada paso apresurado que daba. Una vez hubo llenado tres cestos de mimbre con tantas provisiones de la despensa como le fue posible, envolvió los platos floreados del catálogo de Sears y Roebuck entre paños y los guardó con cuidado en una caja resistente. Luego recuperó la leche, la mantequilla y otros artículos de la fresquera, y lo colocó todo en el asiento delantero del camión de Silas. Cuando pensó que ya

lo tenía todo por fin, se derrumbó en el suelo cerca de Silas. Estaba sudorosa y sin aliento.

Mientras tanto, el *sheriff* Dixon y su ayudante hablaban con Pollock y con el señor Clancy. De vez en cuando miraban a Silas. Tras varios minutos, se encaminaron a los camiones. Lena se puso de pie y se dirigió hacia ellos. Si Silas se negaba a decirles dónde quería que llevaran los muebles y el resto de sus pertenencias, ella lo haría por él; el único lugar que se le ocurría era la granja de Teensy y Judd. Y, si el señor Clancy insistía en llevárselo todo montaña abajo, ya no tendría nada que decir.

Cuando casi había llegado a los camiones, quedó paralizada. Los hombres de la mudanza llevaron garrafas de queroseno a la casa y empezaron a verter el combustible por todo el porche, las paredes y los alféizares de las ventanas. Corrió hacia ellos.

—¡No! —gritó—. ¡Por favor! ¡No hagan eso!

El ayudante del *sheriff* corrió hacia ella, la sujetó por los brazos y la contuvo. Furiosa, se liberó de un tirón y se volvió para mirar a Silas. Le corrían lágrimas por el rostro manchado de tierra. Por un segundo se le ocurrió desatarlo, dejarlo libre para que hiciera su voluntad. Pero el *sheriff* Dixon le dispararía. Quizá le disparara a ella también. Volvió a mirar hacia la casa. Le costaba respirar. Los hombres lanzaron antorchas al porche y la madera empapada en queroseno ardió al instante. Las llamas crepitaban y chisporroteaban y crecían como un ser vivo que respirase.

Lena se echó a llorar y cayó de rodillas, asombrada, indefensa y asqueada. En menos de un minuto, toda la casa fue pasto de las llamas. Un humo negro y denso ocultó el cielo, las ventanas estallaron y las cortinas ardieron. Con las ráfagas de calor, el carillón hecho con cucharas se meció y se retorció para caer al suelo, seguido de inmediato por el porche delantero en llamas. Y luego toda la casa comenzó a derrumbarse. La madera, el metal y el cristal gemían como una bestia torturada.

CAPÍTULO 27

Alertados por la nube de humo, Teensy y Judd subieron por el camino en su carreta tirada por una mula, seguidos, unos minutos más tarde, por los Blanchard y los McCauley. Todos se quedaron mirando la casa en llamas y los restos humeantes del establo boquiabiertos, con los ojos de par en par por el asombro, el rostro marcado por la tristeza y por la certeza de que serían los siguientes. Mantuvieron las distancias con los hombres y sus camiones. Aparcaron las carretas, se apearon y corrieron hacia Silas y Lena. El hombre no mostró ninguna señal de reconocimiento; tenía los ojos hundidos por la pena y la mirada perdida. Lena ya había visto antes esa mirada vacía: cuando, durante la guerra, bombardearon hogares y negocios; como si también se hubiese dañado la mente de sus propietarios. Y, por desgracia, a veces no se curaban. Teensy, Betty Lee y Nellie se reunieron alrededor de Lena.

—Has vuelto —observó Betty Lee.

—Silas no está bien —comentó Teensy.

—Supongo que ha sufrido una gran conmoción —dijo Betty Lee.

—¿Dónde está Ella? —preguntó Nellie.

Lena cerró los ojos. La barbilla le temblaba mientras trataba de encontrar la voz. Respiró hondo antes de hablar.

—No sé dónde está. Se la llevaron el mismo día que a Bonnie y a Jack Henry.

Las mujeres soltaron una exclamación de espanto.

—¡Por todos los santos! —se espantó Teensy—. Teníamos la esperanza de que las dos estuvierais a salvo en alguna parte. —Atrajo a Lena y la abrazó con fuerza —. Pobrecita mía. Lo siento muchísimo.

Lena se sintió de pronto vencida y débil. Se apoyó en Teensy, pensaba que iba a caerse al suelo. La mujer la sostuvo contra ella y Betty Lee y Nellie le dieron palmaditas reconfortantes en la espalda.

—Yo también lo siento mucho —añadió Nellie—. Es horrible.

—Desde luego —se sumó Betty Lee—. No sé qué demonios está pasando con el mundo.

Al cabo de un rato, Teensy se retiró y le enjugó las lágrimas de las mejillas a Lena.

—¿Dónde has estado todo este tiempo? —preguntó—. ¿Buscando a tu niña?

Lena sacudió la cabeza.

—Miriam Sizer me llevó a la Colonia del Estado de Virginia para Epilépticos y Deficientes Mentales.

Nellie miró a las otras mujeres con asombro.

—¿No es ahí donde enviaron a Jeanie Lambert hace unos años? Pero nunca salió de allí.

Betty Lee asintió.

—Sí, ahí era.

—¿Cómo conseguiste salir? —preguntó Teensy.

Lena volvió a sacudir la cabeza. Las lágrimas le nublaban la vista. ¿Cómo podía contarles lo que se había visto obligada a hacer para conseguir la libertad?

—Ya no importa.

Teensy miró la casa envuelta en llamas.

—Supongo que no. Ahora tenéis otros problemas.

Con unos crujidos torturados, las vigas ennegrecidas de la casa y los postes retorcidos de madera se derrumbaron sobre los cimientos de piedra y lanzaron chispas y ceniza al aire. Las mujeres dieron un paso atrás. Las llamas se les reflejaban en los ojos.

Teensy se volvió hacia Lena.

—¿Te ha contado Silas todo lo que hizo para intentar averiguar el paradero de Bonnie y Jack Henry?

—No. Se ha rendido.

—Bueno, pero no es que no lo haya intentado. Ese hombre ha recorrido cielo, tierra y parte del infierno buscando a sus hijos. Fue al orfanato de Staunton, a uno de Charlottesville y a todos los lugares que se le iban ocurriendo. En todos sitios le decían que dejara de buscar, porque nunca iba a recuperarlos. El *sheriff* Dixon le dijo que nunca los encontraría y que, si no dejaba de acosar a todo el mundo, lo meterían en un manicomio. Así que Silas acudió al gobernador e incluso habló con las autoridades federales. Pero a nadie le importaba. Por fin le dijeron que los había adoptado una familia «más adecuada», lo cual no tiene ningún sentido para mí.

Lena apenas podía creer lo que estaba oyendo. Todo ese tiempo Silas había sabido que les habían entregado a sus hijos a otras personas. Todo ese tiempo había buscado a Bonnie y a Jack Henry sin ningún éxito. ¿Por qué no se lo había contado? ¿Había intentado no causarle más dolor? Y ahora que sabía la verdad, ahora que sabía que él lo había intentado todo, pero no había llegado a ninguna parte, ¿cómo podría ella seguir adelante? Empezaron a fallarle las piernas. Se aferró al brazo de Teensy y fue cayendo hasta llegar al suelo.

Teensy se arrodilló junto a ella.

—¿Estás bien, querida?

Lena solo pudo sacudir la cabeza.

—Supongo que ella también está conmocionada —dijo Betty Lee—. Voy a buscar una jarra de aguardiente. —Y se marchó hacia su carreta.

—No —la detuvo Lena—. Me encuentro bien.

Betty Lee se detuvo.

—¿Estás segura? Un buen par de tragos te calmarán.

—Estoy segura. —Ojalá pudiera beber tanto que se le olvidara la tristeza. Pero no había escapatoria de esa pena desdichada, de ese dolor espantoso y pesado en el pecho. Y mantenerse alerta ya le resultaba lo bastante difícil sin que el aguardiente le nublara la conciencia.

Betty Lee regresó con ellas.

—Bueno, pero que no te dé vergüenza si cambias de opinión.

—¿A dónde iréis Silas y tú ahora? —preguntó Nellie.

Lena se encogió de hombros y miró hacia Silas. Ya se había derrumbado del todo y solo lo sostenían las vueltas apretadas de la cuerda alrededor del torso. Judd y el resto de los hombres estaban tratando de hacerlo hablar, pero parecía desprovisto de vida.

—Lleva bebiendo todo el día. Y creo que necesita un médico.

—Iré a buscar a la abuela Creed —dijo Betty Lee. Volvió a dirigirse hacia su carreta mientras le gritaba a su marido—: ¡Voy a por la abuela Creed allá arriba en Slaughter Pen Branch, voy a traerla aquí!

El hombre levantó una mano para hacerle saber que la había oído.

—No vayas a enfermar de preocupación ahora —dijo Teensy—. No sé cuánto queda hasta que nos quiten nuestra casa también, pero podemos haceros hueco a ti y a Silas durante todo el tiempo que necesitéis.

Lena le tomó la mano y le dio las gracias. Casi se desmayó de alivio. Al menos tendrían algún lugar donde quedarse hasta que pensaran qué hacer a

continuación. Y si alguien de la Colonia la encontraba, Teensy podría decir que estaba trabajando para su familia hasta que Silas saliera de la cárcel. O quizá cuando vieran las ruinas de la casa de Silas pensarían que Lena había muerto. Ojalá fuese así.

Teensy se levantó y ayudó a Lena a ponerse en pie mientras le retiraba mechones de pelo de la cara cubierta de lágrimas y le sacudía el polvo del vestido.

Nellie clavó una mirada preocupada en Teensy.

—¿Judd y tú habéis encontrado ya una casa montaña abajo?

—Judd no quiere hablar del asunto. Pero puede que después de ver esto cambie de idea.

El *sheriff* Dixon se acercó a ellas.

—Tienen que marcharse. Ya no hay nada que ver aquí.

—¿Hay alguna ley que prohíba ayudar a nuestros vecinos? —le gritó Judd McDaniel.

—¿Por qué no desatan a Silas? —inquirió el señor Blanchard—. ¡Ya ha sufrido bastante!

—El señor Wolfe está bajo arresto por interferir en una orden estatal y por apuntar con un arma a un agente de la ley —dijo el *sheriff*—. Y, a menos que se vayan a su casa, los arrestaré a ustedes también.

Los hombres sacudieron la cabeza, consternados y furiosos. Judd sacudió otra vez a Silas por los hombros para intentar despertarlo, pero no obtuvo respuesta. Le hizo gestos a Teensy para que fuera con él y emprendió la marcha hacia su carreta.

—Mójate el delantal en el arroyuelo y reúnete conmigo junto a Silas —instruyó Teensy a Nellie.

Nellie hizo lo que se le pedía mientras Teensy y Lena se acercaban a Silas. Teensy lo tomó por la barbilla y le levantó la cabeza. Tenía los ojos abiertos pero desenfocados. Cuando Nellie trajo el delantal empapado, Teensy le limpió el sudor y las cenizas de la cara.

—Sé que ahora mismo no lo parece —dijo Teensy—, pero todo se irá aclarando. En cuanto ese *sheriff* inútil te deje libre, te vienes conmigo y con Judd, y juntos pensaremos qué hacer.

Silas no dijo nada.

—¿Me oyes? —insistió Teensy. Le dio una palmadita en la mejilla—. Vamos, Silas, sé que estás ahí.

No hubo respuesta. La mujer arrugó la frente, preocupada.

—Supongo que la abuela Creed es la única que puede ayudarlo ahora —dijo. Se dirigió a Lena—. Le diré a Judd que les mande a esos hombres que lleven vuestros muebles a nuestra casa y nos iremos nosotros también. Tengo una bañera preparada para llenarla de agua caliente y una olla de viandas en la hornilla. Aquí ya no podemos hacer nada.

Lena sacudió la cabeza.

—No puedo marcharme ahora.

—¿Estás segura? Judd puede bajar a la cárcel y echarle un vistazo a Silas por la mañana. No hace falta que tú te quedes aquí más tiempo del imprescindible. ¿Verdad que sí, Nellie?

La aludida asintió.

Lena no estaba nada segura. Quería marcharse con Teensy, pues ansiaba alejarse de esa escena espantosa y trágica, pero tenía que quedarse con Silas hasta que la abuela Creed llegara o el *sheriff* Dixon se lo llevase. Porque era lo correcto. Y porque era lo que Bonnie y Jack Henry hubieran querido.

—Gracias. Pero esperaré para ver qué pasa con Silas.

—Como quieras. Pero ten en cuenta que pasará un buen rato hasta que llegue la abuela Creed. Slaughter Pen Branch está bastante lejos, muy arriba.

—No pasa nada.

—Supongo que Betty Lee puede acercarte hasta nuestra casa cuando lleve a la abuela Creed de vuelta a la suya.

Lena asintió, agradecida por que Teensy no la obligara a hacer algo que no quería.

Y entonces, uno a uno, los McDaniel y los McCauley, junto con el marido de Betty Lee, subieron a las carretas, hicieron girar mulas y caballos hacia su propio hogar, y abandonaron la granja Wolfe Hollow por última vez. La estructura de la casa ya había desaparecido, se había desplomado y formaba una pila negra de vigas ardientes y tablones llameantes de madera. Todos los recuerdos, los tristes y los felices, que había creado la familia Wolfe entre sus muros habían quedado reducidos a una pila que escombros. Lo único que quedaba en pie era la enorme chimenea, donde las llamas chamuscaron las piedras grises y devoraron el resto de la repisa.

Satisfecho por que los McDaniel y los McCauley se marchasen, el *sheriff* Dixon se acercó a los restos humeantes del establo, donde su ayudante y Pollock observaban cómo los hombres que habían vaciado la casa se afanaban con palas y picos para romper los trozos más grandes. Lena sacó un cubo del camión de Silas,

lo llenó con agua fría del arroyuelo y se lo llevó al hombre, que seguía desplomado hacia delante con la cabeza caída y los ojos cerrados. Se mojó el borde del delantal, le empujó la cabeza hacia atrás, volvió a limpiarle el rostro y luego intentó darle de beber usando el hueco de la mano como vaso improvisado. Era inútil. El agua se le derramó por la boca la y camisa. Parecía muerto. Era posible que su corazón roto se hubiera rendido.

—Silas —lo llamó—. Despierte. —Le dio unos cachetes, suaves al principio, un poco más fuerte después.

Oyó pasos que se acercaban. Eran el *sheriff* Dixon y su ayudante, Pollock los seguía un poco más atrás. Lena le soltó despacio la cabeza a Silas y le retiró la mano de la frente.

—¿Está despierto? —le preguntó el *sheriff* Dixon.

Negó con la cabeza.

El *sheriff* le dio una patada a Silas en un pie, que se le movió hacia un lado. Le asió un mechón de pelo con brusquedad y le levantó la cabeza. A Silas se le abrió la boca, pero seguía con los ojos cerrados y los rasgos inexpresivos. El *sheriff* Dixon le soltó el pelo y dejó que la cabeza volviera a caer hacia delante.

—Vamos a desatarte ahora, Silas —le dijo. Sacó la pistola y le apuntó—. No intentes ninguna estupidez.

Pero seguía inerte como una piedra.

El ayudante comenzó a desatar la cuerda.

—No está bien —dijo Lena—. Necesita ayuda.

—Ya volverá en sí.

—La abuela Creed viene de camino. Llegará pronto.

—No hay tiempo para tu bruja curandera —se mofó el *sheriff*—. Nos lo llevamos al calabozo.

—Pero ¿por qué? —exclamó—. Solo estaba protegiendo su hogar. ¿No habrían hecho ustedes lo mismo?

—Si quieres que te lleve a la Colonia, tengo sitio en el furgón policial para ti también.

Lena se enfureció, le palpitaban las sienes, pero no dijo nada.

—Eso pensaba —dijo el *sheriff*.

Con cada vuelta de cuerda que retiraba el ayudante, Silas caía más y más hacia delante. Una vez estuvo desatado del todo, cayó y se dio un golpe contra el suelo en la cabeza.

—¿Está muerto? —preguntó Pollock.

El ayudante puso los brazos en jarras y miró a Silas con la cuerda colgando de una mano.

—Que me aspen si lo sé.

Lena se arrodilló junto a Silas y lo sacudió por los hombros.

—¿Silas? ¡Despierte!

Lo sacudió por los hombros, meciendo su cuerpo inerte. Con gran esfuerzo, lo empujó hasta colocarlo de espaldas para pegarle la oreja al pecho. Todavía respiraba.

El *sheriff* Dixon se acercó más a Silas, seguía apuntándolo con la pistola. Le dio una patada en las costillas. A Silas se le fue el cuerpo hacia un lado, pero no se despertó. El *sheriff* bajó el arma.

—Muchachos, parece que vais a tener que cargarlo hasta el camión —dijo—. Vais a necesitar que os ayuden algunos de los hombres.

Cuando el *sheriff* Dixon empezó a enfundar el arma, Silas abrió los ojos de repente y se puso de pie de un salto. Al hacerlo empujó a Lena hacia un lado. Aferró la pistola del *sheriff* y le apuntó con ella, sujetándola con ambas manos. El *sheriff* y su ayudante recularon. Se habían quedado pálidos. Levantaban los brazos como si se prepararan para defenderse de un animal salvaje. Pollock se dio la vuelta y echó a correr.

—No lo hagas, Silas —suplicó el *sheriff*.

—Anda que no —rugió Silas.

—Silas, por favor —suplicaba Lena—. No le dispare a nadie.

—Podemos solucionarlo —arguyó el *sheriff*—. Podemos ayudarte a encontrar otro sitio donde vivir y...

—¡No quiero otro lugar donde vivir! —gritó Silas enfurecido. Le salía disparada saliva de entre los labios—. ¡Quiero que me devuelvan mis tierras! ¡Quiero que me devuelvan a mis pequeños!—. Sacudía la pistola entre el *sheriff* Dixon y su ayudante. Tenía el rostro bañado de lágrimas ardientes.

—Déjame ver qué puedo averiguar sobre tus hijos. Descubriré dónde están.

—¡Es mentira! —gritó Silas—. ¡Lo he intentado todo! ¡He hablado con todo el mundo! ¡Nadie me dice nada! Me repiten que mis hijos están mejor en otro lugar. ¡Me repiten que ya no están!

—Lo sé, pero quizá yo pueda... —comenzó a decir el *sheriff*.

—No podéis hacer nada —dijo Silas. Dio un paso hacia el *sheriff* Dixon con la pistola apuntándole a la cabeza.

El *sheriff* levantó las manos.

—Sí..., sí que puedo. Haré algunas llamadas y...

—¡Mentiroso! Espero que os pudráis en el infierno, malditos bastardos.

Y entonces Silas se apoyó la pistola contra la barbilla y apretó el gatillo.

El disparo resonó por las colinas y espantó a una bandada de pájaros de un árbol cercano. Lena sintió que el sonido del disparo le rebotaba dentro de la cabeza y le hacía imposible oír nada más. Le pareció que todo sucedía muy despacio: a Silas le brotó de la cabeza una flor de color rojo vivo que lanzó un chorro de sangre y sesos mientras su cuerpo se desplomaba de espaldas en el suelo con una sacudida. Lena chilló y cayó de rodillas con las manos sobre la cara. Los sollozos le robaban el aire de los pulmones.

CAPÍTULO 28

Richmond, Virginia
Octubre de 1948

Después de despacharle dos kilos de patatas y media docena de cebollas a su última clienta del día, Lena colgó el delantal de un gancho en la parte de atrás del puesto de verduras del mercado situado en la calle Sexta, se alisó el vestido y salió de detrás del mostrador principal. Lo normal habría sido que se hubiese pasado parte del día haciendo repartos, pues esa había sido su rutina durante los últimos años; sin embargo, ese fin de semana se celebraría en la ciudad el primer Festival Anual del Tabaco, un acontecimiento que incluía un desfile, un concurso de talento, un certamen de belleza y numerosos artistas callejeros, de modo que el mercado había estado abarrotado todo el día y se habían pospuesto los repartos al lunes por la mañana.

—Hasta mañana, Teensy —se despidió.

Teensy cerró la caja registradora y la miró con el ceño fruncido.

—¿Mañana? ¿No vas a ir al gran baile de esta noche?

Lena le rehuyó la mirada y fingió ordenar un expositor.

—No creo que vaya —dijo al fin.

—¿Qué es eso de que no crees que vayas? —repitió Teensy—. Claro que vas a ir. El Festival del Tabaco es el acontecimiento más grande que le ha pasado a este lugar en décadas y todo el mundo irá al baile. ¿No quieres ver cómo Frank Sinatra corona a la nueva Reina del Tabaco?

Lena suspiró. Aun después de todos esos años, todavía odiaba decepcionar a Teensy. Y a Judd también, claro. Cuando no tuvo un lugar donde vivir después de que el estado quemara la granja de Wolfe Hollow y Silas se quitara la vida, ellos la habían acogido sin condiciones, a pesar de que también perdieron su hogar unas

semanas más tarde, al igual que otros cientos de familias de las montañas que fueron desalojadas para ganar espacio para el Parque Nacional Shenandoah. Empezar de nuevo había supuesto una serie de desafíos descorazonadores, como que las casas para reubicarlos no se construyeran a tiempo, que Judd y Teensy no reuniesen los requisitos para pedir una hipoteca y que nadie pudiese encontrar trabajo debido a la creencia insidiosa de que la gente de la montaña era ignorante y retrasada.

No obstante, a pesar de todas las dificultades, Teensy y Judd habían continuado tratando a Lena como a una más de la familia. Insistieron en que se quedara con ellos y con sus cuatro hijas, que en aquella época tenían seis, ocho, nueve y diez años respectivamente, en un apartamento de un dormitorio cerca de Lynchburg. Los primeros años habían sido duros, cuando menos, y empeoraron después de la caída de la Bolsa, pero, con el tiempo, Judd encontró trabajo en una fábrica de cereales. Teensy, Lena y las niñas remendaban ropa a cambio de dinero y, de algún modo, salieron adelante. Todo mejoró durante la guerra, cuando se mudaron a Richmond, donde Teensy encontró un puesto de telefonista, Judd entró a trabajar como soldador de cabezas de bombas y a Lena la contrataron como fabricante de moldes en una fundición. Y cuando por fin fue capaz de mantenerse por sí misma, alquiló una habitación en la pensión de la señora Tucker, muy cerca de su lugar de trabajo.

Una a una, las muchachas McDaniel se casaron y se fueron de casa, y, después de pasarse años ahorrando y economizando, Teensy y Judd compraron una granja en las afueras de la ciudad, donde regresaron a sus raíces y pudieron ganarse la vida trabajando la tierra. Cuando la guerra terminó y Lena se quedó sin trabajo en la fundición, Teensy y Judd volvieron a acudir al rescate y le ofrecieron trabajo en su puesto de verduras, Frutas y Verduras McDaniel, que pronto se convirtió en uno de los lugares más concurridos del mercado de la calle Sexta.

Para Lena, vender productos agrícolas en un mercado al aire libre era sin duda mejor que trabajar con palas y llanas en una fundición calurosa y sucia, donde le dolían la espalda y los brazos, y donde siempre tenía un sabor metálico en la boca. Por no mencionar que en el mercado estaba obligada a ser simpática y a hablar con las clientas, lo cual le dejaba menos tiempo para pensar. El único inconveniente era que, a veces, creía que perdería la cabeza de tanto examinar a cada joven desconocida que pasaba por el puesto o se paraba a comprar algo. En general, no perder la esperanza de que volvería a ver a Ella la hacía sentirse bien, pero en otras ocasiones le resultaba una obsesión malsana. Ojalá hubiese podido

silenciar la necesidad desesperada de saber dónde estaba su hija, si se encontraba bien de salud y si era feliz. Pero resultaba imposible. Demasiadas veces se descubría mirando fijamente a alguna joven rubia de ojos azules, segura de que se trataba de Ella, solo para conseguir que esa certeza se convirtiera en duda y la duda en tristeza. También pensó que había visto a Miriam Sizer una vez, en la acera, fuera del mercado, caminando con el bolso, que se balanceaba como un péndulo, colgado del brazo. Corrió tras ella y la sujetó de un hombro solo para descubrir a una extraña robusta y con los ojos muy abiertos, asustada y confundida por la intromisión repentina.

Durante años intentó vivir una suerte de vida sin Ella mientras esperaba contra todo pronóstico que pudiera encontrarla de algún modo, algún día. Pero su hija perdida siempre rondaba su vida, le aparecía en el pensamiento y le nublaba la conciencia con una pena tan honda que a veces se tambaleaba en los márgenes mismos de la locura.

Cada pista del paradero de Ella que había obtenido había llevado a un callejón sin salida. Además de escribir a orfanatos e instituciones toda una ristra de cartas sin respuesta en las que explicaba su situación y suplicaba para que alguien le dijera algo o se apiadase de su apuro, Lena y Teensy habían hablado con otras personas desplazadas desde las montañas cuyos hijos también les habían sido arrebatados para ver si habían tenido suerte en su búsqueda. Nadie los había encontrado. Algunos habían perdido a familiares ancianos más o menos por la misma época, pero tampoco habían podido seguirles la pista. Al pensar en todas las mujeres y muchachas que había visto en la Colonia, Lena no podía evitar preguntarse cuántas otras personas, no solo de la cordillera Azul, sino de toda Virginia, estarían buscando también a sus parientes desaparecidos. Al final supo que también retenían a niños y hombres en la Colonia, y eso hizo que se preguntara si la institución no habría sido más grande de lo que ella había pensado. Su mayor miedo era que hubieran enviado a Ella, Bonnie y Jack Henry a otro estado o incluso al otro lado del país.

A lo largo de los años había mantenido el contacto con Enzo, le había escrito cada vez que se mudaba para notificarle su nueva dirección y le había explicado, sin entrar en muchos detalles, lo que les había pasado a ella y a su hijita, y le había asegurado que estaba haciendo todo lo que estaba en su mano para encontrarla. Incluso después de que Enzo se casara con Suzanne, la nieta de *Frau* Müller, Lena seguía teniendo la esperanza de que fuese a los Estados Unidos algún día. Le envió unos dólares cuando nacieron sus dos hijos y una tarjeta de condolencia cuando

Frau Müller murió, e intercambiaban felicitaciones por los cumpleaños y por Navidad, pero los recuerdos de su hermano y de Alemania le parecían un sueño, algo que había sucedido en otra vida. Había estado muy preocupada por Enzo durante la guerra, en especial cuando su esposa le escribió para decirle que lo habían reclutado como soldado de infantería en la *Wehrmacht*. Suzanne volvió a escribir cuando Enzo regresó a casa con un permiso, demacrado, sucio y agotado, pero, tras esa carta, Lena no recibió nada más: ni cartas, ni notas, ni tarjetas. Se convenció de que todos habían muerto y pasó por un periodo de duelo. Pero entonces, para gran alivio suyo, a finales de 1945 Enzo escribió para decirle que lo habían capturado los británicos, quienes lo habían retenido en un campo de prisioneros hasta unos meses después del fin de la guerra. Sus hijos y su esposa habían huido a Berlín, donde los encontró viviendo en la granja de unos parientes de Suzanne. Tras esos sucesos, él le escribía varias veces al año para contarle que estaban criando cerdos y cultivando productos agrícolas, y que les iba todo lo bien que se podía esperar.

Mientras tanto, en cualquier lugar al que Lena fuese, los mercados al aire libre y los tranvías, los callejones y las calles abarrotadas, seguía buscando a Ella. Cualquier cosa hacía que pensara en su hija: una muñeca de trapo, una pera fresca, una mariquita, las gallinas de la granja de Teensy y Judd. Pero, de igual modo que Bonnie y Jack Henry, parecía que Ella había desaparecido de la faz de la tierra. Lena terminaba cada día triste y frustrada. Incluso ahora seguía imaginándose a su hija dormida entre sus brazos, con las piernecitas encogidas hacia el vientre, la carita suave, las pestañas largas como plumón sobre las mejillas. Casi podía sentir su manita, el calor de la palma, la piel suave y satinada. Si lo hubiera sabido, nunca habría salido de Alemania. La culpa de perder a Ella y su fracaso al averiguar lo que le había pasado eran como una herida sangrante dentro del corazón; una herida en carne viva que se desgarraba constantemente, ante el mínimo recordatorio de todo lo que había perdido y todo lo que había sufrido.

Y ese día había sido de esos.

Esa mañana, bien temprano, en el puesto de frutas y verduras, cuando una madre joven con una niñita rubia y de ojos azules se detuvo a admirar el despliegue de manzanas perfectas, Lena se tambaleó y dejó caer el cambio de otra clienta. La niña podría haber sido la gemela de Ella y la madre parecía una versión adulta de de ambas. Lena tuvo que agarrarse al mostrador para recomponerse antes de poder recoger las monedas. Había vuelto sin remedio al día en el que Miriam Sizer le había arrancado a su hijita de los brazos. Mientras seguía mirando

fijamente a la mujer y a su pequeña, le entregó el cambio a la clienta sin pensar.

—Perdone —dijo la clienta—, ¿puede darme mis remolachas?

Lena la miró confusa.

—No me ha dado mis remolachas —repitió la mujer al tiempo que señalaba la caja registradora detrás de Lena.

Se dio la vuelta para mirar. La bolsa de remolachas seguía sobre el mostrador. Fue a buscarla y se la tendió a la clienta. Rezó para que la joven siguiera mirando las manzanas.

—Lo siento —dijo con una sonrisa forzada.

La clienta tomó sus remolachas y se perdió entre la multitud. La joven también comenzó a alejarse.

—Espere —dijo Lena en un tono de voz más alto del esperado.

La joven se detuvo y se dio la vuelta con el ceño fruncido.

—¿Es a mí?

Lena asintió.

—Sí. —Sin aliento y bastante abrumada, se tragó el nudo que tenía en la garganta—. Lo siento. No pretendía asustarla. —Tomó una manzana y se la tendió—. Me preguntaba si no le gustaría a su niña probar una manzana. Las hemos recogido del árbol esta misma mañana.

Para alivio de Lena, la mujer sonrió y volvió al puesto.

—Son maravillosas —apreció—. ¿Está segura de que no le importa?

Lena asintió.

—Claro que no. —Se esforzó por sonar tranquila—. Yo invito.

La joven, que parecía tener unos veinte años, la edad que Ella tendría ahora, era una mezcla perfecta de Lena y Enzo. Lena se devanó los sesos en busca de una pregunta que sonase casual, algún modo de descubrir quién era sin sonar como una entrometida.

—Qué amable por su parte —dijo la joven—. Gracias. —Le dio la manzana a la niñita, quien la rodeó con sus deditos regordetes y le sonrió a Lena. Entonces la joven se dio la vuelta para marcharse.

Lena la llamó de nuevo y tuvo que luchar contra las ansias de salir de detrás del mostrador y sujetarla por el brazo antes de que desapareciera.

—Perdone. No pretendo ser maleducada, pero usted me recuerda a alguien a quien conocí una vez. ¿Es posible que se llame Ella?

La mujer negó con la cabeza.

—Lo siento, no. Me llamo Camille.

—Le ruego que me disculpe —consiguió decir Lena—, pero tenía que preguntarlo.

—No pasa nada.

Lena pensaba a toda velocidad. No podía dejar que se marchara. Podrían haberle cambiado el nombre.

—Tiene una hija muy hermosa.

—Gracias, pero no es hija mía. Esta es mi hermana Olivia.

—Vaya, se parecen mucho.

—Eso es lo que nos dice todo el mundo —asintió Camille—. Pero la verdad es que se parece más a nuestra madre.

Lena se obligó a seguir sonriendo. La probabilidad de que Ella se pareciera a su madre adoptiva era poca o ninguna. Pero no estaba preparada para descartarlo por completo.

—Qué bien. ¿Su madre ha venido al mercado con ustedes?

—No, está en el hotel, pero se reunirá con nosotras pronto. Solo estábamos dando un paseo para concederle unos minutos de tranquilidad.

—Supongo que han venido por el festival.

—Sí —confirmó Camille—. Y, aunque me encantaría comprar algunos de sus magníficos productos, me temo que no volveremos a casa hasta dentro de una semana y no querría que se echaran a perder. Pero gracias de nuevo por la manzana.

—No hay de qué. Si no le importa que le pregunte, ¿dónde viven? Este fin de semana recibimos a mucha gente de fuera de la ciudad. Es interesante saber de dónde proceden las personas que acuden al festival.

—En South Boston —dijo Camille—. ¿Sabe que el Festival del Tabaco se originó allí?

Lena negó con la cabeza.

—No lo sabía —dijo—. ¿Han venido desde Massachusetts para el festival?

«Puede que enviaran a los niños fuera del estado».

La joven se echó a reír.

—Cielo santo, no. Me refiero al pueblo de South Boston, Virginia, que se encuentra a solo medio día de viaje desde aquí.

Lena sintió que le ardían las mejillas, en parte por el bochorno y en parte por ver sus esperanzas renovadas. South Boston estaba aún más cerca de Lynchburg, donde estaba la Colonia, que de Richmond.

—Ah, claro. Qué tonta. No lo había pensado. Apuesto a que no cultivan tabaco

en Boston, Massachusetts.

Camille volvió a reír.

—Estoy segura de que no.

—¿Tienen mucha familia en South Boston?

—Sí —dijo Camille—. Mis padres nacieron allí, igual que casi un centenar de tías y tíos y primos.

—¿Usted también nació allí?

Tan pronto como hubo hecho la pregunta, Lena se percató de que había sonado rara.

Camille hizo un gesto de extrañeza. Antes de que pudiera responder, una mujer mayor salió de entre el gentío y la tomó del brazo.

—Aquí estáis. Os he buscado por todas partes.

—Lo siento. Me detuve para admirar estas manzanas tan hermosas y esta encantadora mujer... —Camille miró a Lena—. Lo siento, no sé su nombre.

—Magdalena Conti. Todos me llaman Lena.

—Lena le dio a Olivia una manzana para que la probase —refirió Camille.

—Es muy amable por su parte —dijo la mujer—. Pero tenemos que ponernos en marcha. Tienes que volver al hotel y arreglarte para esta noche. —Tomó a la niña de la manita—. Ven con mamá, cielo.

Camille tenía razón; Olivia era clavada a su madre. Y al verlas a las tres juntas, Lena reparó en las diferencias entre la madre y Camille. Todavía había una posibilidad de que se tratase de Ella.

Camille le sonrió.

—Muchas gracias de nuevo. —Y se marchó.

Cuando se hubo ido, Lena se dejó caer con pesadez sobre la banqueta que había detrás del mostrador. Las rodillas le temblaban y el corazón le latía con fuerza. Cientos de mujeres jóvenes visitaban el puesto de verduras cada semana y algunas podrían haber pasado por su hija, pero ninguna le había recordado tanto a Ella. Y Lena la había dejado marchar. Pero ¿qué otra cosa podría haber hecho? No tenía forma de hacer que se quedara más tiempo. Y, de todos modos, ¿cómo podría haber averiguado la verdad si Ella no tenía ni idea de quién era en realidad?

* * *

Durante el resto del día, Lena no dejó de pensar en Camille. Se le rompía el corazón una y otra vez. Y por la noche Teensy quiso que fuera al gran baile, pero eso era lo último que le apetecía hacer.

—No tengo nada que ponerme.

—Tonterías. Puedes ponerte el vestido verde de cóctel de mi hija Janie Sue. Te sienta como un guante y te garantizo que Howard Branscum se quedará deslumbrado. —Le guiñó un ojo.

Lena puso los ojos en blanco.

—No tengo ningún interés en el señor Howard Branscum y lo sabes.

—Sí, lo sé. Pero eso no significa que lo entienda. Tiene un trabajo bastante bueno en el colegio y una casa muy bonita en la calle Simmons. Y Judd dice que le preguntó por ti el otro día.

Lena soltó un bufido. Lo último que necesitaba era verse obligada a explicarse ante un hombre. Otros pretendientes se habían interesado por ella a lo largo de los años, pero los había rechazado a todos por una serie de razones. Para empezar, seguía sin confiar del todo en los hombres después de que el padre de Ella la hubiera convencido con promesas de matrimonio de que se acostara con él para luego abandonarla sin siquiera despedirse. Por aquel entonces, al saber que estaba embarazada, se sentía encantada ante la idea de convertirse en madre hasta que se acordaba de que la habían abandonado y de que le resultaría difícil criar a un bebé sola y sin apenas recursos. No quería volver a sentirse herida cuando un posible marido la abandonase porque no podía darle hijos, aun cuando eso significase pasar el resto de su vida en soledad. Teensy y Judd eran su familia, y, cuando iban de visita, sus hijas y sus nietos también. Y, una vez cada dos años, Teensy y ella hacían un viaje a Lynchburg para visitar a Betty Lee, a Nellie y al resto de las mujeres a las que habían expulsado de Old Rag.

—Bueno, incluso si no te interesa Howard Branscum —dijo Teensy—, allí habrá muchos otros hombres que busquen pareja de baile. Y un poco de diversión te vendrá bien.

—No bailo desde que era pequeña y no voy a empezar de nuevo ahora. Además, no me sé ninguno de los pasos modernos.

—Vamos —se quejó Teensy—. Todo el mundo va a estar allí. Hay gente que ha recorrido muchos kilómetros para venir, ¿y tú vas a quedarte sola en casa?

Lena abrió la boca para soltar otra excusa cuando de súbito recordó que la madre de Camille y Olivia había dicho que tenía que arreglarse para esa noche. Quizá Camille iría al gran baile también y podría volver a hablar con ella.

—De acuerdo. Iré. Pero no voy a bailar con nadie.

CAPÍTULO 29

Sola, de pie junto a la pared trasera del recinto donde se celebraba el baile mientras Teensy y Judd bailaban al ritmo de *Texarkana Baby,* Lena se mordía el labio y examinaba a la multitud por enésima vez en busca de Camille. Recorrer el recinto abarrotado y moverse entre los bailarines habría sido más eficaz, pero ya se había topado con Howard Branscum dos veces. Prefería no rechazar por tercera vez su invitación de acompañarlo a la pista de baile.

Sobre el escenario, Eddy Arnold y sus Chicos del Arado de Tennessee tenían al público comiendo de su mano. Cuando la canción terminó, Teensy y Judd se acercaron a ella riendo sin aliento.

Judd se enjugó la frente y miró a Lena.

—Estoy decidido a conseguirnos unas cervezas. ¿Quieres una?

—No, gracias.

—Date prisa, Judd. Estoy molida y me muero de sed. —Teensy se pasó los dedos por el pelo y se echó a reír—. ¡Cielo santo! No había bailado así desde..., ¡ni me acuerdo desde cuándo! ¿Por qué no estás ahí divirtiéndote un poco? He visto que Howard te invitaba a bailar.

—Te dije que no iba a bailar, y en especial que no iba a bailar con él.

—Tonterías. Un poco de diversión te sentará bien. Y que bailes con un hombre no quiere decir que tengas que casarte con él.

Lena le dedicó una sonrisita. No había admitido que la auténtica razón por la que había acudido al baile era buscar a Ella, pues se había llevado demasiadas decepciones a lo largo de los años y no sentía deseos de fastidiarle la fiesta a Teensy. Sin embargo, ya llevaba allí más de dos horas y no había ni rastro de Camille. Tal vez estuviese perdiendo el tiempo. Las posibilidades de encontrar en esa muchedumbre a una mujer con la que solo había hablado unos momentos eran escasas, y había menos posibilidades todavía de que Camille fuese Ella. Entre

el largo día en el puesto y el hecho de volver a sentirse esperanzada solo para ver esas esperanzas hechas pedazos, se sentía agotada y solo quería volver a su habitación en la casa de la señora Tucker.

—Creo que voy a irme.

Teensy hizo un mohín.

—Quédate un poco más —suplicó—. Van a nombrar a la nueva reina pronto.

En el escenario, Eddy Arnold terminó un solo de guitarra y se acercó al micrófono.

—Damas y caballeros —dijo—, muchísimas gracias por su maravillosa hospitalidad esta noche. Vamos a tocar un par más de canciones y después el señor Frank Sinatra coronará a la nueva Reina del Tabaco. Pero primero echémosles otro vistazo a las preciosas candidatas. ¿Qué les parece? —Miró hacia su derecha y extendió un brazo para dar la bienvenida a las jóvenes participantes. Entre sonrisas y saludos con el brazo, las candidatas subieron al escenario cubiertas con hojas de tabaco dispuestas a modo de traje de noche. Todo el mundo rompió a aplaudir—. ¿A que son encantadoras? Y ahora démosle un gran aplauso a la Reina del Tabaco actual... Desde South Boston, ¡la señorita Camille Baker!

A Lena se le puso la piel de gallina. Con razón no había visto a Camille en la pista de baile..., se había estado preparando entre bastidores. Se puso de puntillas para mirar al escenario por encima de cabezas y hombros. Camille apareció con una tiara y un vestido de fiesta de gasa. Parecía la princesa de un cuento de hadas. Lena comenzó a avanzar hacia ella, abriéndose camino entre la multitud que aplaudía y silbaba. No tenía ni idea de lo que diría o haría una vez llegara al escenario, solo sabía que tenía que volver a hablar con Camille.

Oyó que Teensy la llamaba.

—¿A dónde demonios vas, Lena?

Lena no le hizo caso y siguió avanzando mientras zigzagueaba entre el gentío exaltado. Las candidatas al concurso de belleza ya estaban empezando a abandonar el escenario por la izquierda, seguidas de Camille. Lena estiró el cuello para ver a dónde iban. Rezó para poder encontrar el modo de llegar hasta ella.

—Como digo —estaba diciendo Eddy Arnold—, no falta mucho antes de que descubramos cuál de estas bellezas será la nueva Reina del Tabaco. Mientras tanto, me gustaría que le ofrecieran una bienvenida entusiasta a una joven que actuó antes de nuestro concierto en la Feria Estatal de Virginia el verano pasado. Es una voz nueva en el panorama de la música *country*. Mis Chicos del Arado y yo mismo la acompañaremos esta noche mientras nos canta un par de sus canciones

favoritas. Por favor, dedíquenle un gran aplauso a... ¡Bobby Jo Gately!

Lena se iba disculpando conforme avanzaba empujando al público, que se apretaba a su alrededor, para encaminarse al lado izquierdo del escenario con la esperanza de ver hacia dónde se dirigían las candidatas. Un hombre de rostro severo estaba situado delante de una puerta al nivel del suelo y a unos metros de distancia con los brazos cruzados y con los ojos vigilantes clavados en la muchedumbre. Cuando vio que Lena se acercaba, le cortó el paso.

Jadeante, se obligó a sonreírle para parecer inofensiva.

—¿Es esta la puerta que lleva a la zona entre bambalinas? —Tuvo que gritar para hacerse oír con todos los aplausos.

—No tiene permiso para entrar ahí —gritó él a su vez.

—Por favor. Necesito hablar con Camille Baker. Es amiga mía.

Él negó con la cabeza.

—Lo siento.

—Pero es una emergencia. ¡Tengo que hablar con ella!

A su espalda, el gentío dejó de aplaudir y quedó en silencio. Una voz femenina hablaba por el micrófono.

—Muchas gracias a todos. Quiero que sepan que le debo mi amor a la música a mi difunta madre, y me gustaría empezar con una canción muy antigua que era su favorita. La he cambiado un poco, pero espero que les guste de todos modos.

Entonces la voz de la cantante surgió de los altavoces, llenó el recinto y Lena se quedó paralizada.

Le pregunté si me amaba,
ella dijo que me amaba un poco.
La rodeé con mis brazos,
como una parra abraza a un árbol.

Como a cámara lenta, Lena se dio la vuelta para mirar a la cantante, segura de que sus oídos o la acústica del recinto le estaban jugando una mala pasada. La melodía de la canción era ligeramente más baja y el acompañamiento musical se había modernizado, pero el estribillo era inconfundible. De igual modo que la voz, dulce y pura, con un toque perceptible del acento de la cordillera Azul.

Cindy en verano,
Cindy en otoño.

Si no consigo a Cindy,
nunca me casaré.

Abrumada por el recuerdo de un día caluroso de verano en las montañas, Lena se quedó asombrada, mirando fijamente, mientras la voz de la mujer le resonaba dentro del corazón y de la mente, y le provocaba escalofríos. Veía con toda claridad a Bonnie cantándole alegre a Ella antes de que el rostro se le ensombreciera cuando Silas le gritó que dejase de cantar.

Una mano sobre un brazo la sacó del trance.

—¿Se encuentra bien, señorita? —le preguntó el hombre que vigilaba la puerta.

Lena dio un paso atrás. Por un instante no estuvo segura de dónde estaba ni de cómo había llegado allí. Asintió y volvió a clavar la mirada en la cantante, segura de que su mente desesperada le estaba jugando una mala pasada. Empujó con el hombro a un par de parejas felices que sonreían a la banda y se situó hacia el centro del escenario. Se detuvo justo enfrente de la cantante y rezó para que la persona a la que pensaba que estaba viendo estuviese de verdad allí. El foso de la orquesta separaba la pista de baile del borde del escenario al menos varios metros, pero Lena estaba lo bastante cerca como para echar un buen vistazo.

Las coletas rubias como el lino y los rasgos infantiles habían desaparecido; los habían sustituidos unos rizos dorados, un cuello largo y elegante y unas mejillas afiladas por la madurez. Pero Lena conocía ese rostro. Y cuando la cantante se volvió para mirar hacia el público del otro lado, estuvo segura. Nadie más se habría fijado en el leve contorno de una cicatriz con forma de margarita debajo del colorete rosado de una mejilla de la cantante, pero ella sí se fijó.

Era Bonnie.

Lena empezó a temblar sin control mientras trataba de entender lo que estaba sucediendo. Además de buscar a Ella todos esos largos años, estar pendiente por si veía a Bonnie o a Jack Henry se convirtió en un hábito. Pero nunca habría esperado encontrar a uno de ellos así..., sobre un escenario delante de cientos de personas. Tal vez estuviera soñando.

Gracias a Dios que había visto a Camille en el puesto.

Gracias a Dios que había ido al baile para buscarla.

Solo que...

¿Y si Bonnie se había olvidado de ella? ¿Y si no tenía recuerdos de su auténtica identidad? ¿Y si era un espejismo que habían creado sus ilusiones? Por un momento sintió que el suelo se le movía bajo los pies y que las paredes se

balanceaban. Se sujetó a la barandilla de la orquesta con ambas manos para anclarse al lugar.

Cuando la canción llegó a su fin, el público aplaudió y Bonnie sonrió y saludó mientras decía «gracias» por el micrófono. Esa sonrisa era inconfundible. Tenía que ser ella.

Bonnie levantó una mano para acallar a la multitud y volvió a hablar:

—La siguiente canción es una obra mía. Espero que les guste.

Lena levantó una mano para llamarle la atención.

—¡Bonnie! —gritó—. ¡Aquí! ¡Soy yo, Lena!

Pero la banda había comenzado a tocar y Bonnie cerró los ojos mientras esperaba que la introducción acabase. Lena mantuvo la mano en el aire con toda su atención concentrada en Bonnie, como si pudiera comunicarse con ella usando la mente. Cuando empezó a cantar, volvió a abrir los ojos, pero fue como si estuviera en otro lugar, perdida en las palabras de la canción.

Aunque los recuerdos dicen mi nombre,
el futuro me hace señas
mientras mi corazón llora por lo familiar
y el lugar al que antaño pertenecí.
Pues hay algo en el consuelo
del lugar en el que te criaste,
y de la gente que mejor te conocía,
incluso en tus más oscuros días.

Cómo extraño nuestro hogar en la montaña,
donde el aire era fresco y puro,
donde los ríos y arroyuelos corrían libres.
Cómo deseo poder volver allí.

Pero no puede ser,
porque todo lo que queda
son los rostros y los nombres
de los traicionados niños perdidos de Shenandoah.

La pena que había en la voz de Bonnie hizo que a Lena se le llenaran los ojos de lágrimas. Era evidente que recordaba quién era y de dónde venía. Pero ¿qué más recordaba? ¿Se acordaría de ella y de su hijita? Después de todo, solo habían

pasado unos meses juntas. Y era imposible saber por lo que habría pasado desde entonces. Empezar de nuevo a los diez años con una familia nueva tuvo que ser increíblemente difícil, cuando menos. Cualquiera sabía cómo la habrían tratado y si habría vuelto a ver a su hermano.

Cuando Bonnie llegó al estribillo por segunda vez, Lena pensó en sacudir el brazo de nuevo con la esperanza de que Bonnie se fijara en ella, pero tenía que dejarla terminar la canción sin distracciones. Bonnie se merecía cada segundo de ese momento; cada segundo del público en silencio asombrado, conmovido por la emoción cruda de su voz.

Por fin, al final de la última estrofa, Bonnie la miró directamente, como si se hubiera visto impelida a hacerlo por una fuerza invisible. Lena buscó algún tipo de reconocimiento en su rostro, una señal de que sabía quién era Lena, pero no había nada de eso.

De repente, sintió en la cabeza el palpitar enloquecido de su corazón aterrado. Tenía que hablar con ella, pero ¿cómo? ¿Y si Bonnie abandonaba el recinto antes de que Lena pudiera alcanzarla? Miró al guardia de seguridad que bloqueaba la entrada a la izquierda del escenario. Aun cuando pudiese distraerlo, era probable que la puerta estuviera cerrada con llave. Otro hombre vigilaba el escenario a la derecha del foso de la orquesta.

Cuando Bonnie terminó de cantar, el público prorrumpió en aplausos, gritos y silbidos. Bonnie les dio las gracias, saludó y comenzó a marcharse del escenario. Eddy Arnold avanzó y se colocó de nuevo frente al micrófono.

Lena respiró hondo.

Era ahora o nunca.

Pasó por encima de la barandilla y saltó dentro del foso de la orquesta, derribó una silla y casi cayó de boca cuando aterrizó. Al ver lo que había hecho, uno de los hombres que vigilaban las puertas saltó la barandilla y la sujetó antes de que pudiera llegar al escenario. Ella se esforzó por liberarse de su agarre, pero él la sujetaba con fuerza.

—¡Bonnie! —gritó.

Eddy Arnold se percató de la conmoción y rio nervioso.

—Vaya, Bobbi Jo —dijo—. Parece que tienes una admiradora bastante entusiasta.

Bonnie redujo el paso y miró por encima del hombro con una sonrisa. Al principio parecía divertida, pero luego frunció el ceño con preocupación.

—¡Bonnie Wolfe! —gritó—. ¡Soy yo, Lena!

El hombre de seguridad tiró de ella por un hombro para intentar alejarla de allí.

Bonnie se detuvo un instante, insegura, antes de correr hacia el borde del escenario con una mirada extraña de curiosidad y confusión.

Eddy Arnold apartó el micrófono para dirigirse a ella.

—¿Qué estás haciendo? —dijo en tono quedo—. Deja que el servicio de seguridad se encargue de ella.

Bonnie no le hizo ningún caso, se arrodilló y habló con el hombre de seguridad.

—No pasa nada. Puede soltarla.

—¿Está segura, señorita Gately?

—Sí. No hace falta que se la maltrate.

Eddy Arnold rio cuando volvió al micrófono.

—Bueno, parece que nos retrasamos un poco. Pero por eso queremos a Bobbi Jo. Es una auténtica princesa del *country*. ¿Verdad que sí, gente?

El público rio y aplaudió y silbó.

De mala gana, el hombre le soltó el brazo a Lena.

Bonnie la miró con ojos afligidos.

—¿Está bien, cielo? Agradezco su entusiasmo, claro, pero no puede ir por ahí causando este tipo de problemas. ¿Qué le parece si le firmo un autógrafo después del espectáculo?

Lena sintió que se le encogía el corazón. Incluso cara a cara, Bonnie no tenía ni idea de quién era. Pero, claro, eso no tendría que ser ninguna sorpresa. Veinte años de pena y de preocupaciones habían conseguido que Lena se arrugara y encaneciera antes de tiempo. A veces ni ella misma se reconocía.

—Bonnie —dijo con voz preñada de emoción—, ¿no te acuerdas de mí?

Bonnie frunció el ceño y se acercó más para estudiarle el rostro durante lo que le pareció una eternidad.

—Me resulta familiar. Pero que me aspen si soy capaz de ubicar dónde la he visto antes. —Antes de que Lena pudiera responder, Bonnie se dirigió al hombre encargado de la seguridad—. Llévela a mi camerino.

CAPÍTULO 30

Detrás del escenario, Bonnie condujo a Lena por un pasillo estrecho donde había percheros con ropa, atriles para las partituras, tramoyistas y participantes en el concurso de belleza nerviosas y ataviadas con sus vestidos de hojas de tabaco. Cerca del final del pasillo, Bonnie la hizo pasar a un camerino y cerró la puerta tras ellas. Cuando se dio la vuelta para mirar a Lena, tenía las mejillas ruborizadas y los ojos ansiosos.

—Supongo que la conozco de algo —dijo—. Pero me cuesta recordar quién es usted. ¿Cómo demonios sabe mi verdadero nombre? ¿Conocía a mi padre?

Lena asintió. Se le había formado un nudo enorme en la garganta.

—Yo cuidé de ti y de Jack Henry durante un tiempo cuando erais niños.

Bonnie arrugó la frente.

—¿Allí arriba en Wolfe Holler?

Lena volvió a asentir mientras luchaba contra el impulso de bombardearla a preguntas. Al mismo tiempo, se sentía aterrorizada por si no recibía respuestas. Si Bonnie no conseguía acordarse de quién era, ¿cómo iba a acordarse de Ella?

—Yo estaba allí cuando te caíste del henar de la granja de los McDaniel. Así fue como te hiciste la cicatriz de la mejilla. ¿Te acuerdas de eso?

Bonnie reflexionó un segundo. Entonces las cejas se le dispararon hacia arriba y le agarró las manos.

—¡Dios mío! ¿Lena?

Lena casi se desmaya de alivio.

—Sí —dijo—. Me hace tan feliz que te acuerdes de mí.

—Claro que me acuerdo de ti. Siento haber tardado un rato, pero han pasado muchos años. Nunca olvidaré cómo me cantaste la canción favorita de mi madre mientras la abuela Creed me cosía la herida.

—Y ahora eres una cantante famosa. Siempre dije que tenías una voz preciosa.

—¿Lo decías?

Lena asintió con una sonrisa débil pero auténtica.

—Todo el rato. Y tú siempre decías que tu madre te había enseñado a cantar. Espero que sepas lo orgullosa que se sentiría al verte sobre ese escenario.

A Bonnie se le empañaron los ojos.

—Yo también lo creo.

Lena alargó la mano para tocarle la cara con delicadeza.

—Después de que resultaras herida, yo te cambié las vendas y puse ungüento en la mejilla durante semanas. La cicatriz es casi imperceptible ahora, pero gracias a ella he estado segura de que eras tú.

—Pensé que todo eso lo había hecho la abuela Creed.

—No, fui yo —dijo Lena. Y entonces bajó la mirada, abrumada de pronto por la culpa y la vergüenza—. Siento no haberme esforzado más por protegerte.

Bonnie se echó a reír.

—No tienes nada por lo que disculparte. Fue culpa mía por no fijarme dónde pisaba en ese henar.

Lena levantó la vista. Las lágrimas le escocían en los ojos.

—No me refiero a eso. —Y aclaró—: Lamento no haber sido capaz de evitar que el *sheriff* y sus hombres os llevaran lejos de vuestro hogar.

Y Bonnie se puso seria, como si de repente se hubiese dado cuenta de que, después de todo, no tenía ni idea de quién era Lena.

—¿Llevarme? ¿De qué demonios estás hablando?

—¿No te acuerdas? Vinieron y os secuestraron a ti y a Jack Henry. Y esa horrible Miriam Sizer también les entregó a mi Ella.

Bonnie arrugó la frente mientras sacudía la cabeza.

—Recuerdo que me retorcía para escaparme del *sheriff* porque no nos queríamos ir, pero no nos secuestraron. Papá era un borracho. Se libró de nosotros para poder vender la casa y las tierras.

Lena le tomó las manos.

—¡Eso no es cierto! Declararon a tu padre incompetente y dijeron que no tenía los medios para cuidaros. Dijeron que tenía que criaros una familia más adecuada. Pero solo lo hicieron para que el estado pudiera robarle las tierras a tu familia y así constituir el parque. ¿No te acuerdas de que tu padre os ordenaba que os escondierais cuando venía el *sheriff*?

—Recuerdo que nos decía que nos escondiéramos, pero eso era porque estaba destilando aguardiente y les debía dinero a ciertas personas.

—¿Quién te ha dicho eso?

—Todo el mundo. El *sheriff*. La gente del orfanato. La gente que me adoptó.

Lena sentía que la rabia se le acumulaba en la garganta.

—Todo eso es mentira. Vuestro padre quería que os ocultarais del *sheriff* porque sabía que alguien podría llevaros de su lado. ¡Él habría hecho cualquier cosa con tal de protegeros!

Los ojos de Bonnie se llenaron de lágrimas. Le temblaba la barbilla.

—¿Cómo... cómo lo sabes?

—Porque yo estaba allí. ¿No te acuerdas? Lo vi y lo oí todo. Yo estaba allí cuando vinieron a buscaros a ti y a Jack Henry y a... a Ella.

—Recuerdo que intentaste detenerlos, pero no pudiste hacer nada porque papá les había pedido que nos llevaran lejos. Y se llevaron a Ella por error, porque pensaron que era nuestra hermana.

Lena sacudía la cabeza con furia apenas contenida.

—Más mentiras. Se la llevaron con la excusa de que yo era deficiente mental y estaba viviendo en pecado con tu padre. Y porque no quise trabajar para el hombre que ayudó a que le quitaran las tierras a tu padre.

Bonnie tenía los ojos turbios de confusión y dolor.

—¿Estás segura de que no te confundiste y lo oíste mal?

—Claro que estoy segura. Sé exactamente lo que dijeron. Sé exactamente lo que pasó y lo que hicieron. También robaron a otros niños, no solo a vosotros. Se llevaron a los niños de los Corbin. Y metieron a Arlene y Dice Hoy en el manicomio del estado. Lo hicieron para poder quedarse con sus tierras.

Bonnie se acercó a una silla y se sentó.

—Cielo santo. Todo este tiempo..., nosotros creíamos que papá había dejado de querernos. —Dejó caer la cabeza mientras se enjugaba las mejillas—. Lo siento, pero necesito un momento.

Lena acercó un taburete y se sentó frente a ella.

—Tu padre nunca dejó de quererte, eso te lo prometo —afirmó—. Hizo todo lo que pudo para intentar encontraros. Os quería tanto que no quiso vivir sin vosotros.

Lena se sorbió las lágrimas y la miró.

—¿Qué estás diciendo?

—¿Te ha contado alguien lo que le pasó?

—Dijeron que el aguardiente lo mató.

—Eso no es cierto. Nunca lo vi beber mientras vivíamos en Wolfe Hollow. Pero se le rompió el corazón cuando vosotros os fuisteis. La pérdida de vuestra madre,

perderos a ti y a Jack Henry, ver cómo quemaban su hogar hasta los cimientos... No pudo soportar tanta pena. Perdió toda esperanza.

—¿Fue entonces cuando se dio a la bebida? ¿Después de que nos perdiera?

—Sí, pero la bebida no fue lo que lo mató. No hay ningún otro modo de decírtelo: se pegó un tiro en la cabeza, Bonnie. Yo estaba delante cuando lo hizo.

Bonnie se tapó la boca con la mano. Tenía en los ojos toda la pena y el horror del mundo.

—Lo siento mucho. —Lena la abrazó mientras sollozaba—. Todo. Os merecíais algo mucho mejor. Me he preguntado todos los días desde entonces si no podría haber hecho algo diferente para evitar todo esto.

Tras unos instantes, Bonnie se retiró y se enjugó las lágrimas.

—No es culpa tuya. Esos malnacidos no tenían derecho a sacarnos de nuestro hogar.

—No, claro que no. ¿Estarás bien?

Bonnie asintió.

—Supongo que sí, con el tiempo, pero... odié a papá durante tantos años... Pensaba que había sido el culpable de que nos llevaran a ese orfanato espantoso de Lynchburg.

Lena sintió una presión en el pecho. Desde que reconoció a Bonnie, había querido preguntarle por Ella, pero, al mismo tiempo, le aterraba pronunciar las palabras. Porque si Bonnie no tuviera ni idea de lo que le había pasado a Ella o de su paradero, Lena bien podría caerse muerta allí mismo. No podría soportar volver a perderla, no cuando estaba tan cerca de encontrarla al fin.

—¿Os llevaron a ti y a Jack Henry a un orfanato de Lynchburg?

Bonnie asintió.

—Intenté escaparme, pero me castigaron obligándome a barrer los pasillos con una escoba a la que le habían añadido un bloque de madera de diez kilos.

Lena se clavó las uñas en las palmas de sus manos para encontrar el valor de hacerle la pregunta que le quemaba la garganta.

—¿Tienes alguna idea de lo que le pasó a Ella? —inquirió con voz débil y ronca.

Bonnie volvió a asentir.

—También estuvo en el orfanato. Al menos, eso fue lo que me dijeron.

Lena notó que un terror ardiente se le extendía por la nuca. Bonnie no tenía ni idea de dónde estaba Ella.

—¿A qué te refieres con que eso fue lo que te dijeron? ¿No la viste mientras estuviste allí?

—No. Las enfermeras de la Colonia me dijeron que Jack Henry estaba en el pabellón de los niños y Ella en el de los bebés.

Lena retrocedió espantada.

—¿La Colonia? Pensaba que estuvisteis en un orfanato.

—Era un orfanato.

Lena cerró los ojos mientras intentaba no ahogarse con el nudo que le subía por la garganta. La Colonia de Virginia consistía en más de un edificio; lo había visto cuando llegó y cuando la liberaron. Pero siempre había supuesto que estaba poblado de gente a la que consideraban deficiente mental o epiléptica. Nunca se imaginó que uno de los edificios pudiera albergar un orfanato ni que hubiera bebés allí. Se le encogió el corazón en el pecho. ¿Había estado en la misma institución que su hija todo ese tiempo? ¿Su hijita había estado solo a unos metros de distancia, a unos edificios de distancia? Imaginarse a Ella en ese lugar de pesadilla era casi más de lo que podía soportar. La cabeza le daba vueltas. La sacudió para intentar aclararse. No, no podía ser cierto. Lo habría sabido, habría sentido que su hija estaba cerca. Alguien tenía que haberle mentido a Bonnie acerca del paradero de Jack Henry y de Ella. Pero ¿por qué? Respiró hondo y se esforzó por recobrar la compostura.

—¿Solo había niñas en tu pabellón?

Bonnie asintió.

—Algunas más pequeñas que yo y otras mayores.

—¿Cuánto tiempo estuviste allí?

—Tres meses y nueve días, hasta que me enviaron a vivir con mis padres adoptivos.

Lena intentó procesar esa información nueva. Si a Bonnie la adoptaron mientras estaba en la Colonia, debía de haber un orfanato allí después de todo.

—¿Qué pasó con Jack Henry y con Ella? ¿Sabes cuánto tiempo estuvieron allí?

—Solo un par de semanas. Yo tuve que quedarme más tiempo porque tardé en recuperarme de la operación. Dijeron que perdí la cabeza por un tiempo.

Lena sintió que le corría hielo por las venas. «No». Bonnie solo era una niña cuando se la llevaron. No podían haberla esterilizado.

—¿Qué operación?

—Me quitaron el apéndice.

—¿Por qué? ¿Estabas enferma?

Bonnie se encogió de hombros.

—No, me sentía bien. Aparte de echar de menos mi casa, claro. Pero el doctor

Bell dijo que el apéndice me iba a explotar si me lo dejaban dentro. Muchísimas niñas de mi pabellón tenían el mismo problema. Pensábamos que sería por la comida asquerosa con la que nos alimentaban.

A Lena se le revolvió el estómago y sintió náuseas. No podía ser cierto. Era imposible. ¿Cómo podían esterilizar a niñas de diez años? Intentó mantener la calma, aunque por dentro hervía de rabia y asco. Una docena de recuerdos le pasaron por la mente: Bonnie jugando con Ella en la hierba y colocándole con cariño una corona de margaritas sobre la cabecita; Bonnie con Ella apoyada sobre la cadera, aupándola para que pudiera tocar las flores de los manzanos; Bonnie cantándole a Ella en el jardín y de camino al molino, sonriéndole y riendo como si fuera su hermana pequeña. Lena nunca había conocido a una niña con un instinto maternal tan fuerte como el de Bonnie.

Ahora era una mujer adulta y merecía saber la verdad. Pero ¿cómo le dices a alguien, en especial a alguien que ama a los niños tanto como Bonnie, que nunca podrá tener hijos propios? Lena había tenido mucha suerte de tener a Ella, de haber experimentado el gozo de dar a luz, de haber conocido ese amor poderoso e inmediato que una madre siente por su recién nacido, pero también conocía el dolor y el vacío de perder a una hija y de saber que no tendría ninguna más. Le rompería el corazón infligirle ese dolor a otra persona, sobre todo a Bonnie.

—¿Qué sucede? —Bonnie la sacó de sus pensamientos—. ¿Qué pasa?

—Nada.

—¿Estás segura? Parecía que estabas a miles de kilómetros de distancia.

Lena se mordió una mejilla mientras pensaba. Si había una posibilidad de que Bonnie hubiera sido esterilizada, tenía derecho a saberlo. Pero no tenía pruebas. Y antes de poder decir una palabra sobre tal posibilidad, necesitaba estar más segura de sus sospechas.

—¿Puedo preguntarte algo? —dijo—. ¿Por qué te presentó Eddy Arnold como Bobbi Jo Gately?

—Bobbi Jo es mi nombre artístico.

—¿Y Gately?

—Era mi apellido de casada. Quiero volvérmelo a cambiar, pero todavía no he tenido tiempo.

—¿Volver a cambiarlo?

—Dale y yo nos divorciamos hace ya casi cinco años. Él quería una familia y yo no podía dársela, de modo que se buscó a alguien que sí pudiera.

Lena sintió un peso en el corazón.

—¿Intentaste tener hijos?

Bonnie suspiró.

—Sí. Durante años. Y él demostró que era culpa mía al dejar preñada a la hija de dieciocho años de nuestros vecinos. Ahora tienen tres criaturas: dos niñas y un niño.

—Lo siento.

Bonnie soltó una risa sarcástica.

—No pasa nada. A él tampoco le gustaba la idea de que yo fuera cantante, así que todo salió bien.

—Entonces, ¿eres feliz?

—Lo soy —dijo Bonnie—. Y ya he conocido a otro hombre. Uno al que le importan mis sueños.

—¿Y él quiere tener hijos? —Lena se arrepintió de esas palabras tan pronto como las hubo pronunciado. Estaba presionando demasiado.

Bonnie se echó hacia atrás con el ceño fruncido.

—¿Por qué haces tantas preguntas sobre niños?

—Lo siento —dijo Lena—. No pretendo fisgonear. Es solo que... Tengo que contarte algo. A mí también me internaron en la Colonia. Estuve allí al mismo tiempo que tú.

Bonnie la miró con ojos desorbitados.

—¿Qué? ¿Por qué? No lo entiendo.

—Puede que ya lo sepas, pero se llama Colonia del Estado de Virginia para Epilépticos y Deficientes Mentales. Por eso me sorprendí cuando me dijiste que tenían un orfanato allí. El doctor Bell y los demás médicos declararon que yo era deficiente mental y que no debería tener más hijos porque no querían que trajera más niños mentalmente defectuosos a este mundo, aun cuando a Ella y a mí no nos pasaba nada malo. De modo que me dieron a elegir: o aceptaba que me esterilizaran o me encerraban allí para el resto de mi vida.

Bonnie se quedó boquiabierta.

—Eso es horrible —dijo con voz que apenas era un susurro—. ¿Cómo pudieron hacer algo tan extremadamente cruel?

—De verdad que no lo sé. Dijeron que era legal, pero creo que todos ellos deberían estar entre rejas. Y odio tener que decirte esto, pero creo que te mintieron con lo del apéndice. Creo que te esterilizaron.

Bonnie se puso rígida, perpleja más allá de las palabras. El único sonido era la música amortiguada que llegaba desde el escenario al final del pasillo. Al cabo de

un momento se levantó de un salto y comenzó a pasearse por la habitación con una mano en la frente.

—¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡Malditos hijos de perra! Cómo se atreven. ¡Cómo se atreven!

Lena le dedicó una mirada pesarosa.

—No quería decírtelo, pero...

—Todo este tiempo —la interrumpió Bonnie—, todo este tiempo me he estado imaginando que me pasaba algo malo. Pensaba que estaba siendo castigada o alguna otra mierda de esas.

Recorrió la habitación un par de veces más. Se detuvo de repente y miró a Lena. Casi hiperventilaba. Entonces se llevó las manos al rostro y rompió en sollozos.

Lena se acercó a ella.

—Lo siento mucho —dijo. Le apoyó una mano en un brazo—. Sé lo devastador que es recibir esa noticia. Hay una ligera posibilidad de que esté equivocada, pero, para ser sincera, no creo que me equivoque.

Bonnie se apoyó en ella, todavía tapándose la cara con las manos, y lloró desconsolada. Lena volvió a abrazarla mientras se esforzaba por contenerse ella también.

—Después de todas las cosas horribles que te he contado —dijo Lena—, es probable que desees no haber vuelto a verme.

Bonnie se retiró y sacudió la cabeza.

—No. Nada de esto es culpa tuya. Nada. Quiero saber la verdad. La verdad sobre todo el asunto. —Le dio a Lena otro abrazo y volvió a sentarse al tiempo que se secaba las lágrimas de las mejillas enrojecidas—. Siento mucho haberme derrumbado así. No es típico de mí.

—Sé que no es típico de ti. Siempre has sido una de las niñas más fuertes que he conocido. Pero eran demasiadas cosas que afrontar al mismo tiempo.

—Bueno, todo esto seguro que cambia algunas de las cosas que creía —dijo Bonnie con una leve risita entre las lágrimas—. Y eso incluye lo que siento por las personas que me criaron.

—¿Teníais una relación estrecha?

Bonnie se encogió de hombros.

—Me dieron lo que necesitaba: un techo sobre la cabeza, comida abundante, ropa limpia y un buen colegio, pero no eran muy cariñosos, a decir verdad. Había más reglas que abrazos. Y ahora que sé que mintieron sobre mi padre, y seguro que sobre otras cosas también, no estoy segura de qué pensar.

—No puedo ni imaginármelo. A mí también me enfurece. Pero parte de mí se pregunta si no estarían solo repitiendo lo que la gente de la Colonia les había contado.

—Puede. Y espero que tengas razón, pero ya no puedo preguntárselo.

—¿Por qué no?

—Porque sufrieron un accidente de automóvil espantoso en la interestatal hace unos tres años. El forense dijo que murieron al instante.

—Cielos, qué horror.

—Sí. He estado intentando reconciliarme con lo del accidente, pero ahora… no sé. Ahora quiero respuestas que nunca voy a recibir. Sobre un montón de asuntos.

—Lo entiendo. Y sé que tienes mucho en lo que pensar, pero… si no te importa, necesito hacerte algunas preguntas más.

Bonnie asintió.

—Claro.

—Has dicho que te adoptaron. ¿Qué pasó con Jack Henry y con Ella? ¿Sabes qué les pasó a ellos?

Bonnie volvió a asentir con ojos llorosos. Lena pensó que se pondría a gritar antes de que le respondiera.

—Los médicos de la Colonia dijeron que Jack Henry era deficiente mental, de modo que lo enviaron a trabajar a una granja de cacahuetes. Dijeron que era un inadaptado social y lo desecharon como si fuera basura. Nos escribimos durante años e incluso nos reunimos varias veces; para eso tuve que montar un buen berrinche hasta que mis padres accedieron a averiguar dónde estaba mi hermano, pero luego lo reclutaron y lo enviaron a la guerra. Supongo que para eso no les pareció poco inteligente.

—Oh, no.

—Sí. Fue tan condenadamente inútil que, de algún modo, consiguió que le concedieran la Estrella de Bronce y un Corazón Púrpura. —Bonnie se pasó una mano por debajo de la nariz—. Supongo que deberíamos alegrarnos de que, después de todo, pensaran que era digno de algo así. Solo que para entonces ya era demasiado tarde. No quedó de su persona nada que pudiéramos enterrar.

Lena sintió a la vez las lágrimas ardientes que se le agolpaban en los ojos y el familiar pellizco de dolor que le apretaba el pecho.

—Lo siento muchísimo. —Le pareció que lo había dicho un millón de veces ya —. Has sufrido demasiadas pérdidas para alguien de tu edad.

Bonnie soltó una risa débil y temblorosa.

—Bueno, dicen que lo que no te mata te hace más fuerte, ¿no? Y tengo un buen montón de buenos recuerdos de Jack Henry a los que puedo recurrir, pero la pobre Ella... Las dos nos quedamos muy tristes cuando lo enviaron a la guerra, pero ella se lo tomó muy mal, aun cuando era tan joven que apenas lo conocía. Supongo que no es tan fuerte como yo.

De repente, Lena sintió que el corazón se le sacudía en la caja torácica con latidos tan fuertes que pensó que iba a desmayarse. Después de todo ese tiempo, ¿era posible que su suerte estuviese a punto de cambiar?

—¿Te... te refieres a mi Ella?

Bonnie asintió.

—Sí. Nos adoptó la misma pareja, Georgia y Matthew Ryan.

Lena apenas podía respirar.

—¿Sabes dónde está ahora?

—Claro que lo sé.

Bonnie sonreía a pesar de las lágrimas.

CAPÍTULO 31

La mañana después del gran baile, Lena se encontraba junto a Bonnie delante de un edificio de ladrillo de tres plantas en un pueblecito a las afueras de Richmond. Las rodillas le temblaban y el pulso le latía como loco dentro de la cabeza. Un letrero pintado a mano sobre la puerta de color verde menta decía con letra cursiva: «Floristería Charlie's». Y a cada lado de la puerta, los escaparates de la tienda lucían llenos de claveles rosas, fresias amarillas, lirios blancos, margaritas naranjas y rosas rojas. Las jardineras de las ventanas del segundo y el tercer piso rebosaban de petunias rojas y hiedra verde, y un gato blanco sentado como una estatua egipcia entre cortinas de encaje los miraba con ojos soñolientos. Tras una larga vacilación, Lena enderezó los hombros y miró a Bonnie.

—De acuerdo. Estoy preparada.

—¿Estás segura?

Lena asintió. No estaba segura, ni muchísimo menos. Pero ya no había vuelta atrás.

Bonnie se dirigió hacia la puerta.

—Espera. ¿Y si no quiere verme?

—Te prometo que sí que quiere.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque, cuando llegamos a cierta edad, le conté que teníamos madres diferentes, pero que siempre seríamos hermanas. Después de decirle eso, de vez en cuando ella mencionaba cómo sería encontrarte. Le conté lo que recordaba sobre la época en la que habías vivido con nosotros, pero no me acordaba de mucho, solo de algunos retazos aquí y allá.

—¿No se acuerda de mí?

Con expresión apenada, Bonnie negó con la cabeza.

Entonces a Lena se le pasó por la mente otra idea que le cortó la respiración. Si a

Bonnie le habían dicho que Silas se había librado de ella y de Jack Henry, tal vez a Ella le hubieran contado lo mismo.

—¿Cree que la entregué de buen grado?

Bonnie le tocó el brazo en un gesto reconfortante.

—Todo irá bien. Espera y verás.

Antes de que Lena pudiera decir nada más, Bonnie abrió la puerta y entró. Lena la siguió con el corazón en un puño.

Una campanilla tintineó para anunciar su llegada. El perfume fragante de las flores y las plantas aromatizaba el ambiente fresco de la tienda, un alivio agradable al día inusualmente caluroso que hacía fuera. Jarrones decorativos y macetas de cerámica llenaban las estanterías de madera, y había mesas abarrotadas de lirios y crisantemos, margaritas y estragón, gladiolos y paniculata. Por doquier, gnomos de jardín, campanillas, pajareras y soportes para flores hechos de hierro blanco aparecían expuestos con muy buen gusto y transformaban la tienda en un oasis, casi en un jardín secreto. Detrás del mostrador, un hombre de pelo oscuro hacía un arreglo de rosas amarillas en un jarrón de cristal. Levantó la vista cuando Bonnie y Lena entraron.

—Buenos días, Bonnie —saludó con una sonrisa y sin detenerse—. ¿Qué te trae por aquí tan temprano? —Recogió una rosa, le cortó las hojas y la añadió al jarrón.

—Buenos días, Charlie —respondió Bonnie—. Vengo con una persona a la que le gustaría ver a Ella.

—¿De verdad? —Le dedicó a Lena una mirada somera sin parar de trabajar—. Bajará en cualquier momento.

—¿Te parece bien que subamos? —preguntó Bonnie.

—Claro. Dile que se tome su tiempo y que disfrute de la visita. Lo tengo todo bajo control aquí abajo.

—Muy bien. Muchas gracias. —Bonnie comenzó a rodear el mostrador en dirección a la puerta situada al fondo de la tienda y le hizo un gesto a Lena para que la siguiera.

—Oye —dijo Charlie—, quiero decirte una vez más lo mucho que sentimos no haber podido acompañarte anoche. Es que todavía no estamos preparados para salir de parranda.

Bonnie se detuvo y se dio la vuelta para mirarlo.

—No te preocupes por eso —dijo al tiempo que sacudía la mano para quitarle importancia—. Lo entiendo.

—¿Qué tal fue? —preguntó Charlie.

—Fue estupendo. De hecho, Eddy Arnold quiere que actúe en su concierto de la feria estatal de Maryland el mes que viene.

—¡Eso es maravilloso! ¡Enhorabuena!

Justo entonces, la puerta del fondo de la tienda se abrió y una joven con un sencillo vestido blanco de cuello alto con volantes en los hombros entró en la tienda desde el piso de arriba. Cuando terminó de dejar la puerta entreabierta sirviéndose de la estatua de un gato de hierro forjado, miró hacia el mostrador y le sonrió a Charlie. Tenía el cabello rubio recogido en un moño flojo sobre la cabeza y la piel tan pálida como la porcelana. Parecía etérea, como un ángel o una postal victoriana.

Lena sintió un vahído. Fue lo bastante discreto para que nadie se percatara, pero suficiente para enviarle una oleada de alarma por todo el cuerpo. No podía desmayarse. Ahí no, en ese momento no. Buscó alrededor algo a lo que sujetarse, pero no había marcos de puertas ni sillas a los que aferrarse, nada que pudiera evitar que se cayera al suelo. La presión del silencio le inundó los oídos. Se llevó la mano al corazón para asegurarse de que seguía latiendo.

Habría reconocido a esa joven en cualquier parte.

«Ella».

—¿Estás tranquila? —le preguntó Bonnie en tono quedo. La voz le llegó amortiguada, como desde dentro de una caja.

De algún modo, consiguió asentir.

Tan pronto como Ella vio a Bonnie, se acercó corriendo a abrazarla.

—¡Aquí está mi hermana mayor famosa! —exclamó.

Bonnie rio.

—Supongo que hace falta algo más que cantar en ferias estatales y en festivales de tabaco para ser famosa.

—Tonterías —dijo Ella antes de soltar a Bonnie—. Cuando te des cuenta estarás grabando tus propios discos. Y ya eres mucho más famosa de lo que yo seré jamás.

Se unió a las risas de Bonnie. Lena podría haber jurado que oía ecos de su risita de niña.

—No estoy tan segura de eso. Por lo que he oído, Charlie y tú sois los floristas estrella de este pueblo.

Ella sonrió y le lanzó una mirada a Charlie por encima del hombro. Se le enternecieron los ojos azules.

—Formamos un buen equipo. —Entonces saludó a Lena y su sonrisa se volvió de súbito tímida e incierta—. ¿La conozco? —preguntó—. Siento como si la hubiera visto antes.

Lena luchó contra el nudo que le oprimía la garganta y asintió, segura de que, si intentaba hablar, solo produciría sollozos. Más que nada en el mundo, quería abrazar a su hija y besarla y abrazarla más y no soltarla nunca. También ansiaba decirle lo mucho que lo sentía, pero tendría que ir despacio o Ella podría pensar que estaba mal de la cabeza.

—¿Podemos subir a hablar un rato? —intervino Bonnie.

Ella pasó la mirada de Bonnie a Lena y arrugó la frente con preocupación.

—Sí, claro. Pero ¿va todo bien?

—Todo va magníficamente bien —dijo Bonnie.

—Sube, cariño —la instó Charlie—. No creo que vaya a haber mucho trajín de momento.

Ella lo miró, algo perpleja, como si él supiera lo que estaba pasando. Entonces devolvió su atención a Bonnie y a Lena.

—De acuerdo. ¿Puedo ofreceros una taza de café o de té?

—Me apetece té, si no es mucho pedir —dijo Bonnie.

—Perfecto. Subamos. —Se dio la vuelta para dirigirse a la puerta al fondo de la tienda. Antes de subir las escaleras, se detuvo y dijo en voz baja—: Pero tenemos que ir en silencio hasta que lleguemos a la cocina. —Y subió las escaleras de puntillas.

Con piernas que parecían de gelatina, Lena siguió a Bonnie y a Ella por las escaleras. Se aferraba a la barandilla con mano temblorosa para evitar caerse de espaldas. Era consciente de todas las mentiras que le habían contado a Bonnie y el temor a que Ella pensase que la había abandonado le impedía respirar con normalidad. ¿Por eso quería Bonnie hablar en el piso de arriba? ¿Acaso sabía que Ella se disgustaría?

Arriba del todo, otro pasamanos pintado y varias puertas se alineaban en el pasillo de suelos de madera. Ella cruzó en silencio el descansillo, se detuvo delante de una puerta y se dio la vuelta para mirar el pasillo. Alargó el cuello para mirar más allá de Bonnie y Lena. Entonces les sonrió y se llevó un dedo a los labios. Cuando Lena miró hacia atrás para ver qué contemplaba Ella, se quedó sin aliento.

Había dos cunas gemelas apoyadas contra una pared, a lo largo entre dos puertas. Dentro de cada cunita, un bebé de pelito suave dormía tranquilamente

sobre sábanas blancas como la nieve con la cabeza vuelta hacia un lado y los brazos en alto con puñitos diminutos.

Lena se quedó mirando a Bonnie, quien sonrió a sabiendas de lo que significaba esa mirada y le tomó la mano con suavidad para guiarla hacia delante y que pasara detrás de Ella. Lena sintió un aturdimiento vertiginoso y durante un segundo sintió que el suelo se ladeaba. Esa sensación pasó y solo notaba la sangre latiéndole dentro de la cabeza. Quería correr hacia las cunas para mirarlos más de cerca. Quería levantar a los bebés y abrazarlos contra el pecho, besarles la dulce cabecita.

Cuando entraron en la cocina, que era muy acogedora, Ella cerró la puerta con cuidado tras ellas y les ofreció un asiento a su mesa. Lena la veía mover la boca, pero no la oía emitir ningún sonido. Cuando recuperó el oído oyó las últimas palabras:

—... acabo de conseguir que se queden dormidos. Los dejamos en el pasillo mientras trabajamos para oírlos desde la tienda si lloran. —Sacó una silla y se la ofreció a Lena, quien la aceptó sin vacilación—. Y ahora, ¿qué era? ¿Café o té?

—Té, por favor —dijo Bonnie—. Con un poco de miel, si tienes.

—Ahora mismo. —Ella miró a Lena—. ¿Le apetece tomar lo mismo?

Por un instante, Lena no pudo hablar. Tenía la mirada clavada en los ojos azules, tan familiares, de Ella.

—¿Son tuyos? —consiguió decir al fin—. ¿Los bebés?

Ella sonrió con orgullo.

—Sí. Son gemelos. Rory y Rosie.

Lena sintió henchido el corazón, tanto que podría explotar. Su pequeña era madre. Madre. Había escapado a los horrores de la Colonia y del doctor Bell, y había conseguido tener dos hermosos bebés. Gemelos, nada más y nada menos.

—Qué maravilla —dijo, intentando mantener un tono de voz firme—. Felicidades.

—Gracias. Charlie y yo somos muy afortunados. Y ahora, ¿qué fue lo que me dijo que quería, té o café?

Lena estaba demasiado nerviosa como para que le importasen ni el té ni el café ni nada aparte de Ella y los bebés, pero de todos modos dijo que le apetecía té.

Mientras Ella se afanaba con la tetera, sacando las tazas y los platillos de la alacena, dejando la miel y la leche sobre la mesa, Lena no podía quitarle los ojos de encima.

—¿Te sientes bien? —le susurró Bonnie.

Asintió mientras intentaba contener las lágrimas.

—Ojalá se despierten los gemelos para poder acunarlos en brazos —dijo Bonnie —. Supongo que han cambiado mucho desde la última vez que los vi hace dos semanas.

—Desde luego que han cambiado. Rory ya sonríe y Rosie está empezando a engordar. —Se sentó en una silla frente a Bonnie con las manos, pálidas y delicadas, cruzadas sobre la mesa—. ¿De qué va todo esto? Me da la impresión de que quieres contarme algo.

Bonnie vaciló antes de hablar.

—Bueno, para empezar, acabo de descubrir que a Jack Henry y a mí nos contaron un montón de mentiras cuando éramos niños.

Ella enarcó las cejas.

—¿Un montón de mentiras? ¿Sobre qué?

—Sobre mi padre. Él nunca se libró de nosotros. Se nos llevaron a la fuerza.

—¿Quién hizo tal cosa?

—El *sheriff* y su ayudante. Dijeron que papá ya no estaba en condiciones de cuidar de nosotros, de modo que nos secuestraron mientras que él no estaba en casa. Y entonces el estado se quedó con sus tierras y quemó nuestra casa.

Ella abrió mucho los ojos.

—Supongo que recuerdas que las enfermeras del orfanato pensaban que eras nuestra hermana.

—Me lo contaste más tarde, sí.

—Eso también era mentira. Me refiero a que ellas sabían que no eras nuestra hermana, pero eso no les importó. Alguien se inventó una sarta de mentiras sobre tu madre para poder secuestrarte a ti también. Dijeron que ella tampoco era idónea para criarte, la declararon deficiente mental y la encerraron.

Puso expresión de dolor:

—¿Por qué harían una cosa así? ¿Y cómo sabes todo eso?

Bonnie sonrió y se tocó la mejilla.

—Sabes cómo me hice esta cicatriz, ¿verdad?

—Claro que sí. Cuando era pequeña me volvías loca, siempre diciéndome que vigilara por dónde pisaba cuando subía a un árbol o me colgaba demasiado alto de los columpios. Pero ¿qué tiene eso que ver con todo lo demás?

—¿Te acuerdas que te conté quién me cantaba canciones cuando tenía miedo?

Y así, algo se encendió en los ojos de Ella, un destello de comprensión repentino y profundo, el entendimiento rápido de lo que Bonnie estaba a punto de decir. Fijó la mirada, llorosa, en Lena.

—¿Usted..., es usted mi madre?

Lena apretó los labios para evitar echarse a llorar. La habitación se había convertido en un borrón a causa de sus ojos anegados.

—Sí. —Apenas fue un susurro—. Soy tu madre. Y te he estado buscando desde el día en el que te arrancaron de mis brazos.

La joven Ella se tapó con las manos con el rostro contraído. De inmediato se levantó y se dirigió con los brazos extendidos hacia Lena, que se levantó como un resorte y la abrazó con fuerza. Ambas reían y lloraban al mismo tiempo.

—Supe que eras mi Ella desde el momento en el que te vi.

—El corazón me decía que usted también era alguien especial. Pero intenté no hacerme demasiadas ilusiones.

Al cabo de un momento, Ella se retiró y se enjugó las lágrimas.

—Tengo miles de preguntas —dijo—. Pero primero, ¿le gustaría conocer a sus nietos?

Lena asintió. Le temblaba la barbilla. ¿Cómo era posible que tuviese el corazón tan lleno de gozo después de tantos años de tristeza?

—Me gustaría más que nada en el mundo —dijo con una sonrisa a pesar de las lágrimas.

CAPÍTULO 32

Era un día hermoso y soleado, y las montañas vibraban con los colores del otoño. Las hojas de los árboles cubrían las cordilleras y los valles como alfombras en tonos rojizos y anaranjados. Judd pisó el acelerador para conseguir que el Ford sedán cruzara el cauce seco de un río antes de enfilar una carretera estrecha y sin asfaltar hacia un campo en pendiente al otro lado de un precipicio. Junto a él, en el asiento del pasajero, Teensy miraba por el parabrisas en silencio, abrumada sin duda por una gran cantidad de recuerdos, tanto tristes como felices, de su vida en Old Rag. En el asiento trasero, Lena miraba en ocasiones a Bonnie y se preguntaba cuánto recordaría del hogar de su infancia. Sentada entre Bonnie y Lena iba Ella, que miraba en silencio por la ventanilla. Los gemelos se habían quedado en casa con Charlie y, aunque ese viaje era importante, Lena sabía que apenas podía contener la impaciencia por volver a su hogar de la floristería y abrazarlos.

Hogar.

Había pasado una eternidad desde la última vez que se sintió de verdad en casa en algún lugar. Claro que Teensy y Judd ya eran como de su familia, y se sentía más que agradecida por todo lo que habían hecho por ella. Y, sí, había tenido su propia habitación en la pensión cuando se mudó a la ciudad. Pero esas casas y habitaciones solo habían sido lugares en los que vivir, no un hogar en el auténtico sentido de la palabra. Ahora por fin tenía un hogar de verdad con Ella, su marido y los hijos de ambos..., sus nietos. Lena dormía en una habitación libre del apartamento sobre la floristería y cenaba con ellos cada noche cuando volvía del trabajo. Ayudaba a cuidar de los gemelos tanto como se lo pedían y, lo mejor de todo, a veces tenía a los preciosos bebés para ella sola cuando Ella y Charles salían. Y atesoraba cada dulce segundo que pasaba con ellos.

En ese momento, mientras Judd conducía el automóvil junto a barrancos empinados y rocosos, por carreteras escarpadas y por bosques tan espesos que la

luz dentro era verde, se preguntaba si él y Teensy se habrían sentido alguna vez en casa desde que los obligaron a bajar de la montaña todos esos años atrás. Esperaba que lo hubiesen conseguido. También esperaba que supieran lo agradecida que les estaba por haber accedido a llevar a Bonnie a la granja Wolfe Hollow. Con suerte, ese viaje no sería demasiado difícil para ellos.

Cada pocos kilómetros pasaban por los restos descuidados de establos y cobertizos quemados, y por las ruinas de paredes de piedra que marcaron los patios de las granjas o separaron campos. Más arriba pasaron junto a dos chimeneas de piedra idénticas y lo que quedaba de unos cimientos.

—Ese era el hogar de los Cray —dijo Judd—. Siete generaciones vivieron en esa casa desde que compraron más de mil acres ahí arriba en el siglo XVIII. Sus tierras ocupaban la mayor parte de la cordillera occidental, hasta los bosques de la zona que llamábamos la Jungla. Por aquel entonces no había nada más que una senda para caballos que subía por el valle hasta la ladera de Big Cat Knob. La familia Cray poseía novecientos acres de tierras de pastoreo junto al tramo Conway en la siguiente montaña y otros mil acres en Dark Hollow. Los bisabuelos de Silas conocieron a miembros de la familia Cray en la comunidad germana de Heborn. Así fue como tu familia acabó viviendo en estas montañas, Bonnie.

—¿A dónde fueron los Cray cuando los desahuciaron? —preguntó Lena.

—El viejo Cray murió un año después de darse su último paseo por el sendero por el que había caminado durante setenta años —dijo Teensy—. Oí que su mujer murió allá por 1934, o eso creo. Sin dinero. El estado les pagó una miseria por sus tierras. No he sabido nada de qué le pasó al resto de la familia.

Nadie habló durante la siguiente media hora, cada uno perdido en sus pensamientos. Por fin se desviaron hacia una carretera cubierta de vegetación que pasaba entre hileras de píceas. Los árboles empezaron a escasear a los lados hasta que revelaron una vista panorámica de las cordilleras que se extendían a lo largo de kilómetros en todas direcciones. En las colinas y valles de abajo, donde tejados y chimeneas de piedra una vez salpicaron el paisaje, arremolinados por doquier entre los árboles y los sinuosos senderos, había automóviles que recorrían la carretera pavimentada y turistas que se detenían para hacer fotografías.

Cuando llegaron al antiguo emplazamiento de la granja Wolfe Hollow, encontraron el camino y el patio cubiertos de zarzales, arbustos y árboles jóvenes. Judd aparcó el automóvil lo más cerca que pudo y todos bajaron. Donde había estado la casa, en la pendiente, aún se erguía la chimenea de piedra a un lado de los cimientos, que estaban cubiertos de enredaderas de Virginia, musgo y arbustos

espinosos. El arroyuelo seguía fluyendo por la colina, pero los únicos restos de la fresquera eran dos filas torcidas de piedras revestidas de musgo. El laurel de montaña, los abedules, los pinos y los nogales que antaño delimitaban la parte de atrás de la propiedad habían invadido el patio desde todos los flancos, y los manzanos se agachaban y se retorcían como criaturas antiguas escondidas debajo de la vegetación crecida. Era imposible ver dónde habían estado el gallinero y los cobertizos, y todo lo que quedaba del establo eran piedras planas y maderos podridos y ennegrecidos.

A pesar de la destrucción, Lena todavía podía ver a las gallinas en el patio, picoteando en busca de bichos y paseándose por debajo del emparrado. Todavía podía ver a Jack Henry, trayendo a las vacas montaña abajo con los cencerros resonando. Todavía podía ver a Bonnie en el huerto y en el porche, cantando, trabajando y jugando con Ella.

Y ahora, de pie allí entre Bonnie y Ella, todas contemplando las ruinas de la casa, le pasó un brazo sobre los hombros a Bonnie.

—¿Te acuerdas de algo?

Bonnie asintió. Se le habían llenado los ojos de lágrimas.

—Lo recuerdo todo.

—Si esto es demasiado duro para ti —dijo Teensy—, podemos volver a bajar de la montaña. Solo tienes que decirlo.

—No —negó Bonnie—. Quiero quedarme. —Emprendió el camino por la pendiente mientras pisoteaba la hierba crecida y esquivaba las zarzas y los arbustos llenos de espinas.

Lena no se sorprendió por la respuesta de Bonnie. Fue tras ella. Todos las siguieron.

Cuando llegaron a las ruinas de la casa, Bonnie se arrodilló donde una vez estuvieron los peldaños del porche. Al principio Lena no sabía qué estaba mirando, pero enseguida se fijó en los pétalos amarillos que asomaban entre las malas hierbas.

Bonnie levantó la vista hacia ella.

—Las flores favoritas de mi madre, los ojos de poeta, siguen floreciendo. —Arrancó algunas malas hierbas e hizo un ramito con aquellas flores coloridas. Luego se enderezó, pasó por encima de las rocas cubiertas de musgo de los cimientos ruinosos y se abrió camino hacia la chimenea, que seguía en pie.

—Ten cuidado —le advirtió Teensy.

Bonnie pasó las manos por las piedras de la chimenea antes de darse la vuelta y

contemplar el esqueleto calcinado de lo que había sido el hogar de su infancia.

—No puedo creer que hicieran esto. ¿Cómo pudieron quemar nuestra casa y destruir a nuestra familia?

Teensy sacudió la cabeza y se enjugó una lágrima. Judd le pasó un brazo reconfortante por los hombros.

Ella empezó a cruzar los cimientos, pero se detuvo y miró al suelo. Alargó la mano, sacó algo de debajo de una mata y lo sostuvo en alto.

—Creo que me acuerdo de esto —dijo con expresión maravillada.

El carrillón de fabricación casera estaba verde y deslucido, con tierra negra incrustada en las cucharillas que una vez fueron plateadas, pero seguía tintineando con suavidad cuando se movía. Bonnie se acercó a Ella y pasó los dedos por el carrillón con una sonrisa:

—Lo hizo mi madre. A ti te encantaba. —Miró a Lena, Teensy y Judd—. Gracias por traerme aquí. Siempre me pregunté dónde estaría nuestro hogar en las montañas.

—¿Quieres ver la última morada de tu padre? —le ofreció Teensy.

—¿Sabes dónde está? —se maravilló Bonnie.

—Claro que sí. —Teensy señaló hacia el fondo—. Está más allá del bosque.

Después de que Bonnie dejara el carrillón y el ramito de flores en el automóvil, Judd las guio colina arriba y se adentró en el bosque por lo que parecía una vereda estrecha que serpenteaba entre árboles ancestrales y árboles jóvenes larguiruchos. Mientras retiraba ramas y pisoteaba la maleza y los arbustos, Teensy se mantuvo detrás de Judd para indicarle el camino, seguida de Bonnie, Ella y Lena. Árboles perennes de copa alta susurraban sobre su cabeza y algunos rayos de sol se abrían paso hasta marcar zonas iluminadas en el terreno cubierto de musgo del bosque. Lena recordaba cómo había caminado detrás del ataúd de Silas por ese mismo sendero, antes de que se lo tragara el bosque, mientras deseaba estar muerta ella también; lo había deseado más veces de las que le gustaba admitir. Ahora le agradecía a Dios que no hubiera atendido su súplicas.

Cerca de lo que parecía ser el final del sendero, Judd apartó las ramas de un roble alto y las sujetó hasta que todas hubieron pasado por la abertura. Al otro lado del árbol, arbustos de espino y enebro rodeaban un claro irregular lleno de hierba frondosa, hojas secas y troncos podridos. En mitad del claro, una cerca de piedra basta rodeaba un grupo de lápidas cubiertas de líquenes, algunas inclinadas hacia un lado o hacia atrás, como si una fuerza subterránea tirase de ellas hacia el suelo. Judd retiró a patadas hojas y ramas caídas antes de guiarlas por una abertura

en la cerca.

La inscripción cincelada en una lápida de la primera fila decía:

SILAS ALEXANDER WOLFE
1888-1928
Esposo querido de Celia
Padre amantísimo

Junto a la lápida de Silas había cuatro más pequeñas: tres de ellas con los nombres de sus hijos muertos grabados y una sin marcar. Y al final de la fila, en otra lápida grande se leía lo siguiente:

CELIA IRIS WOLFE
1891-1926
Esposa querida
Madre amantísima

Bonnie tuvo que parpadear para contener las lágrimas. Se acercó más a la tumba de Silas y se arrodilló a su lado.

—Tu papá habría renunciado gustoso a cada metro cuadrado de tierra que poseía con tal de volver a estar contigo y con Jack Henry —le dijo Teensy—. Pero el Gobierno mintió y le arrebató todo lo que tenía, incluida su familia. Y eso fue lo que lo mató.

CAPÍTULO 33

Día de Navidad de 1950

Lena miraba por la ventana del comedor de Teensy y Judd, examinaba la carretera que llevaba hasta su granja. Llevaba puesto su vestido rojo favorito y zapatos de tacón alto. Había nevado muchísimo todo el día y no podía evitar preocuparse por Ella, Charlie y los gemelos, que tenían que conducir durante casi una hora desde la casa de los padres de Charlie hasta la granja de los McDaniel. Servirían la cena pronto y no era normal que llegarsen tarde. A su espalda, sentados en dos mesas que habían unido para la ocasión, estaban Bonnie y su nuevo esposo, Miles, que estaban en un descanso de sus giras musicales, junto con el resto de la familia de Teensy y Judd: sus cuatro hijas, el marido de cada una de ellas y sus diez nietos. Las risas y las conversaciones animaban el salón.

—Si te quedas mirando la olla, el agua nunca hierve —le dijo Teensy a Lena—. Ven a sentarte. El tráfico será lento ahí fuera con la tormenta y eso. Llegarán en cualquier momento.

Lena dejó caer la cortina y se dio la vuelta para mirar el comedor. Había estado ocupada todo el día en la cocina con Teensy y Bonnie pelando patatas; cociendo calabaza; haciendo tartas, panecillos y relleno; riendo y esperando con alegría a que Ella y su familia llegaran. Ahora le resultaba difícil ocultar su preocupación. Fue hasta la mesa y ocupó su lugar junto a Bonnie. Intentó no pensar en los asientos y las tronas vacías que había a su lado. Teensy y Judd colocaron los dos pavos perfectamente dorados, uno en cada extremo de la mesa extralarga; los dejaron en medio del menaje desparejado que incluía los queridos platos de Sears y Roebuck de la madre de Bonnie. Mientras Judd y el mayor de sus yernos se afanaban en trinchar los pavos, Lena se obligó a sonreír y a disfrutar del

momento. Teensy tenía razón. Ella y su familia llegarían pronto y, por tercer año consecutivo, pasarían otras Navidades perfectas juntas.

Desde que llevaran a Bonnie a Wolfe Hollow y a la tumba de su padre, Teensy, Judd, Lena y Bonnie habían vuelto un par de veces al año para despejar el sendero y limpiar el cementerio, donde reposaban los padres de Silas, sus abuelos, sus bisabuelos y miembros de la familia de Teensy. Pusieron en el muro de piedra una placa que rezaba «cementerio de la familia Wolfe» y una lápida para Jack Henry, lo cual le recordó tristemente a Lena que nunca vería la tumba de su madre. Pero volver a tener a Ella en su vida, por no hablar de sus nietos adorados, ayudaba a aliviar esa herida tan dolorosa. Y, desde luego, toda la familia McDaniel la ayudaba a sentir el corazón pleno.

Cuando Judd terminó de cortar el pavo y Teensy sacó otra cesta de panecillos calientes, Judd tomó asiento en un extremo de la mesa y Teensy se sentó en el extremo opuesto. Sus hijas y yernos les ordenaron a los nietos que se quedaran quietos y, poco a poco, se hizo el silencio en el salón mientras todos se preparaban para la tradición anual del discurso navideño de Judd, durante el cual les decía a todos ellos lo agradecido que se sentía por su buena fortuna. Lena examinó los rostros felices que había en ese salón con el corazón henchido de amor y gratitud por todos y cada uno de ellos. Pero hasta que Ella y su familia estuvieran sentados a la mesa junto a ella, las personas más importantes de su mundo faltarían en esa preciosa reunión.

En el preciso instante en el que Judd se levantaba y empezaba a golpear su copa con un cuchillo, se oyó que alguien llamaba a la puerta principal. Lena se levantó de la silla de un salto y corrió a la entrada con Teensy pisándole los talones. Cuando abrió la puerta de un tirón, una ráfaga de aire frío y nieve se coló en el vestíbulo. Para alivio de Lena, Ella y Charlie estaban en el umbral con Rory y Rosie en brazos. Tenían el abrigo y el gorro cubiertos de copos de nieve. A sus dos años, Rosie tenía una melena de rizos rubios, mientras que Rory había heredado el cabello liso y cobrizo de su padre. Ambos tenían mejillas redondas, piernas regordetas y una sonrisa húmeda que mostraba sus dientecitos de bebé, y era los niños más hermosos que Lena hubiese visto jamás.

—Siento que hayamos llegado tarde —dijo Ella mientras intentaba recuperar el aliento—. Las carreteras eran una pesadilla.

—No pasa nada. Nos alegramos de que estéis sanos y salvos. —Lena le tomó a Rosie de los brazos y se retiró para dejarlos entrar.

Teensy tomó a Rory para ayudar a Charlie.

—Pasad y calentaos —los invitó—. Llegáis justo a tiempo para la cena.

—Antes tengo que sacar los regalos del automóvil—dijo Charlie—. Ahora mismo vuelvo. —Dio la vuelta y bajó los escalones, donde se perdió tras una cortina de nieve.

Su esposa cerró la puerta tras él, se desabrochó el abrigo y dio zapatazos con las botas sobre la alfombra.

—Los mellizos han dormido todo el camino hasta aquí, gracias a Dios.

Lena le besó las mejillas sonrosadas a Rosie.

—¿Cómo están los cariños pequeñitos de la abuela? ¿Tenéis hambre? —Depositó a la niña en el suelo para quitarle el abrigo y las botas.

Teensy hizo lo mismo con Rory antes de tomarlo de la manita y dirigirse al comedor:

—Todos se van a alegrar mucho de veros.

Ella y Lena fueron tras ellos. Rosie se aferraba con fuerza a la mano de su abuela mientras caminaba tambaleante por el pasillo. Cuando entraron en el salón, todos saludaron y los recibieron con grandes sonrisas. Lena y Teensy levantaron a los gemelos para sentarlos en las tronas, y Ella se sentó entre Rosie y Lena con un suspiro de alivio. Pero, en lugar de relajarse, comenzó a retirarse el pelo húmedo de la cara enrojecida con movimientos nerviosos y a juguetear con los cubiertos.

—¿Estás bien? —preguntó Lena.

—Sí, claro. El viaje en automóvil hasta aquí ha sido un poco estresante, eso es todo.

Lena le puso una mano en la espalda con suavidad.

—¿Estás segura?

Ella sonrió.

—Sí, estoy bien, lo prometo.

Satisfecha, Lena le dio un achuchón rápido antes de volverse hacia la mesa.

—Menos mal que tenemos abundancia de viandas —dijo Judd entre risas—, porque supongo que esta tormenta va a conseguir que os quedéis todos aquí esta noche.

—¡Bien! —gritaron los nietos más mayorcitos.

Los adultos también rieron y comenzaron a hablar todos a la vez, reclamando las habitaciones en las que querían dormir y preguntándole a Teensy si tenía suficientes mantas y a Judd si había aguardiente de sobra.

Lena se dirigió de nuevo a Ella.

—¿Te lo has pasado bien en casa de los padres de Charlie?

Ella asintió.

—Sí, ha sido estupendo. Pero ya sabes que estar aquí con todos vosotros siempre será mi parte favorita de la Navidad.

Lena sonrió con el corazón henchido de gozo.

—Siempre será mi parte favorita también.

Una repentina ráfaga de aire helado se coló en el comedor y, tras lo que pareció una eternidad, la puerta de la casa se cerró. En el vestíbulo, Charlie se sacudía las botas sobre el felpudo. Uno de los yernos se levantó y salió a verle.

—¿Necesitas ayuda con algo?

—No —dijo Charlie—. ¡Ahora mismo entro!

Teensy le pasó una fuente de puré de patatas a una de sus hijas.

—¿Qué os parece si empezamos a repartir la comida antes de que se enfríe?

—¿Y qué pasa con mi discurso? —se quejó Judd.

Con una sonrisa burlona, Teensy puso los ojos en blanco.

—Podemos escucharlo y servir la comida al mismo tiempo.

Pero Judd decidió esperar a que Charlie se reuniera con ellos.

Mientras el salón se llenaba con los sonidos de los cubiertos, de las fuentes que pasaban de unos a otros y de las conversaciones sobre la comida al llenarse el plato, Charlie entró en el comedor. Se soplaba las manos para calentárselas.

—Siento la tardanza —se disculpó.

—No pasa nada —dijo Judd—. Pasa y siéntate. La comida aún está caliente. —Entonces se levantó y miró a Teensy—. ¿Puedo empezar ya con mi discurso?

—Espera —dijo Ella en voz alta—. Primero tengo algo que decir.

Sorprendida, Lena se disponía a preguntarle qué pasaba, pero Ella se levantó, rodeó la mesa y se situó junto a Judd, quien se hizo a un lado con expresión divertida. Los adultos guardaron silencio y acallaron a los niños.

Lena miraba fijamente a su hija y se preguntaba qué demonios estaría a punto de decir. Entonces recordó lo que había dicho sobre la Navidad, lo de que estar allí con ellos siempre sería su parte favorita. Se le dispararon sirenas de alarma en la cabeza. ¿Y si Ella y Charlie se mudaban a algún lugar lejano? ¿Y si se llevaban a los gemelos a algún sitio más cerca de los padres de Charlie o abandonaban el estado de Virginia? ¿Era por eso por lo que estaba tan nerviosa? Entonces Lena se relajó cuando se le ocurrió otra cosa. No importaba dónde se marchasen, porque se iría con ellos. Si se lo permitían.

En la cabecera de la mesa, Ella recorrió con la mirada todos los rostros que la miraban expectantes.

—Me sentía impaciente por que llegara el día de hoy, no solo porque me encanta pasar la Navidad con todos vosotros, sino porque ha sido muy complicado evitar que mi madre se enterara de este secreto. Y estoy muy contenta de que todos los que estáis aquí podáis ver su reacción.

Le dedicó una mirada llena de cariño.

Lena contuvo el aliento. ¿Qué secreto? ¿De qué estaba hablando Ella? Miró a Bonnie, que sonreía con picardía. Fuera lo que fuese lo que sucedía, Bonnie estaba metida en el asunto.

Entonces Ella le hizo a Charlie un gesto con la cabeza, como para decirle que hiciera algo. Él se levantó de su asiento y salió al vestíbulo. Todos se miraban entre sí con expresiones curiosas y se susurraban preguntas. Nadie sabía qué ocurría. Cuando Charlie volvió al comedor, se hizo a un lado para cederle el paso a otra persona.

Un hombre de pelo oscuro entró en el salón con paso incierto, inseguro, seguido de dos niños y una mujer muy bonita. El hombre era alto y fuerte, y se le veía la sombra de una barba recia, mientras que la mujer era menuda, con pelo rubio ondulado y rasgos delicados. Los niños parecían llevarse poco tiempo y tendrían unos unos once o doce años, idéntico pelo rubio y ojos azules. Cuando el hombre vio a Lena, una sonrisa amplia le iluminó el rostro y tuvo que esforzarse por contener la aparición repentina de las lágrimas.

—¡Sorpresa! —gritó Ella.

Lena apretó los ojos con fuerza y los volvió a abrir, incapaz de creer lo que estaba viendo. Él le había enviado algunas fotografías suyas y de su joven esposa a lo largo de los años, así como de los niños cuando eran bebés, pero todos eran mayores ahora y habían cambiado. Nunca se había atrevido a soñar que algún día los vería en persona. Con ojos arrasados por las lágrimas, se levantó de la mesa y cruzó el salón con los brazos extendidos y las manos temblorosas.

Enzo cubrió la mitad de la distancia entre ambos y se abrazaron mientras reían y lloraban al mismo tiempo. Detrás de ellos, todos los comensales soltaron exclamaciones y empezaron a aplaudir.

—¿Qué estás haciendo aquí? —exclamó Lena. Su alemán volvió a ella con facilidad—. ¿Cómo es posible? ¿Cómo has llegado hasta aquí?

—Tu hija nos pidió que viniéramos —respondió Enzo—. Y Bonnie nos pagó los pasajes.

Abrumada y casi sin aliento, Lena se echó hacia atrás.

—¿Os quedáis para siempre?

Enzo sacudió la cabeza.

—No. Solo hemos venido de visita.

Lena volvió a abrazar a su hermano. La cabeza le daba vueltas. Le tocó los hombros y los brazos para asegurarse de que de verdad estaba allí. Era impresionante lo mucho que se parecía a *Vater*.

—¡Estás aquí de verdad! ¡Eres tú de verdad!

Enzo se echó a reír.

—Sí, soy yo de verdad.

—¡Pensaba que nunca volvería a verte!

—Yo pensaba lo mismo —dijo Enzo—. Y por eso me alegré tanto de recibir la invitación de Ella.

—¿Cuánto tiempo puedes quedarte?

—Dos semanas. Luego debo regresar a la granja. —Alargó un brazo hacia su familia y los atrajo hacia sí con orgullo—. Esta es mi esposa, Suzanne, y mis hijos, Gisele y Otto.

Lena abrazó a Suzanne y a los niños con efusividad antes de presentarse ante Gisele y Otto como su tía Lena.

—Estoy encantada de haberos conocido al fin.

—Nosotros estar felices de conocer a ti también —dijo Suzanne en un inglés imperfecto.

Lena miró con cariño a Ella y a Bonnie.

—No me puedo creer que hayáis hecho esto.

Ambas le sonrieron con ojos llorosos.

—Feliz Navidad —dijeron a la vez.

Lena le hizo un gesto a Ella para que se acercara.

—Ven a conocer a tu tío y a su familia.

Ella se unió a ellos y les tendió la mano con timidez. Enzo se la estrechó antes de tirar de ella para darle un abrazo rápido.

—Eres tan preciosa como recuerdo —dijo en inglés—. Y me hace muy feliz verte de nuevo.

Ella rio.

—Yo también estoy feliz de veros a todos.

—Decir adiós ti y tu madre fue difícil —dijo Enzo.

Lena le rodeó la cintura a su hija con un brazo.

—Sí que lo fue. Sobre todo para tu *Oma*. Te quería más que a nadie en este mundo.

—Cierto es —confirmó Enzo—. Creo que quería ti más que a mí o madre tuya. —Sonrió para demostrar que bromeaba.

Lena y Ella rieron con él.

Después de presentarles a Ella a su tía y a sus primos, Lena le hizo un gesto a Bonnie para que se les uniera, hizo las presentaciones y luego condujo a Enzo, a su esposa y a sus hijos hacia la mesa.

—Atención. Me gustaría presentaros a mi hermano, Enzo, y a su hermosa familia.

Todos se levantaron para estrecharle la mano a Enzo o para palmearle la espalda, y para darles la bienvenida a su esposa y a sus hijos. Enzo y Suzanne sonreían y asentían, decían hola y contestaban a toda suerte de preguntas sobre su viaje mientras que Gisele y Otto miraban boquiabiertos el salón lleno de extraños sonrientes y ruidosos.

Lena apenas podía apartar la vista de su hermano, maravillada por el adulto en el que se había convertido. Ya no era el adolescente ansioso y desgarbado que recordaba; ahora era un hombre guapo con los ojos maduros de un marido y de un padre, de un soldado que había visto lo peor de la guerra. Lo mejor de todo era que parecía feliz y satisfecho, como si hubiese hallado su lugar en el mundo, lo cual le infundía a Lena mucha paz.

Bonnie y Ella se le acercaron.

—¿Te encuentras bien? —se interesó Bonnie.

Lena asintió y las abrazó a las dos.

—¿Cómo podré agradeceros todo esto algún día?

—No tienes que darnos las gracias —dijo Bonnie—. Verte esa sonrisa en la cara es más que suficiente.

—¿Cómo demonios habéis conseguido traerlos aquí? —le preguntó Lena a Ella —. ¿Por eso has llegado tarde?

Su hija sacudió la cabeza al tiempo que reía.

—No, es verdad que la nieve nos ha hecho ir más despacio. Enzo y su familia llegaron antes de ayer, pero los padres de Charlie fueron tan amables de alojarlos en su casa hasta que pudiéramos sorprenderte. Al principio temí que nos quedásemos allí aislados por culpa de la tormenta, y luego me dio miedo que vieras el taxi en la entrada de la casa cuando llegáramos aquí, así que casi le estoy agradecida a la tormenta por cómo se ha resuelto todo.

Bonnie estuvo de acuerdo con ella.

—Yo estaba más nerviosa que un gato dentro de una habitación llena de

mecedoras. ¡Creía que no llegarías nunca! ¡Y tu madre no hacía más que mirar por la ventana!

En ese preciso instante, Teensy comenzó a recorrer el salón y a mandar con buen humor a todo el mundo de vuelta a la mesa.

—¡Venga, venga! Ya sabéis que no me gusta interrumpir una alegre reunión, pero volvamos a la comida antes de que se quede helada. Chicos, supongo que más vale que vayáis a buscar otra mesa y más sillas.

En un santiamén, los hombres dispusieron más asientos y Teensy y Lena se aseguraron de que Enzo y su familia se llenaran el plato. Lena tomó el suyo y se sentó junto a su hermano. Mientras todos charlaban y disfrutaban de la deliciosa comida, Lena y Enzo hablaron sobre su vida en Alemania, su granja en el campo y un millón de cosas más.

—*Mutti* estaría muy orgullosa de ti y de tu familia —dijo Lena.

—Lo sé —asintió Enzo con los ojos vidriosos—. Ojalá pudiera haber conocido a mis hijos.

—Los ve —le aseguró Lena—. Sé que los ve. Y nunca le he contado esto a nadie, pero creo que, de algún modo, me llevó de vuelta a Ella. —Miró hacia su hija y sus nietos—. Le doy las gracias cada día. De no haber sido por eso... —Hizo una pausa. Se le hizo en la garganta un nudo que le impedía hablar.

Enzo cubrió la mano de su hermana con la suya.

—No puedo ni imaginarme todo lo que has sufrido.

Contuvo una nueva oleada de lágrimas, parpadeando para no llorar. Era un día para celebrar, no para remover el pasado. Ya tendrían tiempo de hablar más tarde.

—Por cierto, tu inglés es muy bueno —dijo para aliviar la tensión del momento.

—Bueno, te prometí que yo aprender más inglés. Solo siento no haber podido visitar ti y Ella antes.

Lena le apoyó una mano sobre un hombro.

—No pasa nada. Ojalá yo también pudiera haberte visitado. Pero algunas cosas no tienen remedio. Lo que importa es que estamos juntos ahora. Y que vamos a disfrutar de cada segundo.

—Sí, desde luego, tienes razón.

Cuando todos terminaron de comer, las hijas de Teensy recogieron la mesa mientras los niños mayores se levantaban para ir a jugar y Teensy repartía porciones de tarta de calabaza y pastel de frutas. Otto comenzó a quedarse dormido en la mesa, pues seguía exhausto tras el viaje. Mientras Teensy les ofrecía a Enzo y a Suzanne un sofá cercano para que su hijo se tumbara, Ella se acercó con

su trozo de tarta y se sentó junto a Lena.

—¿Qué tal todo?

—Es como si nunca nos hubiéramos separado. Muchas gracias de nuevo por haberlos traído. Aparte de cuando os encontré a ti y a los gemelos, este es el día más feliz de mi vida.

—No tienes que agradecerme nada. Pero tengo otra sorpresa para ti.

Lena se la quedó mirando perpleja.

—¿Qué quieres decir? Ya has hecho suficiente, más de lo que nunca habría podido soñar. No necesito nada más.

—De acuerdo —dijo Ella con tono socarrón—. Entonces no te lo contaré. —Con una sonrisa burlona, devolvió toda su atención a su tarta de calabaza.

—¿Contarme qué?

—Nada. Puede esperar. —Se metió un trozo de tarta en la boca.

—Bueno, ahora sí que tienes que contármelo.

Con una sonrisa de satisfacción, Ella se llevó una mano a los labios hasta que tragó.

—De acuerdo, si insistes.

Se metió una mano en el bolsillo de la falda y dejó un par de patucos blancos sobre la mesa.

Lena se quedó mirando los patucos con expresión confusa. Luego soltó un gritito y casi se cayó de la silla.

—¡Cielo santo! ¿En serio?

Ella asintió con una sonrisa de oreja a oreja.

—Dentro de unos cinco meses los gemelos tendrán un hermanito o una hermanita.

Lena recogió los patucos y se los estrechó contra el pecho.

—Todavía me embarga la emoción de que Enzo esté aquí y ahora me dices que vas a tener otro bebé. Ni siquiera se me ocurre qué decir, aparte de que estoy más contenta que... que... —Llamó a Bonnie, que estaba al otro lado de la mesa—. ¿Cómo se dice cuando estás realmente contenta?

—¡Más feliz que una perdiz! —dijo Bonnie.

—¡Como unas castañuelas! —apuntó Teensy.

—¡Más contento que un perro con dos colas! —añadió Judd.

—¡Sí! —asintió Lena—. ¡Me siento como todo eso!

Todos rieron.

Lena se volvió hacia Ella de nuevo y le preguntó en voz baja:

—¿Quién más lo sabe?

—Pues ahora... todo el mundo —dijo Ella con una sonrisa mientras recorría la sala con la mirada.

Solo entonces se percató Lena de que todos habían visto los patucos sobre la mesa y la miraban divertidos.

—¡Voy a ser abuela otra vez! —gritó.

—¡Enhorabuena! —gritaron antes de empezar a levantarse para abrazar a Ella y a Charlie.

Con el corazón a punto de explotar de felicidad, Lena miró a los seres queridos que la rodeaban: a Ella, Charlie y los gemelos; a Enzo y su familia; a Bonnie y Miles; a Teensy y Judd, y a todos los miembros de su unido clan. Después de tantos años de pensar que nunca volvería a ver a su hermano menor, estaba sentada junto a él, un hombre hecho y derecho con unos hijos maravillosos. Lo que le resultaba aún más increíble era que, después de haber pensado durante tanto tiempo que nunca acunaría a otro bebé, el privilegio y el gozo de amar a varios le parecía un milagro. ¡Habría otro bebé al que querer! No importaba lo que otros creyeron sobre su valía ni cuánto se esforzaron por evitar que tuviera una vida normal: el amor y el legado de su familia siempre perdurarían.

NOTA DE LA AUTORA

La campaña eugenésica estadounidense, una pseudociencia racista que estaba decidida a eliminar a todos los seres humanos que fueran considerados como «inadecuados» para así preservar solo a aquellos que encajaban en el estereotipo nórdico, es una red enmarañada y traumática que solo pude mencionar de pasada en esta novela. Todavía me pregunto qué me hizo pensar que yo poseía el talento necesario para afrontar tal cuestión; al menos espero que esta historia anime a otros a investigar más sobre el asunto.

La primera vez que supe de la eugenesia fue mientras escribía mi novela debut, *The Plum Tree,* y descubrí que Estados Unidos fue el primer país en el mundo en llevar a cabo programas de esterilización forzosa y que el partido nazi alemán adoptó muchos de los principios, procedimientos y teorías estadounidenses para la práctica de la eugenesia (para más información, os remito a las preguntas para debate que aparecen en la guía de lectura). También supe que los Estados Unidos fue el líder en el movimiento eugenésico y que después de la I Guerra Mundial llevó a cabo convenciones internacionales para hacer correr la voz en otros países. A mediados de los años 20 del siglo pasado, muchos seguidores extranjeros de la eugenesia viajaron a los Estados Unidos para formarse y asistir a reuniones y conferencias.

Mientras investigaba para otras dos de mis novelas, *What She Left Behind* y *The Lost Girls of Willowbrook,* continué encontrando conexiones con la eugenesia, debido al hecho de que ambas historias tratan sobre centros psiquiátricos e instituciones construidas para aislar y, en muchos casos, esterilizar a cualquiera a quien se considerase una carga para la sociedad o una amenaza para la reserva genética estadounidense. Y mientras buscaba información para escribir *Las mentiras que nos contaron,* me sorprendió descubrir que las teorías eugenésicas jugaban un papel tan abundante como significativo en la historia y la cultura de

los Estados Unidos, incluyendo leyes de inmigración más estrictas, leyes matrimoniales, leyes contra el mestizaje y segregación de razas.

También me quedé atónita al saber que el método más común sugerido para deshacerse de la población «inferior» era la eutanasia, para lo que se usaban «cámaras letales» o cámaras de gas públicas y gestionadas localmente. Algunos eugenistas no consideraban la eutanasia como una «muerte compasiva» de aquellos que sufrían, sino como una «muerte indolora» para las personas que consideraban indignas de seguir viviendo. Sin embargo, muchos miembros del movimiento eugenésico no creían que los estadounidenses estuvieran preparados para implementar un programa de eutanasia a gran escala, de modo que algunos médicos encontraron formas ingeniosas y sutiles de administrarla en diversas instituciones médicas. Por ejemplo, en un psiquiátrico de Lincoln (Illinois) se alimentaba a los pacientes con leche infectada de tuberculosis, pues seguían el razonamiento de que los individuos idóneos genéticamente serían inmunes; esta práctica dio como resultado una tasa de mortalidad anual del 30 % o el 40 %. Otros médicos practicaban el genocidio a través de diversas prácticas de negligencia letal.

Y aunque este libro, principalmente, cuenta cómo el sueño de una mujer joven de encontrar una vida mejor en los Estados Unidos se hace pedazos gracias a la eugenesia, incluí el proceso de inspección en la isla Ellis y el desplazamiento de los habitantes de la cordillera Azul porque esos empeños eran dos ejemplos más de cómo la eugenesia se usó no solo contra los inmigrantes, sino también en perjuicio de los ciudadanos estadounidenses. En el caso de los habitantes de la cordillera Azul, las teorías eugenésicas se usaron en parte para arrebatarles sus tierras y en algunos casos, además, a sus hijos y la capacidad de continuar reproduciéndose. Una vez los esfuerzos por crear el parque nacional estuvieron en marcha, en el empeño del Gobierno de echarlos de sus propias tierras, los habitantes de la Cordillera Azul fueron catalogados como vagos, analfabetos, incestuosos, ignorantes, malnutridos, deficientes mentales, promiscuos, irritables y feos. Por mucho que cueste creerlo, los miembros de los cuerpos policiales tenían permiso para llevarse a los niños de su hogar y conducirlos a instituciones como el Frenopático para Lunáticos del Estado Occidental y la Colonia para Epilépticos y Deficientes Mentales del Estado de Virginia. En esas instituciones se les decía a los adolescentes y a los críos de la escuela primaria que tenían que hacerles una apendectomía o cualquier otro procedimiento sin especificar antes de practicarles una vasectomía o una ligadura de trompas; conforme crecían,

muchos se preguntaban por qué no eran capaces de concebir hijos. Algunos nunca escaparon de esas instituciones. Otros fueron redistribuidos en un esfuerzo eugenésico por «criar a los niños en un hogar más apropiado con una familia de élite». Algunas jóvenes fueron separadas para siempre de los bebés ilegítimos que habían tenido de adolescentes. Es importante resaltar que por todo el país hubo redadas similares en los hogares de familias que eran consideradas socialmente inadecuadas, junto con aquellos internados en orfanatos o en instituciones mentales.

Carrie Buck, a quien se menciona en *Las mentiras que nos contaron,* fue la demandante en el caso del Tribunal Supremo «Buck vs. Bell». El sobrino de sus padres de acogida la violó y ella quedó embarazada, tras lo cual esos mismos padres de acogida le ordenaron que se sometiera a una esterilización forzosa, puesto que se suponía que era deficiente mental. La cirugía, realizada mientras Carrie estaba interna en la Colonia del Estado de Virginia, se acogió a la autoridad de la Ley de Esterilización de 1924 como parte del programa eugenésico de la Mancomunidad de Virginia. Menciono esto porque es importante recordar su historia y porque he cambiado el nombre de su madre de Emma a Ethel en esta novela (para evitar confusiones con el nombre de Ella).

Me parece también importante destacar que, cuando liberan a Lena de la Colonia, es muy poco probable que le hubieran permitido regresar a Wolfe Hollow; a las víctimas femeninas del movimiento eugenésico de Virginia las enviaban, por regla general, a vivir con familias destacadas donde servían como mano de obra barata (es probable que esa fuera la práctica más común en otros estados también). Las mujeres esterilizadas eran especialmente codiciadas como sirvientas porque no solo trabajaban gratis, sino que no podían quedarse embarazadas ni provocar escándalos.

Como siempre, mientras escribía este libro, me he tomado algunas libertades con la cronología de ciertos sucesos históricos para poder encajarlos en el argumento. Mientras trabajaba para la Administración para el Reasentamiento, el fotógrafo Arthur Rothstein fue a las montañas unos años más tarde de lo que se cuenta en esta historia. De igual modo, George Pollock, quien dijo: «Sabía que, sin visitar de verdad a estas personas en sus hogares, nadie podría imaginarse jamás su pobreza y miseria», hizo desfilar a potenciales partidarios del parque por los valles a principios de los años 30 del siglo pasado. Pollock también contrató a la maestra y trabajadora social Miriam Sizer y la animó a que se uniera a sus contactos de Washington para realizar el estudio sobre los habitantes de la

montaña, que fue cuidadosamente calibrado para que coincidiera con el debate sobre su desalojo.

Aunque estamos echando la vista atrás a una época oscura de la historia, treinta y un estados de los Estados Unidos, así como Washington D. C., continúan teniendo leyes que permiten la esterilización forzosa en los discapacitados, los presos y los inmigrantes. En 2020, las esterilizaciones forzosas en un centro de internamiento del Servicio de Control de Inmigración y Aduanas de los Estados Unidos (ICE) en Ocilla (Georgia) atrajo la atención de toda la nación.

Durante la escritura de *Las mentiras que nos contaron,* me apoyé en los siguientes libros: *War Against the Weak: Eugenics and America's Campaign to Create a Master Race,* de Edwin Black; *Pure America: Eugenics and the Making of Modern Virginia,* de Elizabeth Catte; *A Century of Eugenics in America,* editado por Paul A. Lombardo; *Forgotten Ellis Island,* de Lorie Conway; *Island of Hope, Island of Tears,* de David M. Brownstone, Irene M. Franck y Douglass L. Brownstone; *A Story of Conservation and Betrayal,* de Sue Eisenfeld; *The Undying Past of Shenandoah National Park,* de Darwin Lambert; y *Memories of a Lewis Mountain Man,* de John W. Stoneberger.

PARA APRENDER MÁS

https://www.historynewsnetwork.org/article/the-horrifying-american-roots-of-nazi-eugenics
https://www.nps.gov/articles/the-displaced.htm
https://www.npr.org/transcripts/695574984?fbclid=IwAR3jXwH4QoMJ7wcfPasew8pEbAzB-hJKuMQwkgHs9UjM4RCW9BbpolN_AmE
https://www.smithsonianmag.com/history/puzzle-given-ellis-island-immigrants-test-intelligence-180962779
https://time.com/3779502/rothsteins-first-assignment/
https://www.youtube.com/watch?v=m7WWWWc2ey0

AGRADECIMIENTOS

Cuando escribí mi primera novela, *The Plum Tree,* nunca imaginé que escribiría una segunda, y mucho menos seis más (que pronto serán siete). Tampoco tenía ni idea de que sería el comienzo del viaje más difícil, alocado, extraordinario e increíble de toda mi vida. Si me hubieran dicho por aquel entonces, o incluso hace cinco años, que me convertiría en una autora superventas en la lista de los más vendidos de *The New York Times,* habría pensado que esa persona estaba loca. Decir que no consigo comprenderlo sería quedarme muy corta. Una vez dicho esto, solo hay una cosa que sé que es cierta: debo mi éxito a mis lectores y a todas las personas que me han animado y han creído en mí desde el principio. Y por eso me hace feliz dar las gracias una vez más a todas las personas maravillosas que han hecho posible mi carrera de escritora.

Gracias a Kate Benson por enviarme los artículos históricos y los folletos sobre la eugenesia en los Estados Unidos. Una cosa es leer sobre los horrores de aquella cruzada horrible y otra muy diferente sujetar las inquietantes pruebas entre las manos. Aprecio muchísimo tu generosidad. Gracias a Buddy Woodward por los artículos inestimables sobre el desalojo de los habitantes de la cordillera Azul de sus hogares para crear el Parque Nacional Shenandoah. Tus opiniones proporcionaron capas interesantes a esta historia. Y, una vez más, le doy las gracias a Elayne Morgan por ayudarme a conseguir que este manuscrito brille.

Gracias a los blogueros, los creadores de pódcast, reseñadores, libreros, bibliotecarios y clubes de lectura que han leído y ayudado a que se corriera la voz sobre mis libros; y mi reconocimiento a todos los que me han invitado a hablar sobre mi trabajo, bien de forma virtual o en persona. Por supuesto, no puedo expresar gratitud suficiente a los libreros y bibliotecarios que se tomaron el tiempo de leer y promocionar mis novelas. Os miro a vosotros, Pamela Klinger-Horn, Kerry Clemm, Linda Bond, Annie Philbrick, Marianne Colton, Rosemary

Smith, Sarah L. Johnson, Christie Johnston, Paul Lane, Mia D'Alessandro y Cyndi Larsen. Vuestra generosidad y amables palabras significan para mí más de lo que os podáis imaginar.

Gracias de nuevo a Bill Reilly, Mindy Reilly, Emil Christmann y Megan Irland, propietarios de la librería River's End de Oswego (Nueva York) por aceptar reservas de mis libros y por todo lo demás que habéis hecho por mí a lo largo de los últimos doce años. Muchas gracias y un abrazo para Rebecca Kinnie, propietaria de The Little Book Store, en Clayton (Nueva York), por vender libros en mis eventos, aceptar reservas, hacer correr la voz sobre mis libros y por todo lo demás que haces por mí. ¡Sois geniales!

Gracias a Suzanne Leopold, de Suzy Approved Book Tours, por el trabajo que haces enviando galeradas a los blogueros y por mantenerme informada sobre sus publicaciones, reseñas y listas de libros más vendidos. También envío una mención especial y mi agradecimiento a mis amigos y lectores virtuales, quienes hablan de mis historias y consiguen que las redes sociales sean un lugar más agradable en el que estar: Susan Peterson, Nita Joy Haddad, Martin Moore, Jenny Collins Belk, Kayleigh Wilkes, Barbara Khan, Andrea Preskind Katz, Jill Drew, Lauren Blank Margolin, Melissa Amster, Linda Levack Zagon, Tonni Callan, Denise Birt, Jackie Shepard, Renee Weise Weingarten y Vivian Peyton. Si se me ha olvidado mencionar algún nombre aquí, os ruego que me perdonéis y espero que sepáis que os aprecio sinceramente a todos y cada uno de vosotros.

A todos mis leales lectores, nunca podré agradeceros lo suficiente vuestro apoyo continuo y que siempre les deis a mis libros una oportunidad. No os hacéis una idea de lo mucho que me importa vuestro respaldo cuando siento que nunca encontraré la forma de sacar adelante una porquería de manuscrito. Gracias por creer en mí, sobre todo cuando pierdo la fe en mí misma, y por todas vuestras encantadoras reseñas. A las personas de mi comunidad, gracias por vuestro entusiasmo constante y por vuestros ánimos. Veros la cara sonriente en las presentaciones de mis libros ha sido una de las partes más memorables de ser escritora. Un agradecimiento especial para Patti Hughes y para todas las personas de la Lyme Free Library por estar siempre preparadas para celebrar mis nuevos lanzamientos. Significa muchísimo para mí.

Gracias a mis amigos y familia por quererme y apoyarme mientras continúo navegando esta profesión impredecible, excitante y exigente. Y gracias a mi mentor, William Kowalski, por tu paciente dirección todos esos años atrás. Tu voz sigue dentro de mi cabeza durante la escritura de cada novela. Como siempre,

me siento en deuda con mi leal agente literario, Michael Carr, por haberme dado una oportunidad en aquella encantadora cafetería en Vermont. Parece que fue hace una eternidad, pero nunca lo olvidaré. Miles de gracias a mi fantástico editor, John Scognamiglio, por decir que sí a mi primer manuscrito, por tu firme confianza en mí y por tu paciencia infinita mientras voy hilvanando despacio mis historias hasta llegar al final. A todos los de la editorial Kensington; no tengo palabras para expresar lo agradecida y lo afortunada que me siento de formar parte de vuestra maravillosa familia: Steven Zacharius, Adam Zacharius, Jackie Dinas, Lynn Cully, Alex Nicholson, Lauren Jernigan, Kristin McLaughlin, Carly Sommerstein y todos los que trabajáis duro entre bambalinas, con un agradecimiento añadido a Kristine Mills por diseñar mis preciosas portadas. Y sé que nunca sabría navegar por los alocados aspectos promocionales de mi carrera sin Vida Engstrand a mi lado. Todos vosotros habéis cambiado mi vida de un modo que no os podéis imaginar.

A mi madre, Sigrid, gracias por siempre estar ahí para mí pase lo que pase, incluso mientras pasas por tus propias penas y adversidades. Tú me inspiras cada día para mantenerme fuerte y ser mejor persona. A mi marido, Bill, mi mejor amigo y mi compañero, gracias por caminar conmigo a lo largo de cada paso de este viaje loco e indescriptible, y por ser el mejor de los abuelos para nuestros queridos nietos. Ver lo mucho que los quieres hace que te quiera mucho más. Gracias a mis increíbles hijos, Benjamin, Jessica, Shanae y Andrew, por hacerme reír, por recordarme que debo mantenerme humilde, y por perdonarme cuando os confundo el nombre porque tengo demasiadas cosas en la cabeza. Y, por último, pero no por ello menos importante, gracias a mis seis adorados nietos, Rylee, Harper, Lincoln, Liam, Owen y Elena, por llenar mi corazón con tango gozo. ¿Cómo puedo explicar lo mucho que os adoro? Es imposible. Solo quiero que sepáis que sois lo más importante para mí y que no pasa ni un solo día sin que celebre el magnífico regalo de ser vuestra abuela.

Descarga la guía de lectura gratuita de este libro en:
www.librosdeseda.com